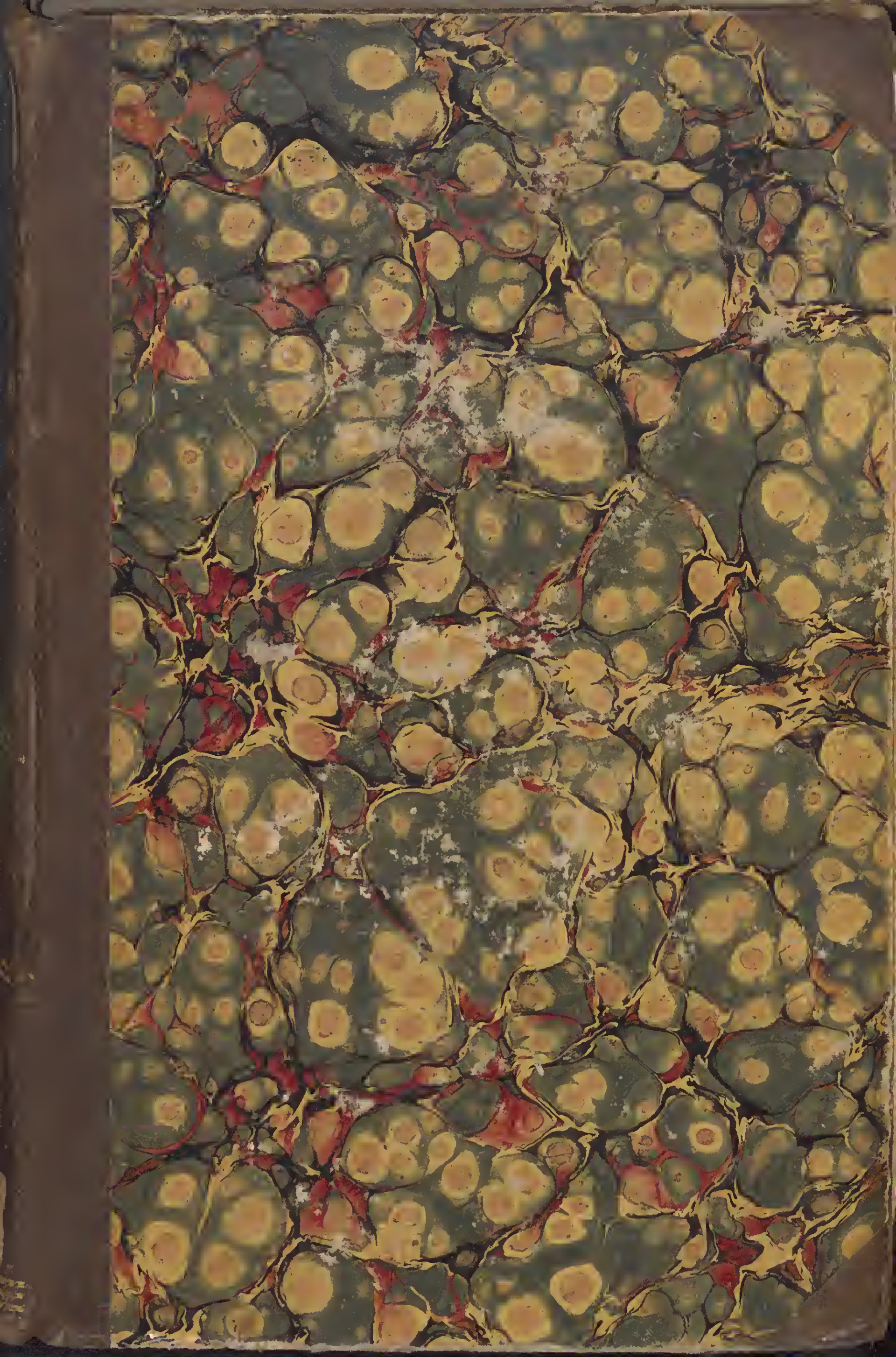
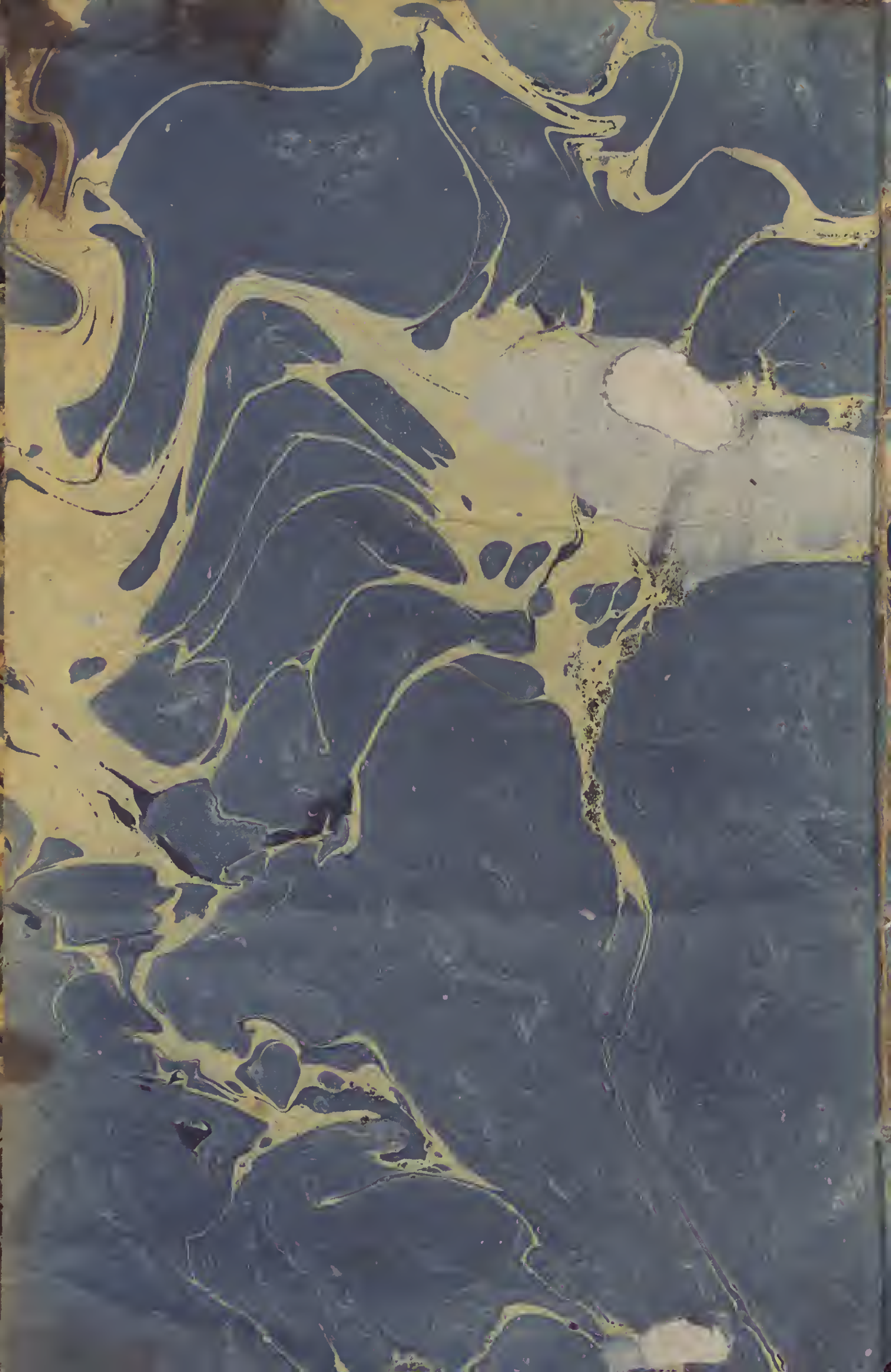
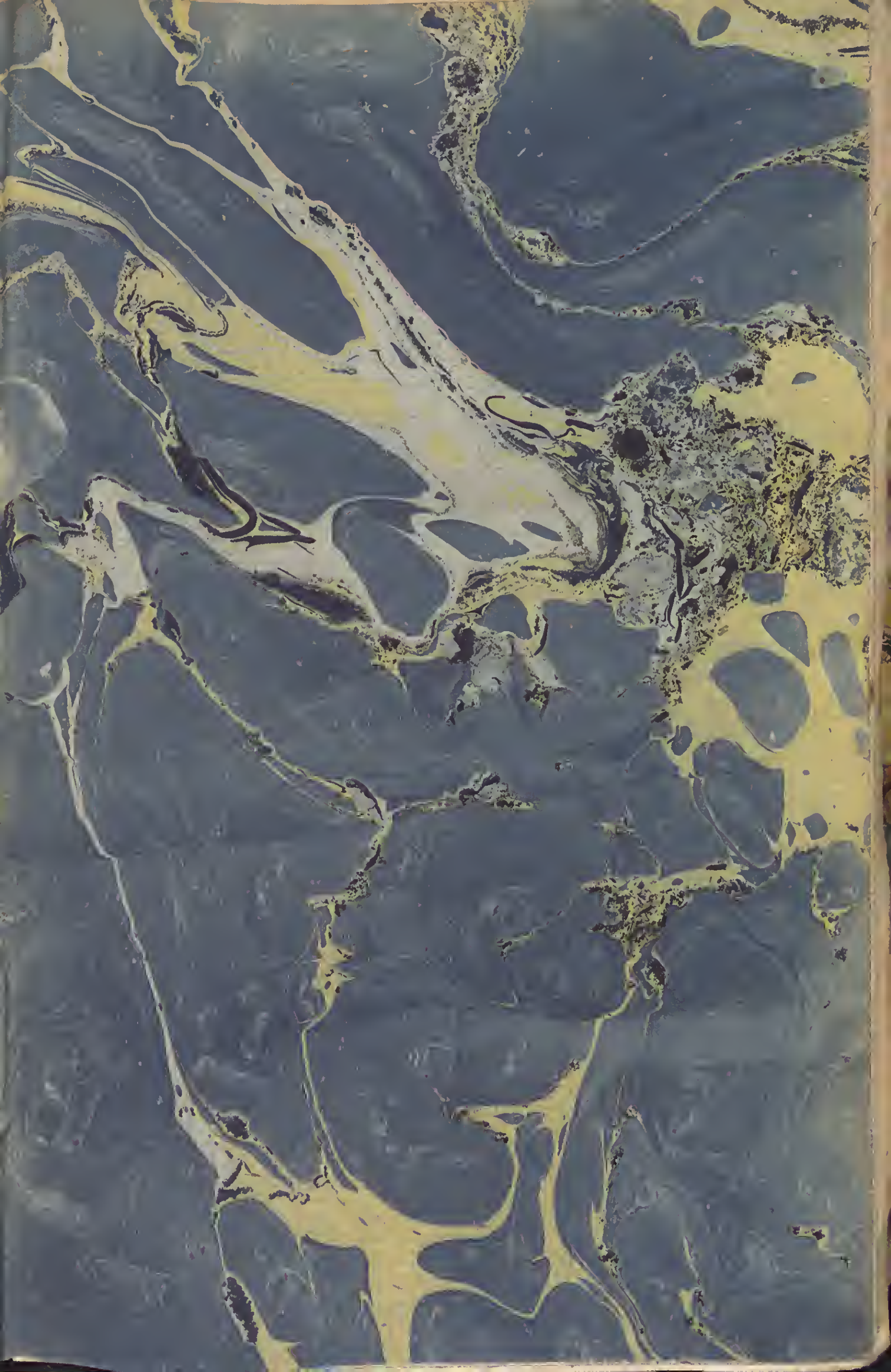






Hecho Indice Comedia

TEATRO ESCOGIDO

DE

FRAY GABRIEL TELLEZ,

CONOCIDO CON EL NOMBRE DE

EL MAESTRO TIRSO DE MOLINA.

TOMO II.

MADRID:

EN LA IMPRENTA DE YENES,

CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

1839.

PALABRAS Y PLUMAS,

COMEDIA.

PERSONAS.

MATILDE, *princesa de Salerno.*
PRÓSPERO, *príncipe de Taranto.*
DON IÑIGO, *caballero español.*
EL REY DE NÁPOLES, DON FERNANDO I.
SIRENA.
LAURA.
GALLARDO, *lacayo.*
EL DUQUE DE ROJANO.
LISENO.
RUGERO.
TEODORO.
LAURINO.
UN CRIADO.
Acompañamiento del rey, y del duque de Rojano.

La escena es en Nápoles y sus cercanías.

ACTO PRIMERO.

Sala del palacio de la princesa de Salerno.

ESCENA I.

PRÓSPERO, *bizarro con muchas plumas.* MATILDE.

MATILDE.
¡Ah príncipe de Taranto!
Próspero, señor, mi bien,
espera, el paso deten,
ó anegaráte mi llanto.

PRÓSPERO.
Siendo el desengaño tanto,

ya mi sufrimiento pasa,
por mas que tu amor me abrasa,
las leyes de mis desvelos;
mas ¿cuándo huyeron los celos
que no volviesen á casa?
¡Ingrata! ¿qué es lo que quieres?
¿Para qué á voces me llamas?
Cuando á don Iñigo amas,
¡finges que por mí te mueres!
Terribles sois las mugeres,
pues á la sombra imitais,
y como ella cuando amais,
leves del que os sigue huís,
al que os desprecia seguís,
al que os adora engañais.
Si el alma á un español das,
¿por qué en mí tu amor ensayas?

MATILDE.

Injúriame, y no te vayas;
poco has dicho, dime mas.
Mientras que presente estás,
tengo vida; y solo el rato
que ausente mi amor retrato,
no hay para mi mal paciencia.
Compre á injurias tu presencia
mi amor, que lance es barato.
¿De qué estás, mi bien, quejoso?
¿Quién ha podido ofenderte?
Que puesto que vivo en verte,
amante cuanto celoso,
como pende mi reposo
del tuyo, aunque así aseguras
la fé que en celos apuras,
si hace el gasto tu pesar,
no pretendo yo comprar
á tu costa mis venturas.

PRÓSPERO.

Cautelosa me persuades
favores con que me enciendes:
¿por qué mentiras me vendes
con máscaras de verdades?
Afeitadas crueldades

tiranizaron mis años;
no desmientas desengaños,
que han de hacer en tus mudanzas,
por dilatar esperanzas,
mas incurables mis daños.
Ya con el pleito saliste.
Lo que no han hecho soldados,
bastaron á hacer letrados;
con ellos al fin venciste.
Si mi amor entretuviste
hasta gozar su gobierno,
princesa eres de Salerno:
estado tienes bastante
con que enriquecer tu amante,
mas dichoso, no mas tierno.
Ya yo sé que en esta empresa,
si fingiste amarme tanto,
fue por verte de Taranto,
siendo mi esposa, princesa:
pues Salerno te confiesa
por tal, y perdió Rugero
por libros lo que el acero
ganó y impides que cobre,
goza á don Iñigo pobre,
español y lisonjero.
Entronícese en tu estado;
que la que es rica y se casa
con pobre, lleva á su casa
en un marido un criado.
Su hacienda ha desperdiciado
en la firme pretension
de tu amor; y ansí, es razon
que premies su intento casto;
pues amor con tanto gasto
te obliga á restitucion.

MATILDE.

Puesto que me haya el derecho
que tengo á Salerno, dado
la posesion de su estado,
que Rugero habia deshecho,
¿á qué propósito ha hecho
argumentos tu malicia

contra la clara noticia
que sabes de mi valor,
echando á mi noble amor
sambenitos de codicia?
Tan lejos de apetecer
tu estado estoy por quererte,
que quisiera empobrecerte
para darte nuevo ser.
Si estuviera en mi poder,
la vida y ser te quitara,
que luego en tí mejorara;
para que de esta manera,
cuanto mas te engrandeciera,
mas á amarme te obligara.
De don Iñigo confieso,
puesto que en vano trabaja,
lo que en amar se aventaja,
pues es del amor esceso;
mas si coligieras de eso
la derecha conclusion,
sacaras la obligacion
que á mi fé constante tienes,
pues á él le pago en desdenes,
y á tí con el corazon.
Si yo fuera agradecida,
y mi voluntad juzgara
sin pasion, su amor premiara
dándole mi estado y vida;
pero está tan oprimida
por tí, que en vez de querelle,
aun no oso favorecelle
con solamente miralle:
mira como podré amalle,
si tengo pena de velle.

PRÓSPERO.

¿Luego osarásme negar
que agora cuando mantiene
la sortija que entretiene
á tus puertas el lugar,
no se ha venido á cifrar
en ser él favorecido
de tí, y en que hayas salido

con el estado que esperas?
Si tú no lo permitieras,
nunca él se hubiera atrevido.
Al punto que en tu favor
salió la alegre sentencia,
en mi agravio y competencia
hizo alarde de su amor.
Joyas de sumo valor
dió en albricias; que no hiciera
mas, si mi estado tuviera.
¿Y quién negarme podrá
que ninguno albricias da
de lo que adquirir no espera?

MATILDE.

¿Qué diste tú á quien la nueva
de mi dicha te llevó?

PRÓSPERO.

Abrazos el gusto dió,
que en tí su ventura aprueba;
promesas, que quien las lleva,
presto vendrá á ejecutar;
de plumas hice adornar
mis pages, porque en sus galas
cifrase el amor las alas
con que al cielo ha de volar.
Encarecí con razones,
y agradecí con palabras
tu suerte.

MATILDE.

¡Pródigo labras
en mi amor obligaciones!
Mas las que agora propones
pudieran, cuando las sumas,
por mas que amarme presumas,
borrar la fama que cobras;
pues debo al español obras,
y á tí *palabras y plumas*.
Mas como tras tí te llevas
la inclinacion que te adora,
una pluma tuya agora
estimo en mas que las pruebas,
gastos y invenciones nuevas

de ese español, cuyo fuego
aborrezco, aunque no niego
que con vitoria saliera,
si en su pretension tuviera
un juez que no fuera ciego.
¿Con qué favores le he dado
esperanzas y á tí enojos,
pues ni aun con risueños ojos
sus servicios he mirado?
¿En qué saraos he danzado
con él? ¿De qué formas quejas?
¿Qué noche, desde las rejas,
músicas dando á mi calle,
no puse, por no escuchalle,
candados á mis orejas?
Si me tiene voluntad,
¿podré quitársela yo,
pues aun Dios no sujetó
su albedrío y voluntad?
Si con liberalidad
gasta y destruye su casa,
justa, ronda, rompe, abrasa,
¿ha de sacar mi rigor
premáticas que en su amor
y en sus gastos pongan tasa?
Si agora corre por mí
sortija en mi misma calle,
y por gozalla y gozalle,
á Nápoles trae tras sí;
¿pude hacer yo mas por tí,
porque satisfecho estés
y no te enojes despues,
que despejando el balcon,
quedar en reputacion
de ingrata y de descortes?
Anda, amores, que estás loco:
tener celos y encubrillos
es amor, pero pedillos
es estimarte á tí en poco.
Si con esto te provoco,
y ya tu enojo se ablanda,
entra en la sortija, anda,

muestra que sales por mí:
dame esa pluma turquí,
y ponte esta verde banda;
que mis celos trocar quiero
en esperanza segura.

PRÓSPERO.

Hechizos de tu hermosura
cera me hacen, si fui acero.

MATILDE.

¿Vas seguro?

PRÓSPERO.

Estarlo espero.

MATILDE.

¿Correrás?

PRÓSPERO.

Por agradarte;
mas para que pueda darte
el premio, ¿con qué favor
piensas animar mi amor?

MATILDE.

Con reirme y con mirarte. (*Vanse.*)

Cámara del Rey.

ESCENA II.

EL REY. RUGERO.

REY.

Rugero, el pésame os doy
de la pérdida presente,
y tanto mas triste estoy,
cuanto os miro mas prudente
y mas cortesano hoy.
Mi consejo os ha quitado
á Salerno, defendido
por vos como gran soldado;
que mas con vos ha podido

que un ejército, un senado.
El favor que permitió
la justicia, en él os hice;
en fin Matilde os llevó,
con la sentencia felice,
el estado que os quitó.
Pero pues á mi pesar,
os son contrarias las leyes,
y no es costumbre llegar
á dar pésames los reyes,
pudiendo mercedes dar,
conde os hago de Celano.

RUGERO.

Diré, de aquesa manera,
señor, con César Romano:
"si no perdiera, perdiera
la merced que hoy por vos gano."
Pero en fin, sois heredero
en el reyno y el valor
del magno Alfonso primero
de Nápoles, resplandor
de la pluma y el acero.
Siglo de oro fue por él.
Los pies mil veces os beso.

REY.

Sois vasallo noble y fiel,
y el sentimiento os confieso
que esta sentencia crüel
me causa, pues sin Salerno,
bajais de príncipe á conde.

RUGERO.

Por veros, señor, cuan tierno
vuestra alteza corresponde
á mi lealtad, su gobierno
menosprecio; pues si es cierto
el amor que habeis mostrado,
y en vuestra privanza advierto,
no iguala su principado
al que en vos he descubierto.
Lo que aquí sentirse puede,
por ser de mas importancia,
es ver que Matilde herede

á Salerno, y que de Francia
la faccion tan fuerte quede;
que del conde de Anjou es
deuda, y amiga en estremo,
y pretendiendo el frances
quitaros el reino, temo
no salga con su interes.
Que si Matilde le ayuda,
y en Salerno le da entrada,
pongo á Nápoles en duda.

REY.

Ya sé cuan apasionada
Matilde, si no se muda,
es del conde mi enemigo,
y el daño que puede hacerme.

RUGERO.

De eso soy yo buen testigo,
y sé que el conde no duerme,
pues trae de Francia consigo
un egército volante
á ponernos en aprieto.
Si con él pasa adelante,
y el de Taranto, en efeto,
siendo de Matilde amante,
no aseguró su lealtad
con vuestra alteza.....

REY.

Los dos
juraron fidelidad,
estando delante vos,
á mi corona.

RUGERO.

Es verdad,
pero ¿cuándo el interes
en juramentos repara?
Yo sé que por el frances
la princesa se declara
de Salerno, y que despues
á Nápoles perderás,
siendo Matilde traidora,
como lo es; pero podrás
poner remedio, si agora

comision, señor, me das
para visitar su casa.
Cartas ofrezco traerte
del conde, que á Italia pasa
á instancia suya.

REY.

Tu suerte,
que hasta hoy te ha sido escasa,
te ofrece prosperidad
notable, si aqueso pruebas.

RUGERO.

Esto es, gran señor, verdad.

REY.

Mi comision, conde, llevas,
usa de mi autoridad:
su casa toda visita,
saca á luz esa traicion,
que si á Salerno te quita,
presto con su posesion
tu fe y lealtad te acredita.
Ven, y daréte en secreto
la provision que has pedido:
sé en su egecucion discreto.

RUGERO.

(*Aparte.* El estado que he perdido
hoy restaurar me prometo.
Con una carta fingida
á Salerno poseeré,
sin que otro pleito lo impida.)

REY.

Siempre esta Matilde fue
arrogante y presumida. (*Vanse.*)

Sala de la quinta de Don Iñigo.

ESCENA III.

DON IÑIGO. GALLARDO.

DON IÑIGO.

Pésame hacer disparates
de mis locuras indicios,
ya que no de mis servicios:
quítame esos acicates;
arroja esas galas viles
en el fuego, su elemento;
esparce plumas al viento,
mudables, como sutiles.
Dame una capa y sombrero,
con que cubra mi dolor.

GALLARDO.

Pues fuiste mantenedor,
manten el seso primero,
¡cuerpo de Dios! que sin él,
vanas sortijas mantienes.
¿Qué diablos es lo que tienes,
que me traes, sin ser lebrel,
desde Nápoles aquí
al galope, despeado?
Seis sortijas has llevado;
diez premios ganar te ví;
toda la corte te pinta,
en la gala y la destreza,
por fénix de la belleza:
¿á que vuelves á tu quinta,
desesperado y sin seso
corriendo por el camino?

DON IÑIGO.

¡Ay Gallardo! un desatino
que ha de acabarme confieso.

Plegue á Dios, si amase mas
á Matilde, si la viere,
si mas servicios la hiciere,
si la nombrare jamás,
que me dé el acero humilde
de un cobarde muerte infame.
Desde hoy ninguno me llame
pretendiente de Matilde.
Nadie á Matilde me nombre;
que ni Matilde es mi dama,
ni á Matilde mi amor llama,
ni ya de Matilde el nombre
obliga mi pecho humilde.
Sin Matilde viviré;
Matilde mi muerte fue;
líbreme Dios de Matilde.

GALLARDO.

Eso es: "no jureis, Angulo.
Juro á Dios no juro."—Dale
con Matilde, mientras sale
del alma en que la intitulo.—
¡Bien cumples de esa manera
lo que acabas de jurar!

DON IÑIGO.

De este modo quise echar
todas las Matildes fuera
que estaban dentro del pecho.

GALLARDO.

¿Quedan mas?

DON IÑIGO.

Son infinitas.

GALLARDO.

Pues si una á una las quitas,
trabajarás sin provecho:
purgarte será mejor;
que si tantas en tí estan,
mejor por junto saldrán
á vueltas de esotro humor.
¿Agora sales con eso,
y en su servicio has gastado
cuanta hacienda has heredado?

DON IÑIGO.

No quiero gastar el seso.

GALLARDO.

¿El seso? ¡tarde pïache!
Ojos que le vieron ir,
no le verán mas venir;
si no es que por él despache
algun Astolfo, propicio
el cielo, en su libertad,
al valle de Josafad,
donde ha de ser el jüicio;
que allí debe estar el tuyo:
porque si seso tuvieras,
ni imposibles pretendieras,
(perdona si te concluyo)
ni hubieras hecho, señor,
los gastos que sin provecho
empobreciendo, te han hecho
hijo pródigo de amor.

DON IÑIGO.

Por Matilde todo es poco.
¡Ójalá que mas pudiera,
porque mas por ella hiciera!

GALLARDO.

En fin, ¿la amas?

DON IÑIGO.

Estoy loco.

GALLARDO.

¿Y el juramento?

DON IÑIGO.

Si arraiga
amor, nadie echarle intente;
que quien ama, jura y miente.

GALLARDO.

Jura mala en piedra caiga.—
Tu hermana á verte ha salido.

DON IÑIGO.

Sácame sombrero y capa.

GALLARDO.

Dispense amor, sin ser papa,
los votos que no has cumplido. (*Vase.*)

ESCENA IV.

SIRENA.—DON IÑIGO.

SIRENA.

¡Hermano! ¡mantenedor,
y antes de acabar el dia,
en casa y sin compañía,
que en fe de vuestro valor,
venga con vos!

DON IÑIGO.

¡Ay Sirena!
Como mantengo rigores,
me acompañan disfavores,
que apadrinan hoy mi pena.
No se acabó la sortija;
que Matilde desazona
cuantos placeres pregona
mi voluntad, ya prolija
en servirla.

SIRENA.

¿Por qué azares?

DON IÑIGO.

Oye de amor desvaríos;
que siempre contentos mios
se rematan en pesares.
Murió Leonelo de san Severino,
príncipe de Salerno, gran soldado,
dejando sola una hija y un sobrino,
los dos competidores de su estado.
Rugero, que fue el uno, al punto vino
de armas, deudos y gente acompañado,
y echando á mi Matilde de Salerno,
tomó con mano armada su gobierno.
Decia para esto que heredaba
aquel estado antiguo, solamente
varon, y no muger; y que alegaba
la inmemorial costumbre de su gente:
Matilde en contra, por razon probaba

que el mayorazgo solo á aquel pariente
que fuese mas cercano daba nombre
de su señor, ó fuese muger ú hombre.
Dividióse de Nápoles la tierra
en bandos, cada uno dando ayuda
á su parte, parando el pleito en guerra;
que la aficion los naturales muda.
Pero Rugero en la ciudad se encierra,
con las armas poniendo el pleito en duda,
defendiendo su célebre milicia
mejor su profesion que su justicia.
Mas metiéndose el papa de por medio,
al consejo de Nápoles de estado
redujo el pleito, dando un sabio medio
con que quedó Rugero apaciguado;
porque fundando el fin de su remedio
en verse de Fernando el rey privado,
con su favor creyó torcer los jueces,
porque el poder sentencia muchas veces.
Solo aquí la verdad fue poderosa;
pues saliendo Matilde con su intento,
quedó con el estado vitoriosa,
frustrado de Rugero el pensamiento.
Luego, pues, que la nueva venturosa
se supo, pidió amor á mi contento
albricias, que quedaron á mi cargo;
que no es amante noble el que no es largo.
Mil joyas dí, vestidos y dineros;
y como si yo fuera el que heredaba,
amigos convidaba y caballeros;
el parabien á mi esperanza daba.
En fin, mostrando que eran verdaderos
los deseos de amor que me animaba,
delante de la puerta de mi dama
á una sortija mi valor les llama.
Mantuve en ella mi esperanza muerta,
y con galas, que tuvo prevenidas
la confianza de esta dicha cierta,
las fiestas publiqué no agradecidas.
Los premios y el cartel fijé á su puerta
anoche con cien hachas encendidas,
y alborotado Nápoles con esto,

con el sol madrugó al festivo puesto.
Salí al son de trompetas y clarines,
de deudos y padrinos rodeado,
y hallé en balcones, del amor jardines;
que son damas sus flores, si él su prado;
en telas de doseles, de cojines,
(donde lo menos que hubo fue brocado)
mostró la ostentacion napolitana
el poder de su gente cortesana.
Saqué de verde y nacar el vestido,
de manos de oro todo recamado,
que de las obras símbolos han sido,
y al silencio en los labios un candado:
con esposas y grillos á un cupido,
que del mismo silencio coronado,
daba este verso, pienso que discreto:
obrar callando, y padecer secreto.

SIRENA.

Pintaste tu amoroso sentimiento,
y los servicios que á tu dama hiciste,
discretamente: ¡lindo pensamiento!

DON IÑIGO.

El marques Alejandro luego asiste
tambien de verde, aunque con otro intento;
porque aforrado el verde en luto triste,
dió la letra....

SIRENA.

¿Y decia...?

DON IÑIGO.

De esta suerte:
creciera mi esperanza, á no haber muerte.

SIRENA.

¿Obsequios en la fiesta hizo á su dama?

DON IÑIGO.

Murió su amor, muriéndose Rosela.
El conde de Astavilla, cuya fama,
á pesar de la envidia al cielo vuela,
la ropa azul de mil fuegos recama,
y entre los cuatro vientos una vela
sacó encendida.

SIRENA.

¡Traza peregrina!

¿Y fué, hermano, la letra?

DON IÑIGO.

Esta latina:
Etenim non potuerit mihi.
De vientos vanos sus contrarios trata,
y á su valor la vela hizo encendida,
á quien ni envidia ni sospecha mata.

SIRENA.

Fue su nobleza un tiempo perseguida.

DON IÑIGO.

Sacó don Hugo de Aragon, de plata
una aljuba pajiza guarnecida,
y un loco á quien el tiempo en vano cura.

SIRENA.

¿La letra?

DON IÑIGO.

Por amor, esto es cordura.

SIRENA.

De la de Amalfi dicen que es amante.

DON IÑIGO.

Grimaldo, á quien su dama desestima,
y él la sirve pacífico y constante,
salió de pardo.

SIRENA.

Su trabajo anima.

DON IÑIGO.

La empresa lo declara.

SIRENA.

¿Y fué?

DON IÑIGO.

Un diamante
y una mano junto á él con una lima
de acero.

SIRENA.

Ya en el alma de ella toco.
¿Cómo dijo la letra?

DON IÑIGO.

Poco á poco.

SIRENA.

Todo lo vence amor que persevera.

DON IÑIGO.

De labrador don Jaime de Moncada

salió con un gaban de primavera.

SIRENA.

Halló su dama en Aragon casada.

DON IÑIGO.

Eso en la empresa declarar espera.

SIRENA.

¿Y fue?

DON IÑIGO.

Sembrar una heredad arada.

SIRENA.

¿Y la letra?

DON IÑIGO.

Decia: *amor villano*
siembra esperanzas, y otro coge el grano.
Hércules de Este, Adonis en las galas,
y en la milicia César, en un cielo
pintó una dama, y él haciendo escalas
de picas y banderas, desde el suelo
á conquistalla sube, aunque sin alas;
que mas levanta el ánimo que el vuelo.

SIRENA.

¿La letra?

DON IÑIGO.

De su amor ponderativa....

SIRENA.

¿Decia...?

DON IÑIGO.

Aunque estuvieses mas arriba.
No cuento las demas, por no cansarte.
Corrí con todos, y llevé seis veces
la sortija, y diez precios, que en tal parte,
á ser los ojos de Matilde jueces,
me condenaran: no sabré contarte,
porque de verme triste te entristeces,
el pesar, mi Sirena, que mostraba,
si la sortija ó precio me llevaba.
Por no sufrillo, en fin, de la ventana
se quitó, porque en tal desden presumas
el fruto inutil de mi suerte vana,
cero de amor, si mis servicios sumas;
hasta que al fin de un hora volvió ufana
por ver entrar cubierto de oro y plumas

al de Taranto, dándole sus ojos
colmos de gustos, como á mí de enojos.
Vestido de los pies á la cabeza
de mas plumas que el mayo tiene flores,
él y el caballo cifran su firmeza
solo en la liviandad de sus colores:
pobló de lenguas de oro la riqueza
de su alada divisa; que habladores
en palabras y plumas su amor gastan.

SIRENA.

¿La letra?

DON IÑIGO.

Si le alaban, aun no bastan.

SIRENA.

Diverso fue del tuyo su conceto:
él en palabras todo su amor precia,
y tú en obrar callando; que es discreto,
aunque Matilde tu valor desprecia,
obrar callando y padecer secreto.
Su habladora divisa juzgo necia,
pues de plumas y lenguas hizo alarde,
porque el parlero amor siempre es cobarde.

DON IÑIGO.

Corrió conmigo la primera lanza,
y derribóle en medio la carrera,
sospecho que su loca confianza,
tropezando el caballo.

SIRENA.

Bien pudiera
volar con tanta pluma.

DON IÑIGO.

La venganza
de mi amor, que le vió de tal manera,
mas cortés que soberbia, á darle ayuda
me manda, hermana, que lijero acuda.
Del caballo me apeo, y que me pesa
de su desgracia muestro; arriba subo
con él, donde el favor de la princesa
mas amoroso que discreto estuvo.
Lloró de amor y enojo, y de esta empresa
la causa atribuyendo al que mantuvo,
"solo, español, por vos, loco y prolijo,

me sucede este mal," la ingrata dijo.
Cesar la fiesta manda, y yo de celos,
agravios y desdenes provocado,
no sé si dije injurias á los cielos;
pero sé que bajé desesperado.
Mandé quitar los precios y arrojélos,
por ver mi amor cortés tan mal pagado:
subo á caballo, y loco y ofendido,
me parto, y de ninguno me despido.
Este fin han tenido, mi Sirena,
mis servicios, mi amor mi confianza:
solo es Matilde, para darme pena
y desdenes, muger, y no mudanza.

SIRENA.

Hecho estás á sufrir, tu enojo enfrena,
que la firmeza lo que intenta alcanza,
La letra que sacaste en tí haga efeto.
Obrar callando y padecer secreto.

ESCENA V.

GALLARDO, *que saca la capa y el sombrero de su amo.*—
DON IÑIGO. SIRENA.

GALLARDO.

Ponte capa y sombrero, si jardines
quieres ver por el mar sobre carrozas
del agua, que tiradas de delfines
llevan al sol que en esperanzas gozas.
Al son de chirimías y clarines
Matilde y otras seis bizarras mozas,
emulacion de Venus la mas fea,
dando á sus ondas luz, barloventéa.
En un esquife, de cristal la popa,
con seis remeros jóvenes por banda,
de casacas vestidos, leve ropa,
pues son de raso, y el calzon de holanda,
al toro imitan robador de Europa;
y con ellos la mar piadosa y blanda,
sufre los remos, plumas de sus alas,

dorados de los puños á las palas.

SIRENA.

A Puzöl, quinta suya, aquí cercana
irá: desde el terrado puedes vella.

DON IÑIGO.

¡Yo á muger tan ingrata, tan tirana!
Plegue á Dios, si pusiere mas en ella
los ojos; si la viere mas, hermana;
si aunque el mar, que soberbias atropella,
volcando el barco, su rigor vengara,
me moviera á piedad y la ayudara;
que de sus mismos peces sea sustento.
Ya, Sirena, aborrezco su hermosura:
Próspero salga á verla, que contento
es Próspero en el nombre y la ventura.

GALLARDO.

¿Qué tanto has de guardar el juramento?

DON IÑIGO.

Un siglo.

GALLARDO.

¿Qué tahur, qué amante jura
de no jugar ó amar, sin volver luego
este á su pretension, aquel al juego?

SIRENA.

Yo subo á verla; que aunque mas porfies,
haciendo á tus deseos resistencia,
has de seguirme.

GALLARDO.

Nunca en votos fies,
que conmuta el amor en penitencia.
Ven, y verás damascos y tabíes,
que haciendo al sol en toldos competencia,
persüaden al mar que es hoy en suma
Matilde Venus, hija de su espuma.

(*Vanse Sirena y Gallardo.*)

ESCENA VI.

PRÓSPERO.—DON IÑIGO.

PRÓSPERO.

Don Iñigo, ya ha llegado
á estremo mi sufrimiento,
que pasar de él no consiento
á mis celos y cuidado.
Haciendo agravio á mi amor,
nota de mí vendré á dar;
que el querer bien y el reinar
no sufren competidor.
Quiero bien, y reina llama
á Matilde mi deseo:
un año ha que en su empleo
añado leña á la llama
que en premio de mis desvelos
Matilde hermosa me ofrece;
que aunque el fuego de amor crece
cuando le atizan los celos,
fuera menosprecio mio
que compitiendo los dos,
tuviera celos de vos;
que mas de Matilde fio.
Cuanto á esta parte, no estoy
celoso, aunque sí ofendido
de que os hayais atrevido
á amar, sabiendo quien soy,
aun la sombra de Matilde,
que mirar no mereceis.
¡Vos competencia me haceis
pobre, estrangero y humilde!
¡Vos en público á sus puertas
carteles de amor fijais,
y esperanzas publicais
mas locas cuando mas ciertas!
¡Vos sortijas manteneis,
convidando aventureros,

cuando aun para manteneros
á vos mismo no teneis!

DON IÑIGO.

Próspero, tratad mejor
á quien os sufre discreto;
pues demas de que respeto
vuestra nobleza y valor,
reverencio á la princesa
en vos, porque sé que os ama:
príncipe Taranto os llama;
la sangre real que interesa
vuestra casa, es conocida,
y de mí siempre estimada.
España fue patria amada,
puesto que no agradecida,
de mi padre y su ascendencia,
de quien nobleza heredé:
Ruy Lopez de Avalos fue
condestable, en la prudencia
y la lealtad mas notable
que tuvo ni tendrá el mundo;
aunque don Juan el segundo,
si le hizo conde, no estable.
De la envidia huyó á Aragon,
porque á no ser perseguida,
no es la virtud conocida.
Vino á Italia, en conclusion,
con don Alfonso el primero
de Nápoles, de Fernando
padre, que el reino ganando
con su prudencia y acero,
hizo al tiempo coronista
inmortal de su memoria.
No alcanzó Alfonso vitoria
en esta noble conquista,
que no se la atribuyese
al esfuerzo y al valor
de mi padre vencedor.
Dióle estado en que viviese,
á su gusto y eleccion;
que no quiso escarmentado,
otra vez entronizado,

provocar á la ambicion.
Este heredé, y como mozo,
supe conservar tan mal,
que le gasté liberal,
porque de serlo me gozo:
y supuesto que es mudable
el estado y la riqueza,
siendo el valor y nobleza
accidente inseparable;
pues en ella me señalo,
estimad la calidad
en mas que en la cantidad,
porque en cuanto esta os igualo:
que yo con vos no compito,
ni el vuestro mi amor contrasta.
Con una voluntad casta
á Matilde solicito,
sin que ose mi atrevimiento
mas que alimentar cuidados,
dichosos por empleados
en tan alto pensamiento.
¿Qué ocasion en esto os doy
para agraviaros?

PRÓSPERO.

Bastante
es que os tengan por amante
todos de quien yo lo soy;
que es estimarme á mí en poco.
Si de ser loco os preciais,
y con eso os disculpais,
haré vestiros de loco,
y quedará disculpado
vuestro pensamiento altivo.

DON IÑIGO.

Príncipe, no deis motivo
á algun caso desdichado;
que si apurais mi paciencia
y no refrenais los labios
romperán vuestros agravios
las riendas de mi prudencia.
Haced de quien sois alarde,
y mirad que siempre ha sido

el valiente comedido,
y descortes el cobarde.

PRÓSPERO.

Sois un....

DON IÑIGO.

Paso, que sé ser
hombre, que á pesar de sumas
de ducados, corto plumas,
y las habreis menester
para volar, si me enojo.
Advertid que está mi espada
en vuestro agravio afilada,
y si una vez la despojo
de la vaina que profesa,
y en vengarme se resuelve,
es leon que nunca vuelve
á su manida sin presa.

PRÓSPERO.

Ea, arrogante español,
haced mas, y no hableis tanto. (*Echan mano.*)

DON IÑIGO.

Ya, príncipe de Taranto,
que su acero ha visto el sol,
no la culpeis, si desnuda
á vuestro pecho se pasa;
que á quien sacan de su casa,
en la que encuentra se muda.
Sabe el cielo que me pesa
de ofender mi dama ansí.

ESCENA VII.

SIRENA. GALLARDO.—DON IÑIGO. PRÓSPERO.

SIRENA.

Si hay valor humano en tí,
favorece á la princesa;
que hecho el esquife pedazos
en una roca espantosa,
ya con la mar amorosa,

da á sus olas mil abrazos,
porque en ellas no la anegue.

DON IÑIGO.

Príncipe, esta es ocasion
de amor y de obligacion:
mas presto en su ayuda llegue
el que mas de veras ama.
Volad, pues os sobran plumas;
que si amor es fuego, espumas
del mar no apagan su llama. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

PRÓSPERO. SIRENA. GALLARDO.

SIRENA.

Pues, señor, ¿qué flema es esa?
¿Es razon que ansí os quedeis,
cuando en tal peligro veis
anegarse á la princesa?
Mi hermano, aunque aborrecido,
va á socorrella; seguilde,
y pagad ansí á Matilde
el amor que os ha tenido,
para que en vos se colija
que llega al último estremo.

PRÓSPERO.

Mi salud, Sirena, temo;
que cayendo en la sortija,
me puede hacer mucho daño
entrar en el mar tan presto.
En obligacion me ha puesto
el favor noble y estraño
que de don Iñigo escucho,
y á premiársele me allano;
mas es de Sirena hermano,
y ansí del mar sabe mucho.
Yo en peligro semejante
¿qué ayuda le puedo dar
si nunca supe nadar?

SIRENA.

¿Esa es disculpa de amante?

PRÓSPERO.

Adórola, vive Dios;
mas no importa el ser amada;
que amor vuela, mas no nada. (*Vase.*)

GALLARDO.

Mas no nada para vos.

ESCENA IX.

SIRENA. GALLARDO.

GALLARDO.

¡Miren aquí en quien ha puesto
Matilde su voluntad!

SIRENA.

Esta vez de la beldad
de Matilde es manifiesto
dueño mi hermano.

GALLARDO.

No hay duda,
si la saca viva á tierra....
ó el alma de un tigre encierra.

SIRENA.

El tiempo las cosas muda.
Mucho pueden beneficios
en el mas terrible pecho:
la fineza que hoy ha hecho,
junta á los demas servicios,
le han de dar debida paga.

GALLARDO.

Animales hay tan fieros,
señora, aun de los caseros,
que aunque el dueño los halaga,
no puede en toda la vida
amansallos.

SIRENA.

¿Cuales son?

GALLARDO.

Domestica tu un raton,
criado con la comida
de tu despensa, y verás
que al cabo de un mes y un año,
mas esquivo está y estraño.

SIRENA.

¡Qué asqueroso ejemplo das!
Labrador, he yo leido,
que una vívora crió,
y al fin la domesticó,
dándola en su cama nido;
y habiendo sus hijos muerto
á uno del pastor amigo,
los despedazó en castigo,
y despues se fue al desierto.

GALLARDO.

Seria vívora ermitaña;
pero mi egemplo perdona;
que la princesa es ratona,
si no premia aquesta hazaña.
Mas vuelve la vista al mar,
verás cual nada por él
aquese humano batel
en que va amor á pescar
merluzas, vuelto cangrejo.

SIRENA.

Mi hermano es gran nadador.

GALLARDO.

Pensará que pesca amor
besugo, y será abadejo.

SIRENA.

¿Sácala?

GALLARDO.

Sí, vive Dios.

SIRENA.

¡Notable dicha!

GALLARDO.

Es demonio:
pues la cruz del matrimonio
á cuestas saca, los dos
son para en uno. ¡Estremada

saldrá del mar para esposa!
que á fe que ha de ser graciosa,
desde hoy, muger tan salada.
Ya pisa la enjuta arena;
ya trayéndola en los brazos,
quisiera, cual pulpo, en lazos
convertirse.

ESCENA X.

—

DON IÑIGO, *con Matilde desmayada en los brazos.*— SIRENA. GALLARDO.

DON IÑIGO.
Mi Sirena,
no hay ya quien mi dicha alcance.
Diestro pescador he sido,
perlas del sur he cogido,
no tiene precio este lance.
Ven, llevémosla á tu cama.

SIRENA.
¿Viene desmayada?

DON IÑIGO.
Sí,
mas presto volverá en sí.

SIRENA.
Vamos.

DON IÑIGO.
Tus doncellas llama.
(*Llevan á Matilde don Iñigo y Sirena.*)

ESCENA XI.

—

GALLARDO.

Cumplirá el amo su antojo,
si está preñado por ella;
pues porque pueda comella;

amor se la echó en remojo.
Cual huevo fue su hermosura,
como él por agua pasada;
pero vírgen tan aguada
dudo yo que venga pura.

ESCENA XII.

DON IÑIGO. SIRENA.—GALLARDO.

DON IÑIGO.

No quiero yo estar delante,
que la daré mas pesar,
que los peligros del mar;
tú, hermana, serás bastante,
y tus criadas tambien,
para aliviar su congoja;
y así entre tanto que arroja
el agua, ropa preven
de la mas limpia y curiosa
que tienes. Sirena mia,
impertinencia seria,
siendo tú tan generosa,
prevenirte que sacases
de tus galas la mejor;
que el mayo en aguas de olor
entre holandas derramases;
que en regalos y conservas
te esmerases de tal modo,
que seas mi hermana en todo,
ya que de esto me reservas.

SIRENA.

¿Pues dónde vas tú á tal hora,
que ya el sol su curso pasa?

DON IÑIGO.

Estando Matilde en casa,
no ha de haber otra señora
mas que ella: su honestidad
pide que así la asegure,
y que liberal procure

conquistar su voluntad.
Yo sé que el mayor servicio
que puedo hacerla, Sirena,
es irme, y no darla pena
con mi vista.

SIRENA.

Noble indicio
da tu valor en el mundo:
tu discrecion considero,
generoso en lo primero,
y cortés en lo segundo.
Vete con Dios, que yo quedo
en tu lugar: vistete
ropa enjuta.

DON IÑIGO.

Ansí lo haré.

SIRENA.

Yo te desharé si puedo,
esta nieve que te abrasa.

DON IÑIGO.

Anda, y no te apartes de ella.

GALLARDO, *aparte.*

¡Oh cuerpo de Dios con ella,
y con quien la trujo á casa! (*Vanse.*)

Campo inmediato á la quinta de don Iñigo.—Es de noche.

ESCENA XIII.

RUGERO. TEODORO.

RUGERO.

¡Que me quitó tal ventura
este español! ¡que á ayudar
la fuese cuando la mar
darme á Salerno procura!
¡Que la sacase en sus brazos!

TEODORO.

¿Hay temeridad mas loca?

RUGERO.

¡Que en mi favor una roca
hiciese el vaso pedazos!
¡Oh! maldiga Dios á España,
y á quien bien quiere á su gente.

TEODORO.

Es don Iñigo valiente.

RUGERO.

¡Bravo amor, y brava hazaña!

TEODORO.

Desmayada la sacó,
y en su quinta la regala,
porque á su desden iguala
la nobleza que heredó;
pero ¿qué importa su ayuda,
si siendo del rey privado,
comision, conde, te ha dado,
con que has de quedar sin duda
en la quieta posesion
del estado que perdiste?
Si ya la carta escribiste,
y segun tu provision,
su casa has de visitar,
su favor ¿de qué aprovecha?

RUGERO.

Su firma tengo contrahecha,
y el papel le pienso echar
entre los demas que tiene
en su escritorio guardados.

TEODORO.

Heredarás sus estados,
si á las manos del rey viene.

RUGERO.

Sí, Teodoro; mas traiciones
duran poco, y mucho dañan.
Si los tiempos desengañan
mis soberbias pretensiones,
¿qué he de hacer?

TEODORO.

Déjate de eso.

RUGERO.

¿Mas seguro no me fuera
que el mar sepulcro la diera,
y que por este suceso,
sin marañas, heredara
lo que este español me quita?

TEODORO.

Tu ventura solicita,
que el favor del rey te ampara.
De Salerno te apodera;
que si su dueño te ves,
defendiéndole despues,
cuando sepa esta quimera
el rey, importará poco.

RUGERO.

¿Aquí Matilde no está?
La noche ocasion me da
con que de este español loco
me vengue, y á la princesa
la vida pueda quitar.
Esta quinta he de abrasar,
con que aseguro mi empresa
mejor que en cartas fingidas.

TEODORO.

¿Cómo lo piensas hacer?

RUGERO.

Esta noche he de poner
fuego á costa de sus vidas,
sin que se sepa el autor,
á esta casa; pues durmiendo
su gente, salir pretendo
con mi esperanza mejor.
El viento del mar me ayuda
para abrasalla con él.

TEODORO.

¡Determinacion crüel!
mas provechosa sin duda.
A propósito es la hora.

RUGERO.

Vamos, que si dicha tengo,
hoy del español me vengo,
y muere mi opositora. (*Vanse.*)

Cuarto destinado á Matilde en la quinta de don Iñigo.

ESCENA XIV.

MATILDE, *en ropa de acostarse.* PRÓSPERO, *como de noche.*

MATILDE.

Príncipe, ¿qué atrevimiento
es este? ¿Cómo asaltais
de noche casas agenas?

PRÓSPERO.

Propias las puedes llamar,
ingrata, pues mis desdichas,
para que padezca mas,
siempre á don Iñigo ofrecen
empresas, con que obligar
á que amándole, me olvides.
¿Quién duda que ya tendrás
á su atrevido socorro
rendida la voluntad?
Tres años ha que te sirve,
y que gasta liberal
la hacienda en tu pretension
que ha desperdiciado ya.
Dió albricias en tu sentencia;
mantuvo diestro y galan
á tus puertas hoy sortija;
la de esposa le darás
en premio de ella, á mi costa.
Arrojóse por tí al mar,
fiel delfin de tus peligros,
Leandro de tu beldad.
La vida te dió cortés,
y querráte ejecutar
en ella, sacando prendas
su amor de tu libertad.
Aposéntaste en su casa;

quedarte en ella querrás;
si huéspeda, ya señora;
si libre, cautiva ya.
Mucho pueden beneficios;
confiésolo á mi pesar.
La ocasion hace al dichoso;
la fortuna se la da.
Yo sin ella, y ya sin tí,
vengo solo á celebrar
á tus ojos mis obsequias:
goces mil años y mas,
aunque yo muera celoso,
su generosa lealtad,
su apacible compañía,
su florida y verde edad;
que yo en manos de la ausencia,
si es amor enfermedad,
ausentándome de aquí,
me parto á Roma á curar.

MATILDE.

Si tú te haces juez y reo,
y la sentencia te das,
mis quejas darán en ella
testimonio de verdad.
Príncipe, obras son amores;
que las palabras se van,
como son hijas del viento,
tras él, sin volver jamás.
Entre las olas me viste,
con su salado cristal
luchando á brazo partido;
entró en él á poner paz
el valeroso español;
y tú cuerdo en el obrar,
si loco en el prometer,
no te atreviste á mojar
las plumas, como tú vanas;
pero no anduviste mal,
que amor vuela, mas no nada,
y ansí no supo nadar.
Nadó don Iñigo, en fin;
su dicha supo pescar;

y á quien nada, y me da vida,
nada es venirle á adorar.
Siempre fueron los peligros
del amor y la amistad
piedra-toque, que descubre
el oro que sube mas.
Si él es oro, y tú eres hierro,
yerro, Próspero, será,
despreciando su valor,
de tu hierro hacer caudal.

PRÓSPERO.

¿Luego eso dices de veras,
cuando probándote están
mis celos que hablan de burlas?

MATILDE.

Caiste; hiciérate mal
entrar en el mar, que ansí
te pudieras resfriar;
y por no quererme frio,
te guardaste: ¿no es verdad?

PRÓSPERO.

Basta: ¡que de mí te burlas!
Pues de veras me verás,
mudable, desde hoy mudado;
que ansí te pienso imitar.
Laura, hermana de Rugero,
celosa de tu beldad,
llora, puesto que la suya
es con la del sol igual.
Desposándome mañana,
mi amor se despicará;
que contra un veneno es otro
la cura mas eficaz.
No pienso verte en mi vida.

MATILDE.

Oye, escucha, vuelve acá.
(*Aparte.* ¡Oh inclinacion poderosa!
¡Oh celos! ¡oh amor rapaz!
¿qué no podreis todos tres,
si el primero hace el iman
que no pare hasta que al norte
mire que virtud le da?)

Yo quiero desenojarte;
cesen quejas, haya paz;
que tras celos y nublados
amor y el sol lucen mas.
Perdonen obligaciones,
socorros, vida, lealtad;
que por mas que eso atropella
amor, cuando es natural.
Princesa soy, joyas tengo:
pídame el mejor lugar
don Iñigo, y no me pida
prendas que en el alma están.
¿Haste ya desenojado?

PRÓSPERO.

Como el amor es rapaz,
con poco se desenoja;
pero corrido estará
mientras alarde no hiciere
de la firme voluntad,
que con obras, como has dicho,
saca á plaza su caudal.
Plegue á Dios, Matilde mia,
que te quite un desleal
el estado con la hacienda;
que te mande desterrar
el rey; que en aquesta quinta
se encienda un fuego voraz,
para que entonces conozcas
mi amor firme y liberal.
No ha querido el cielo....

MATILDE.

Basta:
no digas, príncipe, mas;
ni por hacerme á mí bien,
quieras que me venga mal.
Mas valen palabras tuyas
que obras de otro: en casa está
durmiendo toda su gente;
mas presto despertará.
Vete, que abre ya el aurora
sus vidrieras de cristal:
en Puzól, recreacion mia,

esta tarde me verás....
Pero oye, escucha: ¿qué es esto?

GALLARDO, *dentro.*

¡Socorro! ¡Agua, que se abrasa,
cielos, nuestra quinta y casa!

VOCES DENTRO.

¡Fuego, fuego!

GALLARDO, *dentro.*

Acudid presto,
que están las puertas cogidas,
y se ha de abrasar la gente.

MATILDE.

¿Hay caso mas inclemente?

PRÓSPERO.

Riesgo corren nuestras vidas.
Mirad, princesa, por vos,
que el fuego nos ha asaltado,
y las puertas ha atajado.

GALLARDO, *dentro.*

¡Que nos quemamos, mi Dios!

MATILDE.

Príncipe, ¿qué hemos de hacer?

PRÓSPERO.

Por esta ventana quiero
saltar.

MATILDE.

¿Tú eres caballero?
Si te obliga una muger,
á quien tanto dices que amas,
descuélgame antes por ella.

PRÓSPERO.

Todo el temor lo atropella,
y ya se acercan las llamas.
¿Cómo haré lo que me mandas,
si no hay con que te librar?

MATILDE.

La capa puedes rasgar:
con las ligas, con las vandas
que atemos, y con sus tiras,
nos libraremos los dos.

PRÓSPERO.

¡Gentil espacio, por Dios,

para el peligro que miras!
Salta, princesa, tras mí,
si te atreves.

MATILDE.

Pues, traidor,
¿esa es la ayuda y favor
que me prometiste aquí?
¿El fuego que deseabas
que en la quinta se encendiese
porque tu amor conociese?
¿Lo mucho que blasonabas?
¿El jurar, el prometer
de no dejarme jamás?

PRÓSPERO.

Aquí, princesa, verás,
lo que hay del decir á hacer.
En muerte no hay juramento
con que obligarme presumas,
porque palabras y plumas
dicen que las lleva el viento. (*Vase.*)

MATILDE.

Pues no pienses, enemigo,
que ansí tienes de librarte;
que el huir he de estorbarte,
porque te abrases conmigo. (*Vase.*)

Vista esterior de la quinta.

ESCENA XV.

DON IÑIGO, GALLARDO, SIRENA, *alborotados.*

DON IÑIGO.

¿Y dónde está mi princesa?

SIRENA.

¡Ay hermano de mi vida!
ya de la llama homicida
será malograda presa.

En los brazos del sosiego
durmiendo, su muerte fragua,
porque lo que no hizo el agua
ose egecutar el fuego.
En ese cuarto se abrasa,
siendo el remedio imposible;
porque la llama terrible,
juez violento de tu casa,
de fuego ha puesto las guardas
á las puertas.

DON IÑIGO.

Pues quedar
hecho ceniza, y mostrar
de amor hazañas gallardas.

SIRENA.

¿Estás loco?

GALLARDO.

Señor mio,
detente, que tu aficion
no es caso de inquisicion,
ni tú herege ni judío.
Basta quedar de la agalla,
sin casa, ropa, ni hacienda.

DON IÑIGO.

Nadie impedirme pretenda,
que he de abrasarme ó libralla.
Haga aquí mi esfuerzo alarde.

ESCENA XVI.

MATILDE *y* PRÓSPERO, *á una ventana.*—DICHOS.

MATILDE.

Conmigo te has de abrasar,
sin que te deje librar,
descomedido, cobarde.

PRÓSPERO.

Vive Dios, si no me dejas,
que con la daga te pase
el pecho.

MATILDE.

Como te abrase
el fuego, y vengue mis quejas,
mátame.

PRÓSPERO.

Suelta atrevida,
y cuando ves que me abraso,
de palabras no hagas caso;
que mas me importa la vida.
(*Éntranse los dos.*)

ESCENA XVII.

DON IÑIGO. SIRENA. GALLARDO.

DON IÑIGO.

¡Oh bárbaro! Vive Dios,
que ha de ver por esperiencia
Matilde la diferencia
que el amor hace en los dos.
La princesa de Salerno
saldrá libre á tu pesar,
aunque lo intente estorbar
el fuego del mismo infierno. (*Éntrase.*)

ESCENA XVIII.

SIRENA. GALLARDO.

GALLARDO.

¡Por el tropel de las llamas
se arrojó!

SIRENA.

¡Bravo valor!
Salamandra del amor,
él te libre, pues bien amas.

GALLARDO.

Envuelta en su misma capa
la trae.

ESCENA XIX.

DON IÑIGO, *que saca á* MATILDE *envuelta en la capa.*—DICHOS.

DON IÑIGO.
Vamos á la fuente,
que aplaque el rigor ardiente
de que mi valor te escapa.

SIRENA.
¿Sales herido?

DON IÑIGO.
¿Qué importa,
si con la que adoro salgo?

MATILDE.
Español de pecho hidalgo
los pies te pido.

DON IÑIGO.
Reporta....

MATILDE.
Dos veces debo á tus brazos
la libertad con la vida:
ella será agradecida
á tus generosos lazos.
Salerno te ha de llamar
su príncipe.

GALLARDO.
¡Buen bocado!

DON IÑIGO.
Pues del fuego te he librado,
y te he sacado del mar,
ya gozan mis pensamientos
con tu vida el galardon.

MATILDE.
De lo que te debo son
testigos dos elementos.
(*Aparte.* Deseos agradecidos,
mudad de amor y consejo.)

GALLARDO.
Llamas, á Dios, que allá os dejo
el arca de mis vestidos.

ACTO SEGUNDO.

Cámara del Rey.

ESCENA I.

EL REY. RUGERO. PRÓSPERO.

REY.

Bien, Rugero, habeis salido
con vuestra cuerda invencion;
yo me doy por bien servido.
De Matilde la traicion
descubierta á tiempo ha sido;
pues cuando mas confiado
el de Anjou contra mí parta,
saldrá en vano su cuidado.
La firma de aquesta carta
hoy á Salerno os ha dado:
muchos años le goceis.

RUGERO.

Sirviéndoos, señor, á vos;
que aunque la guerra temeis,
esperanza tengo en Dios
que pacífica goceis
esta corona, á pesar
de quien traiciones encierra.

REY.

Matilde no ha de quedar
con una almena en mi tierra.

RUGERO.

Y es muy justo. Secuestrar
toda su hacienda mandé;
y como tan descuidada
de su desgracia la hallé,

sin poder ocultar nada
pobre y triste la dejé;
y ha de perder el júicio,
sin la hacienda, segun queda.

REY.

Dará de lo que es indicio.

PRÓSPERO.

Cualquier mal que le suceda,
si anduvo en tu deservicio,
es, señor, bien empleado.

REY.

Quitárale la cabeza,
como le quito el estado,
á sufrirlo la nobleza
que de mi sangre ha heredado;
mas salga desposeida
de Salerno, y sienta al doble;
que afrentada y perseguida,
es la pobreza en el noble
civil muerte de por vida.
Notificalde, Rugero,
que dentro de nueve dias
salga del reino; que quiero,
atajando tiranías,
ser con clemencia severo;
y escarmiente en su cabeza,
Próspero, quien contra mí
á alterar mi reino empieza.

PRÓSPERO.

Toda mi vida serví
con lealtad á vuestra alteza.

REY.

No lo niego yo.

PRÓSPERO, *aparte.*

Parece
que con palabras confusas
dudas contra mí encarece.

REY.

Sospechoso es quien escusas,
sin darle cargos, ofrece.
No paseis mas adelante;
que de vuestra lealtad

no estoy, Próspero, ignorante;
aunque amor y mocedad
ciegan tal vez un amante.

PRÓSPERO.

Yo confieso, gran señor,
que á Matilde le he tenido;
pero jamás el amor
destruye en el bien nacido
las deudas de su valor.
No supe mientras la amé
cosa en vuestro deservicio;
pero agora que lo sé,
dando de quien es indicio
mi lealtad, la olvidaré.
Y para prueba mayor
de que serviros deseo,
os suplico, gran señor,
que alenteis un noble empleo
en mejoras de mi amor.
Laura es de Rugero hermana,
y bastante su hermosura
á hacer la sospecha vana
que teneis, si mi ventura
al yugo de amor la allana;
pues de esta suerte mejoro
mi fe, dando indicios claros
que os guardo el justo decoro,
y demas de aseguraros,
muestro lo que á Laura adoro.

REY.

Siendo Laura tan discreta,
no creo rehusará
amor que ansí la respeta.

RUGERO.

Mi hermana, señor, está
á vuestro gusto sujeta.

REY.

Si en el mio el suyo ha puesto,
Próspero su esposo sea.

PRÓSPERO.

Lo que os debo os manifiesto,
gran señor.

REY.

Muy bien se emplea.
en vos Laura. Mas ¿qué es esto?

ESCENA II.

MATILDE, *de luto.*—EL REY. PRÓSPERO. RUGERO.

MATILDE.

(*Se arrodilla.*)
Pues vengo á tus pies, señor,
en mi inocencia repara;
que no osa mirar la cara
de su rey el que es traidor.
La culpa engendra temor,
y siendo un Dios en prudencia
el buen rey, con la presencia
que la verdad autoriza,
al pecado atemoriza,
animando á la inocencia.
De la poca turbacion
con que mi lealtad pregono,
buenos testigos de abono
mi cara y mi lengua son.
Si da lugar la pasion,
en ellos verás sin duda
la verdad que anda desnuda;
pues cuando culpas declara,
hurta el color á la cara,
y deja la lengua muda.
A Salerno me has quitado,
y lo que es mas, el honor,
que se restaura peor
que la hacienda y el estado.
Un papel solo ha bastado
á la sentencia crüel,
que la ambicion cifra en él:
¿cuándo el juez mas enemigo
condenó con un testigo,
y ese solo de papel?

Bien le puedo recusar,
pues habla en mi perjüicio;
que no se admite en jüicio
el que se deja cohechar.
Pero si él pudiera hablar,
como se deja leer,
testigo viniera á ser
del traidor, que sabe en suma
hacer cohechos de pluma,
y firmas contrahacer.
Mas aunque, sordo á mis quejas,
no me des de ellas venganza,
porque en el rey la privanza
ensordece las orejas,
si libre el derecho dejas
que tengo á volver por mí,
fuerza es que escuches aquí
mi justicia; que esta vez,
pues siendo parte eres juez,
de tí apelo contra tí.
No que me perdones pido,
ni es esa mi pretension;
que no puede haber perdon
donde delitos no ha habido:
sino es que estés advertido
que quien contra una muger
traidor ha venido á ser,
aunque su lealtad afirmas,
como ha hecho falsas firmas,
reyes falsos sabrá hacer.

RUGERO.

La fé que en mi abono alego,
y vuestra traicion contrasta,
respondiera, á no estar....

REY.

(*A Rugero.*)

Basta.

(*A Matilde.*)

Salid de mis reinos luego.

(*Vanse el Rey y Rugero.*)

ESCENA III.

MATILDE. PRÓSPERO.

MATILDE.

¡Ah lisonjas, que el sosiego
quitais y haceis tantos daños!
En un rey de pocos años,
¿qué importan verdades ciertas,
si al alma tomais las puertas,
poniendo guardas de engaños?
Ya, príncipe que ha cumplido,
en prueba de vuestro amor,
maldiciones el rigor
que habeis al cielo pedido;
ya que se incendió la casa
donde amante prometistes
favores que no cumplistes,
en fé que amor no os abrasa;
ya, en fin, que el rey me ha quitado
la hacienda, el honor, la tierra,
y severo me destierra
de su reino y de mi estado;
si en el noble deudas son
palabras, que es bien que cobre,
no os espanteis de que pobre
haga en vos ejecucion.
Aquí no hay que recelar
peligros, como primero:
ni os amenaza el mar fiero,
ni el fuego os ha de abrasar,
ni de mi esposo y señor
os pide el sí mi ventura;
que hoy juzgareis por locura
lo que ayer por gran favor.
A menos costa podeis
palabras desempeñar:
mándame el rey desterrar
la persecucion que veis,

me halló desapercebida,
de mi inocencia señal;
pues á no ser yo leal,
ya estuviera prevenida.
Embargáronme la hacienda,
y hasta las ropas y el oro,
de mi persona decoro:
no tengo que empeñe ó venda,
sino el agradecimiento,
que siempre que vos gusteis,
en mí ejecutar podreis:
y aquí empeñaros intento.
Fuerza es salir desterrada,
y quisiera partirme hoy,
ya que no como quien soy,
al menos cual pobre honrada.
Dad en esta ocasion muestra
del valor que se os ofrece,
y salga como merece
quien ha sido prenda vuestra.

PRÓSPERO.

Sabe el cielo lo que siento
vuestra desgracia, señora,
y que si como os adora
mi constante pensamiento,
no temiera un rey airado,
y menor mi riesgo fuera,
dueño del alma os hiciera,
como de mi principado.
El delito que os imputan,
sea mentira ó sea verdad,
es de lesa magestad,
y por traidores reputan
los que amparan á traidores.
Estoy, por vos, indiciado
con el rey; que no han sacado
otro fruto mis amores.
Si sabe que os favorezco,
su sospecha haré verdad,
y estimo en mas mi lealtad,
que el amor que os encarezco.
Lo que por vos podré hacer,

andando el tiempo, es hablalle,
disponelle y amansalle;
pues al fin ha de vencer
la verdad; y en cuanto á esto,
cuando mi lealtad entienda,
la vida, estado y hacienda
estoy á perder dispuesto
en vuestra defensa: agora
perdonad el no atreverme
á ayudaros, que es perderme,
puesto que el alma os adora.
Si vos os servís que escriba
al de Mantua, mi deudo es,
y no dudo que el marques
como quien sois os reciba.
Enviaréle un propio luego,
y prevenido estará,
para que en llegando allá
dé á vuestras penas sosiego.
Y quedaos, señora, á Dios;
que han de culpar en palacio
mi lealtad, si tan despacio
me ven hablando con vos.

MATILDE.

Esperad, que mal restaura
vuestra fé mi amor primero....

PRÓSPERO.

Temo que salga Rugero,
que ha de casarme con Laura.
No me llames ni me nombres,
que estoy en buena opinion. (*Vase.*)

MATILDE.

Vete, traidor, que así son
todos los mas de los hombres.

ESCENA IV.

MATILDE.

¡Ah pelota del mundo, que no encierra
sino aire vil que se deshace luego!

¡De favor me das cartas, cuando llego
ofendida de un rey que me destierra!
Quien fé á palabras da ¡qué de ello yerra!
Prueba tu amor el mar cuando me anego,
tu cobardia saca á plaza el fuego,
y hasta el favor me niegas de la tierra.
Tres elementos, bárbaro, han mostrado,
que eres cobarde, ingrato y avariento:
en el cuarto tu amor solo has cifrado.
¡Qué á mi costa, villano, esperimento
que en palabras y plumas me has pagado!
Mas quien de ellas fió, que cobre en viento. (*Vase.*)

Esplanada delante de la quinta de don Iñigo, la cual aparecerá arruinada por el incendio.

ESCENA V.

DON IÑIGO, *con gaban y una escopeta*. GALLARDO.

GALLARDO.
¡Buenos habemos quedado!
DON IÑIGO.
Paciencia mi daño apreste.
GALLARDO.
Como si amor fuera peste,
la hacienda nos han quemado.
DON IÑIGO.
No tan malo que una sala
en que dormir nos dejó.
GALLARDO.
De luto la entapizó
con el humo que señala.
A los privados presumo
que hoy el fuego á imitar prueba,
pues que la hacienda nos lleva,
y solo nos paga en humo.
Ya es casa de esgrimidor

la nuestra: una pobre cama
te dejó la voraz llama,
que cuando fuera mejor,
no importara; un arcabuz,
una espada y un broquel;
una imagen de papel,
dos monteras y una cruz;
un cuchillo, dulce en filos,
de monte....

DON IÑIGO.

No seas molesto.

GALLARDO.

Y el vestido que traes puesto;
que en los huesos de sus hilos
muestra que en tales sucesos
la pobreza con quien topa,
por no perdonar la ropa,
la desentierra los huesos.

DON IÑIGO.

El cielo lo quiere ansí:
¿qué he de hacer?—Dábame pena
ver á mi hermana Sirena
tan pobre y triste por mí;
y tanto mas lo sentia,
cuanto con su discrecion
me ha puesto en obligacion;
mas es hermana al fin mia.
Laura, viendo lo que pasa,
como su amistad estima,
de sus males se lastima,
y la ha llevado á su casa.

GALLARDO.

No ha sido esa poca suerte.

DON IÑIGO.

Por notable la tuviera,
como Rugero no fuera
su hermano, y contrario fuerte
de Matilde.

GALLARDO.

¡Bien por Dios!
Cada loco con su tema.
La hacienda el fuego nos quema,

dejándonos á los dos
por su ocasion de la agalla,
¿y en eso das todavia?

DON IÑIGO.

Crece mi amor de dia en dia:
ya, Gallardo, sin amalla
no podré vivir.

GALLARDO.

¡Qué bueno
para el tiempo!

DON IÑIGO.

Una muger
que se acostumbró á comer
desde pequeña veneno,
con cualquier otro sustento
sentia daño y pesadumbre:
quiero ya bien por costumbre,
y mátame otro sustento.

GALLARDO.

Que ya eres dichoso digo;
pues cuando, á mi parecer,
no esperábamos comer,
traes la despensa contigo.
¡Pobre de aquel que sin llamas,
no gasta esa provision!
Trocara yo á un bodegon
toda una flota de damas.
¡Que sea tan estreñida
la tuya, señor, que agora,
viendo que te es deudora
por dos veces de la vida,
y que amando hasta lo sumo,
el fuego, y tu amor que abrasa
mas que él, abrasó tu casa,
pagando, cual duende, en humo,
ya no te haya socorrido!

DON IÑIGO.

Esta mañana partió
á la corte; ayer quemó
mi hacienda el fuego atrevido:
aun no es tarde.

GALLARDO.

¡Buena flema!
¿Pues habia de aguardar
Matilde mas que á llegar,
cuando tu casa se quema,
á la suya, para hacer
muestras su agradecimiento
de quien es?

DON IÑIGO.

De oir me afrento
tu interés.

GALLARDO.

Al fin muger.
Un tigre que en ellas fie.

DON IÑIGO.

Déjate de eso, por Dios.

GALLARDO.

¿Qué hemos de comer los dos,
cuando nada nos envie,
pues no hay lienzos que vender,
ni bajilla que empeñar?
Si no damos en quitar
capas, ¿qué habemos de hacer?

DON IÑIGO.

Pobre estoy: sola una traza
mi necesidad previene
mientras otro tiempo viene.

GALLARDO.

¿Y cuál es?

DON IÑIGO.

Salir yo á caza,
de que este monte está lleno.

GALLARDO.

Sin pan, ¿qué has de hacer con ella?

DON IÑIGO.

Tú puedes ir á vendella
á Nápoles.

GALLARDO.

¡Par Dios, bueno!

DON IÑIGO.

Diestro soy en la escopeta:
aquí hay muchas codornices

y conejos.

GALLARDO.

¡Qué bien dices!
Mejor trazas que un poeta.
Como con eso socorras
nuestra hambre, pierde cuidado:
mas yo en mi vida he andado
sino es á caza de zorras.

DON IÑIGO.

Solo que lo vendas quiero.

GALLARDO.

¡Ay Dios! ¿quién hubiera sido
mes y medio en Mollorido
pupilo de su ventero!
Mas no comerán sin pebre
lo que cazare tu mano:
cázame tú un escribano,
venderé el gato por liebre.

DON IÑIGO.

Yo en sátiras no te ensayo,
sino solo en cazador.

GALLARDO.

¿Y he de venderla, señor,
en figura de lacayo,
que afrento mi profesion?

DON IÑIGO.

Allí queda otra montera.
¿No tienes capa?

GALLARDO.

Aguadera,
que es mi manta y mi colchon.
Págueselo Dios al fuego,
que solo la chamuscó.

DON IÑIGO.

¿Qué te falta?

GALLARDO.

Tener yo
por amo un clérigo, ó ciego,
para quedar gradüado
por lazarillo de Tormes.

DON IÑIGO.

Son mis desgracias enormes.

GALLARDO.

Y yo soy tu acompañado.
Cumplido vengo hoy á ver
lo que mi madre decia.

DON IÑIGO.

¿Y fue?

GALLARDO.

Que ganar tenia
por la pluma de comer.
Yo que en dos años ó tres
solo á firmar aprendí,
de sus dichos me reí,
siendo lacayo cual ves;
pero ya conozco en suma,
si llevo caza á vender,
que he de ganar de comer,
sin escribir, por la pluma.
Mas, pues así te dispones,
que en fin es noble egercicio,
tambien tengo yo mi oficio.

DON IÑIGO.

¿Y cuál es?

GALLARDO.

Hacer botones:
que los lacayos que dan
en curiosos, cuando tardan
los amos, siempre que aguardan,
centinelas de un zaguan,
ó calzas de aguja tejen,
ó ya botoneros son.
Hormillas tengo y punzon:
como seda me aparejen,
mientras cazando te pierdas,
te ayudaré con labrallos;
ó descolando caballos,
haré botones de cerdas,
con que mejor te sustentes.

DON IÑIGO.

No hay español que sea ingrato.

GALLARDO.

Otro oficio mas barato
sé.

DON IÑIGO.

¿Y es?

GALLARDO.

Hacer mondadientes,
y acá no son menester,
bendito Dios. (Un corito
respondió: "no tan bendito,
llevándolos á vender.")
Tú cazando codornices,
yo palillos pregonando,
y á la corte abotonando,
podremos pasar....

DON IÑIGO.

Bien dices.

GALLARDO.

Porque esperar en tu dama
son esperanzas judías,
y ella su tardon Mesías,
pues no escucha á quien la llama.

ESCENA VI.

—

MATILDE, *de peregrina.*—DON IÑIGO. GALLARDO.

MATILDE.

(*Sin ver á los dos.*)
Aborrecida pobreza,
tan poderosa os mostrais,
que con no ser Dios, mudais
la misma naturaleza.
Que sois madre del olvido
pruebo en mis desdichas hoy,
pues despues que pobre estoy
ninguno me ha conocido.
Ejemplos el mundo ve
en mí de aquesta verdad:
ayer con prosperidad,
hoy peregrina y á pie.
Y pues ninguno me ampara,
no me conocen sin duda;

que en fin la pobreza muda,
como los años, la cara.
¡Ah príncipe de Taranto!
Bien pude yo adevinar
en lo que habia de parar
tan poco hacer y hablar tanto;
pues que pintó, en vuestra mengua,
y en prueba de esta verdad,
al amor la antigüedad
con manos, pero sin lengua.
Callando, hizo cuanto pudo
el noble español por mí,
que amó firme, y mostró en sí
que no hay amor como el mudo.

DON IÑIGO.

Gallardo, espera por Dios:
¿no es Matilde la que vemos?

GALLARDO.

Desde anteayer no comemos,
y ansí pienso que los dos,
de puro desvanecidos,
vemos lo que imaginamos.
En un pensamiento estamos;
solamente en los vestidos
diversa el viento la pinta.

DON IÑIGO.

Ella es, no hay que decir.

GALLARDO.

¿Pues á qué habia de venir
de tal suerte á nuestra quinta?

DON IÑIGO.

¿Que sé yo? ¡Matilde hermosa!

MATILDE.

¡Oh generoso español!

DON IÑIGO.

¿Cómo peregrino el sol?

GALLARDO.

Ella es por Dios: ¡hay tal cosa!

DON IÑIGO.

Declarad presto, señora,
la causa de ese disfraz.

MATILDE.

El rey perturba mi paz;
traidores me hacen traidora.
Del reino voy desterrada,
de mi estado desposeida,
de amigos aborrecida,
de Próspero despreciada.
Y si mas deciros quiero,
no podré.

DON IÑIGO.

¡Válgame Dios!
¡Desterrada y pobre vos!
¿Anda por aquí Rugero?

MATILDE.

Él es quien al rey engaña,
y mis firmas contrahaciendo,
le persuade que le ofendo,
y en mi patria me hace estraña.
Como trabajos no sé
hasta agora lo que son,
el quitarme la opinion,
y el venir, cual veis, á pie,
me tienen tal, que imagino
que mi vida será corta.

DON IÑIGO.

Por lo que á la mia importa,
no quiera el cielo divino
dar á traidores venganza.
Pues ¿á dónde vais ansí?

MATILDE.

¿Dónde irá quien no va en sí,
sin socorro ni esperanza?
El duque de Milan es
mi primo, y en su favor
pudiera hallar mi rigor
alivio, y honra despues;
pero sola y de esta suerte,
¿cómo podré caminar
hasta Milan, sin llegar
primero que yo mi muerte?

DON IÑIGO.

Avisémosle primero.

MATILDE.

¿Cómo, si solo me ha dado
de término el rey airado
nueve dias?

DON IÑIGO.

¡Caso fiero!
Ahora bien, señora mia,
para los trabajos son
el valor y el corazon.
Aquí os quedad este dia;
que aunque se cifra mi hacienda
en este pobre solar,
á la corte iré á buscar
algun noble á quien lo venda.
Con lo que por él hallare,
compraré cabalgadura,
en que camineis segura;
y por si alguno intentare
en el camino agraviaros,
(que quien del estado os priva
tampoco os querrá ver viva
aquí) podré acompañaros.
Que, pues vivo solo en vos,
fuerza es, contra el que os ofenda,
que en vuestra vida defienda,
princesa, la de los dos.

MATILDE.

En bronces del tiempo labras
la fama y valor que cobras.

DON IÑIGO.

Vamos, señora, á las obras,
y dejemos las palabras.

MATILDE, *aparte.*

Si ansí Próspero lo hiciera,
su nobleza no afrentara.

DON IÑIGO.

(*Habla aparte á Gallardo.*)
Gallardo, mi amor ampara,
que solo en tu industria espera.
¿Tienes algo que vender,
con que á Matilde regale?

GALLARDO.

La almohaza que un real vale
y no la hemos menester;
el estiercol, que á la puerta
de nuestra caballeriza
llega, y para la hortaliza
de aquesta vecina huerta,
su dueño nos comprará;
un jarro y dos orinales;
que todo valdrá tres reales.

DON IÑIGO.

Necio estás; acaba ya.

GALLARDO.

Pues si no nos quedó nada
sino es la caballeriza,
¿qué he de vender? La ceniza
de nuestra quinta abrasada
lavanderas comprarán
para colada y legías.

DON IÑIGO.

¡Qué estraño humor siempre crias!
(*Quítase el gaban.*)
Toma, vende este gaban.

GALLARDO.

¿Y en cuanto?

DON IÑIGO.

En lo que pudieres.

GALLARDO.

¡Bravo San Martin de amor!
¿Ya das la capa, señor?

DON IÑIGO.

Desnudo anda amor: ¡qué quieres!

GALLARDO.

Si por Dios hubieras hecho
lo que por esta muger,
sin dormir y sin comer,
pobre, afligido y deshecho,
¿que san Onofre ó san Bruno
se atreviera á aventajarte?
Bien puede canonizarte
amor.

DON IÑIGO.

No seas importuno:
véndele, y algun regalo
trae, que cene la princesa.

GALLARDO.

¡Sin manteles, silla y mesa!
Mas al hambre no hay pan malo.
Ahora bien, dos gruesas tengo
de botones, y tambien
trescientos palillos.

DON IÑIGO.

Bien.

GALLARDO.

Entretenla mientras vengo;
que si topo buena venta,
no faltará que cenar.

DON IÑIGO.

¿Con qué te podré pagar?

GALLARDO.

Despues haremos la cuenta,
si de estado y vida mudas,
pues no siempre ansí has de verte.
El gaban vuelve á ponerte:
(*Vístese el gaban don Iñigo.*)
toma, arrópate, que sudas;
y si amor la ocasion goza,
asegura aquesta dita.
Mientras que vuelvo, desquita
lo que te debe esta moza.

DON IÑIGO.

¡Vive el cielo, descortés,
que estoy...!

GALLARDO.

Ea, ¿ya empezamos?
Dame la muerte, y veamos
como cenareis despues. (*Vase.*)

ESCENA VII.

MATILDE. DON IÑIGO.

DON IÑIGO.
No ha mucho tiempo, señora,
que otra vez os hospedé,
y aunque pobre, no podré
lo que entonces hice, agora.
Una fortuna corremos
los dos, y en esto al amor
soy solamente deudor,
que en algo nos parecemos.
De vuestro estado y sosiego
el rey severo os ha echado;
mi hacienda el fuego ha quemado;
casi es uno el rey y el fuego.
Perdonad, señora mia,
mi pobreza y cortedad,
que con mas felicidad
nos veremos algun dia,
y el amor con que os me ofrezco
estimad.

MATILDE.
Por no pagar
con palabras, con callar
esta merced encarezco.
Ejecutad obras cuando
mude mis desdichas Dios;
que quiero aprender de vos,
don Iñigo, á obrar callando. (*Vanse.*)

Sala de casa de Rugero, en Nápoles.

ESCENA VIII.

LAURA. SIRENA.

LAURA.

Demas de lo que intereso,
en que vos mi casa honreis,
y la amistad que profeso
viéndoos en ella aumenteis,
para cosas de mas peso
me huelgo, Sirena mia,
de que en vuestra compañia
podamos tratar las dos
cosas, que de sola vos
el amor que os tengo fia.

SIRENA.

De esa manera os seré,
Laura, en dos cosas deudora;
una en que con vos esté,
y otra en que honreis desde agora
el crédito de mi fé.
Socorreis mi adversidad,
fiáisos de mi amistad,
y contra mi suerte escasa,
me hospedais en vuestra casa:
mucho os debo.

LAURA.

Eso dejad,
que me afrentais, por mi vida.
¿Qué tengo yo que no sea
vuestro, Sirena querida?
Mi amor en las dos desea
que no haya cosa partida.
Segun esto, no gastemos
el tiempo en vanos estremos;

que la amistad y el amor
cuanto mas llano es mejor,
y ansí la nuestra ofendemos.—
¿Cómo quedó vuestro hermano?

SIRENA.

Eso imaginaldo vos:
quejándose al tiempo en vano
de que nos trate á los dos
tan mal el fuego inhumano;
pobre, triste, y mas amante
que nunca.

LAURA.

¡Estraña fineza!
De ver amor tan constante,
la misma naturaleza,
porque su valor quebrante,
parece que le persigue,
y de industria le empobrece.

SIRENA.

No hay desgracia que le obligue,
porque en los trabajos crece
el amor que al noble sigue.

LAURA.

¡Venturosa yo, si hallara
un hombre que ansí quisiera,
y desdeñado obligara!

SIRENA.

Ser esposo vuestro espera
Próspero, y el rey le ampara,
que es cortés y caballero.

LAURA.

¡Ay amiga! no me nombres
amante tan palabrero:
si ansí son todos los hombres,
Sirena, á ninguno quiero.
El galan que es hablador,
ser papagayo de amor,
y no firme amante intente,
pues habla lo que no siente,
con tanta pluma y color.
Una urraca puede ser
con propiedad su muger,

porque hablar con él presuma:
toda ave de mucha pluma
tiene poco que comer.
De un cisne la consonancia
música, y la pluma, alegra;
mas es de poca importancia,
pues su carne dura y negra
ni es de gusto, ni sustancia.
Don Iñigo sí que es todo
quinta esencia del amor:
mas á amarle me acomodo.

SIRENA.

De tu parte ese favor
te agradezco.

LAURA.

Esto es de modo,
que á no ver que ausente está
Matilde, no descubriera
la pena que amor me da.

SIRENA.

La ausencia, que es novelera,
su firmeza mudará;
y el no verse agradecido
ha de hacer en tu favor;
que engendra, en quien ha querido,
la ingratitud desamor,
y la ausencia causa olvido.

LAURA.

Quiera Dios que hagan en él
milagros estos efetos;
pues si estima mi amor fiel,
los mas ilustres sugetos
menospreciaré por él.

SIRENA.

Como declaralle intentes
esa voluntad por mí,
no hay duda de que violentes
la de Matilde.

LAURA.

Hazlo ansí.

ESCENA IX.

GALLARDO.—LAURA. SIRENA.

GALLARDO, *pregonando.*
Palillos y mondadientes.
LAURA.
¿Qué es esto?
GALLARDO, *aparte.*
El primer encuentro
¿es Laura? llámole azar.
LAURA.
¿Hasta aquí os habeis de entrar?
GALLARDO.
Yo donde hallo abierto me entro;
pero ¿hay mas que nos salgamos?
SIRENA.
¡Gallardo!
GALLARDO.
Señora mia,
¡aquí estás, y no te vía!
Pero tan flacos andamos
tu hermano y yo de cabeza
desde la desgracia acá,
que un buey no veremos ya.
¡Mal haya tanta pobreza!
LAURA.
¿Quién es este?
SIRENA.
De mi hermano
un criado: estraño humor.
LAURA.
Pues ¿dónde vais?
GALLARDO.
Mi señor,
que aunque pobre, es cortesano....
(*Aparte.* ¿Qué diré para encubrir
que me ha enviado á vender
palillos para comer?

Ya se me olvida el mentir:
no soy yo quien ser solia.)
Digo, pues, que mi señor,
que aunque pobre, tiene amor....

LAURA, *aparte.*

¡Si fuese yo á quien le envia!

GALLARDO.

Como con él se sustenta,
palillos no ha menester;
y ansí por agradecer
el mucho regalo y cuenta
que á Sirena haceis, se atreve
y os envia estos regalos,
que es como daros de palos;
mas nadie, señora, debe
de dar mas de lo que tiene.

SIRENA.

Necio, ¿estás fuera de tí?
¿Mi hermano afrentas ansí?

GALLARDO.

(*Aparte á Sirena.*)

¡Pues qué! ¿he de decir que viene
Gallardo por la ciudad
mondadientes á vender,
para darle de comer?
Pues si lo digo, es verdad.

SIRENA.

Este no está en su jüicio.

GALLARDO.

Porque no ande por el mundo,
cual yo, mi amo vagamundo,
hemos aprendido oficio.

SIRENA.

Anda, loco.

GALLARDO.

¿Pues de qué
nos hemos de sustentar?
Mi amo vive de amar;
pero yo ¿qué comeré,
si no gasto esa hortaliza?
Todo el fuego lo asoló,
y antes con antes llegó

el miércoles de ceniza.
A vender vengo botones:
si algunos son menester
en casa, yo los sé hacer;
y no siendo camaleones,
aunque le pese á la llama,
he de buscar provision;
que aun para ser *cama-leon*,
me quemó el fuego la *cama*.

LAURA.

¡Válgame el cielo! ¡que á tanto
la necesidad obligue
á un caballero!

GALLARDO.

Nos sigue
la pobreza, que es espanto.

LAURA.

Ahora bien, los mondadientes
que traeis quiero compraros.

GALLARDO.

Con ellos podeis limpiaros,
que allá son impertinentes.
Ved ¡qué lisos y amarillos!
que como sin casa estamos,
con palillos procuramos
hacer casas de palillos.

LAURA.

Dalde, amigo, esta cadena;
mas no le digais que es mia.

(*Toma Laura los palillos y da á Gallardo una cadena.*)

GALLARDO.

Con otra tal cada dia,
me volviera yo alma en pena.

LAURA.

Cuando se la deis, decilde
que á hallar voluntad en él,
no fuera Laura crüel,
si fué diamante Matilde.
Dadme tambien los botones.

GALLARDO.

Si amor os quita el sosiego,
botones serán de fuego.

LAURA.

Tomad vos estos doblones.

GALLARDO.

¿Qué mármol no ablandarás?
A no doblonarme ansí,
doblar pudieran por mí.
Doblado mereces mas
que la princesa doblada
que al rey hizo trato doble;
mas larga eres que ella al doble;
y á Dios, que hay cena doblada. (*Vase.*)

ESCENA X.

—

LAURA. SIRENA.

SIRENA.

¿Con qué agradecer podré
tu noble y liberal pecho?

LAURA.

Sirena, el amor lo ha hecho:
ámole, y no sé por qué,
pues ni voluntad le debo,
ni amor jamás apetece
el amante que empobrece.

SIRENA.

Que es oro en quilates pruebo,
pues tanto mas es de ley,
cuanto menos liga tiene.—
Pero escucha, que el rey viene.

LAURA.

¡Jesus! ¡en mi casa el rey!

ESCENA XI.

—

EL REY.—LAURA. SIRENA.

REY.

No será la vez primera
esta que un rey haya entrado

en casa de su privado,
y mas, Laura, cuando espera
tan bello recebimiento
como el que vuestra hermosura
me hace.

LAURA.

Tanta ventura
no cabe en mi atrevimiento,
tan corto, ni estas paredes
merecen tanto favor;
mas vuestra alteza, señor,
siempre entra haciendo mercedes.
Dame tus pies.

REY.

Esta dama
¿quién es?

LAURA.

Una amiga mia.

REY.

El sol siempre lo es del dia.
¿Quién es, y cómo se llama?

LAURA.

De don Iñigo es hermana
de Ávalos, el blason
de la española nacion.

REY.

Y la lealtad castellana.

LAURA.

Sirena, señor, se llama.

REY.

Muy bien el nombre conforma,
Laura, con su bella forma.

SIRENA.

Tus pies beso.

REY.

¡Hermosa dama!
Ruy Lopez de Ávalos fue
de mi padre gran privado,
y don Iñigo es soldado
de valor, prudencia y fe.
Pobre me dicen que está,
porque el fuego y el amor

han probado su valor.
(*De cuando en cuando mira el rey á Sirena.*)

LAURA.

Muestras del que tiene da
en los nobles sufrimientos
con que lleva esta desgracia.

REY.

Y Sirena tiene gracia
de arrebatar pensamientos.
Yo, Laura, he venido á veros,
y de camino á emplearos
en quien vive de adoraros,
y busca reyes terceros.
Suplícame el de Taranto
que suyo agora lo sea;
y por lo bien que se emplea
tal belleza en valor tanto,
el parabien de princesa
pienso que os podemos dar.
Determínole enviar
por general de esta empresa
contra el conde, y he creido
primero obligar su amor,
porque siempre es vencedor
quien ama favorecido.

LAURA, *aparte.*

¿Qué es esto, esperanza vana?
¿Quién vuestro amor desordena?

REY.

En fin, ¿que vos sois Sirena,
y de don Iñigo hermana?

SIRENA.

Soy vuestra esclava.

REY.

Enterrada
en esta ciudad está
otra Sirena que da
nombre y fama celebrada
á nuestra Nápoles bella:
de Parténope tomó,
principio, que aquí murió;
mas vos, mas hermosa que ella,

su fama podeis borrar.

SIRENA.

Bésoos los pies.

REY.

Mas se honrara,
si Sirena se llamara
como vos.—¿Podréle dar
á Próspero el parabien,
Laura?

LAURA.

Gran señor, primero
lo trataré con Rugero.

REY.

Cuerda sois: advertís bien;
mas él ha comprometido
en mí su gusto.

LAURA, *aparte.*

¡Qué estraña
confusion!

REY.

Sirena, España
su hermosura ha reducido
en vos. ¡Dichoso el amante
que de vuestros pensamientos
es dueño! merecimientos
tendrá muchos. ¿Es constante?
¿es galan? ¿tiene nobleza?

SIRENA.

Hasta agora, gran señor,
ignoro lo que es amor.

REY.

¿Por qué causa?

SIRENA.

La pobreza
divierte el fuego amoroso,
que en solo el vicio consiste;
y amor de ordinario asiste
en el próspero y ocioso.

REY.

¡Ah, sí! ya no me acordaba
de Próspero: divertido,
Sirena, me habeis tenido.

SIRENA.

Mucho honrais á vuestra esclava.

REY.

Dadme, Laura, la respuesta
que de mi intercesion fio.

LAURA.

Siendo vuestro gusto el mio...

REY.

(*Mirando á Sirena.*)
¿Hay belleza mas honesta?

LAURA.

Por fuerza he de obedecer
lo que vos, señor, gustais....

REY.

En fin, Sirena, ¿no amais?

LAURA.

Pero no habeis de querer....

REY.

¿Por qué no he de querer yo?
¿No tienen amor los reyes?
¿No los oprimen sus leyes?

LAURA.

Señor, no hablo de eso.

REY.

¿No?
Pues proseguid adelante.
(*Aparte.* ¿Hay mas hermosa muger?)

LAURA.

No habeis, señor, de querer,
si siendo rey sois amante,
usar de la autoridad
(dando al príncipe favor
en ofensa de mi amor)
suprema.

REY.

Decís verdad.

LAURA.

El príncipe de Taranto
merece por su nobleza....

REY.

¡Sin amor y con belleza,
Sirena! de vos me espanto.

LAURA.

otro mas alto sugeto
que yo; pero amor sin ley...

REY.

(*Mirando á Sirena.*)
¿No es alto sugeto un rey?
Pues si yo amaros prometo....

LAURA.

¡Vos, señor, amarme á mí!

REY.

Yo á vos no, Laura: creia
que á Sirena respondia.

LAURA, *aparte.*

¿Qué es esto, cielos?

REY.

Decí.

LAURA, *aparte.*

Bien quiere el rey á Sirena.

REY.

Proseguid, que atento estoy.

LAURA.

Digo pues, que el sí que doy
á vuestra alteza, es con pena
de darle sin libertad,
porque de mi pensamiento
(perdone mi atrevimiento,
señor, vuestra magestad)
es dueño solo el hermano
de Sirena.

REY.

¿Cómo es eso?

LAURA.

A don Iñigo, confieso
que por noble y cortesano,
con honesto fin se ordena,
señor, mi amor declarado.

REY.

Don Iñigo es gran soldado,
y hermano, en fin, de Sirena.
¿Qué importa que no consiga
Próspero su pensamiento?
Yo las almas no violento;

solo el amor las obliga.
Despues, Laura, que entré aquí,
sé la fuerza con que abrasa
amor, y lo que en vos pasa,
puedo yo sacar por mí.
Para la guerra que aguardo
don Iñigo es conveniente;
que hará un general valiente,
sabio, animoso y gallardo.
No tengo satisfaccion
que á Próspero tanto obligue,
ni del conde sé si sigue
en secreto la opinion.
Propondrélo á mi consejo,
y haréle luego elegir;
y porque este cargo ha de ir,
Laura, á vuestra boda anejo,
si Próspero os es odioso,
y al español guardais fe,
á un tiempo le llamaré
yo general, vos esposo.
Entretanto vos, Sirena,
decid á la que me abrasa,
que por entrar en su casa,
un rey no merece pena.
Y si ignorais á quien deis
la embajada con que os dejo,
decídselo á vuestro espejo,
que en él mi dama vereis. (*Vase.*)

ESCENA XII.

—

LAURA. SIRENA.

LAURA.

¿Qué es esto, Sirena mia?

SIRENA.

Palabras, Laura, serán
de un rey mancebo y galan,
dichas mas por cortesía,

que porque amorosas llamas
tan presto pena le den.

LAURA.

No, amiga, él te quiere bien.

SIRENA.

Anda, que siempre á las damas
hablan los reyes ansí,
cuando son mozos.

LAURA.

No sé:
en tus ojos le miré
suspenso y fuera de sí.
Plegue á Dios que tu hermosura
te dé lo que yo deseo;
que en ella cifrada veo
mi esperanza y tu ventura.

SIRENA.

Si que me corra pretendes,
dime, Laura, de eso mas.

LAURA.

En buen punto, amiga, estás:
ganarás, si el juego entiendes.
Buena parte le ha cabido
á tu hermano de esta empresa.
Como olvide á la princesa,
y quiera á quien le ha querido,
el cargo de general
tengo en dote que ofrecelle.

SIRENA.

Tu esposo estimo en mas velle,
que con la corona real.

LAURA.

Sospecho que ha de llamalle
el rey: porque á su presencia
pueda ir con la decencia
que es justo, quiero envialle
caballos, joyas y galas.

SIRENA.

Tu nobleza satisfaces;
mas por tí misma lo haces,
pues á tu valor le igualas.

LAURA.

En fin, tu amor no perdona
los reyes, Sirena bella,
pues á tus pies atropella
de Nápoles la corona.

SIRENA.

Déjalo ya.

LAURA.

Ya lo dejo;
mas pues se fue enamorado,
anda y llévale el recado
que el rey te mandó, á tu espejo. (*Vanse.*)

Patio de la quinta quemada.

ESCENA XIII.

DON IÑIGO. GALLARDO.

DON IÑIGO.

Pues, Gallardo, ¿qué tenemos?
¿Traes algo?

GALLARDO.

Haz cuenta que nada.

DON IÑIGO.

¿No vendiste los botones?

GALLARDO.

La corte está abotonada,
sin haber ojal vacío.
No hay tienda, calle, ni plaza
libre de mi diligencia;
pero no dan una blanca
por botones ni palillos.

DON IÑIGO.

¡Que á esto lleguen mis desgracias!
¿Qué hemos de dar á Matilde?

GALLARDO.

Botones en ensalada,
que dos docenas hay verdes;
otra docena guisada;
creerá que son alverjones;
una cazuela atestada
de botones y de hormillas;
dirémosle que son habas.
Botones por aceitunas,
que si traen de suela el alma,
vendrán á ser zapateras,
en lugar de sevillanas;
y por postres mondadientes,
que hartos hay, al cielo gracias;
y habrá en Nápoles hidalgos,
á fuer de Guadalajara.

DON IÑIGO.

¡Buena cena!

GALLARDO.

¡Y cómo buena!
¿No hubo señor en España,
que á su zapatero hizo
darle sus botas guisadas?
Pues de botas á botones,
¿qué va?

DON IÑIGO.

Si el gaban llevaras....

GALLARDO.

Antes que llegara allá,
los gabanes no se usaran.

DON IÑIGO.

Si quieres que me dé muerte,
dí mas disparates.

GALLARDO.

Mata
el hambre, y harás mejor.
Llamóme una cortesana
con media vara de boca,
y al fin para abotonarla,
una gruesa me compró;
mas como era tan ancha
no han de bastar veinte gruesas:

dióme seis reales en plata:
dí con ellos y conmigo
en una hosteria....

DON IÑIGO.

Acaba
de decirlo, pues.

GALLARDO.

Compré
morcillas negras y blancas:
en buen romance, mondongo.

DON IÑIGO.

Anda, vete enhoramala.

GALLARDO.

Para tí y para Matilde,
con su caldo y con su panza,
un pan, rábanos y queso.

DON IÑIGO.

¡Vive Dios! si no mirara
que eres un loco bufon....

GALLARDO.

¿Qué querias que comprara?

DON IÑIGO.

Un ave.

GALLARDO.

El Ave Maria,
si aves quieres, puedes darla,
que hartas tiene tu rosario;
porque esotras valen caras.

DON IÑIGO.

¡Quién hace caso de tí!

GALLARDO.

Vuelve acá, la burla basta.
Un pavo traigo manido,
con mas pechugas que un ama;
dos gallinas, tres conejos,
de vitela una empanada,
ostiones en escabeche,
y una bota calabriada,
de Chipre y de Malvasía,
medio tinta y medio blanca,
diacitron y confitura,
y para postre dos cajas.

DON IÑIGO.

¿De veras?

GALLARDO.

Y tan de veras,
que una bestia está cargada
á la puerta de la quinta.
Vuelve la vista, y verásla.

DON IÑIGO.

Ya la veo, y ya te doy,
Gallardo, brazos y gracias.

GALLARDO.

Dime, amores, por tu vida,
¿sacarás luego la daga?
¿Tendremos cuerpo presente,
ó enviarásme noramala,
cuando soy mantenedor
mejor que tú, de tu casa?

DON IÑIGO.

¿Quién te socorrió tan presto?

GALLARDO.

Si te dijera que Laura,
la que á mi señora hospeda,
y de Rugero es hermana,
¿qué dijeras?

DON IÑIGO.

Anda, necio.

GALLARDO.

Si en fé que te adora y ama,
mondadientes y botones
en doblones me trocara,
y haciendo tu amor la costa,
socorriera nuestras faltas,
y el alma misma te diera
porque á Matilde olvidaras,
¿qué hicieras? digo otra vez.

DON IÑIGO.

A ser verdad lo que hablas,
te abrasara á tí y á ella.

GALLARDO.

Y despues ¿con qué cenaras?

DON IÑIGO.

Acabemos ya, Gallardo,

que son burlas muy pesadas
las tuyas para este tiempo:
si lo que traes te dió Laura,
vete con ello, y no vuelvas
á verme jamás la cara;
que no socorre cortés
quien interesable agravia.
¡Yo olvidar á la princesa!
No ha pintado la mudanza
en mí al temple su hermosura,
sino en bronces y medallas.
No quiero ya tus regalos.

GALLARDO.

Pan perdido, vuelve á casa,
que todo esto es chilindrina.
Sirena es quien te regala.

DON IÑIGO.

¿Vióte Laura?

GALLARDO.

Ni por pienso.

DON IÑIGO.

¿Pues cómo hablaste á mi hermana?

GALLARDO.

Cuando pasé por la calle,
me llamó de la ventana,
y dándome seis doblones,
de tus penas lastimada,
dijo que, á poder, con ellos
te diera tambien el alma.

DON IÑIGO.

¿Sabe que está aquí Matilde?

GALLARDO.

Yo en eso no hablé palabra;
y si es que ella lo sospecha,
es tan cuerda que lo calla.—
¿Qué es de nuestra peregrina?

DON IÑIGO.

Por llorar despues, descansa.

GALLARDO.

¿Y adonde?

DON IÑIGO.

¿Tengo yo mas

que una mal compuesta sala?

GALLARDO.

Y una cama sola en ella,
aunque no rica, aseada.
Págueselo Dios al fuego,
que nos la dejó de gracia.
¿Dónde piensas dormir tú?

DON IÑIGO.

¿Ha de faltar una tabla?

GALLARDO.

Recoleto eres de amor;
los zuecos solo te faltan.
Voy á dar traza en la cena;
y á fé que no fuera mala,
si se la diera cocida:
cenárala en casa asada. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

RUGERO. TEODORO.—DON IÑIGO.

RUGERO.

¿Si le hallaremos aquí?
(*Hablan los dos sin reparar en don Iñigo.*)

TEODORO.

No sale sino es á caza;
que dicen que se sustenta
con ella.

RUGERO.

¡Qué hermosa casa
aquí mi envidia abrasó!

TEODORO.

¿Y de qué sirvió abrasarla,
no saliendo con tu intento?

RUGERO.

Sacó, en brazos, de las llamas
á Matilde el español,
siendo Eneas de su dama,
y acreditó su nobleza
en el fuego y en el agua.
Pero, Teodoro, ¿no es este?

TEODORO.

El mismo.

RUGERO.

Si por mi hermana
olvida á mi opositora,
desde hoy cesan sus desgracias.—
Dadme, don Iñigo, albricias:
(*Llegando á él.*)
el rey mi señor os llama
para honrar vuestro valor,
y hacer de vos confianza.
Muchos parabienes tengo
que daros, y por mi causa
todos ellos.

DON IÑIGO.

¡Oh Rugero!
¿Qué es, pues, lo que el rey me manda?

RUGERO.

Quiere haceros general
en la guerra que amenaza,
y de vuestro esfuerzo fia
su reino, su vida y fama.
Pero esto con condicion
que siendo esposo de Laura,
asegureis las sospechas
que vuestro crédito agravian.
Ya sabeis que va Matilde
de Nápoles desterrada,
porque contra su lealtad
hallaron no sé qué cartas,
en que convida al de Anjou
con su estado, hacienda y armas,
para que en Nápoles reine,
de quien es apasionada.

DON IÑIGO.

Bien.

RUGERO.

Como el rey ha sabido
las muestras trasordinarias,
que á costa de vuestra hacienda,
lo que la quereis declaran;
aunque conoce el valor

que invencible os acompaña,
y que en la ocasion presente
si su ejército os encarga
ha de salir con vitoria;
recela que vuestra dama
tras sí la lealtad os lleve,
del modo que os lleva el alma.
Para asegurarse de esto,
con Laura, mi hermana, os casa,
dándoos título de conde,
y en su consejo os aguarda
de guerra; y aunque merecen
mas que esto vuestras hazañas,
la merced que os hace el rey,
pienso que ha sido á mi instancia.

TEODORO.

Laura tambien os espera,
no como Matilde, ingrata,
sino juzgando por siglos
las horas que en veros tarda.
Y porque con la decencia
que hombre de tanta importancia
como vos, á hablar al rey,
don Iñigo, es bien que vaya,
en fé del amor que os tiene,
llenando un baul quedaba
de joyas y de vestidos,
curiosidades y galas.

RUGERO.

No me da lugar mi prisa
para que aguarde las gracias
que quereis darme por esto,
por mandarme el rey que parta
tras Matilde y que la prenda;
que los deudos que en Italia
tiene, si la ven ansí,
han de procurar vengarla.
Id, don Iñigo, á la corte,
donde la dicha os aguarda
que vuestro valor merece,
y á Dios.

(Vanse Rugero y Teodoro.)

ESCENA XV.

DON IÑIGO.

Tentaciones vanas,
no habeis de ser poderosas
para vencer la constancia
de mi amor firme en Matilde,
aunque agradecido á Laura.
Vive Dios, que aunque pusiera,
porque á Matilde olvidara,
en mis sienes su corona
quien me ofrece su privanza,
agora que todo el mundo
ingrato la desampara,
estimo mas el servirla,
que ser el mayor monarca.

ESCENA XVI.

MATILDE. DON IÑIGO.

MATILDE.

Don Iñigo, desde aquí,
temerosa y encerrada,
escuché á mis enemigos
que el rey don Fernando os llama,
que os hace su general,
y con Laura hermosa os casa,
que os da título de conde,
y vuestra fortuna ensalza.
No es mucho que lo aceteis,
viéndoos pobre por mi causa,
mal pagado vuestro amor,
vuestra lealtad mal premiada....

DON IÑIGO.

Matilde, yo no encarezco

lo que os quiero con palabras,
que el amor que es verdadero
poca retórica gasta.
Agora vereis quien soy.
Gallardo.

ESCENA XVII.

GALLARDO, *con mandil y un cucharon.*—DICHOS.

GALLARDO.
¿Hay hambre? ¿Qué mandas?
DON IÑIGO.
Cierra esas puertas.
GALLARDO.
Bien dices:
cenar á puerta cerrada
es cordura.
DON IÑIGO.
Date prisa;
y escucha.
GALLARDO.
Ya eché la tranca.
DON IÑIGO.
¿Qué cabalgadura es esa
que trujiste ahora, cargada
con la cena, de la corte?
GALLARDO.
Ahí es de un camarada.
DON IÑIGO.
Ocasion se ofrece agora,
en que muestres que me amas.
GALLARDO.
Cenemos, si es que me obligas
á hacer alguna jornada.
DON IÑIGO.
Aparéjala.
GALLARDO.
¿Qué intentas?

DON IÑIGO.

Y aquel repostero saca
que nos quedó.

GALLARDO.

¿Para qué?

DON IÑIGO.

Ponle de suerte que vaya
la princesa, mi señora,
en él mas acomodada.
Caminando cenaremos;
que no ha de cogerme en casa
el presente, con que intenta
Laura vencer mi constancia.
Guarde sus cargos el rey,
y con ellos merced haga
á quien, cual yo, no anteponga
á su valor su privanza;
que vos y yo, mi princesa,
como nos da ser un alma,
corremos una fortuna,
y es necio quien nos aparta.
Venid, y no repliqueis.

MATILDE.

¡Oh blason y honra de España!

GALLARDO.

Voy á recoger la cena:
haré alforjas de mi capa,
que lleve nuestro rocin
en el arzon de tu dama.

DON IÑIGO.

Ea, pues, démonos prisa.

GALLARDO.

En fin, ¿hemos de ir á pata?

DON IÑIGO.

Tiene amor alas y vuela.

GALLARDO.

¡Bueno! atente tu á sus alas,
y depáreme á mí Dios
aquí debajo unas ancas.

ACTO TERCERO.

Calle. Es de noche.

ESCENA I.

EL REY *y* PRÓSPERO, *vestidos como de noche.*

REY.

Sirena, Próspero, ¿es dîna
de mi corona real?

PRÓSPERO.

Su belleza es peregrina,
mas no á tu valor igual,
puesto que en tí predomina.
Pero escucha, que sospecho
que á la ventana han salido
Sirena y Laura.

REY.

En mi pecho,
de que el sol ha amanecido,
sus rayos señal han hecho.

ESCENA II.

LAURA *y* SIRENA, *á la ventana.*—EL REY. PRÓSPERO.

LAURA.

Déjame, Sirena, mia,
decir mi amor á los cielos;
que es de noche y tendrán celos,
del sol, que ausentó su dia.
En fin ¿tu hermano se fue

con Matilde?

SIRENA.

Las espías
Laura, de celos que envias,
puesto que vuelvan, yo sé
que mienten, si eso te dicen;
porque los que con mi hermano
afirman que está en Rojano
Matilde, se contradicen;
pues ninguno hay que haya visto
á don Iñigo con ella.

LAURA.

El alma es profeta, y de ella
colijo el mal que resisto.
No le hallaron mis criados,
cuando en muestras de mi fe,
el presente le envié,
á vueltas de mis cuidados.
Por acudir á lo mas,
de servir al rey dejó.

SIRENA.

Supiéralo, Laura, yo
si se fuera. ¡Estraña estás!

LAURA.

Yo siento lo que ha perdido
con el rey, por no ser cuerdo;
y lo que en perderle pierdo,
me hace perder el sentido.
Pero buena intercesora
cuando vuelva, tendrá en tí
con Fernando.

SIRENA.

¿Cómo ansí?

LAURA.

Si el rey, Sirena te adora,
¿qué no alcanzarás con él?

SIRENA.

Laura, ya te he suplicado
que no porque en este estado
me tenga el tiempo crüel,
pierda contigo el valor
que de mi sangre heredé.

Si cortés y galan fué
conmigo el rey mi señor,
mostró al uso de palacio,
lo que á las damas estima.

REY.

(*Bajo á Próspero*)

Príncipe, licion de prima
oye aquí mi amor de espacio.
¡Qué divino entendimiento!
Alma, escuchad y aprended.

SIRENA.

¿Quiéresme á mí hacer merced
que mudemos argumento?

LAURA.

No, por tu vida, Sirena;
que podrá ser que esté aquí
el rey, despierto por tí,
(pues no duerme amor que pena)
y holgaréme, si te escucha,
que en lo que le sirvo vea.

REY.

(*Llegando á la ventana.*)

Aquí está quien os desea
hacer, Laura, merced mucha.

LAURA.

¡Ay Sirena! ¡el rey!

REY.

Tambien
puede un rey ser rondador.

LAURA.

¡Tanta merced, gran señor!

REY.

Lo que los ojos no ven,
porque la noche lo impide,
oir el alma desea:
mientras su dicha no os vea,
hablad, palabras os pide.

LAURA.

(*Aparte á Sirena.*)

Aprovecha la ocasion,
Sirena, que á tu ventura
ofrece el cielo: procura

cumplir con la obligacion
en que Fernando te ha puesto.

SIRENA.

Señor, ¿pues de noche envia
amor á un rey por espía?
¡Caso raro!

REY.

En este puesto
vengo á ser posta perdida;
que en las amorosas leyes,
no se preservan los reyes.

SIRENA.

A riesgo tendreis la vida,
si perdida posta os hace
el amor.

REY.

Decís verdad,
pues perdí la libertad,
de quien vida y gusto nace.
Bien podeis de aquí sacar
la fuerza que en un rey tiene
el ciego Dios.

LAURA.

Gente viene:
no os oigan, señor, hablar.
(*Apártanse á un lado el rey y Próspero.*)

ESCENA III.

RUGERO. TEODORO.—EL REY. PRÓSPERO. LAURA. SIRENA.

RUGERO.

(*Trae una carta.*)
Firmé la carta; que ejecutes luego
importa, mi Teodoro, tu partida;
que toda dilacion es peligrosa.
Al de Rojano ofrezco aquí, de parte
del rey, que si le da muerte á Matilde,
en cuyo amparo está, dará la mano
á la infanta su hermana. Está la firma

al vivo contrahecha. Parte al punto,
y dásela en sus manos; que me importa,
por lo menos, gozar libre á Salerno,
quitando de por medio á mi enemiga.
Si pones diligencia, facilmente
puedes llegar con postas á Rojano
mañana á medio dia.

TEODORO.

Y tú ¿no escribes
al duque, asegurando la promesa
de aquesa carta?

RUGERO.

Adviertes cuerdamente.
Espérame entre tanto que la escribo;
que no quiero que Laura te detenga,
si en mi casa te ve, como acostumbra,
sino que desde aquí te partas luego.

TEODORO.

Aguardo, pues.

RUGERO.

Al punto saco el pliego. (*Vase.*)

ESCENA IV.

—

LOS MISMOS, *menos* RUGERO.

REY.

¿Fuéronse?

PRÓSPERO.

El uno solo se entró en casa,
y el otro se ha quedado en esa esquina.

REY.

Pues llévale de aquí dos ó tres calles.

PRÓSPERO.

Si alguno, gran señor, no le socorre,
yo sabré como riñe ó como corre.

TEODORO.

Dos hombres hay debajo de las rejas
de Laura, y me parece que encaminan
á mí sus pasos: yo no soy mas que uno....

¿Quién va? ¡No me responde, y desenvaina!
Huir, Teodoro; que será desgracia
reñir sin causa, y no morir en gracia.
(*Vase Teodoro, y Próspero tras él.*)

LAURA.

Señor, mi hermano pienso que está en casa.

REY.

Pues retiraos las dos, que no pretendo
que sepa vuestro hermano mis amores,
y dadme, mi Sirena, vos licencia
para cursar mas noches este sitio.

SIRENA.

Esclava vuestra soy.

REY.

¿Y no mi dama?

SIRENA.

Soy, rey, humilde yo, fragil la fama.
(*Vanse las dos.*)

ESCENA V.

RUGERO, *que sale con la carta.*—EL REY.

RUGERO.

(*Al rey.*)
Teodoro, mi dicha estriba
en sola tu diligencia:
no vuelvas á mi presencia,
si á Matilde dejas viva.
En esta carta del rey,
aunque falsa, está el sosiego
de mi estado: parte luego,
si á mi amistad guardas ley.
Que pues otra falsa firma
le quitó estado y honor,
quitándome esta el temor,
á Salerno me confirma.
Dile al duque de Rojano
la suerte que se le ofrece,
y de la infanta encarece

la hermosura; que su hermano
le espera; que el rey le hará
el todo de su privanza;
la lealtad que en su alabanza
consigue, si muerte da
á quien contra su señor
conspira; y cuando le vieres,
dile, en fin, cuanto supieres.

REY, *aparte.*

¿Qué es esto, cielos?

RUGERO.

Valor
tienes, Teodoro; haz de modo
que salgas con lo que vas:
muera Matilde, y serás
señor de mi estado todo.
¿No respondes? ¿Qué recelas?
(*Disimula la voz el rey rebozado.*)

REY.

Hacer callando es mejor,
no nos sientan; el amor
que te tengo pone espuelas
al deseo que me lleva
á darte gusto.

RUGERO.

Ya tienes
postas, Teodoro: si vienes
con la deseada nueva,
un alma somos los dos.
(*Dale la carta.*)

REY.

Esto y mas haré por tí.

RUGERO.

¿Tomaste la carta?

REY.

Sí.

RUGERO.

Vete.

REY.

Voime.

RUGERO.

Adios.

REY.

Adios.

(*Vase Rugero.*)

ESCENA VI.

EL REY.

¿Vió suceso semejante
el mundo? ¡Ah traidor Rugero!
Amor, daros gracias quiero;
pues á no ser yo hoy amante,
no supiera el trato falso,
de este traidor. Hoy verá
Nápoles que el pago da
al traidor un cadahalso.

ESCENA VII.

PRÓSPERO.—EL REY.

PRÓSPERO.

¡Qué buenas fugas hiciera,
á ser músico, el cobarde!
Bien puedes hacer alarde
de tu amor.

REY.

¿Huyó?

PRÓSPERO.

Pudiera
ser músico de interés,
segun pasa-calles canta;
que hacen pasos de garganta
las gargantas de sus pies.
¿Qué es de las damas?

REY.

Despacio
te diré cuanto favor

por ellas me hizo el amor.
Cerca de aquí está palacio:
al capitan de mi guarda
llamad luego.

PRÓSPERO.

¿Pues qué ha habido?

REY.

Milagros me han sucedido:
el cielo á Matilde guarda.
Dí que traiga un escuadron
de alabarderos.

PRÓSPERO.

¿Qué es esto?

REY.

Aquí te espero: ven presto.
(*Aparte.* ¡Darla muerte! ¡Hay tal traicion!)
¿No vas?

PRÓSPERO.

Sí señor.

REY.

Aguarda,
que mas hará mi presencia.
(*Aparte.* Matilde, vuestra inocencia
fue hoy vuestro angel de guarda.) (*Vanse.*)

Esplanada delante de la quinta.

ESCENA VIII.

DON IÑIGO, *con escopeta.* GALLARDO.

DON IÑIGO.

Esto está bien hecho ansí.

GALLARDO.

No sé yo que tan bien hecho.

DON IÑIGO.

¿Pues qué querias?

GALLARDO.

Yo, nada.
A la quinta nos volvemos
tan medrados como fuimos:
¡amante eres de provecho!
Ya que á Matilde llevamos,
á costa de los dineros
que nos dió, señor, tu hermana,
pienso yo que fuera bueno
que dándote á conocer
al duque su primo ó deudo,
entráramos en Rojano;
y el favor agradeciendo,
con que la diste la vida,
noble, en reconocimiento,
remediara tu pobreza,
pues por Matilde nos vemos
casi en pelota los dos.

DON IÑIGO.

¿No eres mas discreto que eso?

GALLARDO.

Fuimos á pata con ella,
representando el destierro
de Egipto, como le pintan,
por páramos y desiertos.
Llegamos á media noche
á la ciudad, y en abriendo
las puertas de su palacio,
entró tu señora dentro,
despidiéndose amorosa;
y los dos, de puro cuerdos,[1]
cómo insignias de meson,
nos quedamos al sereno.
¡Cuerpo de Dios! ¿fuera mucho,
ya que fuimos arrieros
de amor, que el duque su primo
nos pagara aqueste tercio?
¿Somos sastres del Campillo?

DON IÑIGO.

¡Qué de respuestas que tengo
que dar á tus necedades!

GALLARDO.

¡Bien con ellas cenaremos!

DON IÑIGO.

¿Parécete á tí que fuera
decente que un caballero
como yo, llegara ansí
delante del duque, necio?
Si supieran en Rojano
que yo por Matilde he vuelto
contra el gusto de mi rey,
¿no me culparan por ello?
Mas precio que no me hallase
aquí el presente molesto
de Laura, por no quedar
mi amor á satisfacerlo,
que cuantas riquezas trae
á cuestas el mar inmenso.

GALLARDO.

Alto, pues; ya que los dos
á las reliquias volvemos
de nuestra abrasada Troya,
no hay sino cazar conejos
vuesa merced; y yo dalle,
y hacer botones.

DON IÑIGO.

Primero
iré á ver lo que el rey manda,
pues me llamó.

GALLARDO.

¿Agora? ¡bueno!
¡Al cabo de cuatro dias!

DON IÑIGO.

No ha pasado mucho tiempo:
cumpliré con mi lealtad,
y quitaré los recelos
de que acompañé á Matilde,
que no deben ser pequeños.
En anocheciendo, iré
á verle, que no me atrevo
á entrar en la corte ansí
de dia.... Pero ¿qué es esto?

ESCENA IX.

LISENO. UN CRIADO.—DON IÑIGO. GALLARDO.

LISENO, *al criado.*
Mandó el rey que le avisasen
en llegando, porque él mesmo,
recibiéndola, queria
honrar así su destierro;
y pues la hemos encontrado
en el camino, primero
que llegue á Nápoles, manda
Próspero que le llevemos
las nuevas de su venida.

CRIADO.
En esta quinta harán tiempo,
mientras sabe el rey que llega.

DON IÑIGO.
¿Podremos saber, Liseno,
dónde vais con tanta prisa?

LISENO.
¡Oh noble español! no espero
malas albricias de vos
por la nueva que al rey llevo.
Sabed que por la princesa
de vuestras penas objeto,
á pesar de desleales,
su misma inocencia ha vuelto.
Supo por un caso estraño
las traiciones de Rugero
el rey don Fernando invicto,
y despues de haberle preso,
al de Taranto ha enviado,
y á otros muchos caballeros
por ella, para que goce
segunda vez á Salerno.
Encontróla en el camino;
porque el de Rojano, ejemplo
de la lealtad en Italia,

luego que supo el suceso
de su desterrada prima,
le dijo: "el valor que heredo
de mi generosa sangre,
no sufre que el vulgo necio
vuestro honor en duda ponga:
el rey es el juez supremo
de sus vasallos, y ante él
que vamos los dos intento
á averiguar la verdad."
Y así á Nápoles partieron.
Sale el rey á recebirlos;
y mientras á darle llego
las nuevas de su venida,
harán alto en este puesto.
El rüido de los coches,
si es que reparais en ello,
os dirá que cerca están.
Si las albricias merezco
de nuevas tan deseadas,
de que lo mostreis es tiempo.

DON IÑIGO.

Perdonad, Liseno amigo,
si no os pago como debo.
En esta escopeta sola
se ha cifrado cuanto tengo.
Albricias de pobre, en fin:
la dádiva es como el dueño.
Tomadla, y de mí creed,
que á ser rey, fuera lo mesmo
que de aquesta niñería,
(*Dale la escopeta.*)
Liseno, de todo el reino.

LISENO.

Esta estimo yo en el alma,
como de tal caballero;
y á Dios, que llega Matilde.
(*Vase con el criado.*)

ESCENA X.

DON IÑIGO. GALLARDO.

DON IÑIGO.
Gallardo, ¿qué dices de esto?
GALLARDO.
Que estamos sin arcabuz,
y seguros los conejos.
DON IÑIGO.
¡Bueno es que en eso repares,
cuando loco de contento,
por la nueva de tal dicha,
habias de hacer estremos!
¡Cielos, Matilde está libre!
en fé del gozo que muestro,
sacad el aparador
que honra vuestro firmamento.
Sol hermoso, ya Matilde
es princesa de Salerno;
entapizad de brocados
aquestos montes soberbios.
Luna, Matilde, venció.
Estrellas, signos soberbios,
hoy Matilde entra triunfando;
coronalde los cabellos.
Elementos, haced todos,
pues que sois invencioneros,
fiestas á Matilde hermosa:
luminarias ponga el fuego,
vierta agua rosada el agua,
tienda tapetes el suelo.
Aves, dalde el parabien;
peces, romped el silencio.
Sol, estrellas, luna, signos,
montes, valles, elementos,
peces, aves, brutos, plantas,
rios, lagos, mares, puertos,
todos interesais lo que intereso,
y todos no igualais á mi contento. (*Vase.*)

ESCENA XI.

GALLARDO.

Cielos, don Iñigo ha dado
la escopeta, y no tenemos
que comer, si no tirais
estrellas á los conejos.
Sol, don Iñigo está loco:
pues sois luz, buscalde el seso,
no le deje á buenas noches,
que vive Dios, que lo temo.
Luna, en sus cascos vivís:
cuatro cuartos por lo menos
teneis, dadnos otros tantos
de racion, ó ayunaremos.
Estrellas, planetas, signos,
¿qué diablos os hemos hecho
para influir en nosotros
amores, y no dineros?
Aves, decilde á mi amo
que sustentarle no puedo
con botones y palillos,
si en albricias los da luego.
Peces, entraos por mi casa;
y aunque en carnal, comeremos
pescado, como Vitorios,
aunque os volvais abadejo.
Brutos, aunque brutos sois,
mas lo es quien dió sin seso
un arcabuz, que servia
al hambre de despensero.
Sol, estrellas, luna, signos,
montes, valles, elementos,
peces, aves, brutos, plantas,
hambres, juros y reniegos,
todos direis conmigo que á tal tiempo
quien la escopeta dió, ó es loco ó necio. (*Vase.*)

ESCENA XII.

PRÓSPERO. EL DUQUE DE ROJANO. MATILDE, *bizarramente vestida, y con la pluma de Próspero en la cabeza.* ACOMPAÑAMIENTO.

DUQUE.

Aquí habemos de esperar
mientras al rey dan aviso.

PRÓSPERO.

Gracias al cielo, que quiso
á luz, princesa, sacar
vuestra justicia; y la suerte
que en veros restituida,
mi esperanza agradecida
en fe de mi amor advierte.....

MATILDE.

Creed que en el alma tengo
vuestras palabras impresas,
y que de vuestras promesas
agradecida, prevengo
paga igual á vuestro amor,
sin que os quede á deber nada.

PRÓSPERO.

En la desgracia pasada
no fue bastante el rigor
del rey, ni el veros ausente
con deshonra tan notoria,
á que amor en mi memoria
no os adorase presente.
Esta banda, que me distes,
animando mi esperanza,
dirá si hubo en mí mudanza.

MATILDE.

Amante firme anduvistes;
pero en esto no presuma
vuestro amor ser preferido;
que yo, como no he adquirido
de vos mas que aquesta pluma,

aunque mis joyas perdí,
mi hacienda gusto y estado,
en su valor he cifrado
la fe que en vos conocí.

PRÓSPERO.

¿Segun eso, el rey tendrá
el sí que espera de vos,
desposándonos los dos?

MATILDE.

El rey es cuerdo, y verá
que siéndole yo obediente,
y haciéndoos tanto favor,
es justo que á vuestro amor
pague mi amor igualmente.

DUQUE.

Admirable recreacion
en otro tiempo seria
esta quinta, prima mia,
y cáusame compasion
el verla asolada ansí.

MATILDE.

Mayor, duque, la tendreis,
si á su dueño conoceis,
pobre y retirado aquí
por mi causa.

DUQUE.

¿Cómo es eso?

MATILDE.

Lo que le debo os dijera,
si en persona no viniera,
loco de mi buen suceso.

ESCENA XIII.

—

DON IÑIGO. GALLARDO.—DICHOS.

DON IÑIGO.

Bien creereis, señora mia,
que en celebrar esta nueva
nadie ventaja me lleva;

y aunque, en fe de esto, podia
hacer exageraciones,
hable mi silencio aquí;
que ya vos sabeis de mí
que soy corto de razones.

MATILDE.

Ya yo sé que en vos se cifra
mas valor que encareceis,
y que en las manos teneis
la lengua, que habla por cifra.
Fernando, el rey mi señor,
don Iñigo, envia por mí;
que quiere, honrándome ansí,
trocar iras en amor.
Y en prueba de esto, pretende
darme esposo de su mano:
lo mucho que en esto gano,
colíjalo quien me entiende.
Pero sin vos, no me atrevo,
don Iñigo, á desposarme;
ni yo, si no vais á honrarme,
podré pagar lo que os debo.
Si vuestro amor me respeta,
en Nápoles os aguardo.

DON IÑIGO.

¡Cómo!

(*Aparte á Gallardo*)

¿Qué es esto, Gallardo?

GALLARDO.

(*Aparte á su amo.*)

Las balas de la escopeta.

DON IÑIGO.

¡Que á casaros vais, señora!
(*Aparte.* ¡Ay ingratos desengaños!)
¿Con quién?

MATILDE.

Con quien muchos años
ha que me sirve y adora.
Su firmeza á premiar vengo.

DON IÑIGO.

¿Podré yo quien es saber?

MATILDE.

Mirad vos quien puede ser
de los que presentes tengo.

PRÓSPERO:

Don Iñigo, el rey conoce
lo que á la princesa quiero,
y él mismo ha sido el tercero
para que su mano goce.
Si me honra vuestro valor,
fuerza es que cumplido sea:
fuera de que el rey desea
veros, y haceros favor.

DON IÑIGO, *aparte.*

¡Harto bien mi amor despacha!
¡Que esto escucho! ¡que esto he visto,
cielos!

GALLARDO.

(*Aparte á su amo.*)
¡Oh! ¡cuerpo de Cristo
con la princesa borracha!
Voto á Dios que es una puerca.

DON IÑIGO.

Calla, y déjame.

GALLARDO.

Ya callo.

ESCENA XIV.

—

LAURINO.—LOS MISMOS.

LAURINO.

Señores, alto á caballo,
que tenemos al rey cerca.

MATILDE.

Vamos, pues.

DON IÑIGO, *aparte.*

¡Amor injusto!
Al fin tirano, al fin ciego,
al fin....

MATILDE.

Haced lo que os ruego,
si os preciais de darme gusto,
y quedaos, Iñigo, á Dios...

DON IÑIGO, *aparte.*

¡Que hasta esto quiera obligarme!

MATILDE.

Porque no pienso casarme
¿entendeis esto? sin vos.

(*Vase con su acompañamiento.*)

ESCENA XV.

—

DON IÑIGO. GALLARDO.

GALLARDO.

¡Mas que nunca Dios la dé
salud, ni trapo en que la ate!

DON IÑIGO.

¡Que así Matilde me trate!
¡Que así se premie mi fe!
¡Cielos! ¡tantos beneficios,
tantos dias de firmeza,
gastada tanta riqueza,
perdidos tantos servicios!
¡Mi hacienda y casa encendida,
mal pagados mis empleos,
mal premiados mis deseos....!

GALLARDO.

¡Y la escopeta perdida!

DON IÑIGO.

¡A tantas obligaciones
ingrata! ¡y con vida yo!

GALLARDO.

¡Por Dios, que se le soltó
gentil gato de doblones!
¡Bien nos remedió á los dos!

DON IÑIGO.

¡Que á su boda ha de llevarme!

GALLARDO, *remedando.*

Sí, que no pienso casarme
¿entendeis esto? sin vos.

DON IÑIGO.

¡Con un hombre, todo viento,
todo plumas y palabras,
te casas, y estátuas labras
al desagradecimiento!
¡Con quien en la adversidad
tan corto y avaro fue,
que te vió salir á pie,
y en prueba de su crueldad,
á darte no se comide
el socorro limitado
del pobre mas desdichado,
que de puerta en puerta pide!
Un hombre, un mozo siquiera,
que asegurara tu honor.

GALLARDO.

Un borrico de aguador,
en que fueses caballera.

DON IÑIGO.

Y á quien con voluntad tanta
su pobre casa te dió....

GALLARDO.

Y en una tabla durmió,
con medio tapiz por manta...

DON IÑIGO.

A un amor tan verdadero,
que á hacer por tí se dispuso....

GALLARDO.

Contra la costumbre, y uso
á un lacayo botonero....

DON IÑIGO.

Cosas indignas, en fin,
de mi nobleza y valor....

GALLARDO.

Yendo á pata mi señor,
delante de tu rocin.....

DON IÑIGO.

¿Pagas con dejar burlada
mi fe, y os casais los dos?

¿Tú eres noble?

GALLARDO.

Vive Dios,
que es una desvergonzada,
y que no tiene conciencia;
y si es muger, salga aquí.

DON IÑIGO.

¡Y que me mandes ansí,
porque muera en tu presencia,
hallarme en tu boda!

GALLARDO.

Vos
sois tan gentil Amadís,
que iredes allá: ¿advertís?

DON IÑIGO.

Pues, ingrata, vive Dios,
que ha de ver la corte toda,
á costa de mi quietud,
mi amor y tu ingratitud.
De hallarme tengo en tu boda;
y muriendo de esta suerte,
seremos con nombre igual,
yo hasta la muerte leal,
y tú ingrata hasta la muerte. (*Vase.*)

ESCENA XVI.

GALLARDO.

Pues no ha de quedar por mí.
Vaya en este trance fiero
la soga tras el caldero.
Soga soy: ya voy tras tí.
Muramos juntos los dos:
contigo quiero enterrarme,
porque yo no he casarme
¿entendeis esto? sin vos. (*Vase.*)

Salon de palacio.

ESCENA XVII.

EL REY. EL DUQUE DE ROJANO. MATILDE. PRÓSPERO. ACOMPAÑAMIENTO DEL REY Y DEL DUQUE.

REY.

Princesa, toda mi corte
de veros venir se alegra,
á pesar de desleales,
triunfando vuestra inocencia.
Si engañado os castigué,
con haceros hoy condesa
de Valdeflor, satisfago
mi rigor y vuestras penas.
Princesa y condesa sois.

MATILDE.

Esclava de vuestra alteza
es el blason mas ilustre
que mi dicha estima y precia.

REY.

Duque, de vuestra lealtad
habeis dado nobles muestras,
y es razon, pues me servís,
que salga yo de esta deuda.
A mi hermana os prometia
quien, falseando mi letra,
en fé de que todo es falso,
por mí os pidió la cabeza
de vuestra inocente prima;
pero yo que la nobleza
de vuestra sangre conozco,
he de cumplir su promesa.
Esposo sois de la infanta.

DUQUE.

Si ansí vuestra alteza premia

¡Brava calle!

VENTURA.

Es la mayor, (1)
donde se vende el amor
á varas, medida y peso.

DON MELCHOR.

Como yo nunca salí
de Leon, lugar tan corto,
quedo en este mar absorto.

VENTURA.

¿Mar dices? Llámale así,
que ese apellido le da
quien se atreve á navegalle,
y advierte que es esta calle
la canal de Bahamá.
Cada tienda es la Bermuda;
cada comerciante inglés
pechelingue (2), ú holandes,
que á todo bajel desnuda.
Cada manto es un escollo.
Dios te libre de que encalle
la bolsa por esta calle.

DON MELCHOR.

Anda, necio.

VENTURA.

Vienes pollo;
y temo, aunque mas presumas,
que te pelen ocasiones;
que aun gallos con espolones
salen sin cresta ni plumas.

DON MELCHOR.

Si yo me vengo á casar
con sesenta mil ducados,
y soy pobre, ¿en qué cuidados
me ha de poner este mar?

---

(1) La calle mayor no se contaba entonces como ahora desde san Felipe el real. En obsequio de los niños y de los forasteros, diremos que el convento de la Victoria hacia esquina á la calle de este nombre.

(2) Aqui *pechelingue* mas bien está usado en la acepcion de *pirata*, que en la de *hereje*. Todo cabe en esta palabra.

¿Traigo yo muchos?

VENTURA.

Doscientos,
sino ducados, escudos,
que de malicias desnudos,
ignoran encantamentos.
Librólos la corta hacienda
de señor, para tu costa,
y aquí correrán la posta,
si no les tiras la rienda.
¿Piensas que sin ocasion
traen cordones los bolsillos?
pues para poder regillos,
advierte que riendas son,
que tira el considerado,
temeroso de chocar;
porque no hay mayor azar
que un bolsillo desbocado.

DON MELCHOR.

Oigamos agora misa,
que es fiesta, y déjate de eso,
pues no soy yo tan sin seso
como tú.

VENTURA.

¡Cáusasme risa!
¿Qué va que antes que tu suegro
(llamo así al que lo ha de ser)
veas, tienes de caer
en la red de un manto negro?

DON MELCHOR.

Anda, que estás ya pesado.
¿Qué iglesia es esta?

VENTURA.

Se llama
la Vitoria, y toda dama
de silla, coche y estrado,
la cursa.

DON MELCHOR.

¡Bravas personas
entran!

VENTURA.

Todos son galanes

espolines gorgoranes, (1)
y mazas de aquestas monas.

DON MELCHOR.

Vamos, que es tarde, y deseo
ya conocer á mi esposa,
que dicen que es muy hermosa.

VENTURA.

¿Cuándo has visto tú oro feo?
Con seiscientos mil ducados
de dote, ¿qué Elena en Grecia,
y en Italia qué Lucrecia,
se la compara?

DON MELCHOR.

Cuidados
diferentes han de darme
motivo de ser su esposo;
que aunque el dinero es hermoso,
yo no tengo de casarme,
si no fuere con belleza
y virtud: esto es notorio.

VENTURA.

Entra, que un fraile vitorio
allí el intróito empieza.

DON MELCHOR.

¡Oh Madrid, hermoso abismo
de hermosura y de valor!

VENTURA.

¡Oh misa de cazador!
¿quién te topara en guarismo? (*Vanse.*)

ESCENA II.

DON GERÓNIMO. DON SEBASTIAN.

DON GERÓNIMO.

Vivimos en una casa,

---

(1) *Mozos de espuela, vestidos de seda*, parece que es lo que quieren decir estos dos sustantivos.

y así está puesta en razon
nuestra comunicacion.

DON SEBASTIAN.

Como tan presto se pasa
el tiempo en Madrid, no dá
lugar aun de conocerse
los vecinos, ni poderse
hablar.

DON GERÓNIMO.

Disculpado está
nuestro descuido; que aquí
en una casa tal vez
suelen vivir ocho y diez
vecinos, como yo ví,
y pasarse todo un año
sin hablarsé, ni saber
unos de otros.

DON SEBASTIAN.

Yo fuí ayer
(escuchad un cuento estraño)
en busca de cierto amigo,
aposentado en la plaza,
esa que el aire embaraza,
de su soberbia testigo,
usurpando á su elemento
el lugar con edificios,
de esta Babilonia indicios,
pues hurtan la esfera al viento.
Pregunté en la tienda: "aquí
¿vive don Juan de Bastida?"
y dijo: (1) "no ví en mi vida
tal hombre." Al cuarto subí
primero, y con una boda
vi una sala que, entre fiestas,
de hombres, y damas compuestas,
estaba ocupada toda.
Pregunté por mi don Juan,

---

(1) La tienda no podia *decir*: acaso está errado el verso anterior. Tellez debió escribir: *pregunté á un tendero.* Esta relacion está descuidadísima.

y díjome un gentilhombre:
"no hay ninguno de ese nombre
en cuantos en casa estan."
Llegué al segundo, trasunto
del llanto y de la tristeza,
y de una enlutada pieza
vi cargar con un difunto.
Al son de responso y llantos,
que á dos viejas escuché,
por mi don Juan pregunté:
respondióme uno entre tantos:
"no sé que tal hombre viva
en esta casa, señor."
Subí, huyendo del dolor
funesto, al de mas arriba,
y hallé una muger de parto,
dando gritos la parida,
y á don Juan de la Bastida
plácemes, que en aquel cuarto
habia un año que vivia
con hijos y con muger:
de modo que llegué á ver
en una casa, en un dia,
bodas, entierros y partos,
llantos, risas, lutos, galas,
en tres inmediatas salas,
y otros tres contínuos cuartos,
sin que unos de otros supiesen,
ni dentro una habitacion,
les diese esta confusion
lugar que se conociesen.

DON GERÓNIMO.

Está una pared aquí
de la otra mas distante,
que Valladolid de Gante.

DON SEBASTIAN.

Bien podeis decirlo así:
pero ¿con qué pretensiones
venís á nuestro Babel?

DON GERÓNIMO.

No mas que vivir en él,
y gozar sus ocasiones.

Tengo un padre perulero,
que de gobiernos cansado,
treguas ofrece al cuidado,
y empleos á su dinero.
Ciento y cincuenta mil pesos
trae aquí con que casar
una hija, en quien lograr
intereses y sucesos
que en Indias le hicieron rico.
La mitad me cabe dellos.

DON SEBASTIAN.

¡Bello dinero!

DON GERÓNIMO.

Y mas bellos
los gustos á que le aplico;
que es de Madrid la hermosura.

DON SEBASTIAN.

A todos teneis accion.

DON GERÓNIMO.

Esperamos de Leon
un deudo con quien procura
casar mi padre á mi hermana;
que maridos cortesanos
son traviesos y livianos.

DON SEBASTIAN.

Eleccion cuerda y anciana.

DON GERÓNIMO.

Y vos, ¿qué haceis en la corte?

DON SEBASTIAN.

Un hábito he pretendido,
que ya medio conseguido,
temo que el plazo me acorte,
por lo que me ha de pesar
el dejar esta grandeza;
que es comun naturaleza
del mundo aqueste lugar.
Hele habitado tres años;
seis mil ducados de renta
como, tomándome cuenta
de toda amores y engaños.
Tengo tambien una hermana,
que por no hallarse sin mí,

ha un año que asiste aquí.

DON GERÓNIMO.

¿Y es de patria...?

DON SEBASTIAN.

Sevillana,
y en belleza y discrecion
Venus del Andalucía;
y á no ser hermana mia,
y estraña en su presuncion,
os la pudiera alabar
por sol de la patria nuestra.

DON GERÓNIMO.

Basta ser hermana vuestra:

DON SEBASTIAN.

Sí, pero es nunca acabar
si os cuento en lo que se estima.
De todos hace desprecio;
el mas Salomon es necio,
si á pretenderla se anima;
Tersites el mas galan,
Lázaro pobre el mas Creso,
y el mas noble, hombre sin seso.
No quiere venir de Adan,
porque dice que no pudo
progenitor suyo ser
quien delante su muger
se atrevia á andar desnudo.

DON GERÓNIMO.

¡Humor singular, por Dios,
y digno por su camino
de estima!

DON SEBASTIAN.

Nuestro vecino
sois, y de una edad los dos.
Como nos comuniquemos,
dareis á la admiracion,
como á la risa, ocasion
de celebrar sus estremos.

DON GERÓNIMO.

Yo y mi casa hemos de estar
desde hoy al servicio vuestro.

DON SEBASTIAN.

Con la voluntad que os muestro,
me habeis siempre de mandar.
Pero ya de misa salen:
pasad la lengua á los ojos,
si en hechiceros despojos
cuerdas resistencias valen
contra vitoriosas llamas.

DON GERÓNIMO.

Es esta iglesia una gloria
de belleza.

DON SEBASTIAN.

Y la Vitoria
la parroquia de las damas. (*Vanse.*)

ESCENA III.

DON MELCHOR. VENTURA.

DON MELCHOR.

¿No has oido misa tú?

VENTURA.

¿Soy yo turco? Siendo hoy fiesta,
sin misa habia de quedarme?

DON MELCHOR.

¿Dónde la viste?

VENTURA.

A la puerta
de esta devota capilla
de la Soledad, y en ella
á un fraile, que esgrimidor,
juntó el pomo á la contera.
¡En qué santiamen la dijo!
¡Oh quien hacerle pudiera
secretario de la cifra,
ó capellan de estafetas!
Entraste tú hasta las gradas,
al olor de la belleza
de damas, tus gozquecillos,
que como ciego te llevan;

mas yo que huyo de apreturas,
quedéme á la popa de ellas,
que es rancho de los Guzmanes
en naves, coches é iglesias.

DON MELCHOR.

¡Ay Venturilla! ¡cual salgo!

VENTURA.

Saldrás con el alma llena
de devocion de esta imagen,
que enternece su tristeza.
Es de las mas celebradas
de la corte.

DON MELCHOR.

¡Ojalá fuera
divina mi devocion,
y la imagen causa de ella!
Devoto salgo, Ventura;
pero á lo humano. ¡Ay! ¡qué bella
imagen ví! si es imagen
quien á sí se representa.
¡Ay si de la Soledad
esta hermosa imagen fuera,
y no de la compañia,
porque ninguna tuviera!

VENTURA.

¡Al primer tapon zurrapas!
¡Perdido á la primer treta!
En tierra al primero golpe,
y al primer lance, babera!
¿Mas qué has visto alguna cara
margenada de guedejas,
que el soliman albañil
hizo blanca siendo negra;
manto soplon, con mas puntas
que gradas de recoletas,
de aquella castaña erizo,
y archeros de aquella alteza,
que al descuido cuidadosa,
al viento de la veleta,
ó abanico, te enseñaba
por brújula la cabeza?
Seria peli-azabache

la prohijada cabellera,
puesta, como defensivo,
encima de la mollera.
Toca y valona azulada,
banda que el pecho atraviesa,
vueltas y guantes de achiote,
guantes de pita, y firmeza (1).
Escapulario y basquiña
de peñasco (2) á la frailega,
chapin con vira de plata,
crugiendo á ropa de seda:
la camándula (3) en la mano.

DON MELCHOR.

Ventura, palabras deja
aplicadas á tu humor,
y en esa mano te queda,
que es la que he visto no mas.
¡Ay qué mano! ¡qué belleza!
¡qué blancura! ¡qué donaire!
¡qué hoyuelos, qué tez, qué venas!
¡Ay qué dedos tan hermosos!

VENTURA.

¡Ay qué uñas aguileñas!
¡ay qué bello *rapio*, *rapis*!
¡ay qué garras monederas!
¡ay qué tonto moscatel!
¡ay qué bobuna leonesa!
y ¡ay qué bolsillo precito,
si mi Dios no lo remedia!
¿Que no la viste la cara?

DON MELCHOR.

¿De qué suerte pude verla,
si me embarazó los ojos
aquella blancura tierna,
aquel cristal animado,
aquel:...

VENTURA.

Di candor, si intentas
gerigonzar critiqueces (4);

(1) Una joya. (2) Tela de lana. (3) Rosario.
(4) Culteranismo, los cultos.

di que brillaba en estrellas,
que emulaba resplandores,
que circulaban esferas;
que avergonzaba diamantes,
que bostezaba azucenas.—
¿De una mano te enamoras,
por el sebo portuguesa,
dulce por la vírgen miel,
y amarga por las almendras,
sin un adarme de cara,
sin ver un ojo, una ceja,
un asomo de nariz,
una pestaña siquiera?
¡Jesus! ¡qué visoñería!

DON MELCHOR.

Necio, si probar deseas
mi cólera, di dislates.

VENTURA.

¿Ya estás en la corredera?
Prosigue.

DON MELCHOR.

Una mano hermosa,
blanca, poblada y perfeta,
que tiene acciones por almas,
y tiene dedos por lenguas,
hará enamorar un mármol;
y la que yo ví, pudiera
menospreciar voluntades,
descorteses por esentas.
Cúpome, al oir la misa,
su lado; y cuando la empiezan,
quitó la funda al cristal,
y en la distancia pequeña
que hay desde el guante á la frente,
vi jazmines, vi mosquetas,
vi alabrastros, vi diamantes,
vi, al fin, nieve en fuego envuelta.
Tenia hasta el pecho el manto,
y santiguóse cubierta:
pudo ser de verme ansí
transformado en su belleza.
Volvió en ocasos de ambar

segunda vez á esconderla,
hasta que en pie al evangelio,
amaneció aurora fresca.
Santiguóse al comenzarle,
y al darle fin, la encarcela
hasta el *Sanctus*, que desnuda,
da aldabadas á la puerta
del pecho, llamando al alma,
que deseosa de vella,
debió penetrar cartones,
pues corazones penetra.
Duró esta vez el gozarla
sin la prision avarienta,
hasta consumir el caliz:
¡ay Dios, si mil siglos fueran!
Volvió á ponérseme el sol,
hasta que acabando, empiezan
el evangelio postrero,
siendo tambien la postrera
liberalidad feliz
que hizo á mi vista, ciega
con la oscura privacion
de su cándida pureza.

VENTURA.

A tragos te la sorbiste,
si no es que contigo juega
al escondite, esa mano.
¿Hay mas de eso?

DON MELCHOR.

Oye, y espera.
Estaba yo reduciendo
á los ojos mis potencias,
para que todas gozasen
la gloria de su belleza,
cuando vi junto á ella un hombre,
que en el talle y la apariencia
pasaba plaza de honrado,
cortarle, con sutileza
ingeniosa, del cordon
un bolsillo. ¿Quién creyera
que de tal civilidad
fuera apoyo tal presencia?

Amábala yo, y así
corria ya por mi cuenta
el defender prendas suyas;
pero por no hacer la afrenta
pública del robador,
antes que el hurto escondiera,
asiéndole de la mano,
le vituperé á la oreja
la accion de su talle indigna,
respondiendo su vergüenza
en la cara por escrito
lo que no pudo la lengua.
Quitéle en fin el bolsillo,
y atribuyendo á pobreza
lo que debió ser costumbre,
saqué de la faltriquera
un doblon, que por hallazgo
de tan estimada prenda
le dí, con que en un instante
despejó misa é iglesia.
Cesó el no oido oficio,
que me holgara yo que fuera
de pasion; desocupóse
la capilla, donde queda
rematando en el rosario
mi divina mano cuentas,
cuyo alcance han de pagar
desde este punto mis penas;
y salgo á aguardarla aquí,
deseando que amanezca
el alba de aquella mano,
cuando, cisne puro, vuelva
á bañarse en la agua santa
que en esta pila desean
mis esperanzas gozar,
despues que no la ven, secas.

VENTURA.

¡Válgate el diablo por mano!
La primera vez es esta
que entró el amor por grosura:
manotada te dió fiera.
Mas ven acá: si esta mano

viene á ser, cuando la veas,
de algun rostro polifemo,
ó alguna cara juaneta,
¿que has de hacer?

DON MELCHOR.

Eres un tonto.
La sábia naturaleza
distribuyó proporciones,
en sus fábricas discreta.
Mano de tal perfeccion
fuera culpable indecencia
que sirviese de instrumento
á cara menos perfeta.
Mandó Alejandro pintar
en una tabla pequeña
la corpulencia de Alcides;
y por mostrar su grandeza,
solamente pintó Apeles
el dedo pulgar, que intentan
medir gigantes á varas;
para que hiciesen la cuenta
qué tan grande seria el cuerpo
de quien en un dedo emplea
aritméticas medidas:
y yo, de la suerte mesma,
congeturo por la mano
qué tal será la belleza
del dueño de tal ministro.

VENTURA.

¡Bueno! ¿ejemplicos me alegas?
Pues allá va el mio: escucha.
Una, dama en apariencia,
pasaba por una calle,
hollándola airosa y tiesa
mas que un alcalde de corte.
Enamoróse de verla
un galan, por las espaldas,
porque el talle y gentileza
con que jugaba el chapin,
y tremolaba la seda,
cuando menos, prometian
una española Belerma.

Adelantó gusto y pasos,
y volviendo la cabeza,
vió un angel de Monicongo,
con una cara pantera.
Santiguóse el hombre y dijo:
"¡Jesus! ¡delante tan fiera,
y tan hermosa detras!"
Y respondióle la negra:
"Si parécele misor
espaldas que delantera,
y transera estar hermosa,
bese vuesancé transera."
Enamórate de manos,
antes que tu dama veas,
y podrá ser cuando salga,
que lo mismo te suceda.

DON MELCHOR.

Si vieras tú aquella mano
y aquel talle, no dijeras
blasfemias á su hermosura.

VENTURA.

A tu amor digo blasfemias.

DON MELCHOR.

Ya sale; apártate y mira
la hermosa mano que llega,
á transformar gotas de agua
si no en diamantes, en perlas.

ESCENA IV.

DOÑA MAGDALENA *y* QUIÑONES, *cubiertas con mantos y la primera una mano sin guante, como quien acaba de tomar agua bendita.*—DON MELCHOR. VENTURA.

QUIÑONES.

Estarán á la otra puerta
el escudero y el coche.

DON MELCHOR.

(*Llegándose á doña Magdalena.*)
Despejadle al sol la noche,

dejad su luz descubierta,
pues no es bien cuando despierta
deseos en que me abraso,
señora, que al mismo paso
que la adoro, me atormente,
y á penas goce su oriente,
cuando me aflija su ocaso.
Crepúsculos tiene el dia,
como al nacer, al ponerse,
que ven antes de esconderse,
los que adoran su alegría.
Sol hermoso, mano mia,
si al nacer me os habeis puesto
en el ocaso molesto
que mis esperanzas ciegá,
sol pareceis de Noruega,
pues os escondeis tan presto.
Agua traeis: no me espanto,
si amor llamas multiplica;
porque llover pronostica
el sol, cuando abrasa tanto.
Basta que el avaro manto
sirva de nube sagrada
á esa gloria idolatrada:
descubríos, blanca aurora;
que dirán que sois traidora,
pues dais muerte, disfrazada.

DOÑA MAGDALENA.

Caballero, ni el lugar
esas lisonjas abona,
ni la que hablais es persona
que os las tiene de feriar.
Escusaldas de gastar,
ó dad orden de lucirlas
en quien merezca admitirlas,
y procure agradecerlas;
que ni yo sé responderlas,
ni tengo gusto de oirlas.

VENTURA, *á Quiñones.*

¿Tiene vuesa dueñería
la mano, cual su señora,
culta, animada, esplendora,

gaticinante y harpía?
Brillarále la uñería
cuando el caldo escudillice,
ó la loza estropajice,
exhalando cada vez
las aromas que á las diez
vierta, cuando vacinice.
Desescarpine ese pie....
Iba á decir esa mano.

QUIÑONES.

(*Dando una bofetada á Ventura.*)
Jo, majadero.

VENTURA.

¡De llano
bofeton! afrenta fue.

DON MELCHOR, *á doña Magdalena.*

Hoy á esta corte llegué,
creyendo que amanecia;
mas fue tal la suerte mia,
que, cuando mas venturosa,
el sol de esa mano hermosa
me anochece á medio dia.

DOÑA MAGDALENA.

Todo está bien ponderado.
Si á ganar habeis venido
nombre de bien entendido,
ya, hidalgo, le habeis ganado.
Preciaos de considerado,
como de discreto, agora,
y advertid que el sitio y hora
no es acomodado. A Dios.

DON MELCHOR.

Será fuerza el ir tras vos,
si os partís así, señora.

DOÑA MAGDALENA.

Pues serálo, si eso haceis,
que el buen crédito perdais
que cortesano ganais,
y algun daño ocasioneis.

DON MELCHOR.

No intento yo que me deis,
habiéndome acreditado,

nombre de necio y pesado,
sino de restaurador
de una prenda de valor
que os han del cordon cortado.
Mirad lo que os falta de él;
cobraldo, y luego partíos,
puesto que mis desvaríos
os den nombre de crüel.

DOÑA MAGDALENA.

Un bolsillo estaba en él;
pero de poca importancia.

DON MELCHOR.

No tiene el mundo ganancia
con la de este, por ser vuestro.

VENTURA.

(*Aparte á su amo.*)
¡Cuerpo de Dios, que es el nuestro!

DON MELCHOR.

(*Aparte á Ventura.*)
Calla, necio.

VENTURA, *aparte.*

¡Qué ignorancia!

DON MELCHOR.

Un ladron os le ha robado,
y yo os le he restituido:
en hallazgo de él, os pido
que al sol quiteis el nublado.
Vea yo el cielo estrellado
que en ese manto se esconde;
que si al cristal corresponde
de la mano que encubrís,
á ser el fenix venis,
que en Arabia al sol responde.

DOÑA MAGDALENA.

No es ese el que yo traia.

VENTURA.

(*Aparte á don Melchor.*)
Que es el nuestro.

DON MELCHOR.

(*Aparte á Ventura.* ¡Vive el cielo,
si no callas....!) El recelo
turbar al ladron podia.

si por oficio tenia
quitar las prendas que os muestro,
y era en el hurtar tan diestro,
muchas como estas tendrá,
y este bolsillo será
por derecho desde hoy vuestro.
Gozad su restitucion,
si no es que por no pagar
el hallazgo, quereis dar
á mis quejas ocasion.

DOÑA MAGDALENA.

En daño suyo el ladron,
ó liberal ó turbado,
á los dos nos ha engañado;
y si admitirle no quiero,
es porque ese viene entero,
y el que me hurtó va cortado.
La mitad de los cordones
(*Muéstrale un pedazo de los cordones con que se cerraba el bolsillo que traia á la cinta.*)
me dejó; sacad por vellos
la distincion que hay en ellos,
y no malogreis razones.
Si atrevimientos ladrones
la causa de ese hurto han sido,
y no hay señor conocido,
á la Merced le llevad,
ó si no á la Trinidad,
que recogen lo perdido,
y dejadnos, porque hay ojos
que cuidadosos nos ven,
y no sé que os esté bien,
si dais motivos á enojos.

DON MELCHOR.

Yo de robados despojos
no he de ser depositario.

VENTURA, *aparte.*

¿Hay hombre mas temerario?

DON MELCHOR.

Seldo vos mientras parece
el dueño, si es que merece
tal favor su propietario.

DOÑA MAGDALENA.

Importunidad cansada
es la vuestra; porque os vais,
y el paso no me impidais,
he de hacer lo que os agrada.
Dádsele á aquesa criada....

VENTURA, *aparte.*

¡Qué escrupuloso desden!

DOÑA MAGDALENA.

Que en mí no parece bien
ni guardallo, ni admitillo.

VENTURA, *aparte.*

Espiró nuestro bolsillo:
requiescat in pace, amen.

DOÑA MAGDALENA.

Y por si acaso volviere
su dueño por él, podreis
decir si con él os veis,
que aquí mañana me espere.
Dareis pesar al que os viere
seguir donde voy; y así
por me hacer merced á mí,
y por ser tan cortés vos,
mientras me ausento, los dos
no habeis de pasar de aquí.
Esto quiero suplicaros.

DON MELCHOR.

Y yo quiero obedeceros,
sin esperanza de veros,
sin remedio de olvidaros.—
En fin, ¿podré aquí aguardaros,
si traigo el dueño?

DOÑA MAGDALENA.

A las dos
volveré, solo por vos,
que sois galan cortesano.

DON MELCHOR.

Dadme una seña.

DOÑA MAGDALENA.

Esta mano.
(*Quítase de una mano el guante.*)

DON MELCHOR.

¡Ay aurora hermosa!

DOÑA MAGDALENA.

A Dios.

(*Vanse las dos.*)

ESCENA V.

DON MELCHOR. VENTURA.

DON MELCHOR.

Venturilla, mi ventura
encarece: no seas necio,
ni me digas disparates,
que tú vendes por consejos.
Comprar por un poco de oro
los cinco climas del cielo,
la via láctea nevada,
el sol de hermosos reflejos,
¿no es lance digno de estima?
¿no es barato?

VENTURA.

Sí, y por eso
dicen: "lo barato es caro."
Tú encarecerás el sebo
de cabrito antes de mucho,
pues solamente por verlo,
doscientos ducados diste:
cuarenta por cada dedo:
y esto á ver, y no á tocar.
A fé, si viene á saberlo
Martin Danza, que él te hospede
en el nuncio de Toledo.
¿Qué habemos de hacer agora,
sin la mano y sin dineros?
Medio dia era por filo,
y ni hay blanca, ni comemos.

DON MELCHOR.

Impertinente, ¿no sabes
que me está aguardando un suegro

con-sesenta mil ducados?

VENTURA.

¿Y si ese se hubiese muerto,
acomodado la novia,
ó le parecieses feo,
y te echase en hora mala,
que es muger, y puede hacerlo?

DON MELCHOR.

¿Feo yo?

VENTURA.

Pues siendo pobre,
¿hay Sacripante, hay Brunelo,
hay tiburon, hay caiman,
mas asqueroso y mas fiero?
¿Hay sátiro como tú
sin blanca?

DON MELCHOR.

Pues segun eso,
para una muger tan rica,
¿podia dejar de serlo
por un bolsillo de escudos?

VENTURA.

No la olieras por lo menos
á pelon, mal contagioso,
que disuelve casamientos.
Cuando huele mal la boca,
alcorzas (1) la dan remedio,
que disimulan olfatos:
y las damas de este tiempo,
que faldriqueras oliscan,
si no exhalan el aliento
dorado, vuelven el rostro,
escupen, y hacen un gesto.
Con estos pocos de escudos
remediaras tus defetos,
como guantes de polvillos,
lo que duran, poco y bueno.
Pero agora, yendo á vistas
sin un real, por Dios, que temo
que al instante que te mire,

---

(1) Pastillas de olor.

le has de oler á perro muerto.

DON MELCHOR.

¿No tengo el bolsillo yo,
que en ser suyo, es de mas precio
que cuanto el Oriente cria?

VENTURA.

Al que se lleva me atengo.
¿Mas que no tiene seis cuartos?

DON MELCHOR.

Hoy has dado en majadero.

VENTURA.

Si de manos te enamoras,
seré mano de mortero.

DON MELCHOR.

No habia de codiciarle
el ladron, á no estar cierto
de su valor, ni ponerse
en tan evidente riesgo.

VENTURA.

¿Hay mas que abrirle?

DON MELCHOR.

Verásle.

(*Saca un bolsillo lleno.*)

VENTURA.

¡Oh Virgen del Buen Suceso!
dádnosle en esta ocasion,
y otro de cera os ofrezco.

DON MELCHOR.

Mira qué proveido está.

VENTURA.

Déjame tomarle el peso.

DON MELCHOR.

¿Qué te parece?

VENTURA.

Por Dios,
que es en lo pesado un necio.
Alma tiene de arcabuz.
Abrámosle, que recelo
que es barriga de opilada,
y habrá tomado el acero.

(*Saca don Melchor un envoltorio de papel dentro del cual hay una piedra.*)

¿Qué es eso?

DON MELCHOR.

Un papel preñado.

VENTURA.

No será virgen su dueño.
Desenvuélvele.

DON MELCHOR.

¿Quién duda
que alguna joya está dentro?
Esto era lo que pesaba.

VENTURA.

Date prisa ya, sabremos
si es hijo, ó hija.

DON MELCHOR.

Hija fué.

VENTURA.

Y yo los dolores tengo.

DON MELCHOR.

(*Mostrando la piedra.*)
Una piedra es verde oscura,
atada á un liston.

VENTURA.

Enfermo
de piedra estaba el bolsillo,
y tú has sido su potrero.

DON MELCHOR.

Oye: en este papel dice:
"*Esta piedra es por estremo*
buena para el mal de hijada."

VENTURA.

Désele Dios á su dueño.
¿De la hijada, y no es atun?
Enfermedad es de viejos:
y la tapada será
en la edad censo perpétuo.
De pedradas nos ha dado.
¿Queda mas?

DON MELCHOR.

Sí.

VENTURA.

Saca presto.

DON MELCHOR.

(*Saca lo que dice.*)

Este es un dedal de plata.

VENTURA.

Dédalo fue su embeleco.

DON MELCHOR.

Este es un devanador.

VENTURA.

Los tuyos son devaneos.

DON MELCHOR.

Y es de ébano.

VENTURA.

De Eva, no;
que Eva, en fin, andando en cueros,
no te engañara tapada.
No te deshagas del trueco.

DON MELCHOR.

Tres sortijas de azabache,
y cuatro de vidrio.

VENTURA.

El precio
se llevó, y tú la sortija.

DON MELCHOR.

Reir me haces.

VENTURA.

¿Hay mas de eso?

DON MELCHOR.

No hay otra cosa, Ventura.

VENTURA.

Tan mala se la dé el cielo,
como á los dos nos la ha dado.

DON MELCHOR.

Yo por tan feliz la tengo,
que en estas prendas adoro,
por la mano en que estuvieron.
Que mañana vuelva aquí
me manda, y alegre espero
alguna ventura oculta,
influencia de su cielo.

VENTURA.

¿Y crees tú que volverá?

DON MELCHOR.

Pues ¿hay que dudar en eso,
habiéndolo prometido?

VENTURA.

¿A volverte los doscientos?

DON MELCHOR.

Si yo los admito, sí.

VENTURA.

De azotes se los prometo,
si ella hace tal necedad.

DON MELCHOR.

¡Qué pesado!

VENTURA.

¡Qué ligero!

DON MELCHOR.

Por señas ¿no me mostró
la mano?

VENTURA.

El aruñadero,
dirás mejor, de bolsillos.
Vamos á buscar al viejo,
que ha de ser nuestro socorro.

DON MELCHOR.

Si á ver aquel angel vuelvo,
no sé cómo he de poder
casarme.

VENTURA.

¿Angel, y de negro,
con uñas? llámole diablo.

DON MELCHOR.

Es sol de nubes cubierto.

VENTURA.

Bien dices que es sol.... con uñas.

DON MELCHOR.

Vamos; mas oye, qué es eso?

ESCENA VI.

—

DON LUIS. DON GERÓNIMO.—DON MELCHOR. VENTURA.

DON LUIS.
(*A don Gerónimo.*)
Os digo que es don Melchor.

DON MELCHOR.
¡Oh primo! El primero encuentro
¿es con vos? Dichoso he sido.

DON LUIS.
Dos dias ha que os espero,
pues conforme á vuestra carta,
si salisteis de Leon luego
que se escribió, desde ayer
tardais.

DON MELCHOR.
Atribuid al tiempo,
con tanta lluvia enfadoso,
la culpa, y no á mis deseos,
que ya, amigo don Lüis,
se han cumplido, pues os veo.

DON LUIS.
Hablad á vuestro cuñado,
(mejor diré hermano vuestro)
que como tal os aguarda.

DON GERÓNIMO.
Yo os doy los brazos, contento
de ver cuan bien corresponde
á la fama que tenemos
de vos, vuestra gallardía,
puesto que con sentimiento
de que os hayais apeado,
y no en mi casa.

DON MELCHOR.
Ahora llego,
y la poca certidumbre
que esta confusion tengo
de sus calles y sus casas,

me disculpan.

DON GERÓNIMO.

Yo la aceto
y á ganar voy las albricias
de mi hermana; que no quiero
que improvisas turbaciones
malogren gustos de veros;
que os tiene muy deseado.

DON MELCHOR.

Paga mi fe.

DON GERÓNIMO.

Entreteneos
con don Lüis, entretanto
que aviso á mi padre y vuelvo,
si no es que en su compañía,
por apresurar deseos,
quereis honrar nuestra casa.

DON MELCHOR.

(*A don Luis.*)
Disponeldo al gusto vuestro.

DON LUIS.

Conmigo irá de aquí á un rato.

DON SEBASTIAN.

A Dios, pues. (*Vase.*)

ESCENA VII.

—

DON MELCHOR. DON LUIS. VENTURA.

DON LUIS.

¿Qué traeis de nuevo
que contarme de Leon?

DON MELCHOR.

Nada: todos quedan buenos,
vuestros padres y los mios.
Y á vos ¿cómo os va de pleitos?

DON LUIS.

Salí con mi mayorazgo.

DON MELCHOR.

El parabien os ofrezco.

DON LUIS.

Venturilla, ¿cómo vienes?

VENTURA.

Enfadado de venteros,
trotando por esos llanos,
trepando por esos puertos,
y ofreciendo á Bercebú
á cierta mano de tejo
que hemos engastado en oro.

DON MELCHOR.

(*Aparte á Ventura.*)
¿Quieres callar, majadero?

DON LUIS.

¿Venís muy enamorado?

DON MELCHOR.

No sé lo que os diga en eso.
Lo que sobra por oidas,
y lo que basta hasta verlo.
No sé yo porque al amor
le llaman y pintan ciego,
pues lo que no ve, no estima.

DON LUIS.

¡Ay! ¡qué de mal me habeis hecho!

DON MELCHOR.

¡Yo! ¿Cómo, ó por qué?

DON LUIS.

Mejor
es reprimir pensamientos,
y desahuciar esperanzas
que enemistaran con celos.
Vos sois pobre; vuestra dama
tiene sesenta mil pesos,
que ensayados son escudos,
yo soy rico, y vuestro deudo:
no he de competir con vos.

DON MELCHOR.

Don Lüis, si sois discreto,
¿por qué me hablais con preñeces?

DON LUIS.

Ya no lo son, si lo fueron.
Doña Magdalena hermosa
os espera como á dueño

de su hacienda y libertad,
con amor libre y honesto.
Idolatrara yo en ella,
á no estar vos de por medio,
y pretendiera imposibles,
por vos, que amor crece entre ellos.
Vámosla á ver: no hagais caso
de fábricas que en el viento
desvaneció vuestra vista,
digna de tan noble empleo.
Ella os ama; yo la adoro;
mas sacaréla del pecho,
aunque me cueste la vida,
con la ausencia ó con el tiempo.

DON MELCHOR.

Primo, puesto que á casarme
de Leon á Madrid vengo,
no es de suerte enamorado
del interes que pretendo,
que no sea lince mi honor,
con que velando penetro
dificultades que esconden
vuestros confusos misterios.
Si quereis y sois querido,
proseguid; que yo os prometo
que su oro no sea bastante
á dorar de amor los yerros.
Declaraos, si sois amigo.

DON LUIS.

¿Qué hay que declarar? Yo quiero
á quien por dueño os aguarda;
pero no hagais argumento
de lo que os digo, ni agravio
del mínimo pensamiento
de vuestra dama ó esposa;
porque, por la luz del cielo,
que hasta agora en mí no ha visto
una centella del fuego
que me abrasa; ni en virtud
tiene España tal ejemplo.
Fuíla á ver de vuestra parte,
las vuestras encareciendo:

y amor, que es potencia todo,
rindióse viendo su objeto.
Pero amor en los principios
es niño, y múdase presto.
Yo me ausentaré esta tarde,
por aguardarme en Toledo
amigos y ocupaciones:
asegurad, primo, miedos;
que no es bien perdais por mí
tal belleza y tal provecho.

DON MELCHOR.

No le tengo yo por tal,
si ha de ser en daño vuestro,
ni es mi voluntad tan libre
que no haya los ojos puesto
en prendas merecedoras
de señorear deseos,
que tibios, por no empleados,
sabrán deshacer conciertos.
Ni yo á quien amais he visto,
ni en viéndola me prometo
tanto, que pueda mudar
las memorias que conservo.
¿Qué sé yo si agradaré
á esa dama, que habrá hecho
ausente retratos mios
allá en el entendimiento,
y por no corresponder
el original con ellos,
me aborrezca, pues no iguala
la verdad á los deseos?
Primo, no habeis de ausentaros.

DON LUIS.

Vámosla á ver, que ya es tiempo.
Plegue á Dios que no os agrade.

DON MELCHOR, *aparte.*

¡Ay mano! ¡ay cristal! ¡ay cielo!
Con una mano en los ojos,
¿qué he de ver estando ciego?

VENTURA, *aparte.*

Mano, vive Dios, de Judas,
pues lleva bolsa y dineros. (*Vanse.*)

Sala en casa de don Alonso.

ESCENA VIII.

DOÑA MAGDALENA, *vistiéndose otro trage y* QUIÑONES.

DOÑA MAGDALENA.
¡Que don Melchor ha venido!
QUIÑONES.
Si no te engaña tu hermano,
ya llega á darte la mano.
DOÑA MAGDALENA.
Iguálame ese vestido;
que con el otro que dejo,
los pensamientos desnudo
que aquel estranjero pudo
engendrar. Dame ese espejo.
Ponme esa valona bien.
¿Está bueno este cabello?
QUIÑONES.
Tal, que estando amor cabe ello,
rendirá á cuantos le ven.
DOÑA MAGDALENA.
¡Ay, Quiñones, y qué susto
me causa aquesta venida!
Tenia yo divertida
el alma, y no sé si el gusto,
con la memoria apacible,
del forastero galan,
¡y antes de verle me dan
esposo! ¡Caso terrible!
¡Que tenga tanto poder
la obediencia y el honor!
QUIÑONES.
Dilata mas el color
de ese carrillo.

DOÑA MAGDALENA.

Sin ver,
¡he de amar á quien aguardo!
Quiñones, ¿no es caso fiero?

QUIÑONES.

Galan era el forastero.

DOÑA MAGDALENA.

Y sobre galan, gallardo.
¡Ay! ¡quien pudiera compralle,
ya que mis penas escuchas,
una de las partes muchas
que tiene: la gracia, el talle,
con que hacer á don Melchor
como él...! Si no tan perfeto,
tan amante ó tan discreto.

QUIÑONES.

Podrá ser que sea mejor.

DOÑA MAGDALENA.

¿Cómo será eso posible?
¡Tan cortés urbanidad!
¡Tanta liberalidad,
y sazon tan apacible...!—
No era digna de ella yo.
Roguéle no me siguiese,
ni donde vivo supiese;
y obediente, se quedó
inmóvil en aquel puesto:
si, como ya lo advertiste,
entre confiado y triste,
solo á agradarme dispuesto.
Luego.... ¿tú piensas que ignoro
que no fue él el robador
del usurpado favor,
que me restituyó en oro?

QUIÑONES.

Para mí no hay dudar de eso.

DOÑA MAGDALENA.

Pues de tanta eficacia es
conmigo, no el interes,
la accion sí, que te confieso
que hechizo para mí ha sido.

QUIÑONES.

Es grande hechicero el dar:
inmenso y rico es el mar,
y recibe agradecido
el tributo sucesivo
del arroyuelo menor;
que en los estudios de amor
solo hay libros de recibo.
Pero ¿de qué sirve ya
hacer de él memoria en vano,
si para darte la mano,
tu esposo á la puerta está?

DOÑA MAGDALENA.

De que salga regalado
del alma y memoria mia;
que al huesped es cortesía
el despedirle obligado.—
Mas los vecinos de arriba
pienso que me entran á ver.

ESCENA XI.

DOÑA ANGELA. DON SEBASTIAN.—DOÑA MAGDALENA. QUIÑONES.

DON SEBASTIAN.

La vecindad suele ser
(cuando en la igualdad estriba,
que conserva la amistad,
si es que la vuestra merezco) (1)
un grado de parentesco,
señora, de afinidad.
Hémosla ya profesado
vuestro hermano y yo; y así
á doña Angela pedí

(1) Alguna vez iguala Tellez la pronunciacion de la z con la de la s. A no saberse que el supuesto Tirso era natural de Madrid, don Vicente Salvá le hubiera dado por andaluz.

que aumentase aqueste grado,
entrándoos á visitar,
y á dárseos por servidora.

DOÑA MAGDALENA.

Casa en que tal dueño mora,
es muy digna de estimar,
y mas el ofrecimiento
con que esta merced me haceis,
cuando en mí, señora, veis
tan corto merecimiento.
Mas con tan noble vecina
seré dichosa desde hoy.

DOÑA ÁNGELA.

Vuestra servidora soy,
y fuera vuestra madrina,
ya que bodas esperais,
si hallara desocupada
aquesta plaza.

DOÑA MAGDALENA.

Obligada,
quiero que merced me hagais;
que hasta aquí no os he servido
para suplicaros eso.—
Que estoy turbada confieso.

DOÑA ÁNGELA.

¿A quién no turba un marido?

DOÑA MAGDALENA.

Y mas quien cual yo le aguarda,
y el talle que tiene ignora.

DON SEBASTIAN.

El honor no se enamora;
que solas las leyes guarda
de la opinion, y hasta en esto
mostrais vuestra discrecion.

DOÑA ÁNGELA.

Por escusar la ocasion
en que ese susto os ha puesto,
el matrimonio rehuso.

DOÑA MAGDALENA.

Crüel es vuestra hermosura.

DOÑA ÁNGELA.

¡Jesus! Delante de un cura,

(por mas que el cielo dispuso
que se desposen así)
y tanta gente, ¿ha de haber
tan atrevida muger,
que le diga á un hombre: *sí?*

DON SEBASTIAN.

Pues ¿qué escrúpulo hay en eso?

DOÑA ÁNGELA.

¡Jesus! Quien hace tal cosa,
ó es muy libre y animosa,
ó no tiene mucho seso.

ESCENA X.

DON ALONSO. DON GERÓNIMO. DON LUIS. DON MELCHOR. VENTURA.—DICHOS.

DON ALONSO.

Atribuye á tu ventura,
como á mi buena eleccion,
hija, el que en esta ocasion
corresponda á tu hermosura
el noble merecimiento
del dueño que te escogí.
Vesle, Magdalena, aquí.
No pudo tu pensamiento,
por mas que encarecedor,
galan te le haya pintado,
ser mas que un tosco traslado
del talle de don Melchor.
Haz cuenta que en él abrazas
de don Juan la imagen propia;
que yo viéndole en su copia,
mientras tú su cuello enlazas,
mostraré mi regocijo, (1)
renovando en esta edad
la juvenil amistad
del noble padre, en su hijo.
No quiero yo mas hacienda,
que la heredada virtud

(1) Verso añadido para completar la redondilla y la frase.

que miro en su juventud.
El padre avariento venda
al oro la libertad
de sus hijas; que el valor
de tu esposo don Melchor,
y la ley de mi amistad,
juzga por mas oportuna
la sangre que la riqueza,
cuanto la naturaleza
se aventaja á la fortuna.
Dale la mano.

(*Hablan aparte doña Magdalena con Quiñones, y don Melchor con Ventura.*)

DOÑA MAGDALENA.

¡Ay Quiñones!
Este ¿no es el forastero,
que fue usurpador primero
de mis imaginaciones?

QUIÑONES.

Sí señora: en la Vitoria
este fue quien la alcanzó
de tí. ¿Qué dicha llegó
á la tuya?

DON MELCHOR.

La memòria
de aquella mano, Ventura,
como quien ve por antojos,
tiene ocupados mis ojos.
Fea muger.

VENTURA.

¿Qué hermosura
se igualara á la presente?
Pero dejando la cara,
en la candidez repara
de aquella mano esplendente,
que es la misma, vive Dios,
que melindrizó el bolsillo.

DON MELCHOR.

Anda, borracho; aun decillo
es blasfemia.

VENTURA.

No estais vos,

señor, con juicio cabal.

DON MELCHOR.

Esta es asco, es un carbon,
es en su comparacion
el yeso junto al cristal. (1)
A sus divinos despojos
no hay igualdad.

VENTURA.

Yo la ví,
cuando me llevó tras sí
con el bolsillo los ojos,
y juro á Dios que es la propia.

DON MELCHOR.

Enviaréte noramala,
si no callas, necio; iguala
la Scitia con la Etïopia. (2)
La mano que á mí me ha muerto,
de una vuelta se adornaba
de red.

VENTURA.

Bolsillos pescaba.

DON MELCHOR.

Y esta trae el puño abierto.

VENTURA.

No estaba el otro cerrado
para agarrar los doscientos.—
Llégala á hablar.

DOÑA MAGDALENA, *aparte.*

Pensamientos,
¿qué piélago os ha engolfado
de contrarias suspensiones?

DON ALONSO.

Don Melchor, ¿cómo no hablais
á vuestra esposa?

DON MELCHOR.

Agraviais
las cuerdas ponderaciones
que en esta belleza admiro,
si limitais su silencio:

---

(1) (2) Doña Magdalena oye estas espresiones.

callo, adoro, reverencio,
y hablo mas cuanto mas miro.
Perdonad, señora mia,
á la lengua, si á los ojos,
para gozar los despojos
de ese sol que luz me envia,
se pasa; que si es verdad,
que amor al esposo obliga
que lo primero que diga
sea alguna necedad,
yo juzgo por caso recio,
la primer vez que os adoro,
entrar, contra mi decoro,
por los umbrales de necio.

DOÑA MAGDALENA.

Estais tan acreditado
conmigo ya, que si fuera
posible que en vos cupiera
esa ley de desposado,
juzgara por discrecion
cualquier desacierto vuestro.

VENTURA.

Cada cual se dé por diestro:
buena está la introduccion,
y vuesa merced me tenga....
cuando me vaya á caer;
que habemos los dos de ser
un par hasta que otro venga.

DON SEBASTIAN.

Entre tanto parabien,
los de un vecino admitid,
de quien podreis en Madrid
serviros siempre, y tambien
los de mi hermana que agora
añade á su vecindad
nuevos grados de amistad.

DON GERÓNIMO.

Doña Angela, mi señora,
y el señor don Sebastian,
posan los cuartos de arriba,
y en su noble sangre estriba
la voluntad con que os dan

parabienes, que merecen
mucho.

DON MELCHOR.

(A don Gerónimo.)

Salid vos por mí
fiador, pagareis así
los favores que me ofrecen;
que como recien venido,
caer en mil faltas temo.

DOÑA ÁNGELA, *aparte.*

El leonés es por estremo,
como no oliera á marido.

DON ALONSO.

Esta noche habeis de ser
mis convidados los dos.

DON SEBASTIAN.

Basta mandárnoslo vos.

VENTURA, *aparte.*

Eso sí; haya que comer.

DON ALONSO.

(A don Melchor.)

Ya estais, hijo, en vuestra casa:
desposado saldreis de ella.

DON LUIS.

(Aparte á don Melchor.)

¿Haos parecido muy bella
la novia? ¿Mas que os abrasa?
¿Mas que ya habeis olvidado
aquella mano homicida?

DON MELCHOR.

(Aparte á don Luis.)

Quien bien ama, tarde olvida:
que estoy mas enamorado
por ella, amigo, os advierto.

DON LUIS.

(Aparte á don Melchor.)

¿Pues no es la de vuestra esposa,
para mano, tan airosa,
y tan bella?

DON MELCHOR.

(Aparte á don Luis.)

No por cierto.

QUIÑONES.

(*Aparte á su ama.*)

¿Hay suerte como la tuya?
¡Que el primer hombre que quieres
sea tu esposo! ¡Dichosa eres!

DOÑA MAGDALENA.

(*Aparte á la dueña.*)

No sé de eso lo que arguya.
Pensamientos solicitan
guerra, en mi pecho, crüel,
y si unos vuelven por él,
otros le desacreditan.

DON GERÓNIMO, *aparte.*

Temo que nuestra vecina,
segun lo que en mi alma pasa,
por dueño se quede en casa.

DON LUIS, *aparte.*

¡Ay Magdalena divina!
Ya te lloro enagenada.

QUIÑONES.

¿Cómo te llamas?

VENTURA.

Ventura.

QUIÑONES.

Buen nombre y mala figura.

VENTURA.

Soilo, mas no descartada.

DON SEBASTIAN.

(*Aparte á su hermana.*)

¿Qué, hermana, te ha parecido
del leonés forastero?

DOÑA ÁNGELA.

(*Aparte á don Sebastian.*)

Gallardo para soltero,
pesado para marido.

DON MELCHOR, *aparte.*

¡Ay, mano hermosa, cumplid
palabras y juramentos!

VENTURA, *aparte.*

¡Ay mis escudos doscientos!
espirásteis en Madrid.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

DOÑA MAGDALENA, *de luto bizarro.* QUIÑONES.

DOÑA MAGDALENA.

¿Qué haces con encarecer
la dicha que he conseguido
en que esposa venga á ser
del primero que he querido,
y que llegue á merecer
las partes que en don Melchor
rindieron mi voluntad:
su gentileza, valor,
talle, liberalidad,
discrecion, gracia y amor?
Pues todas esas, Quiñones,
si fueron ponderaciones
primero de mi aficion,
ya de mis recelos son
sospechosas ocasiones.

QUIÑONES.

No me espanto: todo aquello
que está en ageno poder,
tiene el gusto por mas bello,
y el valor suele perder,
en llegando á poseello.
Juzgaste ayer á tu esposo
por prenda agena; y así
te pareció mas hermoso:
viene á ser tu dueño aquí,
y júzgasle ya enfadoso.
Efímera es tu aficion,
toda ayer ponderacion,
y hoy desden toda y mudanza:

¿quién vió morir la esperanza
antes de la posesion?
¿Es posible que tan presto
aborreces lo que amabas?
No en balde luto te has puesto
por los deseos que acabas
de enterrar.

DOÑA MAGDALENA.

No estás en esto
de amar, Quiñones, tan diestra,
que los peligros rehuses
que el yugo conyugal muestra;
y así no es mucho que acuses
mi amor, si no eres maestra.
De suerte á don Melchor quiero
despues que á esta casa vino,
que si me agradó primero,
mi amor es ya desatino;
pues sin él, morir espero.
Mas, ¿con qué seguridad
rendiré mi voluntad
á quien, con tan fácil fe,
la primer muger que ve
triunfa de su voluntad?
Hombre que á darme la mano
viene aquí desde Leon,
y es tan mudable y liviano,
que á la primera ocasion,
liberal y cortesano,
á un manto rinde despojos,
y á una mano el alma ofrece,
¿no quieres que me dé enojos?
Quien así se desvanece,
y sin penetrar sus ojos
lo que, por no ver, ignora,
se suspende y enamora,
exagera, sutiliza,
y palabras autoriza,
pues con escudos las dora,
¿qué satisfaccion dará
á quien por dueño le espera?
¿ó quién me asegurará

de voluntad tan ligera,
que, desposado, no hará
lo mismo con cuantas mire,
y yo con él mal casada,
quejas al alma retire,
llore mi hacienda gastada,
y sus mudanzas suspire?

QUIÑONES.

Pues siendo tú quien despierta
su voluntad, y encubierta
diste causa á sus desvelos,
¿de quién puedes formar celos?

DOÑA MAGDALENA.

De mí misma. Y está cierta
que si le amé forastero,
doméstico y dueño ya,
dudo, al paso que le quiero.

QUIÑONES.

Pues bien, ¿qué remedio da
tu amor?

DOÑA MAGDALENA.

Cumplir lo primero
mi palabra en la Vitoria,
y ver si en ella me aguarda.

QUIÑONES.

No tendrá de tí memoria;
que tu presencia gallarda,
siendo á sus ojos notoria,
borrará la primer copia
que vió tapada é impropia,
pues se enamoró en bosquejo,
y mudando de consejo,
te olvidará por tí propia.

DOÑA MAGDALENA.

Eso, pues, quiero probar.

QUIÑONES.

Pues ¿para qué te vestiste
de luto?

DOÑA MAGDALENA.

Para mostrar,
en señal de que estoy triste,
la color de mi pesar.—

Todos estos son ardides
de mi amor.

QUIÑONES.

¿No puedo yo
saberlos?

DOÑA MAGDALENA.

Si los impides,
dándome consejos, no;
mas sí, si á mi amor te mides.

QUIÑONES.

¿Pues agora dudas de eso?

DOÑA MAGDALENA.

Que estoy loca, te confieso.
Pongan el coche.

QUIÑONES.

Ya está
á la puerta.

DOÑA MAGDALENA.

Importará
para el fin de este suceso,
ya que en este tema doy,
que á casa de doña Juana,
á quien el pésame voy
á dar de su muerta hermana,
mientras que con ella estoy,
hagas llevarme una silla
y un escudero alquilados.

QUIÑONES.

Hartos hay en esta villa.

DOÑA MAGDALENA.

Despues sabrás mis cuidados.

QUIÑONES.

Y agora ¿no?

DOÑA MAGDALENA.

Maravilla
fuera, siendo tú muger,
no morirte por saber.—
Amor, que en todo es astuto,
me ha vestido de este luto,
porque si me llega á ver
hablando con don Melchor
mi hermano ó padre, no entienda

por el vestido mi amor
secreto, y con él se ofenda.

QUIÑONES.

¡Lo que previene el temor!

DOÑA MAGDALENA.

Por lo mismo iré tambien
en silla desconocida.

QUIÑONES.

Todo lo dispones bien.

DOÑA MAGDALENA.

Ténmela allí apercebida,
y tus albricias preven,
si don Melchor no me espera
donde ayer me prometió.

QUIÑONES.

Dios lo haga de esa manera.

DOÑA MAGDALENA.

No soy tan dichosa yo.

QUIÑONES.

Tú has dado en gentil quimera. (*Vanse.*)

Lonja del convento de la Victoria.

ESCENA II.

DON MELCHOR. VENTURA.

VENTURA.

¿Es posible que haya amor,
que la hermosura divina
de tal dama menosprecie
por una muger enigma,
por una mano aruñante,
que con blancura postiza,
á pura muda y salvado,
sus mudanzas pronostica?
¿Sin haberla visto un ojo,

sin saber si es vieja ó niña,
nari-judaizante ó chata,
desdentada ó boquichica?
¡Que en cáscara te enamores!
¡Que bien del espejo digas,
sin ver no mas que la tapa!
¡De una dama en alcancía! (1)
¡de la tumba por el paño!
¡de la toca por la lista!
¡del pastel por el ojaldre!
¡de la sota por la pinta!
¡de la espada por la vaina!

DON MELCHOR.

Ea, ensarta boberías,
eslabona disparates,
y frialdades bufoniza;
que yo he de esperarla aqui.

VENTURA.

Y de veras, ¿imaginas
que ha de tornar la bolsera?

DON MELCHOR.

Tú verás presto cumplida
la palabra que me dió.

VENTURA.

Como oliscara la ninfa
otro bolsillo preñado
de doradas gollorías,
sí hiciera....— ¡Que no te agrada
doña Magdalena!

DON MELCHOR.

Es.... fria.
No me la nombres, Ventura,
que tengo el alma rendida
á la gallarda encubierta;
y si á la mano divina
la hermosura corresponde
del rostro, como adivina
el alma que nunca miente,

(1) En hucha, metida dentro de una vasija, de un bote.

mi dichosa suerte estima.

VENTURA.

Y si fuese, como creo,
en lugar de Raquel, Lia,
con el un ojo estrellado,
y con el otro en tortilla,
los labios de azul turquí,
cubriendo dientes de alquimia,
jalbegado el frontispicio
á fuer de pastelería,
y como universidad
rotuladas las mejillas,
¿qué has de hacer?

DON MELCHOR.

Cuando eso fuese,
(que supongo que es mentira)
volveréme á Magdalena,
que si no es hermosa, es rica.

VENTURA.

No es tan rica como hermosa.
Mas asentemos que imita
en belleza al sol de enero
la buscona que te hechiza.
¿Si es pobre...?

DON MELCHOR.

Eso no lo creas.

VENTURA.

¿Y si lo fuese por dicha?

DON MELCHOR.

Llevarémela á Leon,
y con ella en quieta vida,
al yugo de amor atado,
daré dueño á mi familia,
señora á mi herencia corta,
y á mi padre nuera y hija.

VENTURA.

¡Buena vejez le acomodas!
Mas si no fuese tan limpia
como tu sangre merece,
envidiada por antigua,
ó ya que fuese tan noble
como el arbol de Garnica,

si es doncella despalmada,
como nave que inverniza,
¿qué has de hacer?

DON MELCHOR.

Tendrán respuesta
todas tus bachillerías
en viéndola.

VENTURA.

¿Cómo sabes
que es su cara á letra vista?
Plegue á Dios que nunca vuelva,
y si vuelve y es pandilla, (1)
que la tripules, y te abra
los ojos Santa Lucía.
Mas don Lüis sale aquí
con una enlutada ó viuda, (2)
tapada como la nuestra.

DON MELCHOR.

Donde hay cebo, todos pican.

ESCENA III.

DOÑA MAGDALENA. DON LUIS.—DON MELCHOR. VENTURA.

DON LUIS.

¡Mal haya quien inventó
los mantos, señora mia,
que en España solamente
de tantos gustos nos privan!
Tal presencia ¡viene sola,
baldada de madre ó tia!
Por Dios, hermosa enlutada,
que lo he tenido por dicha.
Enseñadme solo un ojo,
y jugaré con su niña,

(1) Muger tramoyera, ó tambien maula, tramoya.
(2) No es asonante propio de este romance.

que á la puerta de la iglesia,
bien es que limosna os pida.

DOÑA MAGDALENA.

Dios me dé, señor, que daros.
A aquel hidalgo querria
hablar.

DON LUIS.

¿A cual?

DOÑA MAGDALENA.

Al que está
al lado de aquella pila.

DON LUIS.

Ese es mi amigo y pariente.

DOÑA MAGDALENA.

Si lo es vuestra cortesía
de la que en él reconozco,
dadme lugar que le diga
cuatro palabras no mas.

DON LUIS.

Si sois la que él imagina,
y sus bodas desazona,
pedidme, señora, albricias.

DOÑA MAGDALENA.

Pídoos, pues, que despejeis
este lugar.

DON LUIS.

(*Llegando á don Melchor.*)
Si peligra,
cual dicen, el que anda entre
la cruz y el agua bendita,
primo, entre una y otra estais.
Aquella dama que os mira,
os quiere hablar: id con tiento,
que debe ser homicida,
pues en fe de lo que mata,
huyendo de la justicia,
anda á sombra de tejados,
si el manto los significa.

DON MELCHOR.

¿Que me quiere hablar, decis?

DON LUIS.

Esto me manda que os diga.

DON MELCHOR.

¡Ay, Ventura, que es mi dama!

VENTURA.

Viene de *requiem* vestida.
Otra ganga debe ser;
que hay en Madrid infinitas,
y huelen un forastero
de una legua.

DON MELCHOR.

Esta es la misma
que ví ayer; su talle y cuerpo
me la retratan y pintan.
Primo, á Dios.

DON LUIS.

(*Volviendo á doña Magdalena.*)
Ya llega á veros:
sed con él agradecida;
hechizádmele, señora;
que me va el alma y la vida
en que aborrezca una prenda
que mis gustos tiraniza. (*Vase.*)

ESCENA IV.

DOÑA MAGDALENA. DON MELCHOR. VENTURA.

DON MELCHOR.

¿Soy yo, señora, el llamado?

VENTURA.

¿Sois vos, decid, la escogida?

DON MELCHOR.

Ventura, apártate allá.

VENTURA.

Sé sumiller de cortina,
descubre aquesa apariencia;
tocarán las chirimias;
que en las tramoyas pareces
poeta de Andalucía,

DOÑA MAGDALENA.

(*A don Melchor.*)

¿Conoceis aquesta mano?

DON MELCHOR.

¡Ay aurora, ay sol, ay dia!

VENTURA, *aparte.*

El cantar del *ay*, *ay*, *ay*
se nos ha vuelto á Castilla.

DOÑA MAGDALENA.

Vengo á cumplir mi palabra.

DON MELCHOR.

Si fuésedes tan cumplida
en favores, como en ellas,
viera yo el sol que me eclipsa
la nube de aquese manto.

DOÑA MAGDALENA.

Tambien á venir me obliga
la hacienda, que usurpo, agena,
pues es justo restituirla.

DON MELCHOR.

Si lo decís por un alma,
que desde ayer fugitiva,
en su casa la echan menos,
yo la doy por bien perdida.

DOÑA MAGDALENA.

¿Es vuestra?

DON MELCHOR.

Sí, mi señora.

DOÑA MAGDALENA.

¡Qué traviesa es! ¡qué atrevida!
No me ha dejado dormir
toda esta noche; rejistra
curiosa cuantas potencias
pensamientos ejercitan;
y siendo huéspeda, se hace
mandona en mi casa misma.
Prométoos que á no venir
esta mañana una amiga
por ella, que es su señora,
me diera muy triste vida.

DON MELCHOR.

¡Señora suya, y no vos!

¿Quién os dijo tal mentira?

DOÑA MAGDALENA.

Una doña Magdalena,
noble, cuerda, hermosa y rica.
Tenedme por tan curiosa,
desde ayer á medio dia,
que hice en vuestra informacion
diligencias esquisitas.
Sé que venís á casaros
con el fenix de las Indias,
que vuestro amor pesa á pesos,
y en vos esperanzas libra.
Sé que os llamais don Melchor,
que os ilustra sangre limpia,
que sois pobre y caballero,
y que hoy han de estar escritas
vuestras bodas y conciertos:
mirad cuán necia es quien fia
en palabras forasteras,
falsas, si ponderativas.
Si como os mostré una mano
ayer, menos advertida,
os permitiera cebar
en mi rostro vuestra vista,
¡qué burlada que quedara,
siendo despues conocida,
y ocasionando en mi ofensa
pesados motes y risas!
Bien haya quien hizo mantos.

DON MELCHOR.

Mal haya quien no se olvida,
por la sal de aquesa lengua,
de cuantas bellezas mira.
Verdadera informacion
habeis hecho, y tan cumplida
como la fe con que os amo;
mas creed, tapada mia,
que obligado á diligencias
tan amorosas y dignas
de la eterna estimacion,
si como el alma imagina,
sois hermosa (que sí sois,

pues por mas que el manto impida
milagros que reverencio,
es mi amor lince en la vista)
ni el oro, ni la belleza,
ni imposibles de la envidia,
tienen de ser poderosos
á que no os adore y sirva.
A vuestra competidora
vi ayer, (vuestro amor permita
que aqueste nombre la dé,
y si no el de mi enemiga)
y pudo tanto el cristal
de aquesa mano divina,
que elevado en su memoria,
me pareció.... No es bien diga
de muger, y mas ausente,
faltas que la cortesía
de que siempre me he preciado,
con razon desautorizan.
Parecióme, en fin, ni hermosa,
ni digna de que compita
con vos, ni mi amor querrá
que la libertad la rinda.
Esta es vuestra, y es razon
que conozca la cautiva
la cara de su señora.
Mi amor aquesto os suplica.
Baste ya tanto recato.

DOÑA MAGDALENA.

Casi estaba persuadida
á agradaros.... Pero no,
que vuestro deseo me pinta
mas bella de lo que soy,
y temo perder la estima
en que estoy, imaginada,
cuando no la iguale, vista.
Aunque no quiero tampoco
desacreditar la dicha
que en vuestro amor intereso,
si por no verme se entibia.
Yo os juro á fe de quien soy,
si es lícito que se siga

la pública voz y fama
que tengo en aquesta villa,
que no es doña Magdalena
ni mas bella, ni mas rica,
ni mas moza, ni mas sábia,
ni mas noble, ni mas digna
de serviros y estimaros,
que yo; y aunque coronista
de mis mismas alabanzas,
en competencias se admitan,
si no creeis estas verdades.

DON MELCHOR.

Por la luz pura y divina
que amante adoro y no veo,
que os juzgo por maravilla
de la belleza, y que os hace
la comparacion traida
agravio en mi estimacion,
como la noche hace al dia.

DOÑA MAGDALENA.

Haced una cosa pues:
los conciertos se despidan
de esa doña Magdalena
que mi quietud martiriza.
No vivais mas en su casa,
y llevándoos yo á la mia,
averiguareis verdades
que el temor desacredita.

DON MELCHOR.

Que me place dos mil veces.
Y porque vais persuadida
del poco amor que la tengo,
sabed que aquel que venia
con vos, y de vuestra parte
me llamó, es mi sangre misma,
y la que aborrezco adora.

DOÑA MAGDALENA.

Ya lo sé.

DON MELCHOR.

Haré que la pida
á su padre, y yo cediendo
la accion que tengo á su dicha,

serviré de intercesor,
sin dudar que la consigan
tres mil ducados de renta
que á don Lüis acreditan,
y el ser su deudo tambien.

ESCENA V.

SANTILLANA.—DOÑA MAGDALENA. DON MELCHOR.
VENTURA.

SANTILLANA.
(*A doña Magdalena.*)
Acabado se han las misas,
y ya la iglesia está sola.

DOÑA MAGDALENA.
No traigo yo tanta prisa.
Aguardaos un poco allá.

SANTILLANA, *aparte.*
¡Qué señora tan prolija!

VENTURA.
(*Habla aparte con Santillana.*)
¡Ah señor Nuño Salido!
vuesa ancianidad se sirva
de escucharme mil palabras.

SANTILLANA.
¿Es vuesancé taravilla?

VENTURA.
¿Cómo ha nombre?

SANTILLANA.
Santillana.

VENTURA.
¿Y el que sacó de la pila?

SANTILLANA.
Ese es Suero.

VENTURA.
Sorberánle
éticos, que el suero alivia.
¿Cuánto há que sirve á esta dama?

SANTILLANA.

Dos horas, aun no cumplidas,
há que me alquiló una dueña
por coadjutor de una silla.

VENTURA.

Luego ¿no sabe quien es?

SANTILLANA.

No señor.

VENTURA.

¿A mí pandillas?
So pena de la racion
le mandan que no lo diga;
pero aqui está un real de á cuatro,
que secretos desvalija,
de arrugados entrecejos:
diga quien es, si le brindan.

SANTILLANA.

(*Aparte.* Estafar á un page de estos
es hazaña peregrina.
Los cuatro reales me tocan.
De esta vez le doy papilla.)
Mucho puede el hipocrás
que cierta despensa cria,
á que los cuatro condeno,
aunque mas mi ama me riña.

(*Va á coger la moneda que Ventura le ha mostrado.*)

VENTURA.

No: tengamos y tengamos,
que temo alguna engañifa.

SANTILLANA.

Soy contento. Esta señora,
por este hidalgo perdida,
viene á hablarle á lo cubierto,
sin mas gente y compañía,
que la que en mis años ve.

VENTURA.

Mas trae que doce tias.

SANTILLANA.

Y es.... No ha de decirlo á nadie,
si no es que le pida albricias
de su ventura á su dueño.

VENTURA.

Pierda cuidado y prosiga.

SANTILLANA.

Es la condesa....

VENTURA.

¿Condesa?

SANTILLANA.

De Chirinola.

VENTURA.

En la China
estará el Chiri-condado.

SANTILLANA.

No señor, que es la provincia
de Nápoles.

VENTURA.

¡Chirinola!
Llamaráse Chirimía
la condesa. ¿Y dónde vive?

SANTILLANA.

Vive en la calle de Silva,
en una casa de rejas
azules, con celosías.

DOÑA MAGDALENA.

(*A don Melchor.*)
El luto que pena os dá,
de un pobre viejo me libra,
que ayer supe que murió;
y antes de aguardar visitas
y pésames, vine á veros
con un escudero y silla,
que escusan coche y criados,

SANTILLANA.

(*A Ventura.*)
¿Falta mas?

VENTURA.

Sí.

SANTILLANA,

Pues, aprisa.

VENTURA.

¿Es casada esta condesa?

SANTILLANA.

Ya dicen que se le endilga,

hablando á lo labrador.

DON MELCHOR.

En fin, ¿mi amor no os obliga
á que lo que por fe adoro,
vea?

DOÑA MAGDALENA.

Soy agradecida,
y quiero de vos saber
si soy, como otros afirman,
mas que doña Magdalena
hermosa. Aplicad la vista
á este ojo, fiador de estotro.

(*Descubre el un ojo.*)

DON MELCHOR.

Decid nueva maravilla
del cielo, decid que es sol
con rayos que vivifican
el alma, en su ausencia muerta.—
¡Ah Ventura, Venturilla!

VENTURA.

(*A su amo.*) Señor. (*A Santillana.*) A Dios, escudante,
que yo pagaré esta dita. (1)

(*Guárdase la moneda.*)

SANTILLANA, *aparte.*

¡Mal hubiese el escudero
que de pajancos se fia!

VENTURA.

¿Qué manda vuesa merced?

DON MELCHOR.

Mira la belleza en cifra
del cielo de este lucero,
porque despues no me digas
que es mi repudiada esposa
mas hermosa, ni mas digna
del empleo de mi amor.

VENTURA.

Mata, rinde, esplende, brilla,
hermoso rasgon de gloria,
luminosa saetía
para las flechas de amor.

---

(1) Libranza ó fianza.

(*A su amo.*)
Sé culto aquí, critiquiza.

DON MELCHOR.

Mostradme su compañero.

DOÑA MAGDALENA.

Que me place.
(*Muéstrale el otro ojo, tapada.*)

VENTURA.

¿Son reliquias
de una en una?

DON MELCHOR.

¡Hay tal belleza!

VENTURA.

Ya, ojos, pierdo la ojeriza
con que el bolso nos aojastes.
Ojála ese ojal de vista
el dios sin ojos ni ojetes,
pues es hojuela en almivar.
Ojo á la margen, señor.

DOÑA MAGDALENA.

¿Parécеos que con justicia
podrán competir mis ojos
con los que amor autoriza
en vuestra dama?

DON MELCHOR.

¡Jesus!
no os injurieis á vos misma
con esa comparacion;
que aquellos son....

VENTURA.

Porqueria.

DOÑA MAGDALENA.

Esa sentencia pretendo
pagaros reconocida
con esta firmeza.

VENTURA.

Vaya.

DOÑA MAGDALENA.

Y á vos con esta sortija.

VENTURA.

¡Oh mano, mas celebrada...!
(Iba á decir que una misa

nueva y de aldea; mas no,
que es descompuesta osadía.)
Mano, si en bolsillos fiera,
en sortijas franca y linda,
mano ginóvesa ó fuçar,
mano de papel batida,
mano de reloj de Flandes,
de cabrito ó de cabrita,
de almirez que hace almendrada,
y de misal manecilla;
esta es mano, y no la otra,
flemática, floja y fria,
frágil, follona, fullera,
fiera, fregona, y francisca.
¡Oh mano, en fin, de condesa
chirinola, ó chilindrina!
pues si acierta el escudero,
es mano de señoría.

SANTILLANA.

¿Quereis callar?

DON MELCHOR.

¿Cómo es eso?

VENTURA.

No hay verdad que oculta viva.
Condesa de Chirinola
sois: esta vejez lo afirma.

DON MELCHOR.

¿Condesa, mi bien?

DOÑA MAGDALENA.

Creed,
aunque al parlero despida,
lo que os esté bien en eso.

SANTILLANA, *aparte.*

Apoyóse mi mentira.

DOÑA MAGDALENA.

Y en vuestra fé confiada,
á Dios.

DON MELCHOR.

Vereisla cumplida
antes que amanezca. A Dios.

VENTURA.

¡Oh mano que mana minas! (*Vanse.*)

Sala en casa de don Sebastian.

ESCENA V.

DOÑA ÁNGELA. DON SEBASTIAN.

DON SEBASTIAN.

¿Cómo podré yo estorbar
que este don Melchor se case
y de celos no me abrase?

DOÑA ÁNGELA.

Hoy se tienen de firmar
las escrituras; mañana,
que es fiesta, su amor espera
la amonestacion primera.

DON SEBASTIAN.

Y en ella mi muerte, hermana.
¡Nunca él hubiera venido
á Madrid!

DOÑA ÁNGELA.

¡Pluguiera á Dios,
si se han de casar los dos!

DON SEBASTIAN.

Ya tu amor he conocido.
Bien le quieres.

DOÑA ÁNGELA.

Es verdad.

DON SEBASTIAN.

Hasta en eso me pareces.—
Mas que á don Melchor mereces
por tu sangre y tu beldad.—
Mas, en fin, los dos se casan,
y los dos de pena y celos
perecemos.

DOÑA ÁNGELA.

Mis desvelos
del justo límite pasan

que el amor de solo un dia
permite.

DON SEBASTIAN.

Darle he la muerte.

DOÑA ÁNGELA.

Medio es el que escoges fuerte,
y contra la eleccion mia,
que haciéndola en don Melchor,
se juzga bien empleada.

DON SEBASTIAN.

Muriendo él, aunque te agrada,
tambien morirá tu amor.
Pero hagamos una cosa.
Esta boda alborotemos.

DOÑA ÁNGELA.

¿De qué manera podremos?

DON SEBASTIAN.

Diré que me dió de esposa
el sí doña Magdalena.

DOÑA ÁNGELA.

¿Dónde hallarás los testigos?

DON SEBASTIAN.

Criados tengo y amigos.

DOÑA ÁNGELA.

Para dilatalla es buena;
mas no para disuadilla.

DON SEBASTIAN.

Como agora se suspenda,
mi calidad y mi hacienda
bastarán á persuadilla.
Viejo es su padre: ¿quién duda
que su edad será avarienta?
Seis mil ducados de renta,
(si el oro todo lo muda)
y el hábito que ya espero,
¿qué cosa no alcanzarán?

DOÑA ÁNGELA.

Don Melchor es muy galan.

DON SEBASTIAN.

Pero mas lo es el dinero.
Hasta intentallo, ¿qué importa?

DOÑA ÁNGELA.

Nada; mas de esto te advierto,
que si el desposorio es cierto,
por ser mi ventura corta,
no he de estar mas un instante
en esta casa.

DON SEBASTIAN.

Yo voy,
pues los conciertos son hoy,
á negociar lo importante
para impedillos.

DOÑA ÁNGELA.

Ardid
es provechoso, como halles
testigos.

DON SEBASTIAN.

Tiene en sus calles
todos los vicios Madrid.
Haz cuenta que es una tienda
de toda mercaderia.
Siendo así, ¡bueno seria
que aquí el interés no venda
testigos falsos!

DOÑA ÁNGELA.

Allana (1)
con ellos cuanto dinero
tengo.

DON SEBASTIAN.

Mas barato espero
negociar. A Dios hermana. (*Vase.*)

ESCENA VI.

VENTURA.—DOÑA ÁNGELA.

VENTURA.

Buscaba á señor el viejo,

(1) Emplea, gasta, usa.

y pensé que estaba aquí.

DOÑA ÁNGELA.

Aguardaos: no os vais así.

VENTURA.

Voime porque á mi amo dejo
esperándome.

DOÑA ÁNGELA.

Escuchad.

VENTURA.

¿Qué manda vuestra hermosura?

DOÑA ÁNGELA.

¿Cómo os llamais?

VENTURA.

Yo, Ventura.

DOÑA ÁNGELA.

Buen nombre.

VENTURA.

Es de calidad,
que soy muy cálido y franco;
pero aunque el nombre me alegra,
es por ser mi dicha negra,
llamar al negro, Juan Blanco.

DOÑA ÁNGELA.

¿No venistes vos anoche
de Leon?

VENTURA.

Vine.

DOÑA ÁNGELA.

Un secreto
me guardad, si sois discreto.

VENTURA.

Mejor lo guardo que un coche.

DOÑA ÁNGELA.

Esta sortija os obligue.

VENTURA.

¡Oh mano, tambien perfeta!
(*Aparte.* ¿Qué lapidario planeta
mi dicha ensortija y sigue?)
Fuera Alejandro discreto,
si cuando á la obligacion
de su amigo Efestïon
puso el anillo en secreto,

la mano en lugar del labio,
le honrara, pues le selló;
que pues que no se le dió,
ni fué liberal, ni sabio.
Mas yo que con él me quedo,
mejor le sabré guardar,
pues para poder callar,
me pondré en la boca el dedo:
digo, el de este anillo, freno
que mudo á la lengua doy.

DOÑA ÁNGELA.

¿Sabes, Ventura, quien soy?

VENTURA.

Sois cielo de amor sereno.

DOÑA ÁNGELA.

¿Podria yo competir,
en materia de querer,
con quien esposa ha de ser
de don Melchor?

VENTURA.

Y salir
triunfante del mejor rayo
con que el sol alumbra el mapa,
pues sin haber sido Papa,
me haceis de anillo lacayo.

DOÑA ÁNGELA.

¿Tiene doña Magdalena
muy tierno á vuestro señor?

VENTURA.

Mas lejos está su amor,
que París de Cartagena.

DOÑA ÁNGELA.

¿Que no la tiene aficion?
Y es de su venida el norte.

VENTURA.

Como á un alguacil de corte
que entra á hacer la ejecucion.
Mas faltas en ella nota,
que en una muger preñada,
que en una mula fiada,
y un juego, en fin, de pelota.
No se casará con ella,

aunque le hagan gran Sofí.

DOÑA ÁNGELA.

Pues ¿para qué vino aquí?

VENTURA.

Cierta señoría bella
(ya que todo lo desbucho)
aquestas bodas enfria.

DOÑA ÁNGELA.

¿Señoría?

VENTURA.

Señoría.

DOÑA ÁNGELA.

¿Y se quieren mucho?

VENTURA.

Mucho.

DOÑA ÁNGELA.

¿Quién es ella?

VENTURA.

Una condesa
de medio ojo y una mano,
que el reino napolitano
le dió la pinta y la presa,
y ella á mí me dió el anillo
que veis.

DOÑA ÁNGELA.

¿Y cómo se llama?

VENTURA.

Digo yo que es nuestra dama
la condesa del bolsillo.

DOÑA ÁNGELA.

¿Adónde cae ese estado?

VENTURA.

Si no perdí la memoria,
cae dentro de la Vitoria;
que es condesa de pescado.

DOÑA ÁNGELA.

Hablad de veras.

VENTURA.

Por Dios,
que le ha enamorado allí
el mejor ojo que ví,
(no os haciendo agravio á vos)

y la mano mas brillosa,
que el jabon de Chipre honró.
Hoy la palabra nos dió
de que ha de ser nuestra esposa,
como á estotra Magdalena
olvide, y deje su casa.
Esto es todo lo que pasa;
mas no os dé, señora, pena;
que en sabiendo vuestro amor,
mudará de parecer,
porque solo dejó ver
la condesa á don Melchor
un par de ojos, y una mano.
Mostralde vos la nariz
con el rosado matiz
de ese rostro soberano,
el hocico y dentadura,
cocándole con el dote;
que á Magdalena y su hote
olvidará, y por Ventura,
(digo, por mí) á la condesa;
pues si aquí con vos se casa,
todo en fin se cae en casa.
(*Aparte.* De lo parlado me pesa;
mas este anillo me quita
el frenillo del secreto;
que es como salvia en efeto,
que la lengua facilita.) (*Vase.*)

ESCENA VII.

DOÑA ÁNGELA.

No he menester yo mas de esto
para hacer que se dilate
esta boda: mi amor trate
nuevos pleitos, y sea presto;
que aunque mas celosa estoy
de la condesa que escuchó,

la dilacion puede mucho.
A buscar mi hermano voy. (*Vase.*)

Sala en casa de don Alonso.

ESCENA VIII.

DOÑA MAGDALENA, *con otro vestido.* QUIÑONES.

DOÑA MAGDALENA.

Esto pasa: yo, Quiñones,
soy amada aborrecida,
desdeñada y pretendida:
¡mira mis contradicciones!
Cubierta, doy ocasiones
á su pasion amorosa;
vista, soy fea y odiosa;
enamoro y desobligo;
y compitiendo conmigo,
de mí misma estoy celosa.
Esta mano causa enojos
que esta misma mano enciende;
déjame, quien me pretende,
por unos mismos despojos.
Mal ha dicho de estos ojos,
cuando los llama mas bellos;
huye lo que busca en ellos;
y puede la aprension tanto,
que es bastante solo un manto
á amallos y á aborrecellos.
Por desposarse conmigo,
de mí misma se descasa;
y por pasarse á mi casa,
deja mi casa, enemigo.
Yo que como sombra sigo
sus pasos, pues lo parezco,

lo que gano, desmerezco;
lo que me da gusto, lloro;
porque me adora, le adoro;
y porque no, le aborrezco.
¿Has oido tú jamás
caso como este en tu vida?

QUIÑONES.

Cosa es ni vista, ni oida;
pero tú la ocasion das.
Envidiosa de tí estás,
y niegas lo mismo que eres;
por tí que te olvide quieres;
y sin darte á conocer,
siendo sola una muger,
te partes en dos mugeres.
Dasle joyas, y conjuras
su amor, que no te dará
la mano, ni vivirá
donde hospedallo procuras:
que rasgue las escrituras
le pides, y niegue el sí
que anoche concertar ví;
y pues de tí misma agora
vencida, eres vencedora,
véngate por tí de tí.

DOÑA MAGDALENA.

Mira: el verle tan constante
en amarme, me enloquece,
y en cuanto á esta parte, crece
mi fé, á su amor semejante.
Segun esto, no te espante
que me obligue la fortuna
á ser conmigo importuna,
y quiera ser sola amada;
pues soy dos imaginada,
aunque en la verdad soy una.
Solo en la imaginacion
vive amor; y siendo en ella
dos, una fea, otra bella,
tengo celos con razon,
en cuanto doy ocasion
á que se case conmigo.

Si soy dos, ya desobligo
á la que desprecia y deja,
y si no, ya forma queja
la que es de su amor testigo.
Como corren por mi cuenta
una y otra, he de acudir
á entrambas hasta morir,
á un tiempo triste y contenta.
Premiaréle porque intenta
pagar firme mi esperanza,
y entonces daré venganza
á su injurioso rigor,
porque el desden y el favor
paguen firmeza y mudanza.
Yo le querré eternamente,
y eternamente tambien
se vengará mi desden
de lo que en el suyo siente.

QUIÑONES.

De tí misma diferente,
teges contrarios desvelos.

DOÑA MAGDALENA.

Solo es poderoso, cielos,
en tan proceloso abismo,
partir un corazon mismo
el cuchillo de los celos.

ESCENA IX.

DOÑA ÁNGELA. DON SEBASTIAN. DON GERÓNIMO. DON ALONSO.— DOÑA MAGDALENA. QUIÑONES.

DOÑA ÁNGELA.

Su criado lo confiesa,
y otros afirman lo mismo,
que le han contado los pasos.

DON SEBASTIAN.

A mí algunos me lo han dicho,
y no lo quise creer,

hasta que siendo testigo,
por mis ojos lo que pasa
en agravio vuestro he visto.
Palabra se han dado ya,
(sospecho que por escrito)
y se hubieran desposado,
á no habérselo impedido
la muerte del conde viejo.
Como sois nuestro vecino,
sentiré cualquier desgracia,
que en la casa donde vivo
os suceda: remediad
este daño á los principios;
que si le dejais crecer,
corre riesgo su peligro.

DON ALONSO.

¡Don Melchor enamorado
tan presto! ¡De ayer venido,
y hoy casado por conciertos!
¿Quién creerá tal desatino?

DON SEBASTIAN.

¿Qué sabeis vos lo que há
que el leonés á Madrid vino,
y los engaños que ha hecho
disfrazado y escondido?

DON GERÓNIMO.

A no hablarle don Lüis
en la Vitoria conmigo,
dudo que á vernos viniera,
y así la verdad colijo
que afirma don Sebastian.

DON ALONSO.

Alto: si vos lo habeis visto,
¿qué hay que dudar? Esta corte
es toda engaños y hechizos.
No ha de estar un hora en casa,
Magdalena,

DOÑA MAGDALENA.

Señor mio,
mas certezas tengo yo
en las dudas que os he oido.
Don Melchor, nuestro paisano,

como mas discreto, y digno
de estados y de bellezas,
que los que en mi empleo ha visto,
está en vísperas de conde.

DON ALONSO.

¿Tambien tú lo sabes?

DOÑA MAGDALENA.

Quiso
el cielo desengañarme.
Su esposa me ha dado aviso
en la Vitoria hoy de todo,
que es muy amiga, y me dijo
que un don Melchor de Leon,
aunque pobre, bien nacido,
viniéndose á desposar
con otra, en fin, ha podido
mas en un hora con ella
que otro pudiera en un siglo.
Hanse parecido bien
los dos; de suerte que ha sido
del luto de un padre muerto,
su presencia regocijo.
Ignoraba que era yo
la interesada; y convino
disimular por sacar
toda esta verdad en limpio.
En fin, estoy convidada
al desposorio el domingo,
que es, por su luto, en secreto.

DON ALONSO.

¡Casamiento repentino!
¿Y quién es esa condesa?

DOÑA MAGDALENA.

Por hoy no puedo decillo,
que me ha encargado el secreto
hasta que esté concluido.

DON GERÓNIMO.

¡Vive Dios! Si no mirara
que él mismo se dá el castigo
del necio trueco que hace....

DON ALONSO.

¿De qué os alborotais, hijo?

¿Qué pierde mi Magdaléna
en que no sea su marido
quien tan presto se enamora,
que hoy se casa y ayer vino?

DOÑA MAGDALENA.

Es muy hermosa de manos,
tiene los ojos muy lindos,
llámala Italia condesa,
muere él por ser palatino....
Muy buen provecho le haga;
que ni lo siento, ni envidio
las mejoras de su amor.

DON ALONSO.

¿Hay caso mas peregrino?
Mal me paga la amistad
que su padre y yo tuvimos;
pero es mozo: no me espanto.
Vaya con Dios: yo he cumplido
con lo que á su padre debo.
Ni es mas noble, ni es tan rico....—
Yo te buscaré consorte
caudaloso y bien nacido.

DON SEBASTIAN.

Si yo ese nombre merezco,
y con mi hermana os obligo
á que por hijos troquemos
el título de vecinos,
doce mil ducados tiene
de dote, y siendo los mios
seis mil, que de renta gozo,
dareis á mi amor alivio.

DON GERÓNIMO.

Deberéle á don Melchor,
si eso se cumple, infinito;
pues por dejar á mi hermana,
tan bella esposa consigo.

DON ALONSO.

La oferta me está muy bien,
y como vuestra, la estimo,
aunque para mas de espacio
los tratos de ella remito.
Venga agora el conde nuevo;

que el parabien le apercibo,
sin que de sus mocedades
me piense dar por sentido.

ESCENA X.

—

DON MELCHOR. VENTURA.—DICHOS.

DON MELCHOR.

(*Aparte.* Hoy tengo de despedirme.)
(*A don Alonso.*)
¡Oh, señor! aquí ha venido
un capitan de Leon,
algo deudo, y muy amigo.
Va á casarse á Talavera,
y necesita testigos
que abonen su calidad:
la cortedad del camino
me fuerza á que le acompañe.
Licencia vengo á pediros,
y á vos, señora, paciencia,
para reprimir suspiros,
en vuestra ausencia forzosos.

DON ALONSO.

Sois cortesano cumplido.
Andad, don Melchor, con Dios,
y traed apercebidos
á la vuelta parabienes;
que aunque breve, ya imagino
que hallareis á Magdalena
consolada y con marido. (*Vase.*)

DON GERÓNIMO.

No es el vïage tan largo,
don Melchor, como me heis dicho,
ni está de aquí muchas calles
la posada que ha podido
alejaros de la nuestra.
El plácemе os apercibo
del título y desposorio. (*Vase.*)

VENTURA, *aparte.*

Algun Merlin se lo dijo.

DON SEBASTIAN.

Pésame, como es razon,
que os hayamos conocido,
señor, por tan poco tiempo.
Goceis la condesa un siglo. (*Vase.*)

DOÑA ÁNGELA.

Si no tiene inconvenientes
el estado clandestino
que honrais, decidnos el cuándo,
porque vamos á serviros. (*Vase.*)

VENTURA.

Quiñones, aquella ropa
que te dí ayer en un lío,
dos camisas son, y un cuello....

QUIÑONES.

Hoy las llevaron al rio.
Acuda á la lavandera,
que se llama Mari-Pinos,
porque si tambien se casa,
aunque roto, vaya limpio.
Y vueseñoría vea
á los nietos de sus hijos,
archiduque al mayorazgo,
y á los otros arzobispos. (*Vase.*)

ESCENA XI.

DOÑA MAGDALENA. DON MELCHOR. VENTURA.

DOÑA MAGDALENA.

Todos le dan parabienes
á vuesiría, y yo he sido
de diverso parecer,
pues pésames le dedico
de su desposorio en cierne.
Habrá un hora que me dijo
la condesa, con quien tengo
mucha amistad, que un su primo
viene hoy por ella de Italia;
que está la herencia á peligro

de sus estados, si deja
de dar á no sé qué Enrico
la palabra y sí de esposa;
y que así al instante mismo
es fuerza el irse á embarcar
á Barcelona; que han dicho
que se parten las galeras,
y corren riesgo navíos,
porque en toda aquella costa
andan cosarios moriscos.
Pidióme que de su parte
me despidiese á lo fino,
y enjugó á los soles perlas
con aquel marfil bruñido,
en cuya comparacion
es yeso, es carbon el mio,
y es, en fin, una Etïopia.

VENTURA, *aparte.*

¡Oste, puto! ¡piconcicos!

DOÑA MAGDALENA.

Por no tiznar señorías,
que se quiebran como vidrios,
no sostituyo condesas,
que abrasan, y yo granizo.
Mi padre me busca esposo:
á obedecelle me animo:
pésame que vuesiría
fue llamado y no escogido.
(*Hácele una gran reverencia y vase.*)

ESCENA XII.

—

DON MELCHOR. VENTURA.

VENTURA.

Conde en calzas y en jubon
te han dejado. Vive Cristo,
que la tapada borracha
nos la pegó de codillo.
Patibobo te has quedado;

alma Garibá ya has sido:
ni te quiere Dios ni el diablo,
pues las dos te han despedido.
Vendamos aquesas joyas
con que alquilemos hospicios,
si no son falsas como ellas
esa firmeza y anillos.

DON MELCHOR.

Volverme quiero á Leon.

VENTURA.

¿Qué has de hacer allá, corrido
mas que perro por antruejo, (1)
sin muger y sin bolsillo?

DON MELCHOR.

Yo tengo fortuna corta.
Salgamos de laberintos,
donde hoy se casan amantes,
y enviudan al tiempo mismo.
¡Jesus mil veces, cual voy!
No mas Madrid.

VENTURA.

Motolitos (2)
entran, como tú, brillantes,
y salen almas del limbo.



(1) Carnaval.
(2) Mancebitos novatos.

ACTO TERCERO.

Sala de una posada.

ESCENA I.

DON MELCHOR *y* VENTURA, *de camino.*

DON MELCHOR.

¿Vino el mozo?

VENTURA.

Con dos mulas
tan macilentas y flacas,
que si por Madrid las sacas,
dirán que pregonas bulas.

DON MELCHOR.

Ponme, pues, esas espuelas.

VENTURA.

Los dos, en resolucion,
¿nos volvemos á Leon?

DON MELCHOR.

Ventura, no mas cautelas;
no mas amor de camino.—
¡Hoy ido, y casado ayer!

VENTURA.

La disfrazada muger
te quiso bien á lo fino,
como dirá la firmeza
que con treinta y dos diamantes,
á lo culto *rutilantes*,
te asegura su riqueza.
Seiscientos ducados da
á la primera palabra
un platero que los labra.

DON MELCHOR.

De memoria servirá,
Ventura, para tenella
de su dueño mal logrado,
perdido hoy y ayer hallado.

VENTURA.

Mas nos valiera vendella,
pues no saben en Leon
de los diamantes el precio.

DON MELCHOR.

¿Son allá bárbaros, necio?

VENTURA.

No, mas montañeses son,
que sin hacerles injurias,
por vidrios los juzgarán
los que diestros solo están
en azabaches de Asturias;
y no sé yo que tú tengas
para el camino dinero.
Mi anillo compró el platero,
no para que en él prevengas
tu costa, que son mis gages,
y si me dió treinta escudos,
tienen otros tantos ñudos.

DON MELCHOR.

Para que los aventajes,
prestarásmelos, y allá
te los volveré seguros.

VENTURA.

¿Sobre qué hipoteca ó juros?
(*Va calzando á su amo las espuelas.*)
No te enojes: bueno está;
pues siendo yo tuyo todo,
tambien lo es cuanto poseo:
solo que vuelvas deseo
á nuestra patria de modo
que no hagan burla de tí
los que el parabien te dieron
en Leon, cuando te vieron
venir á casarte aquí.
Ya se fue á la Chirinola
la condesa oji-morena;

bella es doña Magdalena,
y ella te merece sola.
Enojada del agravio
que la hiciste, no fue mucho
que hubiese llanto y celucho:
vuelve á hablarla, si eres sabio.
Pídele al viejo perdon;
intercederá su hermano;
daráte la hermosa mano;
parará en paz la cuestion.
Tendrá tu venida el fruto
que allá apeteciste tanto,
y sin engaños de un manto,
vaya el diablo para puto.

DON MELCHOR.

Si ella fuera tan hermosa
como mi condesa ausente,
ó no estuviera presente
en mi memoria amorosa,
yo hiciera lo que me dices.

VENTURA.

Dos ojos llegaste á ver,
y una mano, sin saber
si la tal tiene narices;
y la Magdalena basta,
y aun sobra, para abrasar
catorce Troyas, y dar
á veinte linages casta.
Pero cuando no te agrade,
de su vecina te díje
que por su amante te elije,
y que á su hermosura añade
doce mil de dote.

DON MELCHOR.

Todas
con mi bella ausente son
monstruos.

VENTURA.

Pues, alto á Leon,
y enhuérense nuestras bodas.
A poner voy las maletas.
Vive Dios, que estás estraño.

DON MELCHOR.
Huyamos de tanto engaño,
y en lo demas no te metas.

ESCENA II.

SANTILLANA.—DON MELCHOR. VENTURA.

SANTILLANA.
¿Vive un caballero aquí,
que vino ayer de Leon?

VENTURA.
(*Aparte á su amo.*)
Señor, el escuderon
que con la condesa ví,
nos busca.

SANTILLANA.
¡Oh leonés gallardo!
bésoos el izquierdo pie,
que en vuestro talle se ve
el valor de aquel Bernardo,
heredero de Saldaña,
del Carpio y Asturias gloria.
Tambien sabemos de historia
los viejos de la montaña.

VENTURA.
El demonio es Santillana.

SANTILLANA.
Dejémonos de eso agora.—
La condesa mi señora,
la que le habló ayer mañana,
este billete le envia,
y con él cierto regalo,
que al de una reina le igualo,
aunque es de una señoría.

DON MELCHOR.
¿Luego aquí está la condesa?

SANTILLANA.
¿Pues dónde?

VENTURA.

(*Aparte á su amo.*
Este fue picon.

DON MELCHOR.

Ventura, dale un doblon.

VENTURA.

¡Mas nonada! (1)

SANTILLANA.

¡Lo que os pesa
de mi bien!

VENTURA.

¿Doblon? primero
doble el sacristan por vos.

DON MELCHOR.

No seas necio; dale dos.

SANTILLANA.

(*A Ventura.*)
¿Daislo de vuestro dinero?
¿Son estos los cuatro reales
de marras?

VENTURA.

(*Aparte.* Tras el bolsillo
se va acogiendo (2) mi anillo.
A muchas dádivas tales
quedaremos en pelota.)
Tome, y rebiente con él.

DON MELCHOR.

Oye, Ventura, el papel.

VENTURA.

Buena letra.

DON MELCHOR.

Y mejor nota.

(Lee.) "*Por asegurarme de vuestro amor, he fingido jornadas que no pienso hacer, y casamientos de que estoy libre, puesto que doña Magdalena, engañada por mí, haya publicado lo uno y lo otro por verdadero. Satisfaceos de mis celosas diligencias, y vedme luego en el lugar acostumbrado; que para la costa del camino, que os ruego no hagais, ese escudero os lleva dos mil escu-*

---

(1) ¡Friolera!
(2) *Acogerse*: escapar, huir, marcharse.

dos, y un regalo de dulces y ropa blanca: reservándoos el principal para cuando sea tiempo, que es una alma reconocida á lo mucho que merece vuestra firmeza y valor.=La Condesa."

Quita espuelas, quita botas,
despide postas.

VENTURA.

Despido,
quito botas y vestido.—
¡Dos mil escudos! ¿Qué flotas,
qué vellocino, qué gato
de ávariento tabernero,
qué talegon de arriero,
ni qué robo de mulato
hay que iguale á nuestra presa?

DON MELCHOR.

¡Que la condesa fingió
sus bodas! ¡Que no partió
á Nápoles la condesa!
¡Que otra vez me quiere hablar!

VENTURA.

¡Que dos mil escudos de oro
envia! ¡Oh viejo Medoro!
Por Dios, que te he de besar.

SANTILLANA.

Arre allá. ¿Venís en vos?
Aun el diablo fuera el beso.
No está el tiempo para eso.

VENTURA.

¡Mil doblones, y de á dos!
¿Dos mil escudos envia?
Dar dos mil abrazos quiero,
o escudos, al escudero
de tan bella escudería.

SANTILLANA.

(*A Ventura que porfia en abrazarle.*)
¿Quereis apostar, hermano,
que os he de hacer acusar?

DON MELCHOR.

(Lee.) *Vedme luego en el lugar
acostumbrado.* ¡Ay mi mano!
¡Que otra vez tengo de veros!

VENTURA.

¿Dónde el regalo quedó?

SANTILLANA.

Una dueña me guió
con la ropa y los dineros
á esta casa, y á la puerta
con todo aguardando está.

DON MELCHOR.

Venturilla, llamalá;
veré si es mi dicha cierta;
que si ella me la asegura,
cuanto me trae pienso dalla
de albricias.

VENTURA.

Voy á llamalla.
Ahora sí que soy Ventura.
Con una y otra cabriola
tengo el alma alborotada.
¡Oh condesa oji-tapada!
bien haya tu Chirinola. (*Vase.*)

ESCENA III.

DON MELCHOR. SANTILLANA.

DON MELCHOR.

(*Repasando el papel.*)
¡Ay condesa de mi vida!

SANTILLANA, *aparte.*

¡Válgate el diablo el leonés!
¡Beso á Santillana!

DON MELCHOR, *leyendo.*

"*Que es*
»*una alma reconocida*
»*á lo mucho que merece*
»*vuestra firmeza y valor.—*
»*La Condesa.*" ¿Hay tal favor?
El contento me enloquece.

SANTILLANA, *aparte.*

¡A mí beso! Vive Dios,
que á no venir sin espada....

ESCENA IV.

VENTURA.—DON MELCHOR. SANTILLANA.

VENTURA.

Fuese la dueña tapada,
y en talegos, me dió, dos
(esto es crítico) dos mil
escudos, y tres tabaques
con preciosos badulaques; (1)
cuellos de cambray sutil,
camisas de holanda, y tal
que te la puedes beber;
dulces, que bastan á ser
de Santo Domingo el Real,
ó de una Constantinopla (2)
dechados, para imitarse,
y sin querer destaparse
sino sola una manopla
me dijo: "paji-lacayo,
al conde mi señor diga
que su buena suerte siga."
Y acogióse como un rayo.

DON MELCHOR.

Vamos, pues, á la Vitoria.

VENTURA.

¿Con botas y con espuelas?

DON MELCHOR.

Ya son de mi amor pihuelas
para detener mi gloria.

VENTURA.

¡Oh qué traidores doblones!
Cada uno tiene dos caras;
todas son yemas; no hay claras
de reales ni patacones.

DON MELCHOR.

Ven, y no te espantes de eso,

(1) Aderezos.
(2) El convento de religiosas así llamado que habia en Madrid.

pues me las presenta un sol.

VENTURA.

¡Oh escudero chirinol!

SANTILLANA.

¿Mas que vuelve á lo del beso? (*Vanse.*)

Sala en casa de don Sebastian.

ESCENA V.

DOÑA ÁNGELA. QUIÑONES, *con manto.*

QUIÑONES.

Antes de quitarme el manto,
por lo que á tu hermano debo,
á ser tercera me atrevo
de vuestro amoroso encanto;
que aunque sea á mi señora
infiel, estoy obligada
á tu hermano, y cohechada
de mil regalos que agora
estorbos han de allanar
que su cuidado encarece.
Sé lo mucho que merece;
mas no se podrá casar
con él doña Magdalena,
mientras durare el amor
que á tu amante (1) don Melchor
da por la condesa pena.
Ella fingió su partida
á Nápoles por saber
si el leonés sabe querer.

DOÑA ÁNGELA.

¿Luego no es la condesa ida?
¿Luego no se va á casar

---

(1) Participio activo en lugar del pasivo.

á Nápoles con su primo?

QUIÑONES.

Su ingenio sutil estimo.
Engaño fue, por probar
si á mi señora queria,
y se casaba con ella;
pero viendo que atropella
tantas cosas en un dia,
y que se vuelve á Leon,
(despreciando la belleza,
discrecion, sangre y riqueza
que juntas á la aficion
que mi señora le tiene,
bastaban á enternecer
un mármol) ser su muger
con nuevas trazas previene.
Nuestra doña Magdalena,
(que para decir verdad,
tiene estraña voluntad
á don Melchor) con la pena,
y celos de quien adora,
en fé que por él se abrasa,
para saber lo que pasa
me ha hecho su inquisidora.
En efecto, me he informado
que ni á Nápoles se va,
ni vino á Madrid de allá
tio para darla estado;
antes á su don Melchor
obligada, cuando estaba
el pie en el estribo, y daba
nuevo repudio á su amor,
dos mil escudos le envia,
y un regalo (amante y franca)
de dulces y ropa blanca....
Pero, en fin, es señoría.
Y en la Vitoria le espera,
donde tratarán los dos,
con la bendicion de Dios,
echar cuidados afuera,
y desposarse mañana.

DOÑA ÁNGELA.

Si eso es cierto, muerta soy.

QUIÑONES.

Yo que este aviso te doy,
y tengo engaños de indiana,
como tú te determines
á un hecho digno de fama,
daré á tu amorosa llama
dichosos y alegres fines.
Vístete de luto, y ve
á la Vitoria cubierta;
que él aguardará á la puerta
su condesa; y si te ve
tapada, y con luto, luego
te ha de tener por su dama,
á quien adora por fama,
sin que su amoroso fuego
haya alcanzado á ver mas
que una mano y un medio ojo,
ocasion de tanto enojo.
La tuya le enseñarás;
que cuando no sea mejor,
á lo menos su cristal
es á su belleza igual.
Dile finezas de amor;
agradécele discreta
el haber por tí dejado
tal muger: dí que tu estado,
y voluntad ya sujeta,
por dueño elegirle ordena,
y porque en la casa tuya
habrá estorbos, en la suya,
sin que doña Magdalena
lo sepa, esta tarde quieres
darle de esposa la mano.
Él con tal favor ufano,
sin consultar pareceres,
que no los admite amor,
te guiará á su casa luego;
darás alivio á su fuego,
y dueño noble á tu honor.
Pues no habiendo visto, en fin,

de la condesa la cara,
si en tu hermosura repara,
retrato de un serafin,
¿quién duda que en su provecho
engañado, si lo sabe
despues, su dicha no alabe,
y te adore satisfecho?
Quedaráse la condesa
burlada; dará á tu hermano
mi señora el alma y mano;
y viendo lo que interesá
don Gerónimo, despues
que por perdida te llore,
podrá ser que se enamore
de la condesa, y los tres
os caseis por causa mia:
tú y don Melchor; mi señora,
y tu hermano que la adora;
y con una señoría
don Gerónimo, porque haya
mejor fin del que se espera
(de tres yo casamentera)
á un amor de tres en raya.

DOÑA ÁNGELA.

¡Determinacion terrible!
Pero á un grande daño es medio
forzoso otro igual remedio,
y sin ese no es posible
atajar el que yo lloro,
si se intentan casar hoy.
Resuelta en seguirle estoy,
que al leonés gallardo adoro.
Salga yo bien de este enredo,
y daréte un dote igual
á tu ingenio.

QUIÑONES.

La señal
con que asegurarte puedo,
es el bolsillo que ves,
y lleno de escudos dió
don Melchor, la vez que habló
á la condesa. Despues

te diré de la manera
que vino á mi posesion.
Cuélgatele del cordon;
asegura esta quimera,
y vete á vestir de luto;
no pierdas por tu tardanza
el fruto de tu esperanza.

DOÑA ÁNGELA.

Y la vida con el fruto.
Notables cosas intento.
¡Ay tirano don Melchor!
Anime mi firme amor
este estraño atrevimiento. (*Vase.*)

ESCENA VI.

QUIÑONES.

Si doña Angela se casa
con don Melchor, de este modo
á mi señora acomodo
con don Sebastian, y en casa
se queda todo el provecho.
Pues que despues de casados
me quedarán obligados
y mi interes satisfecho,
á alargar la dilacion
de mi ama voy agora,
porque su competidora
le gane la bendicion. (*Vase.*)

Lonja de la Victoria.

ESCENA VII.

DON MELCHOR. DON LUIS.

DON LUIS.
Ya os juzgaba una jornada
de aquí.

DON MELCHOR.
Nuevas ocasiones
dan á mi amor dilaciones.
Aquella dama tapada
que ayer vistes enlutada,
ha de volver hoy aquí.

DON LUIS.
¿No fue la condesa?

DON MELCHOR.
Sí.

DON LUIS.
Pues ella ¿no se partió
á Nápoles?

DON MELCHOR.
Primo, no;
que á Italia deja por mí.
Vos me vereis conde presto,
y dueño de una hermosura,
que dé envidia á la ventura,
y á mi amor un alto puesto.

DON LUIS.
Ya el parabien os apresto;
aprestad vos á mi pena
el pésame, pues ordena,
para que muera y me abrase,
que don Sebastian se case
con mi doña Magdalena.

Don Gerónimo ha pedido
á doña Angela, y el viejo
aprobando su consejo,
da á mi tirana marido.
Estoy de celos perdido,
y si se casan los dos,
podrá ser, primo, por Dios,
que algun disparate intente;
porque mi amor no consiente
celos de otro que de vos.

DON MELCHOR.

Vivid vos seguro de esos,
porque yo no me casara
con ella, si despojara
al Potosí de sus pesos.
Por los ojuelos traviesos
que adoro, y ya llamo mios,
hace mi amor desvaríos,
y esotros me dan enojos,
que son muertos, si son ojos,
y si son soles, son fríos.

DON LUIS.

Consiéntoos hablar mal de ellos
por lo bien que eso me está;
puesto que el cielo podrá
poner sus luces en ellos.
Gozad vos los vuestros bellos
mil años con dulce fruto,
que mientras os dan tributo,
si mis celos ponderais,
en esta ocasion mezclais
vuestras bodas con mi luto. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

VENTURA *y despues* DOÑA ÁNGELA, *de luto como doña Magdalena y tapada.*—DON MELCHOR.

VENTURA.

Ea, señor, ya ha llegado

nuestra condesa dorada,
que á quien da dos mil escudos
así quiero intitularla.
Llega haciendo reverencias
ó paternidades, y habla.
Mil doblones te envió;
dobla las rodillas ambas.

DON MELCHOR.

O hermosa señora mia,
¿cuándo ha de romper el alba
los crepúsculos obscuros,
de ese sol nubes avaras?
¿Cuándo dirá mi ventura,
despues de noche tan larga,
que el cielo corrió cortinas,
y amaneció la mañana?

VENTURA.

¿Cuándo, o bella Chirinola,
costurera ballenata,
pues con agujas del sol
nos cosistes ropa blanca,
desnudándoos ornamentos,
pues alba mi amo os llama,
los dos os podremos ver
en sobrepelliz ó en alba?
Cuándo dirá: "ropa fuera"
el ciego amor que os enmanta,
ó rasgará, por leeros,
la cubierta de esa carta?

DON MELCHOR.

Apártate allá, Ventura.

VENTURA.

Toda ave á la aurora canta,
el gilguero y el gorrion;
música hay tambien lacaya;
mi parte tengo en el coro:
canta y cantemos.

DON MELCHOR.

Aparta.

VENTURA, *aparte.*

Y en los dulces, ya yo he dicho
ite, missa est á dos cajas.

DOÑA ÁNGELA.

Mala noche os habrá dado
mi mentirosa jornada,
prueba de vuestra firmeza,
vitoria de mi esperanza.

DON MELCHOR.

Es así; pero no es mucho
pasar una noche mala
por un dia tan alegre.

DOÑA ÁNGELA.

Quedándoos vos en España,
mal se pudiera partir,
quien os quiere tanto, á Italia,
pues pasara de vacío
amor un cuerpo sin alma.

DON MELCHOR.

Dadme por esa merced
á besar la nieve helada
del puerto de mis deseos.

VENTURA.

Quitad la encella á esa nata,
si es que hay natas con encellas;
que yendo á decir *cuajada*,
andan, desde que hablan cultos,
las metáforas bastardas.

DOÑA ÁNGELA.

No es mano de cada dia:
un ojo enseñaros basta,
réditos de vuestro amor,
que mi principal os paga.

DON MELCHOR.

Eso fue pagarme en oro,
cuando os ejecuto en plata;
que al buen pagador, señora,
no le duelen prendas.

VENTURA.

Vaya,
hoy cobramos en doblones,
puesto que ojos con pestañas
es moneda de vellon;
mas, ó mi vista se engaña,
ó no es ese ojo el de ayer;

que su niña era mulata,
y hoy se ha vestido de azul,
que llama el vulgo, de garza.

DON MELCHOR.

Anda, necio.

VENTURA.

¡Vive Dios,
que era endrina toledana
la niñeta que ayer vimos,
y hoy nos mira turquesada!
Pero no te espantes de esto,
que ha venido de Alemania
un maestro que tiñe ojos,
como otros cabello y barbas.

DON MELCHOR.

No hagais caso de este necio;
que yo doy crédito al alma,
que con pinceles mas vivos
en mi memoria os retrata.
Yo sé que es ese el que adoro.
Mas ¿qué es esto? ¡Otra enlutada!

VENTURA.

Serán como cartas de Indias,
que se escriben duplicadas.

ESCENA IX.

—

DOÑA MAGDALENA, *de luto.*—DICHOS.

DOÑA MAGDALENA.

Solo en vuestro noble trato
estribó la confianza,
don Melchor, que hice de vos;
pero pues tan presto os falta,
y venido de antiyer,
me ocupan mantos la plaza
que pensé yo que era mia,
cuando la juzgué estar vaca,
con desengaños costosos
dando libertad al alma,

á precio de algun suspiro,
podré ya volverme á Italia.
Goceis la ocupacion nueva
mil años; que escarmentada
en mí misma, sabré, en fin,
lo que son hombres de España.
(*Hace que se va.*)

DON MELCHOR.

Señora, señora mia,
no desdeñeis enojada
la confusion de un amor,
que ni os conoce ni agravia.
¿Sois vos mi hermosa condesa?

DOÑA MAGDALENA.

Que era vuestra, imaginaba
quien colije de esas dudas
que sois de memoria flaca.
Presto me desconoceis.
A Dios.

DON MELCHOR.

¡Ay condesa amada!
Ó no os vais, ó daré voces.

DOÑA ÁNGELA.

¡Condesa! ¿Hay traicion mas rara?
¿Luego otra condesa ha habido
en la corte, en cuyas llamas
os abrasais?

VENTURA.

Hay agora
señorías muy baratas.

DOÑA ÁNGELA.

Gracias á Dios, que con tiempo,
aunque el llanto la costa haga,
podrá hacer mi libertad
una bella retirada.
No creyera yo, hasta verlo,
que en las leonesas montañas,
de la suerte que en la corte,
engaños se avecindaran.
Discreto fue mi recato
en no enseñaros mi cara:
poco hay perdido hasta agora:

mi nombre ignorais y casa.
Si hiciéredes diligencias
para saberla, mañana
á Nápoles me escribid,
porque me alcancen las cartas.
A Dios.

(*Quiere irse.*)

DON MELCHOR.

Condesa, mi bien,
oid, escuchad.—¿Qué estrañas
confusiones me persiguen?

VENTURA, *aparte.*

¡Qué gentil chirinolada!

DON ÁNGELA.

No quiero llevar memorias
que entristezcan mi jornada.
De este bolsillo me hicistes
antiyer depositaria:
pues el dueño pareció,
(aunque á vos no os hará falta,
pues que con dos mil escudos
mi libertad se rescata)
haced alguna obra pia
con su valor, ó dad traza
de engañar con él condesas,
en oir misa ocupadas;
que yo hiciera mi camino
satisfecha, si mezclara
en los dulces rejalgar,
ponzoña en la ropa blanca,
é imitando á Deyanira,
la ingratitud castigara
de un hombre tan descortes.

DOÑA MAGDALENA.

¿Qué es esto, ilusion pesada?
¿Vos de Nápoles condesa?
¿Vos en el disfraz velada
de un manto, en esta capilla
fuistes antiyer la causa
de la confusion presente?
¿Vos dinero, ropa blanca,
y dulces á don Melchor?

DOÑA ÁNGELA.

Direis que no: cosa es llana;
que como en el luto y nombre
usurpais mi semejanza,
querreis de agenos presentes
levantaros con las gracias.
Gozaldas en hora buena;
que si esta prenda no basta
(*Enseña el bolsillo de don Melchor.*)
á desengaños tan ciertos,
ellos me darán venganza.

VENTURA.

Esta probó su intencion.

DON MELCHOR.

A satisfaccion tan clara,
¿quién pondrá, condesa mia,
dudas, pleitos, ni demandas?
En vuestro favor sentencia
tan reconocida el alma,
cuanto confusa de ver
vencida á vuestra contraria.
Señora, á quien no conozco,
que me pesa, os doy palabra,
de condenaros en costas
de una burla tan pesada.
Si hacerla de mí quisísteis,
desazónaseos la traza;
vuestras armas os hirieron:
idos á curar á casa.

VENTURA.

Mamóla su señoría.
¡Oh condesa redomada!
La picardía os gradúa
con la borla de bellaca.

DOÑA MAGDALENA.

(*Aparte.* Yo estoy de suerte perdida,
que si no me desengañan
que duermo, daré mil voces,
aunque peligre mi fama.)
Sutilezas de Madrid
me habrán robado de casa
ese bolsillo que encierra

los hechizos que me encantan.
Ya me pesa que no hayais
visto, don Melchor mi cara,
porque enseñándoosla agora,
viérades quien os engaña.
Pero esperad: ¿conoceis
aqueste ojo?

DON MELCHOR.

¡Ay sol del alma!
¡ay norte de mis deseos!
¡ay guia de mi esperanza!
¡Y cómo que le conozco!

VENTURA, *aparte.*

¿Ya empezamos nuevas chanzas?
Bolsillo y ojos compiten:
ofrézcoos al diablo á entrambas.

DOÑA MAGDALENA.

¿Acordaisos de los cabos
que de mi cordon colgaban,
cuando el ladron los cortó?

DON MELCHOR.

Dos trenzas eran de nacar.

DOÑA MAGDALENA.

¿Son estas?

DON MELCHOR.

Sí, mi señora.

DOÑA MAGDALENA.

Juzgad agora quien causa,
de vos ó de mí envidiosa,
los enredos que me agravian.

DOÑA ÁNGELA.

Los cordones del bolsillo,
que con sutileza tanta
me cortó, no sé yo quien,
en misa estotra mañana,
téngolos guardados yo,
y aquesas son señas falsas,
pues para contrahacerlos,
hay en la corte seda harta.

DON MELCHOR.

Ventura, ¿qué dices de esto?

VENTURA.

Que ha sido almendra preñada
nuestrá condesa de á dos,
ó herizo con dos castañas,
huevo que dos yemas tuvo,
y aunque con cáscara entrambas,
tu amor, que es gallina clueca,
hoy estas dos pollas saca.

DON MELCHOR.

¡Problemática cuestion!
Dos sendas hallo encontradas,
y yo indiferente entre ellas,
ignoro por cual me vaya.
Pero la mano, que fue
de mi amor primera causa,
tengo dentro el alma impresa,
y la memoria la guarda.
Mostradme, señoras mias,
cada cual la suya, y salga
vitoriosa la que obligue
que mi amor llegue á besarla.

DOÑA MAGDALENA.

Soy contenta.

DOÑA ÁNGELA.

Y tambien yo.

ESCENA X.

DON GERÓNIMO. DON SEBASTIAN, *hablando en el fondo.*— DICHOS.

DOÑA MAGDALENA, *aparte.*

¡Ay Dios! ¡mi hermano! Si me halla
aquí, ocasiono su enojo.

DOÑA ÁNGELA, *aparte.*

Mi hermano es este: no hay traza
de salir con mis contentos.

DOÑA MAGDALENA.

Ya estaba determinada
de que mi mano ofendida

deshiciese esta maraña;
pero no lo mereceis.
A Dios. (*Aparte.* ¡Ay! ¡Cual voy!) (*Vase.*)

ESCENA XI.

DICHOS, *menos* DOÑA MAGDALENA.

DOÑA ÁNGELA.

(*Aparte.* ¡Que vaya
vencida mi opositora!)
Como salieran á plaza
su mano agora y la mia,
la victoria se declara
por mi parte, pues se va;
y yo por vos agraviada,
de vuestro incrédulo amor
me vengo con no mostrarla.
Mañana intento partirme:
ved qué mandais para Italia. (*Vase.*)

ESCENA XII.

DON MELCHOR *y* VENTURA, *en el proscenio.* DON GERÓNIMO *y* DON SEBASTIAN, *retirados.*

VENTURA.

¿Volveremos por las mulas?
¿Qué te quedas hecho babia?
Dos mil escudos nos dejan:
Bercebú con ellas vaya.

DON MELCHOR.

¿Hay caso que iguale al mio?

VENTURA.

Ni sé si es dicha, ó desgracia.
Mas don Gerónimo es este,
y su vecino: si tratas
de componerte con ellos,
llega á hablarlos. Dos hermanas

te adoran, pídeles una,
ó á aqueste lado te aparta.

DON GERÓNIMO.

No hay que reparar en dotes,
pues solo mi amor repara
en los de naturaleza
que á doña Angela acompañan.
Ya están los contratos hechos:
casados con dos hermanas,
mediando lazos, amor
reciprocará cuatro almas.

DON SEBASTIAN.

La mia reconocida
os rinde infinitas gracias
por el dueño que la dais,
tierno alivio de mis ansias.

DON GERÓNIMO.

(*Reparando en don Melchor.*)
¿No es este el conde de anillo?

DON SEBASTIAN.

El mismo, aunque le juzgaba
cinco ó seis leguas de aquí.

DON GERÓNIMO.

Por no ocasionar palabras,
que reducidas en obras
averiguen las espadas,
fingiré que no le veo.

DON SEBASTIAN.

Haceis bien. Vamos á casa. (*Vanse.*)

ESCENA XIII.

DON MELCHOR. VENTURA.

VENTURA.

No te han visto, ó no han querido.

DON MELCHOR.

¿Será posible que haya
historia como la mia,
en cuantas dan alabanza

á poéticas ficciones?

VENTURA.

¡Oh qué comedia tan brava
hiciera, á ser yo poeta,
si escribiera aquesta traza!

ESCENA XIV.

SANTILLANA.—DON MELCHOR. VENTURA.

SANTILLANA.

La condesa mi señora,
aunque dice que enojada
con vos se partió de aquí,
que vais esta noche os manda
á la una (no á las doce,
porque entonces se despachan
provisiones por Madrid,
que trocara yo por ambar)
á la calle donde vive
doña Magdalena, dama
que vos diz que conoceis;
que por no sé qué desgracia
que la condesa recela
con quien intenta llevarla
á Nápoles, esta noche
teme volver á su casa,
y así se queda en estotra.
Dice, en fin, que á una ventana,
que sale á una calle estrecha,
para hablaros os aguarda;
pero que no ha de saber
doña Magdalena nada
de lo que por mí os avisa;
que habrá carambola estraña.
No me encargó la respuesta.
Si habeis de ir, catarros andan:
aforraos con media azumbre,
y dos cofietas colchadas. (*Vase.*)

ESCENA XV.

DON MELCHOR. VENTURA.

DON MELCHOR.

Oid, escuchad....

VENTURA.

Es sordo.

DON MELCHOR.

¿Qué dices de esto?

VENTURA.

No vayas;
que temo que han de cogerte
su hermano y padre en la trampa.

DON MELCHOR.

¿Para qué?

VENTURA.

Para casarte,
ó pedirte la palabra
que diste á su Magdalena.

DON MELCHOR.

¿Cómo, si ves que se casa
con don Sebastian?

VENTURA.

No sé.
No imagino que le faltan,
sin que en su casa se hospede,
á la condesa, posadas.
Don Gerónimo, sentido
del desprecio de su hermana,
fingiendo no conocerte,
junto á tí sin hablar pasa....
Mira lo que haces primero.

DON MELCHOR.

Si la condesa me llama,
no hay que mirar, ni temer:
que venga el recaudo basta
en nombre de mi señora.
Pero ¿cuál será de entrambas?

¿la primera, ó la segunda?

VENTURA.

Eso, averíguelo Vargas. (*Vanse.*)

Sala en casa de don Alonso.

ESCENA XVI.

DOÑA MAGDALENA, *con otro vestido.* QUIÑONES, *con el bolsillo de don Melchor en la mano.*

QUIÑONES.

Véslc aquí, que de guardado
le daba yo por perdido.
(*Aparte.* A no haber antes venido
doña Angela, ¡en buen cuidado
me habia puesto!)

DOÑA MAGDALENA.

Hubiera dado,
Quiñones, yo cualquier cosa,
aunque estuviera quejosa
de tí, porque te le hurtaran,
y estos enredos hallaran
salida menos dudosa.
Ese, ú otro como él,
á don Melchor engañó,
y otra muger como yo
turbó mi esperanza fiel.
Hablóle ciega por él;
y teniéndola por mí,
que le daba cuenta oí
de mi amor distintamente,
desde el instante presente,
hasta el punto que le ví:
lo que pasó en la Vitoria,
cuando el bolsillo me dió;
lo que en casa sucedió;

de mis agravios la historia,
su camino y la memoria
del regalo que le hice.
Que á Italia se parte dice,
y que es la condesa, prueba:
mira tú si hay Circe nueva
que así engañe y así hechice.

QUIÑONES.

¿Quién será? ¡Válgame el cielo!

DOÑA MAGDALENA.

Eso me tiene perdida.

QUIÑONES.

Ya de otra dama ofendida,
no tendrás de tí recelo.

DOÑA MAGDALENA.

Con ese mismo desvelo
quejas de mí misma doy;
pues si la condesa soy
que él ama y mi opositora
finge ser la misma agora,
mal conmigo misma estoy.
Como á condesa ¿no me ama,
don Melchor?

QUIÑONES.

Por tí se enciende.

DOÑA MAGDALENA.

¿Ser condesa no pretende
mi enemiga?

QUIÑONES.

Así se llama.

DOÑA MAGDALENA.

Luego si una misma llama
causa aqueste frenesí,
y yo quien le abrasó fuí,
aunque esotra le enamore,
mientras en ella me adore,
celosa estaré de mí.
Dame tú que ella dijera
ser Magdalena finjida,
y vieras que aborrecida,
de ella como de mí huyera.
Mira que estraña quimera

causa este ciego interes,
que en tres dividirme ves,
y aunque una sola en tres soy,
amada en cuanto una, estoy
celosa de todas tres.

QUIÑONES.

Parece juego de manos.
¡Lindos desvelos te matan,
mientras que casarse tratan
hoy hermanas con hermanos!

DOÑA MAGDALENA.

Saldrán sus conciertos vanos.

QUIÑONES.

Tu padre, don Sebastian,
y don Gerónimo estan
sobre esto encerrados.

DOÑA MAGDALENA.

Traten
que estos celos no me maten,
Quiñones, y acertarán.
Ya es tarde: dí que indispuesta,
temprano me recogí,
si preguntaren por mí.

QUIÑONES.

¿No sosegaste esta siesta?

DOÑA MAGDALENA.

Soime á mí misma molesta,
porque compito conmigo.

QUIÑONES.

¿Quiéreste acostar?

DOÑA MAGDALENA.

¿No digo
que sí?

QUIÑONES.

Ven, pues.

DOÑA MAGDALENA, *aparte.*

A velar
voy, amor, por esperar
en mi amante á mi enemigo.

Calle. — Es de noche.

ESCENA XVII.

DON MELCHOR *y* VENTURA, *como de noche.*

DON MELCHOR.
Esta es la calle aplazada,
y la ventana una de estas,
que mis esperanzas verdes
sus verdes hierros enredan.

VENTURA.
No hará á lo menos la calle
informacion de limpieza,
ni es malo aquí un romadizo
con dos botas de diez suelas.

DON MELCHOR.
¿Las cuántas son?

VENTURA.
El cahiz
dió santa Cruz; y ya empiezan
perfumeras mantellinas
á arrojar quintas esencias.

DON MELCHOR.
¡Agradable oscuridad!

VENTURA.
Salen la luna y estrellas
de medio ojo, porque imiten
nuestras dos chiri-condesas.

DON MELCHOR.
¿Cuál la que adoro seria?
¿O qué es lo que la otra intenta
con engaño semejante,
que estoy loco?

VENTURA.
Por las señas

del bolsillo y los cordones,
en derecho suyo alegan
cada cual valientemente.
Bercebú que caiga en ellas.

DON MELCHOR.

¡Que dos mugeres tapadas
hacer con los mantos puedan
tan sutil transformacion!

VENTURA.

Son pandillas encubiertas.

ESCENA XVIII.

DOÑA MAGDALENA, *á una ventana.*—DON MELCHOR. VENTURA.

VENTURA.

Pero una cara se asoma
por los claros de esa reja;
que aquella brizna de luna
sirve de perro de muestra.

DON MELCHOR.

Dices bien.

DOÑA MAGDALENA.

¿Es don Melchor?

DON MELCHOR.

¿Sois vos, mi enlutada bella?

DOÑA MAGDALENA.

Bajad la voz y acercaos,
que estamos en casa agena.

DON MELCHOR.

¿Cuándo he yo de merecer
ver ese cielo de cerca?
Que para mí, el mismo efeto
hace el manto que una ausencia.

DOÑA MAGDALENA.

Cuando menos enojada
esté yo, y mas satisfecha
de que vos no ocasionais
disfrazadas competencias.

Yo sé bien que conocistes
á quien me ofende.

DON MELCHOR.

Estad cierta
que á conocerla ó amarla,
ni ella lo que no es fingiera,
ni yo os burlara.

DOÑA MAGDALENA.

¿Es hermosa?

DON MELCHOR.

Dudo yo de que lo sea
quien pretende acreditarse,
vendiendo hermosura agena.

DOÑA MAGDALENA.

Ahora bien, yo os doy perdon,
como propongais la enmienda.

DON MELCHOR.

La enmienda supone culpa,
y yo nunca os hice ofensa.
Mas, mi bien, si al que perdona,
humilde la mano besa
el perdonado, no es justo
que yo este derecho pierda.
Honre ese cristal mis labios.

DOÑA MAGDALENA.

Está tan alta esta reja,
que no podreis alcanzalla.

DON MELCHOR.

Para amor todo está cerca.
Venturilla, ah, mi Ventura.

VENTURA.

¡Bueno por Dios! ¿me requiebras?
Mas barbon soy que un peraile.

DON MELCHOR.

Ponte aquí debajo, llega.

VENTURA.

Arre allá. ¿Qué diablos dices?

DON MELCHOR.

Para que la mano pueda
alcanzar de un serafin,
sé Atlante de mi firmeza.
Tus espaldas me sublimen.

VENTURA.

¡Mal año! Busca una yegua
ó el banco de un herrador,
que soy macho y no eres hembra.

DON MELCHOR.

Hazme esta merced, que asi
quiero llamarla.

VENTURA.

Dijeras
servicio, que agora hay hartos,
que á todo Madrid inciensan.

DON MELCHOR.

Enojaréme contigo.

VENTURA.

¿Yo debajo de tí? ¡Afuera!
Ni aun de burlas, vive Dios.
Echa esa carga á otra bestia.

DON MELCHOR.

¿Si este vestido te doy...?

VENTURA.

Estrañamente me aprietas.
Por esta vez, vaya.

DON MELCHOR.

Ponte.

VENTURA.

Acabemos, sube y besa,
que ya estoy en cuatro pies;
(*Sube encima de las espaldas de Ventura.*)
mas si luego no te apeas,
advierte que se enhermanan
los mulos de aquesta recua.

DON MELCHOR.

¡Ay hermosa mano mia,
que amorosa, dulce y tierna
alimentais mi esperanza!

VENTURA.

(*Bajo á su amo.*)
¡Ay, pelmazo, y como pesas!

DON MELCHOR.

¡Que de ello debo á esta mano!

DOÑA MAGDALENA.

Presto, llamándola vuestra,

presos al yugo de amor,
no habrá quien el nuestro ofenda.

DON MELCHOR.

¡Qué süave para mí,
será su carga ligera!

VENTURA.

(*Aparte.* Como para mí pesada
la mia.) (*Bajo á su amo.*) Costal de arena.
acaba con Satanás,
que pesas mas que una deuda,
y estoy, sin ser corcobado,
como salchichon en prensa.

DON MELCHOR.

¡Mi cielo, mi luz, mi gloria!

DOÑA MAGDALENA.

¡Mi dueño, mi bien, mi prenda!

VENTURA, *aparte.*

¡Mi rollo, mi pesadilla!
¡Cuerpo de Dios con la flema!
¿Chicolíos á mi costa?
(*Déjase caer, y baja don Melchor.*)

DON MELCHOR.

¡Ah borracho!

VENTURA.

No te apeas,
y soy mula de alquiler,
que cuando la cansan, se echa.

DON MELCHOR.

¡Vive Dios! Si no mirara....

VENTURA.

Mira ó no mires, á cuestas
con seis quintales de plomo,
no hay espaldas ni paciencia.

DOÑA MAGDALENA.

Ahora bien, don Melchor mio,
puesto que el dejaros sienta
como la vida, no es justo
que os engañe mas, ni ofenda.
Mañana me parto á Italia;
que obligaciones molestas
de quien, con pension de un primo,
me ha nombrado su heredera,

me mandan casar con él,
y la vejez me atormenta
de un tio, que riguroso
añade prisas á penas.
Hoy por vos me he detenido;
mañana á Italia me llevan:
¡ay! ¿quién memorias dejara
del modo que el alma os deja?
Mas pues esto no es posible,
y de doña Magdalena,
á quien quiero como á mí,
sé que os adora, quisiera
pagar las obligaciones
de su amistad y nobleza,
y no tengo, sino es vos,
quien me saque de esta deuda.
Ella os ama; vos sois pobre;
su calidad y riqueza
es igual á su hermosura;
que os persüada me ruega.
Para esto vine á su casa;
no habrá consuelo que pueda
oponerse á mis pesares,
como el ver que me suceda
tal amiga en tal amante.
Pagad noble su firmeza,
y haced cortés lo que os pido,
por ser la cosa postrera.

DON MELCHOR.

Si eso es cierto, ausente mia,
y mis desdichas ordenan
que para afligir memorias,
hoy os gane, y hoy os pierda,
aunque lo que me mandais
tan pesado me parezca
como el morir, pues con vos
la misma hermosura es fea,
porque sepais los quilates
de mi amor, y en lo que precia
las leyes de vuestro gusto
el valor de mi obediencia,
digo, ¡ay Dios y qué forzado!

Digo, en fin, que os doy promesa
de hacer lo que me mandais,
aunque sé por cosa cierta
que el casarme y el morir
será todo uno; mas muera
en su yugo aborrecible
quien perdió vuestra belleza.

DOÑA MAGDALENA.

¡Espejo de amantes sois!
Esperad, y llamaréla;
que os habeis de dar las manos,
siendo el tálamo esta reja.
¿No gustais vos de esto?

DON MELCHOR.

¿Yo?
¿Qué gusto quereis que tenga,
si por el vuestro me rijo?

DOÑA MAGDALENA.

No la hableis con aspereza:
decilda muchos regalos.

DON MELCHOR.

Podrá fingirlos la lengua;
pero el alma, es imposible.

DOÑA MAGDALENA.

¡Y qué! ¿os casareis con ella?

DON MELCHOR.

Digo, señora, que sí.

DOÑA MAGDALENA.

¡Ah traidor! ¡Y quién tuviera
fé en voluntades de vidrio,
que al primer golpe se quiebran!
En fin, habeis confesado,
al primer trato de cuerda,
que basta á haceros mudable,
con ser fingida, una ausencia.
Quedaos para poco firme;
que yo haré eleccion mas cuerda
de quien mi firmeza iguale.

DON MELCHOR.

Mi bien, mi luz, mi condesa....
No os vais, esperad, oidme.

DOÑA MAGDALENA.

¿Qué quereis?

DON MELCHOR.

Que no os ofenda
lo que imaginaba yo
que con vos de estima fuera.
Si vos me mandais casar
con quien sé yo que estais cierta
que por vos he aborrecido,
y puede mas la obediencia
de vuestra ley que mi gusto,
¿será razon que merezca,
cuando esperaba alabanzas,
tan mal pagadas finezas?
¿No me lo mandásteis vos?

DOÑA MAGDALENA.

¿Quién mandó jamás de veras,
aunque se fuese á las Indias,
á su amante que á otra quiera?
Esperaba escusas yo
que mis ruegos convencieran,
y á amaros mas me obligaran,
pintándome faltas de ella.
Creí oiros decir
que era fria, que era necia,
y que os mandara dar muerte,
antes que casar con ella.
(*Aparte.* ¡Que esté yo de mí celosa,
y en cuanto soy la condesa,
me pese que don Melchor
ser mi esposo me prometa!
¡Estraña condicion tengo!)

DON MELCHOR.

No haya mas, mi airada bella;
si os ofendí, perdon pido;
pare en paz esta pendencia.
Yo os juro por la hermosura
que en vos mi amor considera,
que no hay monstruo para mí,
como doña Magdalena.
Si aunque á Nápoles os vais,
y aunque mas oro me dieran

que en las entrañas del mundo
los rayos del sol engendran,
pusiera en ella los ojos....

DOÑA MAGDALENA.

(Habla con distinta voz, fingiendo que es doña Magdalena que llega.)

¿Qué es esto?
(Responde con la voz que primero.)
—¡Oh amiga! llega;
que aquí está tu don Melchor
haciéndote mil ofensas.
Averígualas con él,
ya que llegaste á entenderlas;
que yo me voy á dormir
para que mañana pueda
madrugar á mi jornada.

(Retírase, y vuelve un momento despues, para aparentar que se va la condesa y se queda doña Magdalena.)

Quien habla mal en ausencia
de mugeres principales,
sin llegar á merecerlas,
en fé de poco cortés,
cual vos, bien será que pierda
como el crédito conmigo,
el amor de la condesa.
Sois muy limitado vos
de entendimiento, y es fuerza
que no alcanceis lo que valen
los quilates de mis prendas.
Mal juzgará de colores
el ciego, ni de bellezas
el montañés, que templado
está al gusto de una sierra.
Las de Leon os sazonen
el vuestro; que en esta tierra,
hilando amor tan delgado,
no alcanzais sus sutilezas.
(Vase y cierra la ventana.)

ESCENA XIX.

—

DON MELCHOR. VENTURA.

VENTURA.
¡Ventanazo, vive Cristo!
Y pullas á pares echan,
sin decirnos: "agua va."
Bercebú que las entienda.
Alto á casa, y quedensé
ambas á dos para hembras.
DON MELCHOR.
¡Hay sucesos semejantes!

ESCENA XX.

—

DON ALONSO. DON LUIS. DON GERÓNIMO. DON SEBASTIAN. CRIADOS, *con luces.*—DON MELCHOR. VENTURA.

DON ALONSO.
¿En la calle á Magdalena
que hablaba un hombre, me dices?
DON GERÓNIMO.
Esto es verdad.
VENTURA.
(*A su amo.*)
Falsas puertas
abren; acojámonos,
si no quieres que nos muelan.
DON SEBASTIAN.
Aquí se están todavia.
DON ALONSO.
Este es don Melchor.
DON GERÓNIMO.
Pues muera.
VENTURA.
Cogido nos han la calle.

Quiera Dios que por bien sea:

DON ALONSO.

(*A don Melchor.*)

¿Qué ocasion puede moveros,
si no es locura, á que venga
á hablar por rejas de noche
quien de dia ser pudiera
señor de esta casa misma,
sino es que afrentar intenta
á quien ronda como á dama
quien de ser su esposo deja?

DON MELCHOR.

¿Yo? Engañaisos si pensais
que por doña Magdalena
rondo calles y ventanas.

DON ALONSO.

Pues ¿por quién?

DON MELCHOR.

Por la condesa,
que es mi esposa, y me mandó
que aquesta noche viniera,
y agora de aquí se aparta,
y en vuestra casa se hospeda.

DON ALONSO.

¡Condesa en mi casa!

DON MELCHOR.

Sí.

DON GERÓNIMO.

¿Hay locura como aquesta?

DON MELCHOR.

Pues ¿podréislo vos negar,
si en esta ventana mesma
acaba de hablarme agora?

DON ALONSO.

No escusareis con quimeras
el agravio que á mi honor
habeis hecho.

VENTURA.

Espadas quedas,
que mi amo dice verdad,
á pagar de mi honra; y sepan
que no há una hora que le dió

de esposa la mano tierna
la condesa del bolsillo,
y yo serví de banqueta
porque mejor se alcanzasen
estas bodas zapateras.

DON ALONSO.

¡Cielos! ¡Condesa en mi casa?

ESCENA XXI.

DOÑA ÁNGELA.—DICHOS.

DOÑA ÁNGELA.

Sí, señores, yo soy esa,
que con el favor de un manto,
antiyer fingí encubierta
lo que no soy, agradada
del término y gentileza
de don Melchor: esta noche
le he dado por estas rejas
mano de esposa.

DON SEBASTIAN.

¿Qué dices?

DOÑA ÁNGELA.

Que no es razon que obedezca,
si es libre mi voluntad,
las bodas que tú conciertas.

DON MELCHOR.

¡Ay señora de mis ojos!
No en balde el alma discreta,
sin veros, hizo eleccion
de tan celestial presencia.
Vos sois mi querida esposa.

DON SEBASTIAN.

Primero que tal consienta....

ESCENA XXII.

DOÑA MAGDALENA. QUIÑONES. SANTILLANA.—DICHOS.

DOÑA MAGDALENA.

Doña Ángela os ha engañado,
por mas que usurparme quiera
el derecho de mi amor,
porque yo soy la condesa,
(si en el título fingida,
en la sustancia de veras)
á quien don Melchor adora,
y vos quien hoy encubierta
pretendísteis engañarle,
hurtándome el nombre y señas.
Y para confirmacion
de esto, los testigos sean
estas trenzas y bolsillo,
aqueste escudero y dueña.

SANTILLANA.

Esta es la pura verdad
sin gota de agua: estafeta
he sido de estos despachos.

QUIÑONES.

Doña Ángela, en vano intentas
lo que los cielos estorban.

DOÑA MAGDALENA.

Y para última certeza,
esta mano os desengañe,
pues fué, idolatrando en ella,
principio de vuestro amor.

DON MELCHOR.

Conózcola, y con vergüenza
en ella sello mis labios.

VENTURA.

Acabemos, pues, y tengan
fin alegre estos desvelos.

DON ALONSO.

Don Sebastian, pues lo ordena

el cielo ansí, ¿qué remedio?

DON SEBASTIAN.

Tener envidia.... y paciencia.

DON LUIS.

Ya que yo no merecí
ser su esposo, pues se emplea
en mi primo, consolado
con vos, mis amores cesan.

DON SEBASTIAN.

Don Gerónimo ha de ser,
Ángela, tu esposo.

DOÑA ÁNGELA.

Sea,
pues no puede don Melchor.

SANTILLANA.

Y Santillana se queda
por escudero de casa.

VENTURA.

Quiñones, tus tocas vengan
á ser manteles de boda:
pondráte mi amor la mesa.

DON MELCHOR.

Daréos los dos mil escudos,
si os casais.

QUIÑONES.

En hora buena.

VENTURA.

Sacaréte de pecado
cuando te saque de dueña.

DOÑA MAGDALENA.

Ya, señores, no seré
la celosa de mí mesma.

DON MELCHOR.

Ni TIRSO estará quejoso,
si os agrada esta comedia.

EXAMEN

DE

LA CELOSA DE SÍ MISMA.

A una dama que salia de la iglesia con el manto echado sobre el rostro, dirije espresiones amorosas un caballero recien llegado á la corte. Aquel galan venia desde Leon para casarse con una jóven á quien no conocia; y la casualidad hace que la dama de quien se enamora en la iglesia, solo por verla una mano muy hermosa, sea su novia misma, de la cual se disgusta cuando la ve, preocupada su imaginacion á favor de la desconocida. Doña Magdalena, pues, adorada de don Melchor á velo caido, y despreciada injustamente, descubierto su gallardo semblante, tiene celos de sí propia con razon sobrada; y el agravio que se hace á sus buenas prendas, le da derecho para castigar en don Melchor al novio voluble, reservándose premiar al cabo al amante fino. Esta combinacion está ingeniosísimamente ideada. Un mancebo que se preciaba de buen mozo, y se veia buscado, aunque pobre, para marido de una dama bella y rica, debia naturalmente aficionarse mas á un galanteo misterioso que á un matrimonio de conveniencia: tal es el caracter de la juventud, codiciosa siempre de singularidades y novelerías. Partiendo de este punto, la fábula camina á su fin, no solo sin tropiezo, sino con interes progresivo. El plan de *la Celosa de sí misma* es el mejor de los que trazó la pluma de Fray Gabriel Tellez; *la Celosa de sí misma* compite con las mejores comedias de Calderon, de capa y espada; es en fin una de las mas bellas composiciones de nuestro teatro. No mas que tres dias emplea Tellez para desenvolver sin ahogo este pensamiento dramático, poniendo cada jornada en un dia distinto; de modo que el canon aristotélico de *procurar* embeber la accion del drama en el espacio de un dia ó poco mas, apenas se puede decir que esté aquí desobedecido. Los actores aparecen en lugares poco distantes entre

sí; y en cuanto al cumplimiento de la unidad esencial y primera, solo puede notarse que el personaje de don Luis, sin ser inútil, no sea tampoco absolutamente necesario.

De los caracteres de don Melchor y doña Magdalena, que son los principales, ya hemos dicho lo suficiente para manifestar que nos parecen retratados con tino; pero el de doña Ángela no corresponde á las noticias que de aquella dama nos da su hermano. De los melindres que don Sebastian le atribuye, solo advertimos una muestra cuando en la escena IX del primer acto se admira de que haya muger que delante de un cura y testigos diga que quiere á un hombre. El otro defecto que se achaca á doña Angela, el de una presuncion desmedida, no se prueba con rasgo ninguno; antes cuando compite la dama andaluza con su vecina, lo hace de un modo que seria absolutamente impropio de una señora altanera.

Como el plan de esta pieza es sumamente cómico, las escenas y situaciones cómicas abundan en ella, no aisladas ó mal zurcidas unas con otras, sino sujetas con la trabazon conveniente. Nótase asimismo la meditacion del autor en algunos pormenores no insignificantes. Desde el primer verso sabemos donde pasa la accion, cosa nada comun en las comedias de Tellez. Para que resulte impresion mas agradable del enamoramiento repentino del galan, el autor nos le ha presentado en la primera escena muy pagado de su cordura, en cuya confianza desprecia los avisos de su criado. Para que no se estrañe que dé al olvido el compromiso que le trae á Madrid, le hace Tellez indicar como que no viene del todo resuelto á dar la mano á doña Magdalena, pues dice que aunque el dinero le agrada, no se ha de casar sino con muger que reuna virtud y belleza. El trueque de los bolsillos, obsequio de que hoy se ofenderia la delicadeza de una dama, no desdecia de las costumbres de la época, y en el teatro agrada mucho, así por el interes que toma el criado en impedirlo, como por el gracioso inventario que hacen amo y criado despues, cuando registran el limosnero de doña Magdalena. La escena VII da á conocer que Tellez introdujo en la comedia el personage de don Luis para hacer á don Melchor mas disculpable, si se apartaba de los conciertos tratados, pues así quedaba á doña Magdalena un novio de su misma sangre, y mas rico que el leonés á quien la habia destinado su pa-

dre. La ceguedad de don Melchor, el desprecio que hace de la mano de doña Magdalena cuando la considera como de la muger que ha de ser suya, siendo aquella mano misma la que le prendó en la Victoria, es un pensamiento cómico á la par que lleno de filosofía.

El acto segundo tiene mucho mas movimiento que el primero. La prueba de amor que doña Magdalena exije de don Melchor, es justa. El apoyo que da á la mentira de Santillana, el cual en un momento le improvisa un título, podria ser una falta en comedia de otro argumento; pero no aquí, donde la imaginacion exaltada de un amante ha formado dos damas de una, con la que al fin ha de venir á casarse. Es muy teatral la situacion de la escena X, cuando va á pedir don Melchor licencia para el supuesto viage á Talavera, y don Alonso y su hijo, doña Ángela y su hermano se mofan de él, declarándole que saben sus amores secretos; pero aun es superior la escena siguiente, en que doña Magdalena finge que le ha encargado la condesa dar parte á don Melchor de su partida á Italia. ¡Cómo se trasluce el resentimiento de la beldad ofendida en las espresiones siguientes!

Pidióme que de su parte
me despidiese á lo fino,
y enjugó á los soles perlas
con aquel marfil bruñido,
en cuya comparacion
es yeso, es carbon el mio,
y es, en fin, una Etïopia.

El yeso que sirve aquí de término comparativo, seria sin duda el que llaman *negro* los alarifes, pues el que emplean los estuquistas escede con mucho al marfil en blancura.

Llega el acto tercero, y en él la bellísima escena en que las dos damas se disputan porfiadamente el condado de Chirinola, y dan de sí á don Melchor tales señas, que no puede conocer cual de las dos le engaña. Sube de punto el interes de la situacion con la circunstancia de retirarse, cual en derrota, la contendiente que tenia derecho al triunfo. La escena XV es muy semejante á otra que hay en el acto tercero de *la Villana de la Sagra*; pero aquí aparece mejor dispuesta; reune ademas la particularidad de que doña Magdalena represente en aquel lance dos papeles sin

inverosimilitud, y hasta el diálogo corre con mas naturalidad y soltura. Completa el acto y el drama un desenlace cómico, oportuno y satisfactorio, cualidades que no reunen ni todos, ni los mas en las comedias de Tellez.

Hubiera sido de desear que así como estudió el autor el plan de su obra detenidamente, se hubiese parado tambien á corregir algunas imperfecciones en la versificacion y en el lenguaje. Búrlase varias veces en esta comedia de la secta culterana, que ya entonces progresaba notablemente, y sin duda para aleccionar con el ejemplo á los escritores infectos de aquella plaga, les ofreció en muchos trozos de *la Celosa de sí misma* modelos de diálogo sencillo y propio, de versificacion facil y clara; pero cometió algunos errorcillos que conviene manifestar á los jóvenes que lean sus obras, para que no caigan en la tentacion de imitarlos.

Sobre los defectos de construccion que hay en el cuento de don Sebastian (escena II del primer acto) ya llamamos la atencion de los lectores en una nota. En la misma escena, página 134 se lee:

Pasad la lengua á los ojos,
si en *hechiceros despojos*
cuerdas resistencias valen.

La espresion de *hechiceros despojos* en lugar de *lides* contra un poder mágico, irresistible, ni es propia, ni clara, ni feliz.

Página 158.

¿Está bueno este cabello?
—Tal, que estando amor *cabe ello*,
rendirá á cuantos le ven.

Lo del *cabe ello* es un retruécano que no disculpa la falta gramatical. *Cabe él* era en todo caso como pudiera decirse.

Página 160.

Pero ¿de qué sirve ya
hacer de él memoria *en vano*,
si para darte la mano,
tu esposo á la puerta está?

En vano, ripio.

Página 164.

Pensamientos,
¿qué piélago os ha engolfado

de contrarias suspensiones?

No se dice con propiedad que un piélago engolfe ni pensamientos, ni naves: ellos y ellas se engolfarian en él.

Página 193.

Por Dios,
que le ha enamorado alli
el mejor ojo que ví,
no os haciendo agravio á vos,
y la mano mas brillosa
que el jabon de Chipre honró.
Hoy la palabra nos dió
de que ha de ser nuestra esposa.

Parece que la mano es la que dió palabra de casamiento.

Página 197.

Solo es poderoso, cielos,
en tan proceloso abismo
partir un corazon mismo
el cuchillo de los celos.

Falta la preposicion *á* delante del verbo *partir*.

En cuanto á la versificacion, hemos reparado que en los romancillos varias veces se aconsonantan los pares, cosa que debe evitarse con cuidado. En la escena III del primer acto no mas, hemos hallado los siguientes: *contera*, *pudiera=ella*, *bella=fuera*, *tuviera=cabellera*, *mollera*.

Solo se pueden disimular estos defectos, y otros de igual especie, á los escritores que hayan escrito, no tanto como Tellez ni tan de prisa, sino tantas bellezas.



PRIVAR CONTRA SU GUSTO,

COMEDIA.

PERSONAS.

EL REY DE NÁPOLES, DON FADRIQUE.
ISABELA, *infanta.*
DON JUAN DE CARDONA.
DON LUIS DE MONCADA.
LEONORA, *dama.*
CLAVELA.
MARCO ANTONIO, *cambista.*
CALVO, *gracioso.*
OCTAVIO.
CESAR.
ASCANIO.
RUGERO.
HORACIO.
ANTONELO.
CINCO ENMASCARADOS.
TRES PASTORES.
UN PAGE.
ACOMPAÑAMIENTO, PRETENDIENTES.

La escena es en Nápoles y sus inmediaciones.

ACTO PRIMERO.

Bosque.

ESCENA I.

EL REY, *de caza*, *y* LEONORA, *retirándose de él.*

REY.

No ofende la cortesía,
cuando es noble la beldad.
Oid.

LEONORA.

La seguridad

poco de ocasiones fia.

REY.

Bien podia
en vuestro hermoso sugeto
no aposentarse el temor;
que os prometo,
si bella engendrais amor,
que grave causais respeto.

LEONORA.

Bien dicho.

REY.

Y mejor sentido.

LEONORA.

Peligro el campo amenaza,
todo es engaño en la caza,
todo en la corte es fingido.
Si venido
habeis al campo á cazar
de la corte, será en vano
lisonjear,
pues, cazador cortesano,
no vendreis sino á engañar.

REY.

Fiad de mí.

LEONORA.

Gran locura,
siendo vos cazador, fuera.

REY.

Esperad.

LEONORA.

Caza que espera,
poco su vida asegura.

REY.

A la hermosura
que en vos logra su blason,
vuestro entendimiento ha puesto
perfeccion;
pues juntais en un supuesto
la belleza y discrecion.
¡Que haya yo en el campo hallado,
sin buscarle, tal tesoro!
Pero ¿dónde se halla el oro

si no es en el despoblado?
Descuidado
salí á cazar: ¡quién creyera
que en viéndoos yo, lo quedara!
¡Ay suerte fiera!
¡Que el cazador se ausentara,
y la presa le siguiera!

LEONORA.

Conforme vos lo decís,
causándome vais sospechas
de que con palabras hechas
vendeis lo que no sentís.
Persuadís
exagerador, no amante.
No os agravie que esto os diga;
que elegante,
mintiendo amor que mendiga,
habla poco el vergonzante.
Pero con todo eso, quiero
agradecer, y pagaros
indicios, aunque no claros,
de amor, quizá verdadero.
Caballero,
en reglas de medicina,
si el mal comienza á arraigarse,
peregrina
receta es el ausentarse
del daño que se avecina.
Yo quiero en esto serviros;
que vos, si del modo amais
que agora me ponderais,
no acertareis á partiros.
Despediros
es haceros mas favor.
A Dios.

REY.

Mirad que estoy loco,
y que es mejor
curar el mal poco á poco,
porque de golpe es rigor.
Si mi locura os confieso,
crueldad será conocida

querer quitarme la vida
por querer curarme el seso.
Yo intereso
vida en veros: esto es cierto.
Si os vais, de mi fin estraño
os advierto:
pues ¿no será menor daño
dejarme loco que muerto?

LEONORA.

Señales da vuestro amor
de que la enfermedad crece,
pues todo enfermo apetece
lo que le ha de estar peor.
El favor
que os hago, cura os aplique;
que el no verme os está bien.
(*Quiere irse.*)

REY.

No publique
mi muerte vuestro desden.
Mirad que soy el rey.

LEONORA.

¿Quién?

REY, *muy grave.*

Yo soy el rey don Fadrique.

LEONORA.

Gran señor.... ¡Caso notable!
¡Vos solo, y aquí!

REY.

Salí
á cazar, y presa fuí
de vuestro hechizo agradable.

LEONORA.

Incurable
es ya vuestra enfermedad;
pues no intentando atajalla,
¿qué igualdad
tendrá una humilde vasalla
delante una magestad?

REY.

Con su contrario se cura
la enfermedad; pero ¿quién

sois vos que en tanto desden
conservais tanta hermosura?

LEONORA.

Mi ventura
me destinó á habitadora
de estas selvas, donde gano,
cazadora,
libertad con un hermano,
que aquellos palacios mora.
Con vuestro padre privó
el nuestro en tiempos pasados,
y paró en lo que privados
suelen: volaba, y cayó.
Escarmentó
mi hermano, y dejando sumas
esperanzas, que el recelo
pinta espumas,
por no ocasionar su vuelo,
cortó á la ambicion las plumas.
Aquí, aunque con corta hacienda,
con copiosa libertad,
vive la seguridad
sin que la envidia la ofenda.
No pretenda
esta quietud ofender
vuestra magestad, señor;
que el poder
en el campo, y con amor,
no asegura á una muger.
(*Hace una grande reverencia, y vase.*)

ESCENA II.

EL REY.

Hermosa me ha enamorado,
discreta se ha despedido,
honesta me ha reprimido,
y apacible me ha hechizado.
Mi cuidado
ya será infierno sin vella,

y el verla me ha de encender.
Voy tras ella;
que no es lance de perder
muger noble, honesta y bella. (*Vase.*)

ESCENA III.

DON JUAN, *con una liga en la mano.* DON LUIS.

DON JUAN.

Oid milagros de amor,
don Lüis, porque admireis
mi dicha, y no os espanteis
de que andando á caza amor,
las libertades persiga;
pues á pesar de escarmientos,
plumas de mis pensamientos
son despojos de esta liga.
Ya no tengo libertad;
perdíla; ya vivo preso.

DON LUIS.

Don Juan, ¿qué es de vuestro seso?

DON JUAN.

Amor me le hurtó; escuchad.
Divirtiendo pesares y calores,
registraba las márgenes amenas
de aquese rio, que rescata flores
por líquido cristal y oro en arenas,
cuando entre unos jazmines trepadores,
celosías del sol á quien apenas
permiten bosquejar cuadros de Flora,
medio desnuda ví á la blanca Aurora.
Detengo el paso, escóndome y acecho
(entre las hojas de un taray oculto)
desnudándose un angel, satisfecho
el rio, Apeles de su hermoso bulto.
En cabellos, en ojos, boca y pecho,
oro, zafir, coral, mármol, al culto
debido á la deidad de la belleza,
hipérboles juntó naturaleza.

Acrecentaba Apolo á rayos rojos
grados de fuego, que abrasando aprisa,
se la dan á la dama, y él todo ojos,
lo que en Dafne no pudo, aquí divisa.
Despoja ropas, del amor despojos,
hasta lino el sutil, (si no camisa)
velo que corre á imagen cristalina
el viento, sumiller de su cortina.
Alabastros descalza, que aprisiona
el prado en flores, porque no se vaya.
Claveles grillos son, si no corona,
que pisados alienta y no desmaya.
El rio, que estas dichas ocasiona,
con labios de cristal, pasa de raya,
y á la lengua del agua, por tocallos,
argos de lenguas es hasta besallos.
El derecho jazmin tienta la orilla,
y se estremece cuando toca en ella:
cristal el pie, cristal la zapatilla,
que calzara el amor, á merecella.
Círculos apresura al recibilla
la fugitiva plata, aunque con ella,
envidiosa de ver que su luz borre,
rehusando el competir, corrida, corre.
Entra el segundo pie, basa segunda
de mármol vivo, de animada nieve;
ya da otro paso; ya, aunque no profunda,
adonde nunca el sol, la agua se atreve:
la tela en fin, de aquella imagen funda,
arroja á un arrayan, y de un ay leve
animada, ondas puebla de marfiles,
y milagros de amor muestra en viriles.
Fuera insensible yo, si resistiera
á tantos incentivos de hermosura;
irracional, si el alma no la diera;
loco, á no hacer estremos de locura:
en fin, mientras cristales bañan cera,
que cándida á la nieve vence pura,
con mudos pasos, emboscado en flores,
á sus ropas me llevan mis amores.
Esta liga la hurto, si merece
tan afrentoso nombre quien por ella

la deja un alma en prendas, que ennoblece
honrosa estima de eleccion tan bella.
A mi sitio me vuelvo; y mientras crece
reflejos de cristal mi hermosa estrella,
que entre los globos de sus olas fragua,
fuego corre ya el rio, si antes agua.
Vuelve á la orilla, y con el blanco lino
bruñida plata enjuga, (entre las perlas
átomos, que despide el cristalino
desden, que á ingratitud juzgué perderlas)
pródiga del tesoro peregrino,
y ya Tántalo Apolo por beberlas:
con ellas rico el prado abriles brota,
ya jazmin, si antes perla, cada gota.
Encubre cielos el vestido avaro
otra vez, de que el prado llora triste,
por ver nubes de linos en sol claro,
que desnuda al abril cuando las viste:
busca la liga de mi amor reparo,
y no hallándola, cóleras resiste,
y registrando flores que despoja,
hurtos de amor acusa en cada hoja.
Que llega en busca suya entonces siento
un escuadron de damas (digo estrellas:)
yo con el robo entonces avariento,
los pasos enmudezco, y huyo de ellas:
no me sintió ninguna, ni aun el viento,
pues á su imitacion desmentí huellas,
y gananciosa cuando mas perdido,
vengo, en fin, con despojos y vencido.

DON LUIS.

Tan poeta exagerais,
como visoño quereis;
mas antes que os enlaceis,
conoced á quien amais;
que segun el sitio y puesto
donde vístes á esa dama,
vuestra encarecida llama
corre riesgo manifiesto;
que este es bosque de palacio,
donde el rey Fadrique tiene
su recreacion cuando viene

á gozar su ameno espacio;
y está la infanta con él,
su hermana.

DON JUAN.

Yo hallé la puerta
de esta cerca y bosque abierta;
divirtióme el real verjel,
y alguna dama á quien dió
el calor causa, seria
la de esta ventura mia,
pues al sol nadando vió;
porque sola, claro está
que no habia de ser la infanta.

DON LUIS.

Cuando la calor es tanta,
y aquesta soledad dá
seguridad, y ocasion
para humanarse bellezas,
que cansadas de grandezas
huyen de su ostentacion,
en fé que tal vez la copia
da fastidio, la mas grave
querrá probar á qué sabe
servirse sola á sí propia.

ESCENA IV.

CALVO, *alborotado.*—DON JUAN. DON LUIS.

CALVO.

¡Aquí de los labradores!
¡aquí el que fuere de ley;
que matan á nuestro rey
seis disfrazados traidores!

DON JUAN.

¿Qué dices, loco?

CALVO.

¡Ay, señor!
honra tu espada valiente
aquí.

ESCENA V.

ANTONELO *y* OTROS CINCO ENMASCARADOS, *acuchillando al* REY.—DON JUAN. DON LUIS. CALVO.

ANTONELO.

(*Aparte á los suyos.*)
En acudiendo gente,
somos perdidos.

REY.

¡Traidor!
¿á tu rey?

ANTONELO.

No hay rey aquí,
sino el conde de Anjou.

ENMASCARADO 1.º

Muera.

(*Echan mano á las espadas don Juan, don Luis y Calvo, y acometen á los enmascarados.*)

DON JUAN.

¡Oh cobardes! eso fuera
á no haber lealtad en mí.
A ellos, que todos son
canalla, gran don Lüis.

(*Éntranse peleando todos, menos Calvo y un enmascarado.*)

CALVO.

¡Con cáscaras me venís
en las caras, á traicion!
Pues no os me habeis de ir en salvo,
cobardes, caras de á dos,
que soy Calvo y, vive Dios,
que no me igualó Lain Calvo.

(*Éntranse Calvo y el enmascarado con quien peleaba, y sálense acuchillando don Juan sin espada y otro enmascarado.*)

DON JUAN.

Quebrado se me ha la espada.

ENMASCARADO 2.º

Para que mueras aquí.

DON JUAN.

Traidor, industria hay en mí,
en el peligro estimada,
para que supla el acero.
(*Échale á los ojos la capa y hiérele con la daga.*)
Agora que ciego estás,
mi valor conocerás.

ENMASCARADO 2.°

¡Favor! ¡ayuda, que muero! (*Huye.*)
(*Salen Antonelo y otros dos contra el rey que tropieza y cae, y yendo á herirle, se echa sobre él don Juan y recibe el golpe, toma la espada del rey y dá tras ellos.*)

ANTONELO.

Cayó el rey.

REY.

¡Suerte crüel!
Muerto soy.

DON JUAN.

Mi rey cayó;
mas defenderéle yo,
arrojándome sobre él.
Repare el golpe mi vida,
y piérdase, pues hoy vale
la de mi rey.

ANTONELO.

Dale.

ENMASCARADO 3.°

Dale.

DON JUAN.

Aquí fuera bien perdida;
mas no favorece el cielo
(*Huyen los tres enmascarados.*)
traidores. Poneos, señor,
en cobro; que del favor
de vuestra espada, y del celo
de mi lealtad, me prometo
todo suceso dichoso. (*Vase.*)

REY.

¡Oh mancebo generoso!
(*Levántase.*)
Si me saca de este aprieto
el cielo, yo premiaré

tu socorro y tu lealtad
tanto, que á la eternidad
altares y estátuas dé. (*Vase.*)

ESCENA VI.

TRES PASTORES, *armados á lo gracioso.*

PASTOR 1.º
¡Aquí del puebro! que al reye
diz que matan.

PASTOR 2.º
Gil Bermejo,
la campana del concejo
toquen.

PASTOR 3.º
¿Al rey? ¿quién lo creye?
Pues el rey ¿puede morir?

PASTOR 1.º
¿No es tambien presona el rey?
Muérese un jumento, un buey,
que es mas para resistir,
y el reye que es de alfeñique,
¿se habia de quedar acá?

PASTOR 3.º
Si es ansí, vamos allá,
y no muera el rey Fadrique. (*Vanse.*)

Sala de una quinta del rey.

ESCENA VII.

EL REY. DON JUAN, *con el brazo izquierdo sostenido en una banda, que será la liga que sacó antes.*

DON JUAN.

Seis los traidores fueron;
los dos huyen heridos, tres murieron,
y Antonelo, cabeza
de esta conjuracion, que á vuestra alteza
en tal peligro puso,
si arrepentido no, preso y confuso,
queda en mi casa, adonde
por dos heridas míseras responde
á la muerte, que cierta
entrar pretende, y duda por cuál puerta.

REY.

Don Lüis de Moncada
¿adónde está?

DON JUAN.

Su valerosa espada
defensa tuya ha sido,
y vitorioso (aunque tan mal herido,
que de su vida dudo)
quiso venirte á ver; pero no pudo,
y ocupando su fama,
lenguas y plumas, honra en una cama
mi casa, donde queda,
mi amistad ilustrando que le hospeda.

REY.

Y vos ¿estais herido?

DON JUAN.

No señor; un piquete solo ha sido,
que graba la memoria,

para conservacion de esta vitoria.

REY.

Y en mi agradecimiento
obligaciones, que pagar intento,
si en vos hallo nobleza,
al paso que lealtad y fortaleza.
La vida me habeis dado,
dos veces á la muerte destinado:
por vos soy rey de nuevo;
en fin, que la corona y vida os debo.
No igualan beneficios,
por mas que os llegue á dar, tales servicios;
mas pagaré á medida
de mi poder, y quedaráos mi vida
deudora eternamente.

DON JUAN.

Agradeciendo paga el rey prudente;
y estoylo yo con eso
tanto, que honrando labios, tus pies beso.

ESCENA VIII.

LEONORA.—EL REY. DON JUAN.

LEONORA.

Doyle á vuestra magestad
mil plácemes de la vida,
felizmente restituida
por el valor y lealtad
de mi hermano, á quien debemos
cuantos vasallos de ley
tiene Nápoles, un rey
que nuevamente gocemos.
Ya querré á don Juan mas bien
por librar vuestra persona,
que por mi hermano y Cardona.

REY.

Y yo por el parabien
que vos me venís á dar,
juzgo por bien empleado

todo el peligro pasado;
que no se suele comprar
lo que vale tanto en poco.
Mas, este caballero ¿es
vuestro hermano?

LEONORA.

El interes
con que mi dicha provoco,
me viene de ser su hermana.

REY.

¿Vos sois don Juan de Cardona?

DON JUAN.

Con ese blason me abona
la nobleza catalana.

REY.

Hijo sereis, segun eso,
de don Pedro, gran privado
del rey mi padre.

DON JUAN.

Cansado
del intolerable peso
del reino, carga crüel,
que de sus hombros fió
el rey Alfonso, paró
en dar en tierra con él.
Obligaron desengaños
á que huyendo aduladores,
y desmintiendo favores,
diese quietud á sus años,
y licion al escarmiento
en aquesta soledad,
cuya quieta amenidad
nos dejó por testamento;
y los dos le hemos cumplido
de suerte, que con estar
tan cerca de este lugar
la corte, habemos huido
su encantada confusion,
solo con la medianía
contentos, que á Dios pedia
el discreto Salomon.

REY.

Añadís obligaciones
tantas, don Juan de Cardona,
que es pequeña mi corona
para sus satisfacciones.
Vuestro padre me sacó
de pila, y de él aprendí,
si hay cosa de estima en mí,
la virtúd que le ilustró.
La envidia, que á la privanza
como al blanco suyo tira,
abonando la mentira,
á la ambicion dió venganza.
Mi padre, mal informado,
dió á don Pedro pago injusto,
pudiendo mas que su gusto
ciegas razones de estado.
Heredóle don Fernando
el rey, mi hermano mayor,
en el estado y rigor;
y él cuerdo, menospreciando
honras, que tal premio dan,
de suerte se retiró,
que al olvido dedicó
hazañas que en bronce están.
Mas yo, criado por él,
y defendido por vos,
deudor de entrambos á dos,
uno leal y otro fiel,
es justo que satisfaga
por los dos con beneficios,
si para tantos servicios
hay en mi reino igual paga.
Los cargos que egercitó
vuestro padre, os restituyo:
esto es de derecho suyo,
y soy vuestro deudor yo.
No me llame su señor
quien á don Juan de Cardona,
como á mi misma persona,
no venere su valor.
Mi obligacion, vuestra ley,

darán de quien sois indicio:
rey sereis en egercicio,
y yo solo en nombre rey.
Despachad vos mis consultas,
presidid en mis consejos,
premiad capitanes viejos,
dad cargos, proveed resultas,
gobernad, subid, creced;
que en todo sois el mayor
de Nápoles.

DON JUAN.

Gran señor....

REY.

No es esto haceros merced,
sino pagaros la vida
que debo á vuestra lealtad.

DON JUAN.

Mire vuestra magestad.....

REY.

No receleis la caida,
ni tengais temor que pueda
la fortuna derribaros,
que yo para conservaros,
un clavo pondré en su rueda.

DON JUAN.

Escúcheme...

REY.

Será en vano;
que á mas que esto me apercibo.

ESCENA IX.

—

LA INFANTA *Isabela.* ACOMPAÑAMIENTO.—EL REY. DON JUAN.

INFANTA.

¡Que merezco veros vivo,
rey, señor, querido hermano?
Hagan mis brazos alarde
del contento en que me veis.
Hoy, cual fenix, renaceis.

Dios de peligros os guarde.
¡Mal haya la caza, amen,
á que sois tan inclinado,
pues tal ocasion ha dado
á los que no os quieren bien!
No salgais desde hoy sin guarda.
Mirad lo que al mundo importa
vuestra vida.

REY.

Fuera corta,
á no haber angel de guarda,
mi Isabela, que deshizo
de los traidores los lazos.
Dalde gracias, dalde brazos,
pues su valor satisfizo
la lealtad mas celebrada
que tuvo vasallo fiel.
Honrad mi privanza en él;
que está don Luis de Moncada
peligroso, y es razon
visitarle.

INFANTA.

Pues ¿quién es
quién os dió vida?

REY.

(Sin volver la cabeza á don Juan.)
El marques
de Manfredonia, el baron
de Castelmar y Monsanto,
el conde de Oberisel,
el duque de Capua fiel,
el príncipe de Taranto,
el mayordomo mayor
de mi casa, el que ha de ser
desde hoy mi gran canciller,
y en fin, el gobernador
de este reino que los dos
debemos á su persona.
Este es don Juan de Cardona.
(A Leonora.)
Enseñadme á don Luis vos.
(Vanse el rey, Leonora y los del acampañamiento.)

ESCENA X.

LA INFANTA.—DON JUAN.

INFANTA.

Quien así á su rey obliga,
con razon su reino manda...
(*Aparte.* Pero ¡ay cielos!) Esa banda
¿quién os la ha dado?

DON JUAN.

¿Esta liga?
La osadía y el deseo,
la ocasion y la hermosura,
la soledad y ventura.
Yo ví en un rio el trofeo
de una imagen celestial,
y que entre su esfera fria,
transparente competia
el cristal con el cristal;
yo ví de vidrios vestido
un sol, que sus signos muda;
yo ví esta tarde desnuda.....

INFANTA.

No digas mas, atrevido.
Cesa, calla y al recato
de quien hablas ten respeto;
profanado has el secreto,
que injurió tu desacato.
Quien como tú se ha atrevido
á reservados despojos,
osando pasar los ojos
los límites del vestido,
no es posible satisfaga
injuria tan conocida,
si con la mano ó la vida,
esposo ó muerto no paga.
Esposo no puede ser;
que hay mucha desigualdad:
matarte será crueldad,

cuando tiene vida y ser
el rey mi señor por tí:
¿qué haré?

DON JUAN.

Sacarme los ojos,
pues á divinos despojos,
siendo humano, me atreví.

INFANTA.

¿Qué desacato ó locura
á tal parte te llevó?

DON JUAN.

La de Acteon cuando vió
de Diana la hermosura.

INFANTA.

¿Conocísteme?

DON JUAN.

Señora,
fue tanta vuestra beldad,
que allí os juzgué por deidad,
aunque por la infanta ahora.
Ya es menor mi desatino,
puesto que me escuse en vano,
pues atreverse á lo humano,
menos es que á lo divino.
Porque si yo os conociera,
ni esta prenda vuestra hurtara,
ni así la manifestara,
ni á ofenderos me atreviera.
Contingencias impensadas
¿qué rigor no las perdona?

INFANTA.

¿Has dado á alguna persona
parte de esto?

DON JUAN.

Disfrazadas
escusas daros pudiera,
bastantes á disuadiros;
mas ni yo quiero mentiros,
ni siendo quien soy, supiera.
A don Lüis de Moncada
le he contado cuanto ví.

INFANTA.

¿A don Lüis? ¡Ay de mí!

DON JUAN.

La amistad no encubre nada.

INFANTA.

¿Y supo que era yo acaso?

DON JUAN.

¿Cómo, ignorándolo yo?
Alguna dama creyó
que era, vuestra.

INFANTA.

¡Estraño caso!
Don Juan, aquestos enojos
os perdono, aunque en mi mengua,
como negueis á la lengua
permisiones de los ojos.
Persuadid á don Lüis
que de la dama que vístes,
noticia despues tuvístes;
que si loco le decís
verdades que desdorar
puedan mi fama ofendida,
os ha de costar la vida:
mirad lo que os vá en callar.
Decilde que fue Narcisa,
ó Clavela.

DON JUAN.

Ansí lo haré,
aunque ni las ví, ni sé
quién son.

INFANTA.

Su fama os avisa,
y mi abono, que merecen
cualquiera ponderacion
que hayais hecho, porque son
las que esta corte enloquecen.
Quitaos despues esa liga,
y quemalda.

DON JUAN.

¿En qué os ofende?

INFANTA.

A quien á su dueño vende,

ansí mi rigor castiga.

DON JUAN.

Solo de mi dicha corta
tal premio pudo esperar.

INFANTA.

No os tengo que exagerar
lo que el callar os importa.

DON JUAN.

Si verme mudo quereis,
ya lo estoy. (*Aparte.* ¡Ay amor vano!)

INFANTA.

Por vida del rey mi hermano,
que os mande matar si hablais.

ESCENA XI.

EL REY. CALVO.—DON JUAN. LA INFANTA.

(*El Rey y Calvo hablan aparte en el fondo.*)

CALVO.

Sirvo á don Juan de Cardona,
y en esta pendencia he sido,
señor, quien ha merecido
favorecer tu persona;
pues si no fuera por mí,
nunca hubiera don Juan hecho
cosa alguna de provecho.
Esto es verdad.

REY.

¿Cómo así?

CALVO.

Porque siempre que se viste,
le doy la capa y espada,
y sin esta no hace nada.

REY.

Bien.

CALVO.

Mi presencia le asiste,
aliviando sus trabajos.

REY.

¿Y en qué oficio?

CALVO.

Honrado estoy,
pues su maestresala soy.
Digo, de los cuartos bajos.

REY.

Pues ¿hay maestresalas ya
de arriba y de abajo?

CALVO.

¡Y cómo!
Maestresala y mayordomo
alti-bajos hay acá.
Yo los manjares despacho,
maestresala y despensero,
porque, en fin, sirvo el harnero
á dos caballos y á un macho.

REY.

¿Pues como le vestís vos,
lacayo?

CALVO.

Por ahorrar,
en la aldea se usa dar
los cargos de dos en dos.

REY.

¿Cómo os llamais?

CALVO.

La limpieza
de mi apellido es de traza,
que no hay un pelo, ni raza
en él: anda en la cabeza,
aunque damas y visoños
dan, por desautorizalle,
en perseguirle y tapalle
con cabelleras y moños.

REY.

Calvo os llamais, segun eso.

CALVO.

Calvo es un huevo tambien,
calvos los cielos se ven,
calvo un melon, calvo un hueso,
un elefante, un pepino;

calva la ocasion se llama,
y yo he visto de aquí dama
mas calva que un perro chino.

INFANTA.

El rey viene.

DON JUAN.

¡Calvo! ¡Ah necio!
Aparta de ahí: ¿estás loco?

CALVO.

Bufonizo poco á poco;
que es la plaza de mas precio.
No has todo tú de medrallo:
déjanos tambien privar. (*Vase.*)

REY.

Id, hermana, á visitar
á don Lüis, fiel vasallo,
que está á la muerte por mí,
y merece lealtad tanta
que favorezca una infanta
á quien sirve al rey ansí.

INFANTA.

Tengo en mucha estima yo
lo que vuestra alteza estima.
Su peligro me lastima;
voy á verle. (*Aparte.* Quien me vió
desnuda, siendo atrevido,
¿qué pena merece? Honor,
no consulteis al amor;
que dirá, ser mi marido.) (*Vase.*)

ESCENA XII.

EL REY. DON JUAN.

DON JUAN, *de rodillas.*

Gran señor, gran premiador
de sepultados servicios,
que á la luz de tus mercedes
resucitan del olvido:
si las que hacer acostumbras,

si las que de tí recibo,
si en las que honrarme pretendes,
si las que en tu amparo cifro,
son bastantes á obligarte,
una sola te suplico
que otorgues á la lealtad
con que amoroso te sirvo.

REY.

Don Juan, ¿vos con ceremonias?
¿Vos necesitais de hechizos
para pedirme mercedes,
sabiendo en lo que os estimo?
Levantad, alzaos del suelo;
(*Levántase don Juan.*)
que me corro cuando os miro
dudoso de lo que os amo,
y ofendiéndoos á vos mismo.
¿Tan poco es lo que yo os debo?
¿tan avaro me habeis visto?
¿tan desobligado estoy,
ó vos, don Juan, tan indigno,
que necesiteis conjuros
intercesores conmigo?
Solos estamos: pedidme,
no como á rey, como á amigo.

DON JUAN.

Tienes de darme palabra
de concederme propicio
lo que llego á suplicarte
antes que empiece á decirlo.

REY.

¡Válgame el cielo! Pues ¿hay,
don Juan, en mis señoríos,
en mi tesoro, en mi alma,
cuando toda os la he ofrecido,
cosa que dificulteis?
Mi reino está á vuestro arbitrio;
mi voluntad es ya vuestra:
pues si cuanto tengo os rindo,
¿qué dudais? Acabad ya.

DON JUAN.

Todo eso, señor invicto,

que alegas en mi favor,
ha de estorbar lo que pido.

REY.

No os entiendo, ni es prudencia
que con misterios ambigüos
discursos atormenteis,
que vanamente examino.
¿Quereis casar vuestra hermana,
y que siendo yo el padrino,
la dé dote competente
para un potentado rico?

DON JUAN.

Mas es que eso, gran señor.

REY.

¿Teneis algun enemigo
coronado, y poderoso,
y pretendeis ofendido
que corran, como es razon,
vuestros agravios por mios?

DON JUAN:

Mas es que eso, gran señor.

REY.

¿Mas es que esto? Pues decildo.
¿Quereis á la Infanta bien?

DON JUAN.

¡Señor! Tirad, os suplico,
las riendas al pensamiento;
que aquesta vez ha escedido
de la merced que me haceis,
y siento que haya perdido
con vos, ni aun imaginado,
el crédito mi jüicio.

REY.

Pues ¡válgame Dios! don Juan,
¿qué imposible, qué prodigio
es este que os enmudece?

DON JUAN.

Prometedme vos cumplirlo,
y sabréislo.

REY.

Si en mi mano
está, mi palabra os fio

de daros gusto: sacadme
de tan ciego laberinto.

DON JUAN.

Otra vez esos pies beso.
Yo, gran señor, he vivido
desde mis primeros años
en estos quietos retiros,
debajo de los consejos
y virtud de un padre, digno
del favor con que ennobleces
su nombre y fama en sus hijos.
Vinculó su mayorazgo,
no en rentas ó juros ricos,
palacios, títulos, joyas,
posesiones y apellidos,
sino en consejos prudentes,
antídotos del peligro,
remedio contra ambiciones,
y contra-yerba de vicios.
Todos estos se cifraron
en el provechoso olvido
del palacio y de la corte,
de quien mil veces nos dijo
tanto mal, tantos engaños,
ceremonias, artificios,
dobleces, contradicciones,
envidias, falsos amigos,
que connaturalizó
en nosotros desde niños
su sabio aborrecimiento;
como puede ser testigo
esa casa de placer,
cuyos reales edificios,
con estar de estos tan cerca,
si de lejos la hemos visto,
no se alabará que hayamos
mi hermana y yo divertido
en su amena recreacion
ocasionados sentidos;
sino es yo, que habrá dos horas,
que quebrantando el edito
que me puso el escarmiento,

esperimenté el castigo
de mi imprudente osadía;
pues el margen de su rio,
vendiéndome el gusto á instantes,
me dió las penas á siglos.
Yo, pues, príncipe piadoso,
que ha tantos años que sigo
los preceptos de mi padre,
en el escarmiento escritos,
aquí, con mediana suerte,
donde me gozo á mí mismo,
sin dar á censo pesares,
pues ni me envidian, ni envidio,
¿cómo podré, á las mercedes
que hoy me has hecho agradecido,
no darte quejas por gracias,
si das penas por servicios?
Si yo, señor generoso,
el traidor hubiera sido,
que para desdicha nuestra,
malograr tus años quiso,
¿hallaras tan gran venganza
como conservarme vivo
para duracion de males,
terrero de los jüicios
del vulgo, monstruo de lenguas,
cuanto mas constituido
en alto, mas cerca al suelo,
y enmedio montes de riscos?
No, gran señor, no consientas
trocar seguros alivios
por evidentes cuidados:
goce yo libre el sencillo
desahogo de estas selvas;
que no descansa el cautivo
porque el dueño riguroso
le ponga de oro los grillos.
Lo que te suplico es esto,
lo que tú me has concedido,
lo que importa á mi descanso,
lo que el cuerdo....

REY.

Harto habeis dicho.
En fin, don Juan, cuando os honro,
¡me agraviais desconocido!
¿Mi crédito desdorais
cuando vuestra fe acredito?
Poca confianza os debo,
porque solo en perjüicio
de mi valor y firmeza,
cobarde temeis peligros.
Considerareisme fácil,
recelando que me rijo
mas por gusto que eleccion
de la prudencia y jüicio.
Juzgareis (cuando me hagais
de otros reyes relativo)
que quien tanto junto os dió,
vendrá por junto á pedirlo.
En fin, don Juan, por ser rey
¡con vos he desmerecido
la segura confianza,
que goza el que es buen amigo!
Agraviado estoy.

DON JUAN.

Señor,
mas ha de poder conmigo
la verdad, que la lisonja.
Discreto habeis discurrido
la causa de mis temores,
aunque no desacredito
lo que es general en reyes,
en vos, que sois individuo.
Los príncipes que nacieron
desde sus reales principios
de complexion delicada,
sangre pura, humores limpios,
siempre viven mas sujetos,
(si á astrólogos dais oidos)
que el pueblo á las influencias
de las estrellas y signos.
A esta causa en los eclipses
y cometas colegimos

que como mas delicados,
corren los reyes peligro.
Por esto son tan mudables,
causándoles hoy fastidio
lo que ayer apetecieron,
por ser en los gustos vidrios.
La ociosidad de estos campos
me ha inclinado al egercicio
émulo de la ignorancia;
y, profesor de los libros,
en todas cuantas historias
he margenado, que han sido
muchas para el escarmiento,
pocas para el apetito,
no me acuerdo de privado,
por mas cuerdo que haya sido,
por menos interesable,
mas espediente y activo,
que no haya parado en mal.
Revuelva anales antiguos
vuestra alteza, autores lea,
mire ejemplos, busque archivos;
que si no son dos privados,
uno humano, otro divino,
aquel portugues dichoso,
esotro virey de Egipto,
aquel Alvarez Pereira,
esotro José cautivo,
y uno y otro de sus reyes
nunca imitados prodigios,
no hallará en cuantos monarcas
han dado fama á los siglos,
favor á dichas y ingenios,
premio á lealtad y servicios,
quien en la corta carrera
de la privanza haya sido
tan cuerdo hombre de á caballo,
que no pierda los estribos.
¿Pues podré yo prometerme,
si no loco, presumido,
el tercer lugar entre estos,
siendo esotros infinitos?

¿ó esperaré yo, señor,
de vos que no hareis lo mismo
que tantos reyes hicieron?
No querreis vos persuadiros,
ni persuadirme á tal cosa:
desengolfadme de abismo
donde hallan dos solos fondo,
y tantos se han sumerjido.
Si me amais, como decís,
¿no es disfavor que á los tiros
de la envidia, en la vanguardia,
me espongais al enemigo?
(*De rodillas.*)
Aquí escogí mi descanso.
Rey, señor, príncipe mio,
palabras en vos son leyes:
la que me habeis dado pido.

REY.

(*Levantándole.*)
Imprudente habeis andado,
pues en lugar de evadiros,
don Juan, con tales ejemplos
enlazándoos vais vos mismo.
Nunca para disuadir
los naturales altivos
de los reyes, propongais
ejemplares que hayan sido
para mas que ellos, pues yo
solamente porque envidio
reyes que hayan conservado,
contra el general estilo
hechuras que entronizaron,
me tendré ya por indigno
de quien soy, si de esos dos
tercero, no los imito.
El primer valiente, á prueba
de favores atractivos
y apetecibles privanzas
que ha visto el mundo, habeis sido;
pero por el mismo caso
que á un rey habeis resistido,
habeis de privar por fuerza;

y yo por el caso mismo
que es tan difícil en reyes
no conmutar en desvíos
y rigores las privanzas,
mientras mas os entronizo,
tengo de ser para mas,
y vos y yo dos prodigios:
vos mi privado por fuerza,
yo vuestro incansable arrimo.

DON JUAN.

A infinito os obligais,
gran señor.

REY.

No es infinito
lo que otros reyes han hecho.—
Id delante, que imagino
que me os quereis esconder.

DON JUAN.

Eso no; que mas estimo
vuestro gusto, que mi vida.
Mas lo jurado....

REY.

Cumplirlo
prometí, estando en mi mano.
Don Juan, no lo está.

DON JUAN, *aparte.*

Testigos
sed de este milagro, cielos,
pues contra mi gusto privo.



ACTO SEGUNDO.

Salon del palacio real de Nápoles.

ESCENA I.

DON JUAN, *recibiendo memoriales.* OCTAVIO. CESAR. ASCANIO. PRETENDIENTES.

DON JUAN.
(*A Octavio.*)
Ya vueselencia ha salido
con su cuerda pretension:
tiene el rey satisfaccion
de lo bien que le ha servido,
y en fe de su suficiencia,
le ha nombrado general
de las galeras.

OCTAVIO.
Señal
segura que vueselencía
ha sido mi intercesor.
Deme á besar esa mano.

DON JUAN.
Señor....

OCTAVIO.
Mucho en esto gano.
Deme la mano.

DON JUAN.
Señor,
ya tiene término el uso
y límite la crianza;
no escepcionan la privanza
leyes, que el palacio puso.
Deje para lisonjero
ceremonias aparentes,

moneda en que pretendientes
hacen al valor pechero;
que el título, en quien la fama
se estima, aunque cortesano,
nunca ha de pedir la mano
sino á su rey, ó su dama.
(Vase Octavio.)

CESAR.

Yo, señor....

DON JUAN.

Vueseñoría
es de Roma embajador.
(A Ascanio, y sucesivamente á varios pretendientes.)
Vuesarced, gobernador,
de Ambersa; y á instancia mia,
castellano de Gaeta
vueseñoría.—Sargento
mayor es de Benavento
vuesa merced; y en Barleta
vuesa merced capitan.—
Ya está hecha la merced
que pide vuesa merced:
una regencia le dan
en consejo, de ventaja.—
Tiene diez escudos ya
vuesa merced.—Librado ha
el consejo en la real caja
de Salerno á vuesarced
las pagas que se le deben.

CESAR.

De vuestra escelencia lleven
cuantos la gracia, y merced
gozan de su rey, dechados
de donde puedan sacar
liciones de despachar,
y ejemplos para privados.
¿Hay memoria semejante?
¿Hay agrado mas cortés?

DON JUAN.

Ea, señores, despues
vuelva cada negociante
por sus despachos; que están

otros mil por proveer.

ASCANIO.

¡Voto á Dios, que puede ser
privado del Preste Juan!

(*Vanse los pretendientes.*)

ESCENA II.

CLAVELA, *con un memorial.*—DON JUAN.

CLAVELA.

Si entre tantas provisiones
hay audiencia para mí,
y admiten las pretensiones
súplicas de amor, aquí

(*Dale el memorial.*)

alego algunas razones,
que obliguen á vueselencia
á hacerme todo favor.

DON JUAN.

¡O señora! en la presencia
de vueseñoría, amor
antes dé que pida audiencia.
¿Qué manda vueseñoría?

CLAVELA.

Como de la dicha mia
es la infanta mi señora
generosa intercesora,
á instancia suya querria
agradecer obligando,
y pagar agradeciendo,
deudas que estoy estimando.

DON JUAN.

Soy tan corto, que no entiendo
el favor que voy medrando
por vueseñoría.

CLAVELA.

Señal
de que despachos de amor
siempre se han llevado mal

con los del poder. Mejor
hablará ese memorial,
á quien quise remitir
lo que recelo decir;
porque amor, al comenzar,
primero que sepa hablar,
dicen que aprende á escribir. (*Vase.*)

ESCENA III.

DON JUAN.

Mal al amor me acomodo,
si esto viene á pretender,
porque el privar de este modo,
todo un hombre há menester,
y el amor un hombre todo.
(Lee.) *De la Infanta mi señora*
sé que por razon de estado
á vueselencia ha mandado
tenga amor á quien le adora.
Con tan grande protectora
(si á tanto obligarse pudo)
mas espero y menos dudo:
dióme por señas mandalle
que si vió atrevido, calle,
pues no pierde amor por mudo.
¡Válgame Dios! ¿que no pierde
amor por mudo? Pues bien,
si á Clavela quiero bien,
¿quién habrá que esto concuerde?
Crece mi esperanza verde,
si por mudo ha de estimarme;
mengua, mandando emplearme
en Clavela, á quien me obliga.
Pues ¿cómo si me castiga,
promete que ha de premiarme?
¿Qué habemos de hacer, cuidado?
¡Enigmas de amor agora!
(Lee.) *De la Infanta mi señora*
sé que por razon de estado

á vueselencia ha mandado....
¡Razon de estado! Temor,
sed intérprete mejor;
que esto es gusto, no es desden,
pues nunca se llevan bien
razon de estado y amor.
(Lee.) *A vueselencia ha mandado*
tenga amor á quien le adora.
Pues bien, ¿qué colige agora
Clavela de este recado?
Solamente ha señalado
que quiera bien á quien me ama.
¿Cifró solo amor su llama
en ella? ¿No puede ser
que bien me venga á querer,
como Clavela, otra dama?
¿No está sujeta á pasiones
la Infanta como yo estoy?
¿No es muger? ¿Hombre no soy?
Animo, imaginaciones.
Mi dicha anda en opiniones
de si pudo ó si no pudo.
Desnudo amor, pues desnudo
merecí su cielo ver,
esperar y enmudecer;
que no pierde amor por mudo.

ESCENA IV.

LEONORA.—DON JUAN.

LEONORA.

Al disgusto que teneis,
hermano, en vuestra privanza,
el mio añadir podeis,
porque una desconfianza
en vos y en mí ocasioneis.
Recelais cuerdo caer
porque en subiendo al estremo,
es preciso el descender:

soy yo vuestra hermana, y temo
las violencias del poder.
Ponderad cual es mayor,
el mio ó vuestro temor:
vos en el mar proceloso
del gobierno peligroso,
yo en los riesgos de mi honor.
De un rey mozo persuadida,
de su amor solicitada,
de su poder combatida,
de su hermana regalada,
de sus joyas perseguida:
él príncipe, yo muger,
yo vasalla, él magestad,
y entrambos en su poder:
por consecuencia sacad,
quién tendrá mas que temer.

DON JUAN.

¡Válgame el cielo! Leonora,
¿que el rey os sirve?

LEONORA.

Me adora,
si es verdad lo que pondera.

DON JUAN.

¡Ah privanza lisonjera!
Menos firme estais agora.
¿Que por vos soy su privado?
¿Que aquí paró su porfia?
No en balde un escarmentado
afirmaba que no habia
favor desinteresado.
Persüadase el que vive
con mayor satisfaccion
de sí, que por mas que prive,
es general conclusion
el no dar quien no recibe.
¿Hay cosa mas liberal
que el sol, padre universal,
que engendra con todos y obra?
Pues réditos el sol cobra
con que aumenta el principal.
La tierra le dá vapores,

y exhalaciones que lleve
á regiones superiores:
en espíritu les bebe
el alma, y vida á las flores.
No hay tan dadivosos pechos
en quien se escluya esta ley,
con solo dar satisfechos,
pues en el mas franco rey
admite el gusto cohechos.
Buena prueba es el amor
con que Fadrique pretende
hacerme por él favor;
pero caro me le vende,
si ha de costarme el honor.
Hermana, en tu mano está
la dicha y sosiego ya
de esta privanza molesta.
Desdeñosa, manifiesta
que enfado su amor te dá;
menosprecia su cuidado;
que un rey de todos querido,
tiene, como no ha probado
lo que es ser aborrecido,
el gusto tan delicado,
que se muda facilmente.
Aborreceráte ansí:
y si la merced presente
con que me honra es por tí,
¿quién duda que luego intente
derribarme del favor
en que fundaba su amor,
saliendo como deseo,
yo del golfo en que me veo,
tú del que teme tu honor?

LEONORA.

Aunque es dificil la cura
que le intentas aplicar,
mi gusto el tuyo procura,
pues temes tanto el privar.

DON JUAN.

¡Ay mi libertad segura!

LEONORA.

Desde hoy con rostro severo
miro al rey. Vive avisado,
en fé de lo que te quiero,
que la infanta me ha mandado
que hable al rey por el terrero
esta noche.

DON JUAN.

En tu desden,
hermana, consiste el bien
de la quietud que perdí:
mira por ella, y por tí.

LEONORA.

A su enojo te preven. (*Vase.*)

ESCENA V.

DON JUAN.

Ya yo me maravillaba
que contra la comun ley
de los príncipes, el rey
por solo premiar premiaba.
No sin causa recelaba
el peligro que me ofrece
quien pródigo me engrandece.
Mirad por vos, mi Leonora;
que un rey, al paso que adora,
en poseyendo, aborrece.
¡Oh si quisiesen los cielos
que tanto le desdeñase,
que en odio su amor mudase,
como en quietud mis desvelos!
Ya suele el desden, y celos
apurar tantos cuidados,
que en severidad mudados
truecan su amor en venganza:
¡feliz, mil veces, mudanza,
si nos saca de privados!

ESCENA VI.

DON LUIS.—DON JUAN.

DON LUIS.
Cara, don Juan, me ha salido
la privanza que gozais,
pues audiencia á todos dais,
y á nuestra amistad olvido.
No hay veros despues que os fia
el reino su magestad.

DON JUAN.
Don Lüis, mi libertad
ya se perdió, ya no es mia.
Despues que en el puesto estoy
que rehusé por tantos modos,
todo he de ser para todos,
y nada para mí soy.
Mi privanza es un Argél
donde, en cautiverio largo,
cadenas de tanto cargo
me dan tormento crüel.
Lastimaos de ver que privo,
forzando mi voluntad,
y no culpeis amistad
de preso ni de cautivo,
si falta á correspondencias,
y no cumple obligaciones.

DON LUIS.
En tantas ocupaciones
tampoco tendrán violencias
de amor tiempo ni lugar
para divertir cuidados.

DON JUAN.
No sé yo que los privados,
don Lüis, sepan amar.
Remedios Ovidio escribe
contra amor; pero son largos:
recete el médico cargos

del gobierno: sirva, prive;
que si esta cura no basta,
sin fruto las demas son,
porque en fin la ocupacion
hace á la privanza casta.

DON LUIS.

Murieron recien nacidos,
segun eso, pensamientos
que conocí yo violentos
maltratar vuestros sentidos.
¿Es posible que olvidado
de cristales fugitivos,
donde de alabastros vivos
vísteis un cielo animado,
reliquias no conserveis
á quien la memoria siga,
y usurpador de una liga,
siempre que la contempleis,
no os despierte de ese sueño
con deseo de saber
quién pudo su dueño ser?

DON JUAN.

Ya yo sé quien fue su dueño.
Mintió la imaginacion
que juzgó real su belleza.
Gradüástesla de alteza;
dístes á mi presuncion
alas con que en breve espacio
quise á Ícaro imitar:
caí con averiguar
que aunque es dama de palacio,
porque la amistad me obliga
de quien idolatra en ella,
es delito el pretendella.
Condené al fuego su liga;
y aunque injusto en tal venganza,
mi ocupacion ha podido
sanar mi amor con su olvido;
que esto debo á mi privanza.

DON LUIS.

¿Dama de palacio, á quien
adora un amigo vuestro?

DON JUAN.

Por el amor que le muestro,
dejo de querella bien.

DON LUIS.

¿Y no sabré yo quien son
esa dama y ese amigo?

DON JUAN.

Haos de pesar si lo digo.—
Entre tanta ocupacion,
perdonadme si despacio
no comunico con vos.

DON LUIS.

¡Dama y amigo!

DON JUAN.

Los dos
viven dentro de palacio. (*Vase.*)

ESCENA VII.

DON LUIS.

¡Vive Dios, que fue Clavela
la dama que vió desnuda,
y yo por quien pone en duda
el amor que le desvela!—
¿No tiene don Juan amigo
que le obligue como yo?—
¿Qué hay que hablar? ¿No respondió:
"haos de pesar si lo digo?"
Pues si fuera otro, ¿por qué
me habia de pesar á mí?
A Clavela el alma dí;
Clavela la dama fue
que hizo incauta ostentacion
de secretos reservados
á deseos y á cuidados
de mi ciega pretension.
Los dos afirma que viven
dentro de palacio. ¡Ah cielos!
¿Cómo es posible que en celos

las confianzas estriben
de la amistad que me obliga
á respetar á don Juan?
Duque, privado y galan,
y en su poder una liga,
¿y viviré yo seguro
de que no osará agraviarme
quien dice que ha de pesarme
si saber quién es procuro?
No es cuerdo quien tanto fia
de una amistad en privanza,
que cuanto pretende alcanza.
Haced, vos sospecha mia,
certidumbre lo que ignoro.
Encarnada era la liga
que mis recelos obliga,
y los rapacejos de oro:
pondréme otra semejante,
y podré sacar por ella,
hablando á mi ingrata bella,
mis celos por su semblante;
y entonces haré testigo
á mi esperiencia y cuidado
de si es cierto, que hay privado
que guarde ley á su amigo. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

CALVO. LA INFANTA.

CALVO.

Sí señora, aquel criado
soy de don Juan, que servia
al dicho el alegre dia
que comenzó á ser privado;
y como esto del privar
es todo humos, ya presumo
que se me han subido el humo
hasta hacerme estornudar
pretensiones que desea

el aumento de mi fama.
El humo ¿no se derrama,
cuando falta chimenea,
por toda la casa? Es cierto.
Pues derramó esta privanza
humos tantos, que me alcanza
la pretension que me ha muerto,
y necesito el favor
de vuestra alteza.

INFANTA.

Pues bien,
¿qué pretendeis?

CALVO.

Que me den
cargo que imite á mi humor.
Ha dado en mudar los nombres
el palacio á sus oficios,
en nuestra España novicios:
ya llama á sus gentil-hombres
acroyes: ya hay sanservan,
furriel, costiller, salsier,
guardamangel, sumiller,
panatiel, que guarda el pan,
y otros mil; con que deseo
que el palacio me sustente
y ocupe, principalmente
entre aquestos del bureo,
por holgarme, y burear.
Quisiera, pues, yo, señora,
que siendo mi intercesora
al duque, me hiciera dar
uno, que acabado en *el*,
á los demas imitara,
y de nuevo se criara.

INFANTA.

¿Y cuál es?

CALVO.

Murmuratiel,
que sin temor del castigo,
murmurara tanto abuso
como va inventando el uso,
de la virtud enemigo.

ESCENA IX.

DON LUIS, *que trae al cuello una banda ó liga como la que sacó don Juan.*—LA INFANTA. CALVO.

DON LUIS.

(*Para sí, en el fondo del salon.*)
Celos, si amor os obliga,
salid con vuestra demanda:
al cuello traigo por banda
el traslado de la liga
causa de mi confusion,
y prueba de la amistad
que en don Juan será lealtad,
y si me ofende traicion.

INFANTA.

Otro cargo haré que os dé
mejor que ese: andad con Dios.

CALVO.

Como se lo mandeis vos,
gran señora, medraré;
que despues acá que priva,
se ha vuelto tan intratable,
que aun no permite que le hable,
ni quiere que suba arriba.
Dígale que si repara
en que ando en trage indecente,
y que para pretendiente
no traigo al uso la cara,
ya que todo lo registra,
desde este punto me encargo
vestir hipócrita y largo,
y andar con barba ministra. (*Vase.*)

ESCENA X.

DON LUIS. LA INFANTA.

INFANTA.

Pues, don Lüis, ¿qué accidente
sin espada hace que andeis,
y del privilegio useis
que adorna al convaleciente?
¿No estábades bueno ya
de la herida?

DON LUIS.

Sí señora;
mas la del alma empeora.
Por la banda lo dirá
vuestra alteza.

INFANTA.

Si es favor,
disculpa teneis bastante;
que enfermo está todo amante.

DON LUIS.

Hámela puesto un temor
que deseo averiguar,
y ocasiona mis desvelos.

INFANTA, *aparte.*

¿No es esta la liga, cielos,
que don Juan se atrevió á hurtar,
cuando en fe de los enojos
que mi descuido causó,
le diera mi estado yo
porque estuviera sin ojos?

DON LUIS, *aparte.*

La infanta se ha demudado.
¿De que será su inquietud?

INFANTA, *aparte.*

Su mucha similitud
dió sospecha á mi cuidado,
porque don Juan ¿á que efeto
se la habia de entregar,

ni imprudente profanar
sagrados de tal secreto?

DON LUIS.

Esta prenda, gran señora,
hallazgo es de cierto amigo
que sin pensar fue testigo
de misterios que en un hora
hicieron incauto alarde
de lo que en fe de su culto,
veinte años estuvo oculto.

LA INFANTA, *aparte.*

¡Ay cielos!

DON LUIS.

Pudo una tarde
hallar lo que no buscaba,
ver lo que no merecia;
un sol que en el agua ardia,
y un agua que se abrasaba,
un rio que lisonjero,
por vidrieras cristalinas
mostró reliquias divinas
de quien fue esta vez tercero,
y esta liga por blason
de su dicha, que ya banda,
publicando indicios anda
en mí, de quien fue el ladron.

INFANTA.

¿Pues cómo, si enamorado
estaba, su prenda os dió
despues que amante la hurtó?

DON LUIS.

Es ya, señora, privado,
y la privanza enagena
tanto, que por no tener
memoria que pueda ser
despertador de su pena,
quiso quemarla.

INFANTA.

¿Es don Juan?

DON LUIS.

Sí, gran señora; sentí
que ingrato premiase ansí


Missing


Missing

favores que glorias dan,
y librándola del fuego,
con ella honrar he querido
mi pecho.

INFANTA.

¿Habeis vos sabido
quien fue la dama?

DON LUIS.

El sosiego
me tiraniza el saber,
aunque entre enigmas oscuras,
su dueño por congeturas;
puesto que por no ofender
su respeto, en mi silencio
estas sospechas sepulto;
que si agravios dificulto,
amistades reverencio.

INFANTA.

¡Qué! ¿os dijo don Juan quien era
la dama que así ofendió!

DON LUIS.

Díjome lo que bastó
para que la conociera.

INFANTA.

Pues declaraos vos conmigo.

DON LUIS.

Temo vuestra indignacion.

INFANTA.

(*Aparte.* ¡Ay cielos!) ¿Por qué razon?

DON LUIS, *aparte.*

Quimeras, ¿que es lo que digo?
Turbada la infanta está.
¿Si tiene á don Juan amor,
y celosa del favor
que en esta prenda le dá
Clavela, saber espera
de mí lo mismo que dudo?

INFANTA.

Don Lüis, vos decis mudo
mas de lo que yo quisiera;
mas quien en agravio mio,
cauteloso y indiscreto

osó perderme el respeto,
y abonar su desvarío
con mentiras que se atreven,
porque vos no esteis celoso,
á mi persona, es forzoso
que justo castigo lleven.
Clavela la dama fue
de cuyo poco recato
nació el ser don Juan ingrato
á vuestra amistad y fe.
La prenda que en vuestro pecho
es de esta verdad testigo
fue suya: ved ¡de qué amigo
os alabais satisfecho!
Ella me lo ha confesado,
y yo injuriada por él,
con satisfaccion crüel,
os pienso dejar vengado.
Vive el cielo, que aunque tenga
de su parte al rey mi hermano,
ha de morir por mi mano,
si la vuestra no me venga.
Quitaos del pecho esa banda
que hace falsa ostentacion
de mi ofendida opinion,
y dádmela; que en demanda
(*Don Luis da la banda á Isabela.*)
de mi agravio y de su esceso,
yo restauraré mi fama;
y advertid que vuestra dama
pierde por don Juan el seso. (*Vase.*)

ESCENA XI.

DON LUIS.

¿Hay suceso semejante?
La infanta se ha persuadido
á que don Juan ha finjido
que la dama que ignorante

vió en el rio, fue su alteza.
¿Pues qué la pudo obligar,
sospechas, á imaginar
de don Juan tan gran bajeza?
Ocasion debe de haber
que yo ignoro y ella sabe.
Despues que priva está grave:
vendráse á desvanecer,
de su rey favorecido....
Pero si á la infanta adora,
¿cómo acabo de oir agora
que por Clavela perdido,
ofende nuestra amistad?
Pero bien pudo Clavela,
si por don Juan se desvela,
rendirle su libertad,
y él al principio su amante,
mudable ya, amar agora
á la infanta mi señora.
Prueba es aquesta bastante,
sin formar otro proceso;
pues la infanta no afirmara,
si Clavela no le amara,
que por don Juan pierde el seso.
Perdone, pues, si persigo
desde hoy su prosperidad;
que quien no guarda lealtad,
no es digno de ser amigo.

ESCENA XII.

—

EL REY.—DON JUAN.

DON JUAN.

Para el duque de Segorve
me la pide el de Aragon:
sangre es vuestra; no es razon
que vuestra alteza la estorbe
la ventura que interesa
con tal esposo mi hermana.

Ella á mi gusto se allana,
(que es en fin aragonesa)
y ansí solamente espero
vuestra justa permision
para enviarla á Aragon.

REY.

Don Juan, con un caballero
igual en sangre y estado
al de Segorbe, y que adora
á vuestra hermana Leonora,
desposarla he concertado.
Si por ser duquesa intenta
partir Leonor á Aragon,
los de aqueste reino son
de real sangre, y de mas renta.
Duquesa de Amalfi es ya:
no ha de ausentarse por eso.

DON JUAN.

Mil veces esos pies beso;
pero mi palabra está
empeñada, y de ella fia
quien á casarla me exhorta.

REY.

Pues vuestra palabra ¿importa
mas que la palabra mia?

DON JUAN.

Yo soy, gran señor, su hermano.

REY.

Yo su rey.

DON JUAN.

Podrá culparme....

REY.

Vos andais por enojarme,
don Juan, y ha de ser en vano.
El llevar tan cuesta arriba
privanzas que aborreceis,
os obliga á que busqueis
ocasiones en que estriba
mi enojo y vuestra esperanza;
mas ni Leonora se ha de ir,
ni os habeis vos de eximir
de mi favor y privanza.

DON JUAN.

Pues esa, señor, ¿consiste
en que ella se vaya ó no?

REY.

Don Juan, ya os entiendo yo.
Mientras en mi reino asiste
vuestra hermana, no podeis
ausentaros vos de mí;
violento os hallais aquí;
huir á Aragon quereis,
y así intentais enviar
á vuestra hermana delante;
que aun no me juzgais bastante
á poderos conservar.
Vos dais en esa locura,
y yo persevero en esta.
Mi privanza os es molesta;
ella ensalzaros procura;
seamos locos los dos:
vos en dudar y temer,
don Juan, que habeis de caer;
yo en conservaros á vos:
vos en que yo os disminuya
cargos; yo en que mas os den:
veamos quien vence á quien,
y sale al fin con la suya. (1)

ESCENA XIII.

LA INFANTA *y* CLAVELA, *que se quedan hablando cerca de la puerta por donde salen.*—EL REY. DON JUAN.

INFANTA.

Él se alaba que te vió
vestida del elemento
que á su amor y atrevimiento
licenciosa causa dió.
Esto arrogante blasona,

(1) Durante esta escena ha oscurecido, y se han sacado luces.

y una liga (que ya es banda,
y al pecho de don Luis anda)
finge don Juan de Cardona
que hurtó á tu poco recato,
y que perdida por él,
con don Luis eres crüel;
mas que por no ser ingrato
á la amistad que le debe,
con su olvido te castiga,
y á don Luis le dió la liga
para que al pecho la lleve.
Mira lo que hay que fiar
en hombre que miente así.

CLAVELA.

Yo, gran señora, por tí
pensé mi amor mejorar
en él; pero que se alabe
de haber visto presumido
cosas que ofensa hayan sido
de mi honestidad, no cabe
en el valor que blasona.

INFANTA.

El rey, Clavela, está aquí.

CLAVELA.

No es, pues me injuria ansí,
noble don Juan de Cardona.

ESCENA XIV.

LEONORA *y* DON LUIS, *que hablan retirados al lado opuesto que la Infanta y Clavela.*—DICHOS.

DON LUIS.

Por mas que don Juan arguya,
el rey, Leonora, que os ama,
no os pretende para dama,
sino para esposa suya.
Vuestro hermano, enamorado
de doña Ines de Aragon,
y en fé de tanta aficion,

contra su gusto privado,
quiere con el de Segorbe,
hermano de doña Ines,
casaros; y este interes
es causa de que os estorbe
la ventura que os espera.

LEONORA.

Si el rey con lícito amor
antes aumenta mi honor,
don Lüis, de esa manera,
que le disminuye, intente
don Juan mi hermano atajar
mi dicha; que por reinar
cualquier peligro es decente.
Justamente estoy quejosa
de don Juan.

REY.

(*A don Juan.*)
Darme disgusto
en esto, duque, no es justo.—
¡Oh hermana! ¡oh Leonora hermosa!
Duquesa de Amalfi os llama
mi corte desde hoy.

LEONORA.

Señor,
de tan pródigo valor
corta ha de quedar la fama.
Mil famas son menester,
y aun todas no bastarán.

REY.

Esperadme aquí, don Juan.
(*Aparte á don Luis.*)
Don Lüis, hoy he de ser
rondador de mi palacio:
aguárdeme en el terrero
de aquí á media hora Rugero,
y lleve consigo á Horacio. (*Vase.*)

ESCENA XV.

CALVO.—LA INFANTA. LEONORA. DON JUAN. DON LUIS.

CALVO.
(*A don Juan.*)
La infanta manda que goce
un cargo que la he pedido
y para todo estreñido
es gran cosa: ya conoce
mi habilidad vueselencia.

DON JUAN.
¿Estás loco?

CALVO.
No le iguala
otro ninguno: es de cala,
hablando con reverencia.
Proveido en él estoy.
Firme vueselencia aquí,
(*Preséntale un papel, tintero y pluma.*)
que en fé de que le serví,
de cámara ayuda soy.
Mire, cámara y ayuda,
si no es el mejor oficio
para estar en su servicio.
Eche esa firma. ¿En qué duda?

DON JUAN.
Calvo, no bufoniceis:
ese oficio ya está dado:
bástaos ser vos mi criado.

CALVO.
La infanta....

DON JUAN.
No me enojeis.

CALVO, *aparte.*
¡Qué tiesa resolucion!
Segun espetado está,
por él se celebrará
fiesta de la Espetacion.

"Bástaos ser vos mi criado."
Pues, vive Dios, que no basta
á quien de sus carnes gasta,
y es ministro de un privado.
Esto es: uno piensa el bayo....
et cœtera: mas razon
es, siendo el amo pelon,
que sea calvo el lacayo.
(*Llégase don Juan á la infanta.*)

DON JUAN.

¡Gran señora! siempre dudo
que á hablaros llego.

INFANTA.

En hablar
poco soleis vos dudar;
no os estaba mal ser mudo.
¡Qué bien guardastes la ley
del secreto encomendado!
Si vos del rey sois privado,
yo soy hermana del rey:
hoy veremos quién podrá
mas de los dos.

DON JUAN.

Pues ¿de qué
formais quejas?

INFANTA.

No lo sé.
Don Lüis os lo dirá. (*Vase.*)

ESCENA XVI.

—

DON JUAN. LEONORA. CLAVELA. DON LUIS. CALVO.

DON JUAN.

La infanta me ha remitido,
don Lüis amigo, á vos:
agravios forma, y por Dios,
que ignoro en qué la he ofendido.

DON LUIS.

Es la privanza ignorante.

Tambien, don Juan, lo estareis
de la amistad que rompeis,
ya que no leal, amante.
Despues que privar os ví,
en vos la nobleza muere.
Pues si bien el rey os quiere,
no me quiere mal á mí;
y quien trata con cautela,
á sus amigos perdió.

DON JUAN.

Pues ¿en qué os ofendo yo?

DON LUIS.

Preguntádselo á Clavela. (*Vase.*)

ESCENA XVII.

DON JUAN. LEONORA. CLAVELA. CALVO.

DON JUAN.

(*Aparte.* ¿Qué es esto? ¡Válgame el cielo!
¡Don Lüis de mí agraviado!
Pensiones son de privado:
no sin ocasion recelo.)
Clavela, don Luis me envia
á que de sus sentimientos
me deis parte.

CLAVELA.

De escarmientos
de un falso amigo, diria,
que se alaba presumido
de lo que no mereció
ver el sol, y un favor dió,
no hurtado, pero fingido,
á quien con razon castiga
su mal trato.

DON JUAN.

¡Qué decís!

CLAVELA.

Informaos de don Lüis,
de la infanta, y de una liga. (*Vase.*)

ESCENA XVIII.

DON JUAN. LEONORA. CALVO.

DON JUAN.

(*Aparte.* ¡Don Lüis, liga y infanta!
¿Hay mas diversos testigos?
¡Privar y tener amigos!
Nadie alcanzó dicha tanta.
Envidioso me vendió
don Lüis: por congeturas
de mis palabras oscuras,
que era la infanta sacó,
que honrando cristales ví.
El dijo que me alabé
del secreto que guardé,
y es agora contra mí.
Como es Clavela su dama,
volviendo por su señora,
tambien mi opinion desdora,
y falso amigo me llama.
¿Qué es esto, suerte tirana?—
¿Teneis vos queja tambien,
mi Leonora?

LEONORA.

Pues ¿no es bien
que siendo yo vuestra hermana,
las forme de que me estorbe
mi dicha quien mas debiera
ayudarla, y darme quiera
por Nápoles á Segorbe?
¿Tan mal os estará á vos
que yo esposa del rey sea?
Pues Fadrique lo desea;
y esto, hermano, está de Dios. (*Vase.*)

ESCENA XIX.

DON JUAN. CALVO.

DON JUAN.

(*Aparte.* Alto; de mí se querellan
todos: ¿qué habemos de hacer?
Es la fortuna muger;
sus plantas ¿á quién no huellan?
¡Qué ignorante es quien la alaba!)
¿Hay mas? ¿queda ya otra queja?

CALVO.

Allá en Castilla la Vieja
un rincon se me olvidaba.
¿Tanto hiciera vuecelencia
en echarme aquesta ayuda?
¡El privar todo lo muda!
Pues, barajar y paciencia;
que si estais entarimado,
y los estribos perdeis....

DON JUAN.

¿Tú y todo?

CALVO.

No me enojeis;
que ese oficio ya está dado. (*Vase.*)

ESCENA XX.

EL REY.—DON JUAN.

REY.

Muchas cartas de importancia
hay que despachar, don Juan,
á Roma, á Mantua, á Milan,
á Aragon, Saboya y Francia.
Yo tengo un poco que hacer
por hora y media, ó por dos:

quedaos á escribirlas vos;
que yo las volveré á ver,
y á firmarlas, brevemente.
A quien se han de remitir,
y lo que habeis de escribir,
os dirá el papel presente.
(Dásele.)
Muchos suelen ocuparos:
mientras que la vuelta doy,
porque se despachen hoy,
con llave quiero encerraros;
pues dejándoos de este modo,
donde estais ignorarán.
Por vida vuestra, don Juan,
que lo halle yo escrito todo.
(Vase y ciérrale.)

ESCENA XXI.

—

DON JUAN.

¡Vive el cielo, que me encierra
porque á mi hermana va á ver!
Pues, honra, ¿qué hemos de hacer,
si el rey amante os destierra?
Leonora, que persuadida
á que ha de reinar está,
incauta no advertirá
lo que va de pretendida
á alcanzada una muger,
y que amor hasta adquirir,
es tan avaro en cumplir,
cuan pródigo al prometer.
Ofrece la voluntad
sin límite; pero amor,
que es niño y mal pagador,
se llama menor de edad.
¡Cerrado me deja en fin
quien va á engañar á mi hermana.....!
Mas ¿qué importa? Esta ventana

y balcon sale al jardin.
Esa parra que le asalta
y en abrazos solicita,
su bajada facilita,
aunque amenace por alta.
Saltar sus paredes puedo,
que de yedras enredadas,
permiten ser escaladas
del honor, si no de miedo.
No se acuerda el rey que tengo
escritas las cartas ya;
mas tan divertido está,
que con su olvido prevengo
la defensa de mi honor.
Industria, con vuestra ayuda,
no pongo mi dicha en duda.
Yo divertiré el amor
que su juventud provoca,
pues para disimular
la voz, si le llego á hablar,
con una bala en la boca,
mal me podrá conocer;
y yo si mi honra aseguro,
asaltando el mismo muro
y balcon, puedo volver
antes que el rey. Ved si es justo,
desvelos, nuestro temor,
y cuan bien rehusó mi honor
el privar contra mi gusto.

(Bájase por la ventana.)

Vista de un costado del palacio.—Es de noche.

ESCENA XXII.

RUGERO *y* HORACIO, *como de noche.*

RUGERO.

El rey nos ha fiado
su guarda, de Leonora enamorado,
y que aquí le esperemos
nos manda.

HORACIO.

Con su muerte aseguremos
el reino que desea
el de Anjou, pues al punto que se vea
á la silla admitido,
su privanza y favor nos ha ofrecido.

RUGERO.

La noche es tan obscura,
Horacio, que parece que asegura
con tinieblas el cielo
en la muerte del rey nuestro recelo.

HORACIO.

Si el conde de Anjou llega
á poseer á Nápoles, navega
con próspera bonanza
por el mar del favor nuestra esperanza.

ESCENA XXIII.

DON JUAN, *rebozado.*—RUGERO. HORACIO.

DON JUAN.

¿Si habrá ya el rey venido?

Honrado salgo, honor, aunque atrevido,
á defender mi fama.
¡Qué estraña obscuridad! Pero quien ama,
como el amor es fuego,
á sí mismo se alumbra, con ser ciego.
Tened, industria, aviso.—
Dos bultos me parece que diviso
enfrente de las rejas,
tribunal amoroso de mis quejas.—
El rey será. ¿Quién duda
que le espere Leonora, y que él acuda?
Desde aquí, apadrinado
con las alas del cielo que enlutado
estorba que me vean,
de noche mis oidos ojos sean.
Sepamos lo que trata
el rey, que á un tiempo me honra y me maltrata.

RUGERO.

Volar pensaba, Horacio,
con favor de la pólvora el palacio
esta noche funesta.

HORACIO.

Mejor es la ocasion que nos apresta
contra Fadrique el cielo.

DON JUAN, *aparte.*

¡Válgame Dios! ¿qué oigo?

RUGERO.

No recelo
que hay quien pueda escucharnos.

HORACIO.

Procuremos, Rugero, aconsejarnos
mientras el rey no viene.

RUGERO.

Seis barriles mi industria ocultos tiene,
que una bóveda esconde,
y al cuarto de Fadrique corresponde.
¿Quién duda, si pegara
fuego, que aquesta noche le volara
con cuantos con él viven,
y contra Anjou las armas aperciben?

DON JUAN, *aparte.*

¡Hay traicion semejante!

HORACIO.

Es de la infanta apasionado amante
el de Anjou, y sintiera,
que la que adora aquese fin tuviera:
demas, que si se casa
con ella, y emparienta con la casa
de Aragon, asegura
la accion que tiene y goza su hermosura.
¿Cuánto es mejor matarle
agora?

DON JUAN, *aparte.*

Dios me trujo á asegurarle.

RUGERO.

Postas hay prevenidas
con que huyamos despues.

(*Descúbrese don Juan y da tras Rugero y Horacio.*)

DON JUAN.

Para las vidas
que os quitarán mis manos,
postas que vuelen prevenid, villanos.

HORACIO.

El rey nos ha sentido.

RUGERO.

Testigo y juez de esta traicion ha sido.
Huyamos.

DON JUAN.

¿De qué suerte,
si os sigo con las alas de la muerte? (*Vanse.*)

ESCENA XXIV.

REY.

De industria me he detenido
por gozar solo el terrero.
Que me esperasen Rugero
y Horacio, dejé advertido
á don Lüis de Moncada:
no sé como no han llegado.
A don Juan dejo encerrado;

que si Leonora me agrada,
no quiero yo que imagine
que respeto de mi amor
le engrandece mi favor,
y estorbarle determine.
¿Si me cumplirá Leonora
lo que á mi hermana ofreció?
Mas sí, que la adoro yo,
y es la infanta su fiadora.

ESCENA XXV.

DON JUAN, *rebozado.*—EL REY.

DON JUAN, *aparte.*
Este es el rey.

REY.
¿Es Rugero?

DON JUAN.
(*Disimulando la voz.*)
No, gran señor; mas quien anda
cuidadoso de serviros,
y escusándoos de desgracias.

REY.
Pues vos ¿sabeis quien yo soy?

DON JUAN.
Sé que siendo el sol de Italia,
es Nápoles vuestra esfera,
y eclíptica vuestra casa.

REY.
Pues vos ¿quién sois?

DON JUAN.
Quien desea,
de los dos orbes monarca,
que rindiéndoos sus coronas,
sus provincias os aplaudan.

REY.
¿Vuestro nombre?

DON JUAN.
No le tengo.

REY.

¿Cómo no?

DON JUAN.

Mi nombre y patria
os tiene de estar oculto,
si me juzgais de importancia
para serviros.

REY.

¿Qué es esto?

DON JUAN.

Un hombre es que en vuestra gracia
quiere estar, no conocido.

REY.

¡Nuevo modo de privanza!
Mas ¿tan humilde sois vos,
que os despreciais, sin mas causa
de que yo quien sois ignore?

DON JUAN.

De humilde ó noble prosapia,
vuestra alteza me ha de hacer
merced de no preguntarla.

REY.

Algun delito habreis hecho,
y temiendo la venganza,
os ocultais de ese modo.

DON JUAN.

Yo os doy, gran señor, palabra
que no sé que en parte alguna,
persona ilustre ni baja,
de mí pueda formar quejas,
aunque hay algunas ingratas.

REY.

Alto; pues no os descubrís,
andad con Dios; que mañana
me podreis pedir audiencia.

DON JUAN.

Antes que de aquí me parta,
tengo, señor, de deciros
muchas cosas de importancia
á vuestra vida y gobierno,
que peligra de ignorarlas.

REY.

¡Válgame el cielo! ¿á mi vida?
¿Quién eres, hombre, que espantas
y obligas á un tiempo mismo?

DON JUAN.

Soy quien penetro vuestra alma,
y sé vuestros pensamientos.

REY.

¿Mis pensamientos? ¡Qué estraña
confusion! ¿Pues cómo puedes
saber tú, sino es que bajas
del cielo, imaginaciones
á Dios solo reservadas?

DON JUAN.

Del cielo ó tierra, esto es cierto.

REY.

Pues algunas me declara;
que en sospechas misteriosas,
suspendes mis alabanzas.

DON JUAN.

Vuestra alteza quiere bien
y viene á hablar á una dama,
que de un hombre á quien sublima
y hace merced, es hermana.

REY.

Eso no es dificultoso
saberlo; porque quien ama,
con los ojos da pregones,
cuando la lengua lo calla.

DON JUAN.

Viene á fingir que ha de ser
su esposo para obligarla,
cuando en Sicilia pretende
desposarse con su infanta.

REY.

No te puedo negar eso,
ni sé quien noticia tanta
te pudo dar; porque solo
lo sabe quien mi privanza
goza, por ser tan secreto.

DON JUAN.

Al duque escribe de Mantua,

que con su ayuda pretende
de noche asaltar á Parma.

REY.

Tambien eso es tan oculto,
que solamente una carta
deposita mis deseos,
puesto que aun no está firmada.

DON JUAN.

Al príncipe de Salerno
intenta prender mañana
cuando entre en palacio á verte,
porque con el de Anjou trata.

REY.

Solo á don Juan se lo he dicho.

DON JUAN.

Si estos misterios no bastan,
autorizaré con otros
la opinion que en mí te espanta.

REY.

Hombre, quien quiera que seas,
si encerrado no dejara
á don Juan, como no ignoras,
(pues no se te encubre nada)
sospechara que él mismo eras,
puesto que no hay semejanza
ni en tu voz ni en tus razones
con las suyas.

DON JUAN.

Tú le agravias;
que don Juan está escribiendo,
cerrado por tí, una carta
á este punto al de Saboya,
de no mas que media plana.
Agora pone la fecha.

REY.

Para que me persüadas
ó á que eres encantador,
ó espiritüal sustancia,
que lo presente y futuro,
á pesar de las distancias
de cuerpos y de lugares,
lo comprehendes ó alcanzas,

no tienes mas que advertirme.
Dí lo que quieres: acaba;
que ni sé si te respete,
ni si crea que me engañas
con ilícitas quimeras.

DON JUAN.

Colige de mis palabras
y mis obras mi opinion.
Toma esta llave; á tu guarda
lleva contigo, y despues
entra en la secreta sala
de tus mayores consultas,
y en ella hallarás sin armas
al conde Horacio y Rugero,
que no ha un hora que intentaban
darte muerte, y yo forcé
con el favor de mi espada
á encerrarse dentro de ella,
cuando tu palacio y casa
réditos pagaba al sueño.
Luego á las bóvedas baja
de tus reales oficinas,
y entrando en la mas cercana
á tu cámara, hallarás
seis barriles, que con alas
de pólvora aquesta noche
volar tu cuarto trazaban.

REY.

¡Válgame el cielo! ¿Eso es cierto?

DON JUAN.

Si ver la esperiencia aguardas
de esta verdad, ¿qué preguntas?

REY.

Para que yo te dé gracias,
ya que precios no apetezcas,
dime quien eres.

DON JUAN.

Palabra
has de darme, rey Fadrique,
(si despues que satisfagas
esta verdad por tus ojos,
quieres saber cosas raras,

que al gobierno de tus reinos
importan, y tú no alcanzas)
de no preguntar quien soy,
ni curioso buscar trazas
jamás con que descubrirme;
que si como rey la guardas,
las noches que pretendieres,
debajo de estas ventanas
estaré, si vienes solo,
á estas horas.

REY, *aparte.*

¿Hay mas rara
maravilla?

DON JUAN.

¿Qué respondes?

REY.

Que á tu favor obligada
mi vida y reino, prometo
sobre la cruz de esta espada
de cumplir cuanto me pides.

DON JUAN.

Pues primero que me parta,
tres cosas por mí has de hacer.
La primera que á la hermana
de don Juan, si no es que intentas
como á esposa sublimarla,
olvides; que no es de reyes
desdorar ilustres famas;
ni de su hermano malogres
la gloria de su privanza.
La segunda es que reprimas
el curso á mercedes tantas
como le haces, pues siempre
fue prudente la templanza.
Aborrecible es á todos
despues que tanto le ensalzas,
y ocasionando á la envidia
le espones á mil desgracias.
El privado es inferior
á su rey; pues si le igualas
á tu grandeza, ¿qué intentas,
siendo forzoso que caiga?

No tiene tanto talento
don Juan, puesto que le alabas,
para gobernarlo todo:
alíviale de la carga
con que sus fuerzas oprimes.
Mediano estado le basta;
pues cuanto menos le dieres,
facilitas mas la causa
de su conservacion noble;
y cumpliendo tu palabra,
él vivirá quieto, y tú
conservarás su privanza.
La tercera es que le des
á don Lüis de Moncada
el cargo de mayordomo
mayor de tu corte y casa.
Su nobleza lo merece;
su lealtad es bien premiarla;
su suficiencia es notoria:
si con Clavela le casas,
honras dos grandes sugetos.
¿Qué respondes?

REY.

Que se haga
del modo que lo dispones,
pues no ruega, sino manda,
quien lo que tanto me importa
me aconseja.

DON JUAN.

Pues ¿qué aguardas?
Vé á prender á los traidores,
y vuelve, señor, mañana;
pero con las condiciones
entre los dos concertadas. (*Vase.*)

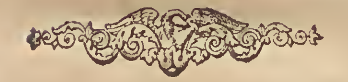
ESCENA XXIV.

—

EL REY.

O yo sueño, ó quiere el cielo,

en fé que mi reino ampara,
prodigioso en sus misterios,
darnos este angel de guarda.
Conforme lo que deséa
don Juan, que alivie me encarga
el peso de tanto oficio....
¿Si es él el que se disfraza?
No: su voz es diferente.
Con llave dejé la sala;
no supo dónde venia....
Pues, sospechas encontradas,
vive Dios, que he de saberlo.
Si es don Juan el que me engaña,
y tras mí al terrero vino,
no tendrá escritas las cartas.
Si las hallo escritas todas,
contaréle lo que pasa,
si es digna de que se crea
maravilla tan estraña.



ACTO TERCERO.

Salon de palacio.

ESCENA I.

DON JUAN, *entrando por la ventana.*

Hoy me sucede todo felizmente.
Al rey dejo admirado, y persuadido
su amor ciego hasta agora, y el prudente
remedio de mi estado prevenido.
Hasta en subir el muro que eminente
el parque cerca, venturoso he sido;
pues escalas de amor sus verdes yedras,
franquean imposibles de sus piedras.
Ya estoy dentro la cuadra en que encerrado,
creyó Fadrique que engañar podia
el frágil ser de una muger que ha dado
fé á palabras de amor, que al viento fia.
(*Siéntase.*)
Las cartas dejó escritas mi cuidado.
Favoreced me vos, industria mia;
desvaneced del rey el gusto ciego,
y reducidme en paz á mi sosiego.

ESCENA II.

EL REY.—DON JUAN.

REY.

¿Heme tardado, don Juan?

DON JUAN, *levantándose.*

Antes á tiempo has venido,
señor, en que he concluido
con tus cartas.

REY.

Pues ¿ya están
escritas todas?

DON JUAN.

La fecha
acabo ahora de poner
en esta que puedes ver,
de Sicilia.

REY, *aparte.*

Mi sospecha
se engañó. ¡Válgame el cielo!
¿Quién aqueste hombre será?

DON JUAN, *aparte.*

¡Qué confuso el rey está!

REY, *aparte.*

¡Que pueda haber en el suelo
quien sepa mis pensamientos!
¿Hay cosa de mas espanto?
¿Si es angel? ¿si es algun santo?
Porque los encantamentos
nunca fueron en favor
de la virtud, que ha mostrado
quien de muerte me ha librado.

DON JUAN.

Firme estas cartas, señor,
vuestra alteza, si primero
no las gusta de leer.

(*Dáselas.*)

REY.

La del duque quiero ver
de Saboya. (*Aparte.* ¡Que al terrero
vaya quien decirme pueda
lo que en mi pecho está oculto!
Cuanto mas lo dificulto,
mas mi confusion se enreda.)

DON JUAN.

La del de Saboya es esta.

REY.

(*Aparte.* Solo tiene media plana.
Mi imaginacion fue vana.
Alto: el cielo manifiesta
con esta traza el favor
que sus milagros me dan.)
Hacer pretendo, don Juan,
mi mayordomo mayor
á don Lüis de Moncada.
¿Qué os parece?

DON JUAN.

Su nobleza
merece que vuestra alteza
con merced mas señalada
le honre; pero ese cargo
que yo hasta ahora he ejercido,
si no lo he desmerecido....

REY.

Daros otro igual me encargo.
Caballerizo mayor
sereis mio, aunque me espanto
que rehusando vos tanto
de mi privanza el favor,
agora dificulteis
renunciar en vuestro amigo
ese oficio.

DON JUAN.

No lo digo,
señor, para que culpeis
mi ambicion; pero recelo
la opinion que perderé
en esta corte, si ve
el vulgo que empieza el cielo
á hacerme contradiccion,
y premiando á don Lüis,
mudable os arrepentís
del favor, que sin sazon
me habeis empezado á hacer;
porque de manera estimo
mi fama, que si os reprimo,
es no mas que por temer
el venir de mas á menos.

REY.

Este, don Juan, es mi gusto.

DON JUAN.

Siendo vuestro, será justo,
y mas honrando á los buenos.
(*Aparte.* Ansí le divertiré,
porque no piense que yo
fui quien por él le rogó.)

REY, *aparte.*

Aquí mi engaño se ve,
pues si fuera el embozado
don Juan, no contradijera,
sentido de esta manera,
lo que el otro me ha rogado.

ESCENA III.

LA INFANTA. LEONORA. DON LUIS. CALVO.—EL REY. DON JUAN.

INFANTA.

¿El cuarto querian volar
esta noche? ¡Hay tal traicion!

DON LUIS.

Rugero y Horacio son.

INFANTA.

Gran señor, escarmentar
pudiera ya vuestra alteza
de traidores que algun dia,
si de sus engaños fia,
con universal tristeza
nos han de dejar sin rey,
y á mí sin hermano y vida.

REY.

¡O Isabela! agradecida
al cielo, por cuya ley
milagrosa no estoy muerto,
haced cuenta que hoy nacimos.

LEONORA.

Al instante que supimos
el bárbaro desconcierto
de quien pretende ser dueño

de Nápoles con traiciones,
sustos y imaginaciones
malograron nuestro sueño.
¿Es posible, gran señor,
que sabiendo que teneis
enemigos, no os guardeis?

REY.

Si es doméstico el traidor,
¿quién, Leonora, puede estar
seguro ni satisfecho?

DON JUAN.

Pues ¿qué es esto?

CALVO.

Nos han hecho
volatines sin pensar.
Vive Dios, que aunque eres duque,
y por lo grave, pesado,
que estabas ya perdigado,
y con el polvora duque, (1)
sentenciado á dar cabriolas
por esos aires de Dios,
pegándonos á los dos
seis barriles á las colas.

REY.

Don Juan, mucho al cielo debo.
Esta noche, que os dejé
cerrado, determiné
ser galan; que en fin no es nuevo
en reyes mozos, cansados
de autorizadas deidades,
dar treguas á magestades,
y imitar á enamorados.
Rondar quise mi palacio,
y en fe de lo que os respeto,
no os dije nada. En efeto,
mandé á Rugero y á Horacio
que me esperasen en él;
y cuando hallarlos creí,
un hombre embozado ví,
tan misterioso, tan fiel,

(1) Salsa de varias especias: alusion á la pólvora.

que mi vida le es deudora,
que el alma me ha penetrado.
Secretos me ha revelado
tan estraños, que no ignora
lo que vos imaginais,
lo que estais pensando todos,
porque de honraros dé modos.
Lo que vosotros dudais
de aconsejarme, me dijo;
quien es bien que premio lleve,
á quien de cargos releve,
del modo que el reino rijo.....
En fin dándome la llave
de mi consejo de estado
(en fe que nuestro embozado
todo lo penetra y sabe)
me advirtió que en ella presos
los traidores hallaria
de quien el de Anjou se fia;
y en prueba de sus escesos,
en la bóveda cercana
á mi cuarto, seis barriles
de pólvora, ¡qué civiles
venganzas! con que mi hermana
y yo abrasados, quedase
al de Anjou la posesion
de Nápoles, si esta accion
es bien que entre nobles pase.
Prometióme de volver
cada noche al mismo puesto
á verme, con presupuesto,
que jamas habia de hacer
diligencia en su noticia:
mi palabra real le dí.
Fuese; á palacio acudí
con mi guarda y la justicia,
hallé á Rugero y á Horacio
del modo que me advirtió:
su valor los encerró.
Sacáronlos del palacio,
y en Casalnovo están presos.
A las bóvedas bajé,

y los barriles hallé,
testigos de estos sucesos;
y con toda esta esperiencia,
no me oso determinar
si lo acabo de soñar,
si es ilusion ó evidencia.
Vosotros podeis agora,
si no os asombra mi espanto,
juzgar si es este hombre santo,
si pecará quien le adora,
si jamas hechizo pudo
saber lo mas encubierto
de un alma, ó si estoy despierto.
que estoy aquí, y aun lo dudo.

INFANTA.

A no haber visto la prueba
de esa maravilla rara,
que os burlábades pensara.

DON LUIS.

La cosa es, señor, mas nueva
que los hombres han oido.

DON JUAN.

¿Quién será? ¡Valgame Dios!

REY.

No tiene mucha fe en vos,
quien quiera que él haya sido,
pues que me ruega que os quite
muchos, don Juan, de los cargos,
que con beneficios largos
os dí, y que no os necesite
á que tengais envidiosos.

DON JUAN.

Pues ¿en qué le ofendo yo?
No es santo quien os pidió
contra mí, pues provechosos
sé yo que los santos son,
no contrarios.

REY.

¿Qué sabeis,
si porque no os condeneis
entre tanta confusion,
parte del peso os alivia?

DON JUAN.

Bien puede, gran señor, ser.

REY.

La envidia junto al poder,
merecimientos entibia.
Por vos, don Luis, me ha pedido
que mayordomo mayor
os haga: de intercesor
valiente os habeis valido.

DON LUIS.

No sé, señor, que me deba
el favor que en vos me hace.

REY.

Pues de vos se satisface
y vuestra lealtad aprueba,
ese cargo ejercitad.

DON LUIS.

Bésoos, gran señor, los pies.

CALVO.

O es santo ó brujo.

REY.

Interes
es de estima su amistad.
Tambien, Leonora, por vos
el encubierto intercede,
y tanto conmigo puede,
por lo que tiene de Dios,
que os pienso dar un consorte,
(él me lo ha pedido ansí)
que sin envidiarme á mí,
sea el mejor de mi corte.

LEONORA.

Viniendo de vuestra mano,
ya yo mi ventura he visto.

CALVO, *aparte.*

El es santo, vive Cristo,
ó á lo menos buen cristiano;
porque si fuera demonio,
sus enredos procuraran,
que los dos se amancebaran;
mas no hicieran matrimonio.

REY.

Contra don Juan solamente
riguroso se ha mostrado.
El cargo que le ha quitado
fue por él; mas aunque intente
ser á su favor molesto,
sea humano, ó sea divino,
don Juan, no me determino
con él conformarme en esto.
Sed vos mi caballerizo.

DON JUAN.

Si lo ha de contradecir....

REY.

Yo le sabré persuadir
despues.

CALVO, *aparte.*

Si es santo, bien hizo;
que quien de ayudarme duda
en la ayuda que he pedido
de cámara, merecido
tiene que no le dé ayuda.

REY.

Diera por no haber jurado
el no descubrirle, hermana,
cualquiera cosa. Mañana
por la noche estoy citado.
En el terrero ha de ser,
debajo vuestros balcones:
averiguad confusiones,
si las dos le quereis ver,
y dadme licencia á mí
que me vaya á reposar,
si me dejan sosegar
cosas que esta noche ví. (*Vase.*)

ESCENA IV.

—

LA INFANTA. DON JUAN. LEONORA. DON LUIS. CALVO.

INFANTA.

(Aparte á don Juan.)

Quien á vos os quiere mal,
no dudo yo de que sea,
pues en vengarme se emplea,
don Juan, hombre celestial..
Vuestro loco atrevimiento
que os persiga ha merecido
quien en vos ha conocido
mas lengua que entendimiento. *(Vase.)*

DON LUIS.

(Aparte á don Juan.)

No os debo otro tanto yo,
aunque mi amigo y privado,
don Juan, como al embozado,
que este cargo me alcanzó.
Ved con cuan diversa fama
la amistad se honra en los dos,
pues lo que medro por vos,
es usurparme á mi dama. *(Vase.)*

LEONORA.

Corrido debeis de estar
(ó á lo menos fuera justo)
de que solicite el gusto
con que el rey me quiere honrar
un hombre no conocido;
y que estorbando este medio,
impidais vos mi remedio,
cuando mi hermano habeis sido:
que no sé si os llame así
desde hoy, pues mi ventura
envidiais. Dios la procura,
y un santo ruega por mí. *(Vase.)*

DON JUAN, *aparte.*

De santo tengo opinion

con los mismos que la pierdo.
¿Hay disparate mas cuerdo?
¿Quién vió canonizacion
semejante? En fin, me afrenta
por alabarme, mi amigo!
Con lo mismo que le obligo
¡agravios contra mí aumenta,
ofendido y obligado
juntamente! ¡Estraño enredo!
Basta, que hoy de todos quedo
pecador canonizado.

CALVO.

(*Sacando un gran rollo de papeles.*)
Cuenta, y pago: aquí está escrito
todo mi recibo y gasto;
que pues á obligar no basto
á vueselencia, es delito
servir á quien no hace nada
por los que comen su pan.
Catorce reales me dan
de salario ó de soldada,
y uno y medio de racion:
siete meses se me deben,
cuando por rigor lo lleven,
y noventa y ocho son.
(Lee.) *Item, de unas maneotas*
que compré para el melado....

DON JUAN.

¿Qué es eso, desatinado?

CALVO.

Las otras estaban rotas,
y el gallego fue testigo
que me costaron un real.
(Lee.) *Item, dos para un costal.*

DON JUAN.

Basta.

CALVO.

(Lee.) *Item....*

DON JUAN.

Basta, digo.

CALVO.

(Lee.) *De cuatro sacas de paja*

para don Juan mi señor....
Digo.... Soy rüin letor.

DON JUAN.

Basta, hablador de ventaja.

CALVO.

Pues léalo vueselencia,
y págueme; que ya tengo
un buen cómodo, y no vengo
sino por mosca y licencia.

DON JUAN.

¿Y es el cómodo?

CALVO.

Planeta.

DON JUAN.

¿Qué?

CALVO.

¿Nunca ha visto pintados
los planetas, asentados
cada cual en su banqueta
ó arquilla de coche, en esos
Lunarios perpetuos?

DON JUAN.

¿Pues?

CALVO.

De cierto coche frances
cuatro frisones traviesos
tienen de estar á mi cargo,
y yo, porque no hagan falta,
sobre una arqueta muy alta,
con un látigo muy largo
he de ir para gobernallos
donde quiera que se ofrezca,
con postura que parezca
pescador de mis caballos.

DON JUAN.

Andad, que sois un bufon.

CALVO.

Si yo en palacio lo fuera,
mas medrara y mas valiera;
mas peor es ser pelon.
(*Aparte.* Al embozado me voy
á pedirle que esta ayuda

me alcance; y si de ello duda,
planeta de un coche soy.) (*Vase.*)

ESCENA V. (1)

CLAVELA.—DON LUIS.

CLAVELA.

Perdóneme su privanza;
que él es terrible hablador.
No porque del rey alcanza
el estremo del favor,
mar con tormenta en bonanza,
piense que no ha de caer;
pues cuando no le derribe
la inconstancia del poder,
y siempre dichoso prive,
el agravio en la muger
es suficiente enemigo
para otro mayor castigo
del que le pienso hacer dar.

DON LUIS.

Queréisle bien: no ha lugar
tanto rigor. Yo me obligo
á que en viéndole aplaqueis
vuestro enojo; que es galan,
priva y manda.

CLAVELA.

No aboneis,
ni aun de burlas á don Juan,
pues mis agravios sabeis.
Hombre tan desvanecido,
que de lo que no ha podido
ver el sol que tanto alcanza,
hace imprudente alabanza,
y necio os ha persuadido
á cosas que si las viera,

(1) Ha anochecido.

y él amigo vuestro fuera,
cuando á vos no os respetara,
por ser noble las callara,
ó por mí no las dijera,
vuestra amistad ha deshecho.
¡Y os manda adornar el pecho
de un hurto que mentiroso,
á vos os tiene celoso,
y á mí liviana me ha hecho!—
Ni que le estimeis merece,
ni que yo no le persiga.
¿Qué favor le desvanece?
¿qué rio es este? ¿qué liga,
que para banda os ofrece?

DON LUIS.

¿Pues quién os ha persuadido
á vos que él se alaba de eso?

CLAVELA.

La infanta testigo ha sido
de que arrogante ó sin seso,
vió.... Mas si lo habeis sabido,
¿qué preguntais, don Lüis?

DON LUIS.

(*Aparte.* Ya caigo en esta maraña.)
Si vos que lo sé decís,
y autora de tal hazaña,
sus verdades desmentís,
culpad vuestra liviandad,
y no su noble amistad,
pues sus límites pasara
don Juan, si no me contara
que le teneis voluntad.
La prenda que no os enseño,
cuando los misterios vió
que el rio hicieron risueño,
cuerdo la restituyó
á quien juzgó vuestro dueño.
Vos le adorais, y ¿quién duda
que aunque yo viva celoso,
noble á vuestro amor no acuda,
porque os pague como esposo
deudas de veros desnuda?

CLAVELA.

Quien correspondencias niega
de una voluntad, que ciega
os quiso bien hasta aqui,
necio presume de sí;
que quien satisface, ruega.
Mas porque os desengañeis
que á los dos os menosprecio,
ni él ni vos me mereceis:
él por presumido necio,
y vos porque le creeis. (*Vase.*)

ESCENA VI.

DON LUIS.

¿A quién tengo de dar, cielos,
crédito entre duda tanta?
¿Diré que miente la infanta?
No. ¿Confesarán mis celos
que Clavela me ha engañado,
y que don Juan se alabó
de secretos que no vió,
loco despues de privado?
Tampoco; que aunque lo dudo,
no tengo de ello evidencia.
La infanta contra él sentencia.
¿Qué importa? Engañarse pudo.
¿Qué sé yo si por ser ella
la que vió don Juan, quejosa
de su agravio, y temerosa
de que don Juan atropella
secretos que callar manda,
piensa que parte me dió
de todo, cuando advirtió
mi pecho adornar su banda;
y en fé de esto, su cautela
volviendo por su opinion,
por darme satisfaccion,
echó la culpa á Clavela?

Pero no; que á ser, mi amigo
don Juan no me respondiera
cuando pregunté quien era:
"haos de pesar si lo digo."
Pero tambien pudo ser
que por no ofender respetos
reales, y guardar secretos
de tan ilustre muger,
con una respuesta ambigua
de mí se desobligase,
aunque dudosa dejase
mi fé y amistad antigua.
La infanta se demudó
cuando conoció la liga:
alguna causa la obliga.
Que se alababa creyó
don Juan, en ofensa suya,
de que ella la dama fué.
Pues sin mas causa, no sé,
cielos, lo que de esto arguya.
Si es verdad que el encubierto
todo cuanto quiere sabe,
saque esta confusa nave
de tanto naufragio al puerto.
A comunicarle voy
estas dudas. Pena mia,
¡tanta maraña en un dia!
¿Qué caos es este en que estoy? *(Vase.)*

ESCENA VII.

—

EL REY. DON JUAN.

REY.

Don Juan, hoy teneis junta: brevemente
la despachad, y dentro de media hora
al terrero acudid, porque presente
quiero que esteis, pues sus estrellas dora
el sol, de tantos cielos presidente,
y veais este monstruo, que no ignora

ocultos pensamientos; que deseo
salir del laberinto en que me veo.

DON JUAN.

Fuera con vos ahora si no instara
tanto, señor, la junta; pero al punto
que la despache, iré.

REY.

¿No es cosa rara
que sepa cuantas cosas le pregunto?
Si la fé que le dí no lo estorbara,
hoy feneciera tanto enredo junto:
forzárale esta noche á descubrirse.

DON JUAN.

Si es santo, facil le es el evadirse.

REY.

Saliéramos con eso de este encanto;
supiéramos, en fin, no estar sujeto
á peligros humanos; y si es santo,
ensalzára con cultos su respeto.

DON JUAN.

¿Si es espíritu malo?

REY.

No: quien tanto
guarda mi vida y reino; y (en efeto)
quien juveniles vicios me reprime,
con mas veneracion es bien se estime.

DON JUAN.

Ahora, señor, antes de mucho espero
sacarle á vuestra alteza de esa duda:
yo estaré al plazo dicho en el terrero.
A hablarle agora vuestra alteza acuda.

REY.

Yo os prometo, don Juan, si es caballero,
y por algun delito y temor duda
descubrirse, que tengo de estimarle
tanto, que al mundo asombre. Voy á hablarle.

(*Vase.*)

ESCENA VIII.

DON JUAN.

Ya no puede esta maraña
estar mucho tiempo oculta:
si de ella mi paz resulta,
ventura habrá sido estraña.
Yo le tengo de obligar
primero que me declare,
para que mi honor repare,
que la mano venga á dar
de esposo, y dueño á Leonora;
que si por santo me tiene,
y á darme crédito viene,
no es difícil, pues la adora.
Ni es la primera mi hermana
que en Nápoles venturosa
con sus reyes se desposa:
sangre tiene catalana,
y de Aragon, limpia y real,
(que en Europa se respeta)
ya que no por línea reta,
á lo menos transversal.
Repare mi honor yo ansí,
que es lo que trazando voy,
y si supiere quien soy,
y se airase contra mí,
vengue despues su disgusto,
y muestre en mí su poder;
que poco puede temer
quien *priva contra su gusto.*

ESCENA IX.

MARCO ANTONIO.—DON JUAN.

MARCO.

Haume mandado llamar

de parte de vueselencia.

DON JUAN.

Como no estudio otra ciencia
sino es el desempeñar
al rey, que juzgo yo que es
no poco dificultosa,
hasta efetüarlo, es cosa
que me quita el sueño. Pues,
¿qué es lo que mi rey os debe?

MARCO.

Esa privanza, señor,
de vuestra lealtad y amor,
justas alabanzas lleve.
Millon y medio debia
cuando en su servicio entrastes:
de vuestra hacienda pagastes
lo mas de tanta cuantía.
Rentas de vuestros estados
han hecho este desempeño:
no hay por qué perdais el sueño;
que solos cien mil ducados
debe el rey nuestro señor:
para tan gran patrimonio,
poca cosa.

DON JUAN.

Marco Antonio,
siendo vos su acreedor,
no hay porque me dé cuidado
esa deuda.

MARCO.

Cuanto tengo
es vuestro y del rey.

DON JUAN.

Yo vengo
agora determinado
de que esta noche no deba
cosa el patrimonio real.
Empeñado he mi caudal:
no os parezca cosa nueva
la que agora intento hacer.
La hacienda de los privados
que son bien intencionados,

de su rey tiene de ser
alivio; que la virtud
nunca interesable ha sido.
Su alteza me ha enriquecido:
sangrarme quiero en salud;
que si el privar y el caer
tan deudos cercanos son,
con aquesta prevencion
tendré menos que temer.
Yo he de hacer cierta jornada
mañana, y puesto que es corta,
antes de hacerla, me importa
que mi rey no deba nada.
Mi bajilla, mis caballos,
escritorios, colgaduras,
coches, doseles, pinturas,
cuando querais apreciallos,
de mayor valor serán
que la deuda que se os debe.
Haced que todo se lleve
esta noche.

MARCO.

¿Qué dirán
los que de esta ejecucion
me vieren tan codicioso?

DON JUAN.

Marco Antonio, esto es forzoso.
No sabeis vos mi intencion.

MARCO.

Yo, señor, aguardaré
lo que fuéredes servido.

DON JUAN.

Solo, Marco Antonio, os pido
que secreto aquesto esté.
No sepa este desempeño,
ni mi rey, ni otra persona.

MARCO.

¡Digna hazaña de un Cardona,
que es de sus pasiones dueño!
Por daros gusto lo admito,
forzando mi voluntad.

DON JUAN.

Cartas de pago me dad,
y en ellas su finiquito.
Id con Dios; volved despues,
que el palacio sosegado
no se altere.

MARCO, *aparte.*

Este privado
honra de los demas es. (*Vase.*)

ESCENA X.

DON JUAN.

Da el rey en engrandecerme,
y yo, porque sano viva,
con cura preservativa
me dispongo, antes que enferme.
Aliviad, industria mia,
con esta traza cuidados;
que pienso que los privados
se mueren de apoplejía.
Vive Dios, que no han de hallar
enojos y disfavores
en mí superfluos humores,
y que en pie me he curar.
Vamos ahora al terrero;
que si está enfermo mi honor
de achaques de un ciego amor,
curarle tambien espero. (*Vase.*)

Vista esterior de palacio.—Noche oscura.

ESCENA XI.

LA INFANTA, *á una ventana.*

Pudiera don Juan tener
ventura, á saber callar;
mas ya perdió por hablar
lo que mereció por ver.
Bien le empezaba á querer;
hame ofendido hablador;
no culpe, pues, mi rigor
si solicito su muerte;
que no hay desden, si lo advierte,
como el que nace de amor.
¿Si el misterioso encubierto
habrá al terrero llegado?
Mal por don Juan ha terciado,
y que le aborrece es cierto.
Si es hombre, y en él advierto
pasiones de la venganza,
satisfaré mi esperanza
hoy por su mano homicida,
y si le quita la vida,
ocupará su privanza.

ESCENA XII.

CALVO.—LA INFANTA.

CALVO, *para sí.*
Pues no medro con don Juan,
al encubierto me acojo.

No hay en todo el cielo un ojo,
aunque infinitos le dan;
ciegos de nubes están.
Santo, fantasma ó quimera,
un pretendiente te espera;
si ayuda por tí se ve,
á tu imagen colgaré
cuatro lacayos de cera.

ESCENA XIII.

DON JUAN.—LA INFANTA. CALVO.

DON JUAN.

Hasta aquí me es favorable
la noche, pues sus tinieblas,
apoyando mis ardides,
escondieron las estrellas.
Al rey he desempeñado,
por él he dado mi hacienda;
pobre comencé á privar,
pobre fin mi dicha tenga.
Si con Leonora se casa
Fadrique, y mis diligencias
alcanzan esta ventura,
cuando despues quien soy sepa,
¿qué importará que se enoje?
En pie mi honor permanezca,
y caiga yo del favor,
que á tanta envidia molesta.

INFANTA, *aparte.*

Este debe ser sin duda
el que con traza tan nueva
á Nápoles causa asombros,
y el rey por santo respeta.
Temblando de verle estoy;
mas ¿qué mucho que hablar tema
con hombre del otro mundo,
sola y de noche?

CALVO, *aparte.*

Ya llega
nuestro crítico embozado.
Bien dije, si su presencia
se mira, pues parece hombre,
y no hay diablos que le entiendan.

INFANTA.

¡Ah del terrero! ¿Sois vos
por quien el rey se gobierna,
y enigma de su privanza,
los corazones penetra?

DON JUAN.

(*Rebozado y disimulando la voz.*)
Yo soy quien desea servir,
gran señora, á vuestra alteza,
y quietar los pensamientos
que injustamente la alteran.

INFANTA.

(*Aparte.* Conocióme. ¿Hay cosa igual?)
Hasta que yo quien sois sepa,
perdonadme, si no os trato
con la justa reverencia,
que cosas de la otra vida
merecen.

DON JUAN.

En la presencia
de vuestra alteza, señora,
de cualquier suerte que sea,
quedo yo favorecido.

INFANTA.

Si yo obligaros pudiera
á una cosa.....

DON JUAN.

Ya la sé.

INFANTA.

¿Cómo? ¿cuál es?

DON JUAN.

Que os dijera
si soy espíritu ú hombre.

INFANTA.

Es verdad.

DON JUAN.

Pues estad cierta
que estoy hablando con vos,
y en la gloria.

INFANTA.

Estando en ella
y aquí, santo sois sin duda.

DON JUAN.

Yo os dejaré satisfecha,
si salgo con lo que intento,
antes que el alba amanezca.

CALVO, *apárte.*

¡O santo, el mas revesado
de cuantos puso Villegas
entre sus estravagantes,
por Calvo á Fadrique ruega!

INFANTA.

Tambien sabreis la ocasion
que aquí me trujo.

DON JUAN.

Y las penas
que os causan ciertos desaires
mal guardados de una lengua.

INFANTA.

Decís la pura verdad.
Castigad vos esa ofensa,
pues ya yo sé que no tiene
la opinion que el rey celebra
con vos.

DON JUAN.

Sabe don Juan poco:
sacóle el rey de su esfera.
Yo os prometo, gran señora,
que antes de mañana él tenga
el castigo merecido.
No le ha de quedar hacienda
de estima en toda su casa;
y si no estais satisfecha
con esto, porque lo esteis,
yo os ofrezco su cabeza.

CALVO, *aparte.*

¡O santo degollador!

dudoso estoy si te crea.

INFANTA.

Si vos, como adivinais,
cumplís palabras, ya quedan
mis deseos sosegados;
plegue á Dios que efeto tengan.
Mirad que me dais palabra
de que cuando el alba venga,
os tengo de conocer.

DON JUAN.

Yo cumpliré mi promesa.

INFANTA.

Pues á Dios; que si mi hermano
viene, no quiero que entienda,
que os puse mal con don Juan.
(Quítase de la ventana.)

DON JUAN.

Guarde el cielo á vuestra alteza.

CALVO, *aparte.*

Ánimo, Calvo; que ahora
es tiempo de hablarle: llega.
San Judas vaya conmigo,
no el que el jueves santo cuelgan.

ESCENA XIV.

—

DON LUIS.—DON JUAN. CALVO.

DON LUIS, *aparte.*

Aquí está embozado un hombre.
Si es el que por mí al rey ruega,
á agradecerle favores
quiero llegar.

CALVO, *aparte.*

Otra audiencia
la bendicion me ha cojido.

DON LUIS.

¿Sois vos...? No sé si me atreva
á daros nombre de santo.

DON JUAN.

¡O don Lüis! La nobleza
que os ilustra premió el rey,
y puesto que yo interceda,
méritos vuestros lo alcanzan:
no hay por qué se me agradezca.

DON LUIS, *aparte.*

Conocióme: ¡estraña cosa!

DON JUAN.

De vos tengo algunas quejas,
que vuestra amistad deslucen,
y traen confusa á su alteza,
por lo que le habeis vos dicho
acerca de aquella prenda,
que hurtó don Juan á una dama,
ya sabeis vos donde. Piensa
que se ha alabado con vos,
desvanecido, ser ella
la que profanó su vista
con atrevida indecencia.
No habeis tenido razon;
que ni la infanta pudiera
dar tal causa á su desdoro,
ni tampoco fue Clavela
el sugeto de este caso.
Don Lüis, satisfaceldas,
y disculpad vuestro amigo,
pues basta que por mí pierda
el cargo que le han quitado,
sin que la lealtad se ofenda,
que siempre firme por él,
agora por vos se quiebra.

DON LUIS, *aparte.*

¿Hay prodigio semejante?
Vive el cielo, que es profeta,
si no es angel el que escucho.

CALVO, *aparte.*

¡Bueno es que por don Juan vuelva
el que agora con la infanta
de necio le vitupera,
de la hacienda le despoja,
y en estátua le degüella!

Si vos sois angel, par Dios
que teneis las uñas negras,
y cuatro varas de cola,
porque los buenos no enredan.

DON LUIS.

No me osaré disculpar
con vos; porque á quien penetra
de ese modo corazones,
¿quién habrá que engañar pueda?
Una palabra me dijo
don Juan, ambigua, y por ella,
ofendiendo mi amistad,
imaginé ser Clavela
la dama que vió en el bosque.

DON JUAN.

¿Fue la que os dió por respuesta.
"haos de pesar si lo digo."?

DON LUIS.

La misma. (*Aparte.* ¡Que hasta esto sepa!)

DON JUAN.

¿Pues no teneis en palacio
con la infanta dos parientas,
de quien pudiera pesaros
que desnudas don Juan viera?

DON LUIS.

Es verdad; yo me engañé.
La liga, que en banda vuelta
contrahice y truje al cuello,
fue ocasion de que creyera
la infanta que se alabó
don Juan de dichas secretas,
porque yo bien sabeis vos
que no se lo dije.

DON JUAN.

Es fuerza
que esté la infanta quejosa,
y de don Juan la inocencia
culpe por vuestra ocasion:
ya veis que por vuestra cuenta
corre el restaurar su abono.

ESCENA XV.

EL REY *y* ACOMPAÑAMIENTO.—DICHOS.

REY.

(*A los del acompañamiento, que se retiran.*)
Avisadme cuando venga
don Juan.

DON JUAN.

¡Oh señor invicto!
Mucho habeis tardado.

REY.

Aprietan
mucho obligaciones reales.
Si las que agora os confiesa
un rey que vive por vos,
nobles naturales fuerzan,
y sois hombre, que lo dudo,
dejad de tener suspensa
un alma, que agradeceros
la vida y reino desea.
Decidme quien sois; que os juro,
en fé de mi real promesa,
en los reyes inviolable,
que aunque á mi persona mesma
hayais sido desleal,
os dé perdon, pues la deuda
de la vida que me distes,
me ejecuta en que os la vuelva.
Yo os daré premios debidos.

DON JUAN.

Señor, la palabra vuestra
de no descubrirme, es bien
que se cumpla á quien en ella
vive fiado y seguro.

ESCENA XVI.

LA INFANTA. LEONORA. CLAVELA.—DICHOS.

INFANTA.

Sepa, señor, vuestra alteza,
que huyó don Juan de Cardona.
(*Retírase don Juan á un lado, rebozado.*)

REY.

¿Qué decís?

CLAVELA.

Toda su hacienda
hizo sacar esta noche
de palacio; y si á las lenguas
vulgares se ha de dar fé,
(que tal vez son verdaderas)
hay quien dice, que al de Anjou
se ha ido, y que presto intenta
poner cerco á vuestra corte.

DON LUIS.

Vuestra magestad no crea
de la lealtad de mi amigo
tal traicion.

LEONORA.

Privó por fuerza:
si amaba, segun se afirma,
á una dama aragonesa,
partiráse á Zaragoza.

INFANTA.

No es tan leal como piensa
vuestra magestad don Juan.
(*Aparte.* Temeroso de mi ofensa
se habrá ausentado esta noche.)
Y yo, señor, estoy cierta,
que el conde de Anjou le obliga
á que os haga por él guerra.

REY.

¡Válgame el cielo! ¿Don Juan...?
No es posible que tal crea.

Miente el vulgo; mienten todos,
y miente la verdad mesma,
si á don Juan de infiel acusa.

ESCENA XVII.

UN PAGE.—DICHOS.

PAGE.

Don Juan para vuestra alteza
dejó este papel escrito,
que hallé solo en una mesa.

REY.

Traigan luces. ¿Qué es aquesto,
noche de confusion llena?

(*Sacan hachas.*)

¿Don Juan traidor? No es posible.
Alumbrad. Esta es su letra.

(Lee.) *Millon y medio debian*
su real patrimonio y rentas,
gran señor, cuando á privar
comencé con vuestra alteza.
Los estados que me dió,
desempeñadas sus deudas,
por estar en mí violentos,
se vuelven á su cabeza.
Si cayere de tu gracia,
que es preciso, todos sepan
que antes que el rey se la quite
don Juan le ha dado su hacienda.

REY.

¡Notable entereza de hombre!
Fuese, en fin.

INFANTA.

Y para prueba
de que se pasa al de Anjou,
vuestra magestad advierta
que le hace restitucion
de sus bienes, porque pueda
decir que nada le debe.

CLAVELA.

Esto es, señor, cosa cierta.

REY.

Mucho aprietan los indicios;
mas mienten, por mas que aprietan.
Vos, misterioso embozado,
dad luz á tantas tinieblas.

DON JUAN.

Cuando la reputacion
corre riesgo, en su defensa
la vida ha de aventurarse;
fin aquí mi ficcion tenga.
(*Descubriéndose.*)
Yo soy don Juan de Cardona.

CALVO, *aparte.*

¡Mamao! Miren cual se quedan
la Clavelita y la Infanta,
testigas falsas y feas.

REY.

¿Hay suceso que á este iguale?
¡Que tenga en vos tanta fuerza
el temor de mi privanza,
que á locuras como esta
os obligue!

DON JUAN.

Gran señor,
sea locura ó sea prudencia,
el jüicio ha de costarme
el ser privado por fuerza.
Solamente he grangeado
enemigos que desean
mi muerte como la infanta,
mi agravio como Clavela.
Hacedme tanta merced
que yo á mi quietud me vuelva;
ansí prolongados siglos
el mundo os llame su César.

REY.

Don Juan, si haceros favores
juzgais á agravios, la ofensa
que hoy haceis á mi constancia,
asegurándoos se venga.

La mano mi hermana os dé;
que yo con la hermana vuestra
desposándome, aseguro
vuestra privanza molesta.
Ansí no podreis caer.

DON JUAN.

Gran señor, de esa manera,
á pesar de la fortuna,
montes piso, que no ruedas.
(*A la Infanta.*)
Vos, señora, que culpástes,
mal informada, mi lengua,
premialda por muda ahora,
que jamás en vuestra ofensa
habló palabra: don Luis
testigo fiel de esto sea,
y porque el rey de esto gusta,
esposa suya Clavela.

CALVO.

Y á mí ¡que me papen duelos!

DON JUAN.

Tú, Calvo, eres de su alteza
palafrenero mayor.

CALVO.

Vivas, pues me empalafrenas,
mas que un catalan agravio.

DON JUAN.

El *privado* fuí *por fuerza*;
mas ya lo seré con gusto,
si os le ha dado esta comedia.



EXAMEN

DE

PRIVAR CONTRA SU GUSTO.

Otra comedia del mismo género que la de *Palabras y plumas:* un caballero español que figura en primer término, un rey de Nápoles que se enamora de la hermana de aquel, una traicion averiguada á oscuras en uña calle. A pesar de estos puntos de contacto, tienen ambas composiciones muchos de diferencia: don Juan es el ministro, don Iñigo es el amante, y don Fadrique posee mas prendas de monarca que atribuyó Tellez á su antecesor don Fernando. No hay en *Privar contra su gusto* una dama que interese como Matilde; no hay un sirviente decidor y fiel como el lacayo botonero: Calvo es la impertinencia, la frialdad misma. En cambio de esto, don Luis no repugna, como á veces Próspero; el plan de la pieza es mucho mas sencillo, los acontecimientos estan mejor preparados, y con tal que pasemos por el disfraz de don Juan, á quien ninguno conoce, los lances son tambien mas verosímiles. El caracter de la infanta parece indómito y rencoroso en demasía; y necesaria era toda la superioridad de alma de un don Juan de Cardona para aceptar la mano de una dama que habia conspirado contra su vida. Verdad es que las tintas opacas con que se muestran en el cuadro todas las figuras, á escepcion de la de don Fadrique, ayudan mucho para que resalte la del privado por fuerza, la cual por sí sola da vida al lienzo.

Los temores de don Juan son justísimos: en el razonamiento que hace al rey.al fin del acto segundo, no hay hipérboles, sino verdades. Y ciertamente, para un hombre juicioso, hijo de un ministro desgraciado sin culpa, para un caballero, que no solo vivia contento en su retiro, sino que odiaba la corte, ¿qué aliciente podia tener la privanza? Si su amor á Isabela hubiese tomado mas incremento, el favor del rey le hubiera podido servir de

medio para acercarse á la princesa; pero abrigado por don Juan este pensamiento, ya el amor se mezclaba con la ambicion, y todo lo que tenia de generoso la resistencia á privar, desaparecia. Júzguese pues con qué tino tan feliz graduó Tellez los afectos del protagonista.

Habia que atender á otra cosa. Un hombre que no apetece grandezas, que ahoga en su pecho una pasion naciente, que solicita como merced su destitucion del mando, ¿cómo interesa sobre las tablas? Calumniada su reputacion, puesto su honor en peligro. Aquel hombre indiferente, cuya tranquilidad parecia inalterable, se ve precisado á saltar por una ventana para espiar al rey que va á galantear á Leonora; y es ciertamente un pensamiento digno de Tellez disponer que el hermano ofendido salve en aquella ocasion al que le ofende, la vida y el reino. Tal era sin embargo la obligacion de un súbdito: pedir mercedes para don Luis y Clavela que se le han declarado enemigos, es todavía rasgo mas noble.

El lenguaje y los versos de esta comedia se aventajan á los *de la Celosa de sí misma*; pero en la relacion del acto I, escena III, abunda la broza. Las octavas segunda y nona son un laberinto. Hay á pesar de esto en aquella pintura toques delicadísimos, como los siguientes.

Alabastros descalza, que aprisiona
el prado en flores, porque no se vaya.

. . . .

El derecho jazmin tienta la orilla,
y se estremece cuando toca en ella.

. . . .

La tela en fin, de aquella imagen funda,
arroja á un arrayan, y de un ay leve
animada, ondas puebla de marfiles,
y milagros de amor muestra en viriles.

. . . .

Con mudos pasos, emboscado en flores,
á sus ropas me llevan sus amores.

. . . .

Busca la liga, de mi amor reparo,
y no hallándola, cóleras resiste,
y registrando flores que despoja,
hurtos de amor acusa en cada hoja.

Don Ramon Ugena dió el año 1829 al teatro de la Cruz esta comedia dividida en cinco actos, con enmiendas muy oportunas, en cuya forma se representó con gran aplauso la noche del 29 de febrero.

MUESTRAS

de las ediciones antiguas

DE TIRSO. (1)

DE

PALABRAS Y PLUMAS.

EDICION DE VALENCIA, POR PEDRO PATRICIO MEY.

Año 1631.

Matilde algo desnuda, y Prospero come de noche.

Ma. Principe, que atrevimiento
es este, como assaltays
de noche cosas agenas?
Prin. Proprias las puedes llamar
ingrata, pues mis desdichas,

---

(1) Las ediciones que de las comedias de Tellez se hicieron durante su vida, son raras, y lo serán mas cada vez. De las bibliotecas públicas de Madrid, solo en la *nacional* hay una coleccion, ejemplar incompleto y estropeado que desaparecerá tal vez al menor descuido. Para los que no tengan en adelante proporcion de ver estos preciosos libros, copiamos aqui exactamente unos trozos que manifiesten cómo se imprimian en España á principios del siglo XVII las obras de nuestros autores dramáticos mas esclarecidos. La *Cuarta Parte de las Comedias del Maestro Tirso de Molina*, dada á luz en Madrid el año 1635, á cuyo tomo corresponde la pieza de *Privar contra su gusto*, es, á pesar de los defectos que se notarán en la muestra que insertamos, un modelo de correccion, si se la compara con el primer volúmen reimpreso en Valencia en 1631.

para que padesca mas:
siempre a don Yñigo ofrecen
empresas con que obligar.
A que amandole me olvides;
quien duda que ya tendras
a su atrevido socorro
rendida la voluntad?
Tres años ha que te sirve,
y que gasta liberal
la hazienda, en tu pretencion
que ha desperdiciado ya.
Diò albricias en tu sentencia,
mantuvo diestro y galan,
a tus puertas oy, sortija,
la esposa le daras
En premio della á mi costa,
arrojose por ti al mar,
fiel delfin de tus peligros,
Leandro de tu beldad.
La vida te diò cortès,
y querrate executar
en ella, sacando prendas
su amor de tu libertad.
Aposentarte en su casa,
quedarte en ella querras,
si huespedad, ya señora,
si libre, cautiva ya.

DE

LA CELOSA DE SÍ MISMA.

EDICION DE VALENCIA, AÑO 1631.

Ang. Quien es ella? *Ven.* una Condesa
de medio ojo, y una mano,
que el Reyno Napolitano
le dio la pinta, y la presa.
Y ella a mi me dio el anillo
que veis. *Ang.* y como se llama?
Ven. Digo yo, que es nuestra dama
la Condesa del bolsillo.
Ang. Adonde cae esse estado?
Ven. sino perdi la memoria,
cae dentro de la Vitoria,
que es condesa de pescado.
Ang. Hablad de veras. *V.* por Dios
que le à enomorado alli
el mejor ojo que vi,
no os haziendo agravio a vos.
Y la mano mas brillosa,
que el jabon de Chipre honrò,
oy la palabra nos dio
de que à de ser nuestra esposa.
Como a estotra Magdalena
olvide, y dexe su casa,
esto es todo lo que passa,
mas no os dè, señora, pena.
Que en sabiendo vuestro amor
mudarà de parecer,
porque solo dexò ver
la condesa a don Melchior
Vn par de ojos, y una mano:
mostralde vos la nariz,
con el rosado matiz
desse rostro soberano,

El hocico, y dentadura,
cocandole con el dote,
que a Magdalena, y su bote
olvidarà, y por ventura,
Digo por mi, a la condesa,
pues si aqui con vos se casa,
todo en fin se cae en casa:
de lo parlado me pesa.
Mas este anillo me quita
el frenillo del secreto,
que es como saliva en efeto,
que la lengua facilita. *Vase.*

DE

PRIVAR CONTRA SU GUSTO.

EDICION DE MADRID, POR MARIA QUIÑONES.

Año 1635.

La Infanta y Calvo.

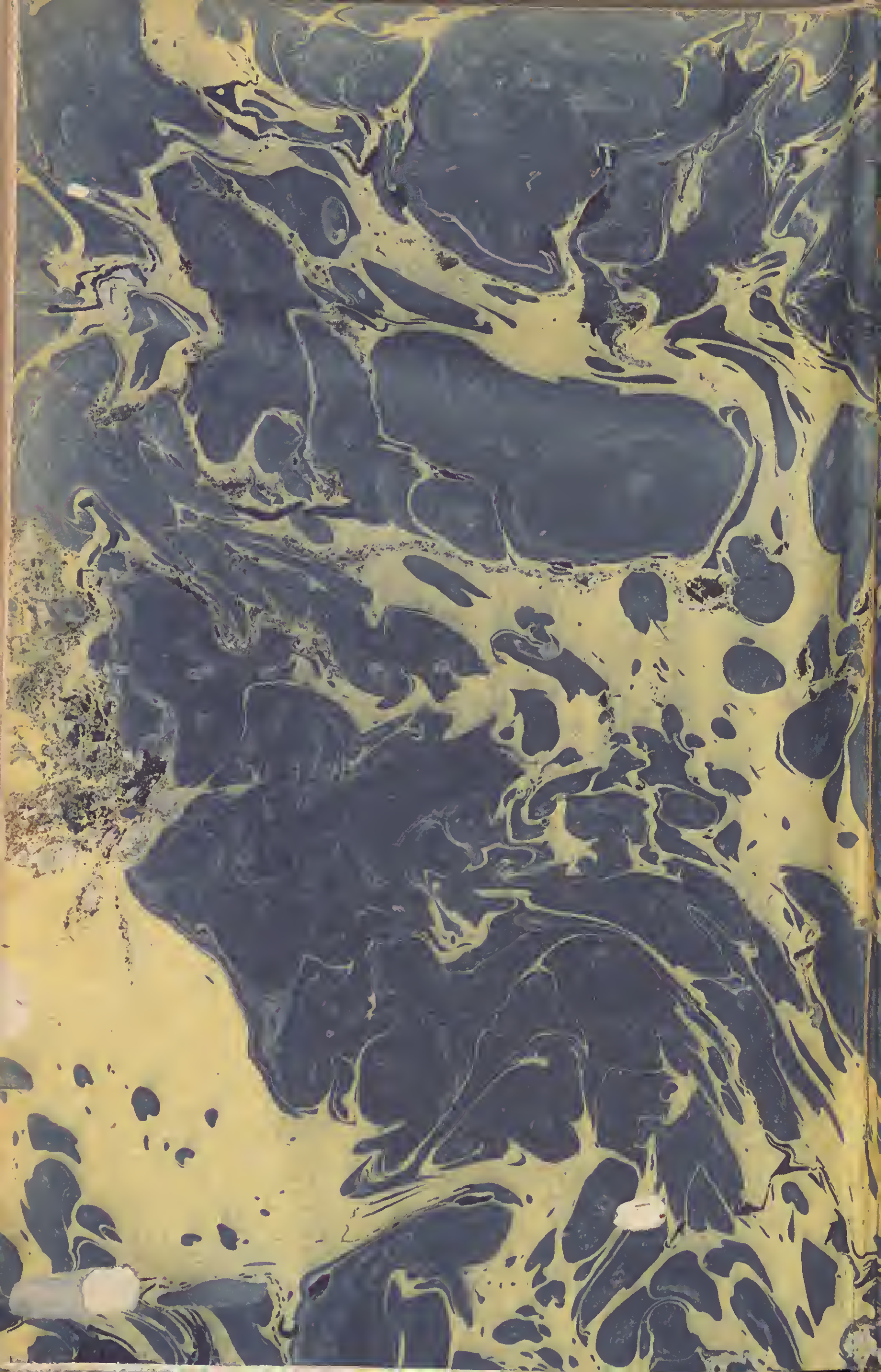
Cal. Si señora aquel criado
soy de don Iuan, que servia
al dicho, el alegre dia
que començò à ser privado.
Y como este del privar
es todo humos, yà presumo
que se me ha subido el humo
hasta hazerme estornudar.
Pretensiones que desea
el aumento de mi fama,
el humo no se derrama
(quando falta chimenea)
Por toda la casa? es cierto,
pues derramò està privança
humos tantos, que me alcança
la pretension que me ha muerto,
y necessito el favor
de vuestra Alteza.
Inf. Pues bien?
que pretendeis?
Calv. Que me den
cargo que imite a mi humor:
ha dado en mudar los nombres
el Palacio, à sus oficios
en nuestra espada novicios.
Yà llama à sus gentilhombres
Acroyes; yâ ay Sanserban, &c.

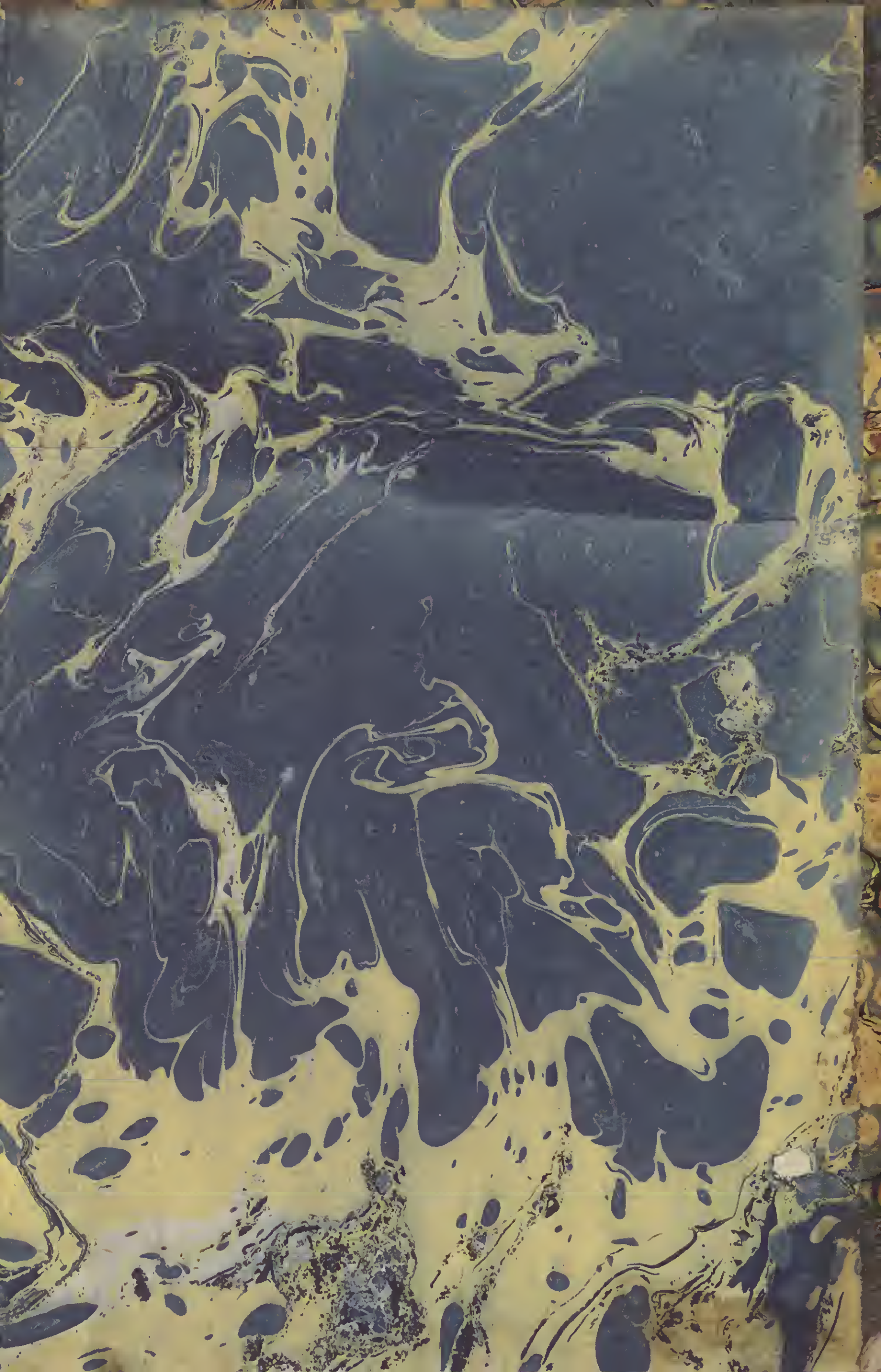
INDICE.

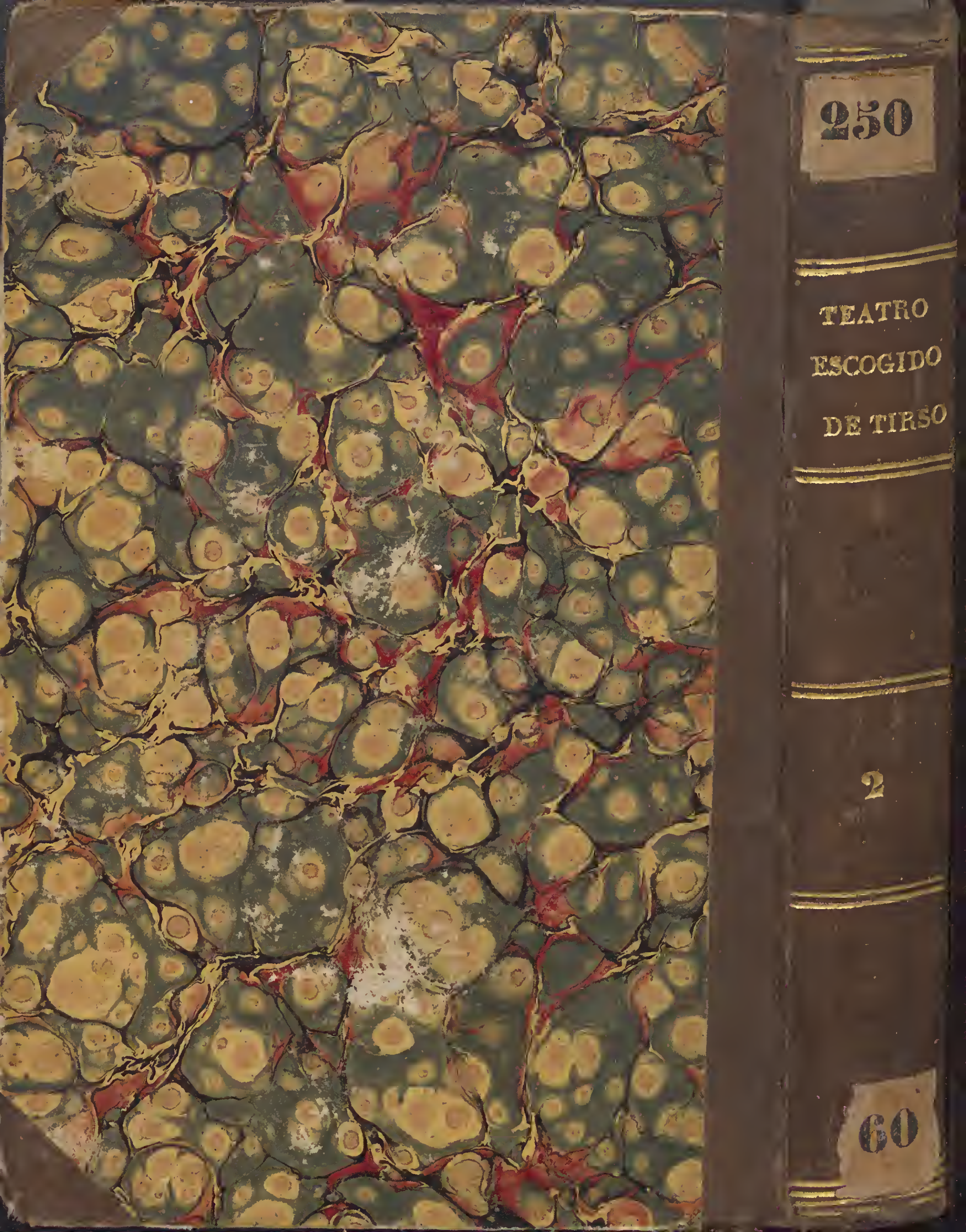
	Página.
Palabras y Plumas, comedia.	3
Examen.	119
La Celosa de sí misma, comedia.	125
Examen.	249
Privar contra su gusto, comedia.	254
Examen.	360
Muestras de las ediciones antiguas de Tirso.	362

ERRATAS.

Página.	*Línea.*	*Dice.*	*Léase.*
18	33	Obsequios	Obsequias
26	12	que en la	que la
50	penúltima	desterrar	desterrar:
160	20	XI	IX
224	23	acojámonos,	acojamonós,
297	antepenúltima	han	ha
331	19	pólvora duque	pólvoraduque






250
TEATRO
ESCOGIDO
DE TIRSO
2
60